

La caída del abate Mouret

Émile Zola

I

LA Teuse, según entraba, apoyó la escoba y el plumero contra el altar. Se había retrasado en iniciar la colada del semestre. Atravesó la iglesia para tocar al *Ángelus*, cojeando más con las prisas, atropellando los bancos. La cuerda, junto al confesonario, caía del techo, desnuda, raída, rematada en un grueso nudo que las manos habían engrasado; y se colgó de ella con todo su peso, a toques regulares; luego se dejó llevar, liada entre sus faldas, con la cofia atravesada, con la sangre reventándole el ancho rostro.

Tras colocarse la cofia con un leve papirotazo, sin aliento, la Teuse regresó para pasar una escoba por delante del altar. El polvo se obstinaba allí, a diario, entre las tablas mal ajustadas de la tarima. La escoba hurgaba los rincones con un irritado gruñido. Después quitó el tapete de la mesa y se enfadó al advertir que la gran sabanilla superior, zurcida ya por veinte sitios, tenía un nuevo agujero de desgaste en pleno centro; se veía la segunda sabanilla, doblada en dos, tan finita, tan transparente también, que a través de ella se calcaba la piedra consagrada, embutida en el altar de madera pintada. Desempolvó aquellos lienzos chamuscados por el uso y paseó vigorosamente el plumero por la grada, contra la que apoyó los cartones litúrgicos. Después, subiéndose a una silla, liberó la cruz y dos de los candelabros de sus fundas de cotonada amarilla. El cobre estaba picado por manchas sin brillo.

—¡Bueno está! —murmuró la Teuse a media voz—, ¡menuda falta les hace una limpieza! Los frotaré con trípoli.

Entonces, corriendo con una sola pierna, con unos contoneos y unas sacudidas como para hundir las losas, fue a la sacristía a buscar el misal, que colocó en el atril, en el lado de la Epístola, sin abrirlo, con el canto vuelto hacia el centro del altar. Y encendió los dos cirios. Al recoger la escoba, echó un vistazo a su alrededor, para cerciorarse de que Dios Nuestro Señor estaba bien apañado. La iglesia dormía; tan sólo la cuerda, junto al confesonario, se columpiaba aún, desde la bóveda hasta el suelo, con un movimiento largo y flexible.

El abate Mouret acababa de bajar a la sacristía, una pequeña y fría estancia separada del comedor tan sólo por un pasillo.

—Buenos días, señor cura —dijo la Teuse soltando sus bártulos—. ¡Ah! ¡Se le han pegado las sábanas esta mañana! Mire que son las seis y cuarto.

Y sin dar al joven sacerdote, que sonreía, tiempo para contestar:

—Tengo que regañarle —continuó—. La sabanilla tiene otro agujero. ¡Qué poco juicio! Sólo tenemos una de repuesto, y llevo tres días dejándome los ojos en remendarla... Al paso que va, acabará usted dejando al pobre Jesús en cueros.

El abate Mouret seguía sonriendo. Dijo alegremente:

—Jesús no necesita tanta ropa blanca, mi buena Teuse. Siempre está abrigado, siempre se le recibe regiamente cuando se le ama.

Después, dirigiéndose a un pequeño lavamanos, preguntó:

—¿Está levantada mi hermana? No la he visto.

—Buen rato hace que bajó la señorita Désirée —contestó la sirvienta, arrodillada ante un antiguo aparador de cocina, en el que se apretujaban los ropajes sagrados—. Ya está con sus gallinas y sus conejos... Esperaba para ayer unos polluelos que no llegaron. ¡Figúrese la emoción!

Se interrumpió, diciendo:

—La casulla de oro, ¿verdad?

El sacerdote, que se había lavado las manos, recogido, con los labios balbuciendo una oración, hizo un signo afirmativo con la cabeza. La parroquia no tenía más que tres casullas, una violeta, una negra y una de tela de oro. Esta última, que se usaba los días en los que estaban prescritos el blanco, el rojo o el verde, cobraba una importancia extraordinaria. La Teuse la levantó religiosamente de la tabla forrada de papel azul en la que la acostaba después de cada ceremonia; la colocó sobre el aparador, quitando con precaución los finos paños blancos que protegían sus bordados. En ellos, un cordero de oro dormía sobre una cruz de oro, rodeado de anchos rayos de oro. El tejido, tazado en los pliegues, dejaba escapar finos penachos; los recamados se iban consumiendo y borrando. Era, en la casa, una continua preocupación alrededor de ella, un aterrorizado cariño, en verla irse así, canutillo a canutillo. El cura tenía que ponérsela casi todos los días. Y ¿cómo sustituirla, cómo comprar las tres casullas cuyo lugar ocupaba, cuando se hubieran desgastado los últimos hilos de oro?

La Teuse, por encima de la casulla, desplegó la estola, el manípulo, el cíngulo, el alba y el amito. Pero seguía parloteando, mientras se aplicaba en poner el manípulo en cruz sobre la estola, y en disponer el cíngulo en forma de guirnalda, de modo que trazase la reverenciada inicial del santo nombre de María.

—Para poco vale ya este cíngulo —murmuraba—. Tendrá usted que decidirse a comprar otro, señor cura... Dificultad no tiene, yo misma le tejería uno si tuviera cáñamo.

El abate Mouret no contestaba. Preparaba el cáliz encima de una mesita, un gran cáliz antiguo de plata dorada, con pie de bronce, que acababa de sacar del fondo de un armario de madera blanca, en el que se guardaban los vasos y los paños sagrados, los santos óleos, los misales, los candelabros y las cruces. Colocó atravesando la copa un purificador limpio y puso por encima de aquel paño la patena de plata dorada, con una hostia dentro, que cubrió con una pequeña palia de lino. Cuando estaba cubriendo el cáliz, pellizcando los dos pliegues del cubrecáliz de tela de oro, a juego con la casulla, la Teuse exclamó:

—Espere, que no hay corporal en la bolsa... Ayer por la tarde cogí todos los purificadores, las palias y los corporales sucios para lavarlos; aparte, por supuesto, no con la colada... No se lo he dicho, señor cura: la acabo de empezar, la colada. ¡Y un rato de mugre que tiene! Será mejor que la última vez.

Y mientras que el sacerdote deslizaba un corporal en la bolsa y colocaba encima del cubrecáliz la bolsa, adornada con una cruz de oro sobre un fondo de oro, ella prosiguió con viveza:

—¡A propósito, se me olvidaba! El tunante de Vincent no ha venido. ¿Quiere usted que ayude yo a misa, señor cura?

El joven sacerdote la miró con severidad.

—¡Anda!, pues no es ningún pecado —continuó ella con su afable sonrisa—. Una vez ayudé a misa, en tiempos del padre Caffin. Mejor ayuda yo que unos bribonzuelos que se ríen como paganos con una mosca que vuela por la iglesia... Mire usted, yo podré llevar cofia, tener sesenta años y estar gorda como una torre, pero le tengo más respeto a Dios Nuestro Señor que esa chusma de críos, que el otro día volví a pillarlos jugando a pídola detrás del altar.

El sacerdote seguía mirándola, diciendo que no con la cabeza.

—Un agujero es este pueblo —gruñó ella—. Ni a ciento cincuenta llegan... Hay días, como hoy, que no encontraría usted un alma viva en Los Artaud. ¡Hasta los niños de teta, que van a las viñas! ¡Y ya me sé yo lo que hacen en las viñas, vamos, hombre! ¡Unas viñas que crecen bajo los pedruscos, secas como cardos! ¡Y una tierra de lobos, a una legua de cualquier camino!... A menos que baje un ángel a ayudarle a misa, señor cura, ¡palabra que no le quedo más que yo!, ¡o uno de los conejos de la señorita Désirée, dicho sea sin faltarle!

Pero, justo en ese momento, Vincent, el menor de los Brichet, empujó suavemente la puerta de la sacristía. Su pelo rojo enmarañado y sus finos ojos grises que relucían enfadaron a la Teuse.

—¡Ah! ¡El muy descreído! —gritó—, ¡me juego algo a que viene de hacer alguna trastada!... ¡Vamos, entra, bribonzuelo, ya que al señor cura le da miedo que yo ensucie a Dios Nuestro Señor!

Al ver al niño, el abate Mouret había cogido el amito. Besó la cruz bordada en el centro y asentó el paño un instante sobre su cabeza; después, bajándolo hasta tapar el alzacuello^[1] de su sotana, cruzó y ató los cordones, el derecho por encima del izquierdo. Después se puso el alba, símbolo de pureza, empezando por el brazo derecho. Vincent, que se había acuclillado, giraba alrededor de él, ajustando el alba, mirando que cayese por igual de todos los lados, a dos dedos del suelo. Después, le presentó el cíngulo al sacerdote, que se ciñó reciamente el talle con él, para recordar así las ligaduras con las que fue amarrado el Salvador en su Pasión.

La Teuse permanecía de pie, envidiosa, herida, haciendo esfuerzos para callarse; pero le picaba de tal modo la lengua que pronto reanudó:

—Ha venido Fray Archangias... Ni un niño tendrá hoy en la escuela. Se ha marchado como un vendaval para ir a tirarles de las orejas a esa chiquillería, ahí en las viñas... Haría usted bien en hablar con él. Creo que tiene algo que decirle.

El abate Mouret le impuso silencio con la mano. No había vuelto a abrir los labios. Recitaba las oraciones sagradas, cogiendo el manípulo, que besó, antes de

ponérselo en el brazo izquierdo, por debajo del codo, como un signo que indicaba la labor de las buenas obras, y cruzando sobre su pecho, tras haberla besado igualmente, la estola, símbolo de su dignidad y de su poder. La Teuse tuvo que ayudar a Vincent a sujetar la casulla, que ató con ayuda de unos finos cordones, de modo que no cayese hacia atrás.

—¡Virgen santa! ¡Se me han olvidado las vinajeras! —balbució, precipitándose hacia el armario—. ¡Venga, espabila, tunante!

Vincent llenó las vinajeras, unos frasquillos de vidrio tosco, mientras ella se apresuraba a coger un cornijal limpio de un cajón. El abate Mouret, sosteniendo el cáliz con la mano izquierda por el nudo, y con los dedos de la mano derecha colocados sobre la bolsa, saludó profundamente, sin quitarse el bonete, a un Cristo de madera negra colgado encima del aparador. El niño se inclinó igualmente; después, pasando delante con las vinajeras cubiertas por el cornijal en la mano, abandonó la sacristía, seguido del sacerdote que caminaba con los ojos bajos, en una profunda devoción.

II

LA iglesia, vacía, estaba toda blanca en aquella mañana de mayo. La cuerda, junto al confesonario, colgaba de nuevo, inmóvil. La lamparilla, en un vaso de color, ardía, igual a una mancha roja, a la derecha del sagrario, contra la pared. Vincent, tras haber llevado las vinajeras a la credencia, regresó a arrodillarse a la izquierda, en la parte baja de la tarima, mientras que el sacerdote, tras saludar al Santo Sacramento con una genuflexión en el enlosado, subía al altar y desplegaba el corporal, en medio del cual colocaba el cáliz. Después, abriendo el misal, volvió a bajar. Se dobló en una nueva genuflexión; se persignó en voz alta, juntó las manos delante del pecho y dio comienzo al gran drama divino, con una cara totalmente pálida de fe y de amor.

—*Introibo ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui laetificat juventutem meam* —farfulló Vincent, que se comió los responsorios de la antífona y del salmo, con el trasero en los talones, ocupado en seguir a la Teuse que andaba yendo y viniendo por la iglesia.

La anciana sirvienta miraba uno de los cirios con aire intranquilo. Su preocupación pareció aumentar, mientras que el sacerdote, inclinado profundamente, con las manos juntas de nuevo, recitaba el *Confíteor*. Se detuvo, golpeándose a su vez el pecho, con la cabeza baja, mientras seguía acechando el cirio. La voz grave del sacerdote y los balbuceos del monaguillo alternaron aún durante un momento.

—*Dominus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

Y el sacerdote, extendiendo las manos y volviéndolas a unir de nuevo, dijo con enternecida compunción:

—*Oremus...*

La Teuse no pudo aguantar más. Se metió por detrás del altar y alcanzó el cirio, que limpió con la punta de sus tijeras. El cirio chorreaba. Ya se habían perdido dos grandes lágrimas de cera. Cuando volvió, colocando los bancos, cerciorándose de que las pilas de agua bendita no estaban vacías, el sacerdote, que había subido al altar, con las manos apoyadas en el borde de la sabanilla, oraba en voz baja. Besó el altar.

Detrás de él, la iglesuca seguía macilenta entre las palideces de la mañana. El sol aún no alcanzaba más que al ras de las tejas. Los *Kyrie, eleison* corrieron como un escalofrío por aquella especie de establo enjalbegado, de techo plano, cuyas vigas encaladas estaban a la vista. A cada lado, tres altas ventanas, de cristales claros, rajados, quebrados en su mayoría, abrían luces de gredosa crudeza. El aire libre del exterior entraba brutalmente, dejando en desnuda evidencia toda la miseria del Dios de aquel pueblo perdido. Al fondo, encima del portón que nunca se abría, y cuyas hierbas tupían el umbral, una tribuna de tablas, a la que se subía por una escala de molinero^[2], iba de un muro al otro, crujiendo bajo los zuecos los días de fiesta. Junto a la escalerilla, el confesonario, de tablas mal ajustadas, estaba pintado de amarillo

limón. Enfrente, al lado de la puerta de diario, se encontraba el baptisterio, una antigua pila de agua bendita, asentada en un pedestal de obra. Después, a derecha y a izquierda, en el centro, había empotrados dos estrechos altares, rodeados de barandillas de madera. El de la izquierda, consagrado a la santísima Virgen, tenía una gran Madre de Dios de yeso dorado, que portaba regiamente una corona de oro ceñida sobre su pelo castaño; llevaba, sentado en su brazo izquierdo, un Jesús, desnudo y sonriente, cuya manecita sostenía el globo estrellado del mundo; avanzaba por entre nubes, con cabezas de ángeles alados bajo los pies. El altar de la derecha, en el que se decían las misas de muerte, estaba coronado por un Cristo de cartón pintado que hacía pareja con la Virgen; el Cristo, del tamaño de un niño de diez años, agonizaba de una manera espantosa, con la cabeza arrojada hacia atrás, las costillas en relieve, el vientre hundido, los miembros retorcidos, salpicados de sangre. Estaba también el púlpito, un cajón cuadrado al que se subía por una gradilla de cinco peldaños, que se alzaba frente por frente de un reloj de pesas, encerrado en un armario de nogal, y cuyos sordos golpes sacudían la iglesia entera, iguales a los latidos de un corazón enorme, escondido en alguna parte, bajo las losas. A lo largo de toda la nave, las catorce estaciones del vía crucis, catorce imágenes toscamente coloreadas, enmarcadas con listón negro, manchaban con el amarillo, con el azul y con el rojo de la Pasión la cruda blancura de las paredes.

—*Deo gratias* —tartamudeó Vincent al final de la Epístola.

Se preparaba el misterio de amor, la inmolación de la santa víctima. El monaguillo tomó el misal, que llevó a la izquierda, al lado del Evangelio, cuidando de no tocar en absoluto las hojas del libro. Cada vez que pasaba por delante del sagrario, hacía de costado una genuflexión que le descoyuntaba la cintura. Después, tras volver a la derecha, se mantuvo de pie, con los brazos cruzados, durante la lectura del Evangelio. El sacerdote, después de trazar una señal de la cruz sobre el misal, se había persignado él también: en la frente, para decir que nunca se sonrojaría de la palabra divina; en la boca, para mostrar que siempre estaba dispuesto a confesar su fe; en el corazón, para indicar que su corazón pertenecía únicamente a Dios.

—*Dominus vobiscum* —dijo dándose la vuelta, con la mirada anegada, enfrente de las blancuras frías de la iglesia.

—*Et cum spiritu tuo* —contestó Vincent, que se había vuelto a arrodillar.

Tras recitar el Ofertorio, el sacerdote descubrió el cáliz. Sostuvo un instante, a la altura de su pecho, la patena que contenía la hostia, que ofreció a Dios, por sí mismo, por los asistentes, por todos los fieles vivos o muertos. Después, tras dejarla deslizar hasta el borde del corporal, sin tocarla con los dedos, tomó el cáliz, que limpió cuidadosamente con el purificador. Vincent había ido a la credencia a buscar las vinajeras, que presentó una tras otra, la vinajera del vino en primer lugar, después la vinajera del agua. El sacerdote ofreció entonces, por el mundo entero, el cáliz medio lleno, que volvió a colocar en el centro del corporal, en donde lo recubrió con la palia. Y, tras haber orado de nuevo, regresó para recibir agua vertida en finos hilillos

sobre las extremidades del pulgar y del índice de cada mano, con el fin de purificarse de las mínimas manchas del pecado. Cuando se hubo secado en el cornijal, la Teuse, que estaba esperando, vació la bandeja de las vinajeras en un cubo de zinc, en la esquina del altar.

—*Orate, fratres* —prosiguió el sacerdote en voz alta, vuelto hacia los bancos vacíos, con las manos separadas y vueltas a cerrar, en un gesto de llamada a los hombres de buena voluntad.

Y, dándose la vuelta delante del altar, continuó, bajando la voz. Vincent dijo entre dientes una larga frase latina en la que se perdió. En ese momento entraron llamas amarillas por las ventanas. El sol, a la llamada del sacerdote, acudía a misa. Iluminó con anchos lienzos dorados el muro izquierdo, el confesonario, el altar de la Virgen, el gran reloj. Un crujido sacudió el confesonario; la Virgen Madre, en una gloria, en el deslumbrar de su corona y de su manto de oro, sonrió tiernamente al niño Jesús con sus labios pintados; el reloj, esponjado al calorcito, dio la hora con campanadas más enérgicas. Pareció que el sol poblaba los bancos con las motas de polvo que bailaban en sus rayos. La iglesuca, aquel establo enjalbegado, quedó como llena de una tibia multitud. Afuera, se oían los ruidos menudos del despertar feliz del campo, las hierbas que suspiraban de gusto, las hojas secándose al calor, los pájaros alisándose las plumas, dando un primer aleteo. Incluso el campo entraba con el sol: en una de las ventanas, se alzaba un gran serbal, que metía ramas por los cristales rotos, que alargaba sus brotes, como para mirar al interior; y, por las rendijas del portón, se veían las hierbas de la escalinata, que amenazaban con invadir la nave. En medio de aquella vida que se henchía, el gran Cristo, que seguía en la sombra, era el único que ponía la muerte, la agonía de su carne embadurnada de ocre, salpicada de laca. Un gorrión vino a posarse en el borde de un boquete; miró y luego echó a volar; pero volvió a aparecer casi inmediatamente, y, con un vuelo silencioso, bajó a posarse entre los bancos, delante del altar de la Virgen. Le siguió un segundo gorrión. Pronto, de todas las ramas del serbal empezaron a bajar gorriones, que se paseaban tranquilamente dando saltitos por las losas.

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus, Sabaoth* —dijo el sacerdote a media voz, con los hombros ligeramente inclinados.

Vincent dio los tres campanillazos. Pero los gorriones, espantados por aquel brusco repique, echaron a volar con tal ruido de alas que la Teuse, que había regresado hacía un momento a la sacristía, reapareció, refunfuñando:

—¡Serán granujas! Lo van a poner todo perdido... Seguro que ha venido otra vez la señorita Désirée a echarles migas de pan.

Se acercaba el instante temible. El cuerpo y la sangre de un Dios iban a bajar al altar. El sacerdote besaba la sabanilla, juntaba las manos, multiplicaba las señales de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. Las oraciones del canon tan sólo caían ya de sus labios en un éxtasis de humildad y de gratitud. Sus actitudes, sus gestos y sus inflexiones de voz decían lo poco que él era, la emoción que experimentaba por haber

sido elegido para una tarea tan grande. Vincent vino a arrodillarse tras él; tomó la casulla con la mano derecha y la sostuvo ligeramente, aprestando la campanilla. Y él, con los codos apoyados en el borde de la mesa, sosteniendo la hostia entre el pulgar y el índice de cada mano, pronunció sobre ella las palabras de la consagración: *Hoc est enim corpus meum*. Después, tras hacer una genuflexión, la elevó lentamente, lo más alto que pudo, siguiéndola con los ojos, mientras que el monaguillo repicaba por tres veces, prosternado. Consagró a continuación el vino: *Hic est enim calix*, con los codos de nuevo apoyados en el altar, saludando, elevando el cáliz, siguiéndolo a su vez con los ojos, con la mano derecha estrechando el nudo, la izquierda sosteniendo el pie. El monaguillo dio tres últimos campanillazos. El gran misterio de la Redención acababa de ser renovado, la Sangre digna de adoración se derramaba una vez más.

—Esperad, esperad —refunfuñó la Teuse, intentando espantar a los gorriones con el puño estirado.

Pero los gorriones ya no tenían miedo. Habían vuelto, en plenos repiques, descarados, revoloteando por encima de los bancos. Los tintineos repetidos incluso los habían alborozado. Respondieron con grititos que cortaban las palabras latinas con una risa perlada de chiquillos libres. El sol les calentaba las plumas, la dulce pobreza de la iglesia los encandilaba. Allí estaban en su casa, como en un granero del que alguien se hubiera dejado un tragaluz abierto, piando, peleándose, disputándose las migas encontradas por el suelo. Uno de ellos fue a posarse en el velo de oro de la Virgen que sonreía; otro vino, con presteza, a reconocer las faldas de la Teuse, a la que aquello sacó de sus casillas. En el altar, el sacerdote anonadado, con los ojos clavados en la sagrada hostia, con el pulgar y el índice juntos, en absoluto oía aquella invasión de la nave por la tibia mañana de mayo, aquella oleada creciente de sol, de verdes, de pájaros, que desbordaba hasta el pie del calvario en el que agonizaba la naturaleza condenada.

—*Per omnia saecula saeculorum* —dijo.

—*Amen* —contestó Vincent.

Una vez acabado el Paternoster, el sacerdote, poniendo la hostia encima del cáliz, la partió por medio. Desprendió a continuación, de una de las mitades, una partícula que dejó caer en la preciosa Sangre, para significar la íntima unión que iba a contraer él con Dios mediante la comunión. Dijo en voz alta el *Agnus Dei*, recitó muy bajo las tres oraciones de rigor, hizo su acto de indignidad; y, con los codos en el altar, la patena bajo la barbilla, comulgó con ambas partes de la hostia a la vez. Después, tras haber unido las manos a la altura de su rostro, en una ferviente meditación, recogió sobre el corporal, con ayuda de la patena, las santas partículas desprendidas de la hostia, que vertió dentro del cáliz. Al ver que se le había pegado también una partícula al pulgar, la frotó con la punta del índice. Y, santiguándose con el cáliz, llevándose de nuevo la patena a la barbilla, tomó toda la preciosa Sangre, en tres

veces, sin apartar de los labios el borde de la copa, consumando hasta la última gota el divino sacrificio.

Vincent se había levantado para volver a buscar las vinajeras a la credencia. Pero la puerta del pasillo que conducía a la casa rectoral se abrió de par en par y se plegó contra la pared, dejando paso a una hermosa muchacha de veintidós años, de aspecto infantil, que llevaba algo oculto en el delantal.

—¡Hay trece! —gritó—. ¡Todos los huevos eran buenos!

Y entreabriéndose el delantal, mostrando una nidada de polluelos que rebullían, con las plumas apuntando y los ojos como puntos negros:

—¡Pero mirad!, ¡qué lindos son, qué encanto!... ¡Oh! ¡Ese blanquito que se les sube al lomo a los demás! ¡Y aquél, el moteado, que ya bate alas!... Los huevos eran un rato buenos. ¡Ni uno huero!

La Teuse, que a pesar de todo ayudaba a misa, pasándole las vinajeras a Vincent para las abluciones, se volvió y dijo en voz alta:

—¡Pero cállese, señorita Désirée! Ya ve que no hemos terminado.

Entraba por la puerta abierta un intenso olor a corral, que soplaba como un fermento de eclosión dentro de la iglesia, en el cálido sol que iba alcanzando el altar. Désirée permaneció un instante de pie, feliz de las criaturillas que portaba, mirando a Vincent verter el vino de la purificación, mirando a su hermano beber aquel vino, para que nada de las sagradas especies le quedara en la boca. Y aún seguía allí cuando él volvió, sosteniendo el cáliz con las dos manos, con el fin de recibir en el pulgar y en el índice el vino y el agua de la ablución, que se bebió igualmente. Pero llegaba cloqueando la gallina, buscando a sus crías, y amenazaba con entrar en la iglesia. Entonces, Désirée se marchó, con palabras maternas para los polluelos, en el momento en que el sacerdote, tras haber presionado el purificador sobre sus labios, lo pasaba por los bordes y después por el interior del cáliz.

Era el final, las acciones de gracias dadas a Dios. El ayudante fue a buscar una última vez el misal y lo volvió a llevar a la derecha. El sacerdote volvió a poner encima del cáliz el purificador, la patena y la palia; después, pellizó de nuevo los dos anchos pliegues del cubrecáliz y dejó la bolsa, en la que había metido el corporal doblado. Pedía al cielo la remisión de sus pecados, la gracia de una vida santa, el mérito de la vida eterna. Permanecía abismado en aquel milagro de amor, en aquella inmolación continua que lo alimentaba todos los días con la sangre y con la carne de su Salvador.

Tras haber leído las oraciones, se volvió, diciendo:

—*Ite, missa est.*

—*Deo gratias* —contestó Vincent.

Después, tras darse la vuelta para besar el altar, volvió, con la mano izquierda por debajo del pecho, la mano derecha extendida, bendiciendo la iglesia llena de los gozos del sol y del alboroto de los gorriones.

—*Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus.*

—*Amen* —dijo el monaguillo santiguándose.

El sol había crecido, y los gorriones se iban envalentonando. Mientras el sacerdote leía, en el cartón de la izquierda, el Evangelio de San Juan que anunciaba la eternidad del Verbo, el sol inflamaba el altar, blanqueaba los entrepaños de mármol falso, se comía las claridades de los dos cirios, cuyos cortos pabilos ya no formaban sino dos manchas oscuras. El astro triunfante acogía en su gloria la cruz, los candelabros, la casulla, el cubrecáliz, todo aquel oro que palidecía bajo sus rayos. Y cuando el sacerdote, cogiendo el cáliz, haciendo una genuflexión, abandonó el altar para volver a la sacristía, con la cabeza cubierta, precedido del ayudante, que se llevaba las vinajeras y el cornijal, el astro quedó como único dueño de la iglesia. Se había posado a su vez sobre la sabanilla, encendiendo en un esplendor la puerta del sagrario, celebrando las fecundidades de mayo. Subía calor de las losas. Los muros enjalbegados, la gran Virgen, incluso el gran Cristo, adquirían un escalofrío de savia, como si la muerte fuese vencida por la eterna juventud de la tierra.

III

LA Teuse se apresuró a apagar los cirios. Pero se entretuvo en querer echar a los gorriones. Por ello, cuando devolvió el misal a la sacristía, ya no encontró al abate Mouret, quien había guardado los sagrados ornamentos, tras lavarse las manos. Estaba ya en el comedor, de pie, desayunándose con un tazón de leche.

—Debería usted impedirle a su hermana que eche pan en la iglesia —dijo la Teuse al entrar—. El invierno pasado se le ocurrió esa gracia. Decía que los gorriones pasaban frío, que ya podía alimentarlos Dios Nuestro Señor... Verá como acabará por acostarnos a nosotros con sus gallinas y sus conejos.

—Más calor ya tendríamos —contestó alegremente el joven sacerdote—. Está usted siempre refunfuñando, Teuse. Deje que nuestra pobre Désirée les tenga cariño a sus animales, mujer. No tiene otro placer, la criatura.

La sirvienta se plantó en medio de la habitación.

—¡Oh! Lo que es usted —prosiguió— aceptaría que hasta las urracas construyesen sus nidos dentro de la iglesia. Usted no ve nada, todo le parece perfecto... Menuda suerte tiene su hermana de que se la trajera consigo al salir del seminario. Sin padre, sin madre. Me gustaría a mí saber quién le iba a dejar pasarse el día chapoteando como lo hace, en un corral.

Después, cambiando de tono, enterneciéndose:

—Claro, que sería una lástima contrariarla. No tiene malicia ninguna. No tiene ni diez años de edad, aunque sea una de las muchachas más fuertes de la región... Sabe usted, todavía la acuesto yo por las noches, y le tengo que contar cuentos para dormirla, como a una niña.

El abate Mouret se había quedado de pie, terminándose el tazón de leche, con los dedos un poco enrojecidos por la frescura del comedor, una gran habitación embaldosada, pintada de gris, sin más muebles que una mesa y unas sillas. La Teuse quitó una servilleta, que había extendido en una esquina de la mesa, para el desayuno.

—Poca ropa blanca ensucia usted —murmuró—. Cualquiera diría que no es capaz de sentarse, que siempre está a punto de irse... ¡Ah! ¡Si hubiera conocido al señor Caffin, el pobre difunto cura al que ha sustituido! ¡Ése sí que era un hombre delicado! Se le habría cortado la digestión, caso de comer de pie... Era normando, de Canteleu, como yo. ¡Oh! No le agradezco que me trajera a esta tierra de lobos. Los primeros tiempos, ¡lo que nos aburrimos, por Dios! El pobre cura había tenido asuntos muy desagradables en nuestro pueblo... ¡Anda! Señor Mouret, ¿no se ha echado el azúcar en la leche? Mire dónde están los dos terrones.

El sacerdote estaba posando la taza.

—Sí, se me ha olvidado, creo —dijo.

La Teuse lo miró de frente, encogiéndose de hombros. Envolvió en la servilleta una rebanada de pan moreno que también se había quedado encima de la mesa. Después, al ver que el cura iba a salir, corrió hacia él, se arrodilló, gritando:

—Espere, ni lleva atados los cordones de los zapatos... no sé cómo le resisten los pies, en estos zapatos de campesino. ¡Usted, tan monín, que tiene pinta de que le han mimado de lo lindo!... Vamos, muy bien tenía que conocerle el obispo para darle el curato más pobre del concejo.

—Pero —dijo el sacerdote sonriendo de nuevo— si fui yo quien escogió Los Artaud... Está usted muy bicho esta mañana, Teuse. ¿Es que no somos felices aquí? Tenemos todo lo que necesitamos, vivimos en una paz de paraíso.

Entonces ella se contuvo, rió a su vez, respondiendo:

—Es usted un santo varón, señor cura... Venga a ver lo pringosa que está mi colada. Más valdrá eso que discutir.

Tuvo que seguirla, porque amenazaba con no dejarle salir si no la cumplimentaba por su colada. Salía del comedor cuando se tropezó con un cascote en el pasillo.

—¿Y esto qué es?

—Nada —contestó la Teuse, con su aire terrible—. La casa rectoral, que se cae a pedazos. Pero usted se encuentra bien, tiene todo lo que necesita... ¡Ah! Por Dios, grietas no faltan. Míreme usted ese techo. ¡Será por rajadas! Si no morimos aplastados un día de éstos, tendremos que ponerle un buen cirio al ángel de la guarda. En fin, si usted está a gusto... Es como la iglesia. Dos años van que habríamos tenido que reponer los cristales rotos. En invierno, Dios Nuestro Señor se hiela. Además, así no se meterían esos granujas de los gorriones. Acabaré por pegar papel yo, se lo advierto.

—¡Anda!, pues es una idea —murmuró el sacerdote—, se podría pegar papel... En cuanto a las paredes, son más firmes de lo que uno cree. En mi habitación, el suelo sólo ha cedido delante de la ventana. La casa nos enterrará a todos.

Llegado al pequeño cobertizo, junto a la cocina, se extasió sobre la excelencia de la colada, queriendo complacer a la Teuse; incluso la tuvo que oler, meter los dedos en ella. Entonces, la anciana, encantada, se mostró maternal. Dejó de refunfuñar, corrió a buscar un cepillo, diciendo:

—¡No me irá a salir con barro de ayer en la sotana! Si la hubiera dejado en la barandilla, la tendría limpia... Todavía está curiosa esta sotana. Lo único, levántesela bien cuando atraviere un campo. Los cardos todo lo destrozan.

Y le hacía girar, como a un niño, sacudiéndolo de pies a cabeza, bajo los golpes violentos del cepillo.

—Ya, ya, ya es bastante —dijo él escapándose—. Mire por Désirée, ¿vale? Voy a decirle que salgo.

Pero en aquel momento, una voz clara llamó:

—¡Serge! ¡Serge!

Désirée llegaba corriendo, toda roja de alegría, destocada, con su melena negra recogida en un grueso moño en la nuca, con unas manos y unos brazos cubiertos de estiércol hasta los codos. Estaba limpiando sus gallinas. Cuando vio a su hermano a

punto de salir, con el breviario bajo el brazo, rió más fuerte, besándole a boca llena, echando las manos hacia atrás para no tocarle.

—No, no —balbuceaba—, te mancharía... ¡Oh! ¡Qué bien me lo estoy pasando! Verás los animales cuando vuelvas.

Y salió corriendo. El abate Mouret dijo que volvería hacia las once, para almorzar. Se marchaba, cuando la Teuse, que lo había acompañado hasta el umbral, le gritó sus últimas recomendaciones.

—No se le olvide hablar con Fray Archangias... Pásese también por casa de los Brichet; la mujer vino ayer, otra vez por lo de la boda esa... ¡Pero señor cura, escúcheme! Me he encontrado con la Rosalie. Ella no pediría más que casarse con Fortuné el alto. Hable con el tío Bambousse, igual ahora le escucha... Y no me vuelva a mediodía como el otro día. A las once, ande, a las once, ¿verdad?

Pero el sacerdote ya no se volvía. La Teuse volvió a entrar, diciendo entre dientes:

—¡Como si me escuchara!... Ni veintiséis años tiene, y hace lo que se le emperejila. Desde luego, en tocante a santidad le daría sopas con honda a un hombre de sesenta años; pero no ha vivido, no sabe nada, no le cuesta esfuerzo ser tan casto como un querubín, el pobretico.

IV

CUANDO el abate Mouret dejó de sentir a la Teuse detrás de sí, se detuvo, feliz de estar por fin solo. La iglesia estaba construida sobre un otero poco elevado, que descendía en pendiente suave hasta el pueblo; y se alargaba, semejante a una majada en desuso, horadada por anchas ventanas, alegrada por tejas rojas. El sacerdote se volvió, echando una mirada a la casa rectoral, un caserón grisáceo, adherido al propio costado de la nave; después, como si temiera ser atrapado de nuevo por el inagotable parloteo que zumbaba en sus oídos desde el amanecer, subió por la derecha, no se creyó en seguridad hasta estar delante del gran pórtico, en el que no se le alcanzaba a ver desde la casa rectoral. La fachada de la iglesia, desnuda, roída por los soles y las lluvias, estaba coronada por una angosta jaula de mampostería, en medio de la cual ponía su perfil negro una pequeña campana; se veía el extremo de la cuerda, que se colaba por las tejas. Seis peldaños rotos, medio enterrados por un extremo, conducían a la alta puerta redonda, agrietada, comida de polvo, de óxido, de telarañas, tan lamentable sobre sus goznes arrancados que parecía que los vendavales fueran a entrar al primer soplo. El abate Mouret, que le tenía cariño a aquella ruina, fue a respaldarse contra una de las hojas de la puerta, en la escalera de piedra. Desde allí, abarcaba de un solo vistazo toda la región. Con las manos en los ojos, miró, buscó por el horizonte.

En mayo, una vegetación formidable reventaba aquel suelo de guijarros. Colosales lavandas, matorrales de enebro, mantos de hierbas ásperas subían por la escalera, plantaban ramilletes de verdor oscuro hasta en lo alto de las tejas. El primer impulso de la savia amenazaba con llevarse la iglesia en volandas, metida en el recio monte bajo de las plantas nudosas. A aquella hora temprana, en plena faena de crecimiento, era un zumbido de calor, un largo esfuerzo silencioso que levantaba las rocas con un escalofrío. Pero el abate no sentía el ardor de aquel laborioso parto; creyó que el peldaño cojeaba y se respaldó contra la otra hoja de la puerta.

La región se extendía hasta dos leguas, cerrada por una muralla de colinas amarillas tachonadas de negro por bosques de pinos; región terrible de landas agostadas, de aristas rocosas que desgarraban el suelo. Los pocos rincones de tierra laborable eran charcas sangrantes, campos rojos, en los que se alineaban filas de almendros flacos, copas grises de olivo, hileras de viñas, que rayaban el campo con sus cepas morenas. Se habría dicho que un inmenso incendio había pasado por allí, sembrando en las alturas las cenizas de los bosques, abrasando las praderas, dejando su resplandor y su calor de horno en las oquedades. Apenas, de trecho en trecho, ponía su nota tierna el verde pálido de un cuadrado de trigo. El horizonte permanecía arisco, sin un hilillo de agua, muriéndose de sed, volándose en grandes polvaredas a los mínimos hálitos. Y, al final del todo, por un rincón derrumbado de las colinas del horizonte, se distinguía una lontananza de verdores húmedos, un atisbo del valle vecino, al que fecundaba el Viorne, un río bajado de las gargantas de Seille.

El sacerdote, con los ojos deslumbrados, bajó la mirada hacia el pueblo, cuyas pocas casas estaban diseminadas de cualquier manera, por debajo de la iglesia. Miserables casas, hechas de pura piedra y de tablones recibidos con argamasa, asentadas como cayeron al hilo de un estrecho camino, sin calles trazadas. Alcanzaban a una treintena, unas apiñadas en el estiércol, negras de miseria, las otras más amplias, más alegres, con sus tejas rosas. Retazos de huerta, conquistados encima de la roca, despleaban cuadrados de verduras, cortados por setos vivos. A aquella hora, Los Artaud estaba vacío; ni una mujer en las ventanas, ni un niño revolcado en el polvo; tan sólo bandadas de gallinas iban y venían, hurgando en la paja, buscando hasta el umbral de las casas, cuyas puertas dejadas abiertas bostezaban al sol con complacencia. Un gran perro negro, sentado sobre el trasero, a la entrada del pueblo, parecía guardarlo.

Una modorra embotaba poco a poco al abate Mouret. El sol que subía lo bañaba con tal tibieza que se dejaba caer contra la puerta de la iglesia, invadido por una paz dichosa. Pensaba en aquel pueblo de Los Artaud, surgido ahí, entre las piedras, igual que una de las vegetaciones nudosas del valle. Todos los habitantes eran parientes, todos llevaban el mismo nombre, hasta el punto de que adoptaban motes ya desde la cuna para distinguirse entre ellos. Un día había venido un antepasado, un Artaud, que se había establecido en aquella landa, como un paria; después, su familia había crecido, con esa hosca vitalidad de las hierbas que succionaban la vida de las rocas; su familia había acabado por ser una tribu, una comuna, cuyas parentelas se perdían, se remontaban a siglos. Se casaban entre sí, en una promiscuidad descarada; no se citaba un solo ejemplo de un Artaud que hubiera traído una mujer de un pueblo vecino; tan sólo se iban las muchachas, a veces. Nacían, morían atados a aquel rincón de tierra, pululando sobre su estiércol, lentamente, con una sencillez de árboles que rebrotaban de su propia simiente, sin tener una idea clara del ancho mundo, más allá de aquellas rocas amarillas entre las cuales vegetaban. Y no obstante, ya, entre ellos, había pobres y ricos; habían desaparecido gallinas, y los gallineros, por la noche, se cerraban con gruesos candados; un Artaud había matado a un Artaud, una noche, detrás del molino. Era, en el fondo de aquel cinturón desolado de colinas, un pueblo aparte, una raza brotada del suelo, una humanidad de trescientas cabezas que volvía a iniciar los tiempos.

Él, en cambio, conservaba toda la sombra muerta del seminario. Durante años, no había conocido el sol. Incluso aún lo ignoraba ahora, con los ojos cerrados, clavados en el alma, sin sentir otra cosa que desprecio por la naturaleza condenada. Durante mucho tiempo, en las horas de recogimiento, cuando la meditación lo prosternaba, había soñado con un desierto de ermitaño, algún agujero en una montaña, en el que nada de la vida, ni ser, ni planta, ni agua, viniera a distraerlo de la contemplación de Dios. Era un arranque de amor puro, un horror de la sensación física. Allí, muriéndose a sí mismo, con la espalda vuelta a la luz, habría esperado a dejar de ser, a perderse en la soberana blancura de las almas. El cielo se le aparecía totalmente

blanco, de un blanco de luz, como si nevaran azucenas, como si resplandecieran todas las purezas, todas las inocencias, todas las castidades. Pero su confesor lo reprendía cuando le contaba sus deseos de soledad, sus necesidades de candor divino; lo devolvía a las luchas de la Iglesia, a las exigencias del sacerdocio. Más tarde, después de su ordenación, el joven sacerdote había venido a Los Artaud a petición propia, con la esperanza de realizar su sueño de anulación humana. En medio de aquella miseria, sobre aquel suelo estéril, podría taparse los oídos a los ruidos del mundo, viviría en el sueño de los santos. Y desde hacía varios meses, en efecto, permanecía sonriente; apenas si algún escalofrío del pueblo lo turbaba de tanto en tanto; apenas si una mordedura más cálida del sol se le clavaba en la nuca cuando seguía los senderos, perdido en el cielo, sin oír el engendrar continuo por en medio del cual caminaba.

El gran perro negro que guardaba Los Artaud acababa de decidirse a subir junto al abate Mouret. Se había vuelto a sentar sobre el trasero, a sus pies. Pero el sacerdote permanecía perdido en la suavidad de la mañana. La víspera había iniciado los ejercicios del rosario de María; atribuía el gran gozo que descendía hasta él a la intercesión de la Virgen ante su divino Hijo. ¡Y cuán despreciables se le antojaban los bienes terrenales! ¡Con qué gratitud se sentía pobre! Al ingresar en las órdenes, tras haber perdido a su padre y a su madre el mismo día, a resultas de un drama cuyos horrores aún ignoraba, le había dejado a un hermano mayor que él toda la fortuna^[3]. Tan sólo permanecía unido al mundo por su hermana. Se había hecho cargo de ella, imbuido de una especie de ternura religiosa por su endeble cabeza. La pobrecilla era tan pueril, tan niña chica, que se le aparecía con la pureza de esos pobres de espíritu a los que el Evangelio otorga el reino de los cielos. No obstante, hacía algún tiempo que le preocupaba; se estaba poniendo demasiado fuerte, demasiado sana; olía demasiado a vida. Pero aquello era apenas un desasosiego. Él se pasaba los días en la existencia interior que se había compuesto, tras haberlo abandonado todo para darse entero. Cerraba la puerta de sus sentidos, procuraba liberarse de las necesidades del cuerpo, no era ya otra cosa que un alma arrebatada por la contemplación. La naturaleza no le presentaba más que trampas, más que inmundicias; él cifraba su gloria en hacerle violencia, en despreciarla, en desprenderse de su barro humano. El justo debe ser insensato en opinión del mundo. Por ello él se miraba a sí mismo como un exiliado en la tierra; no aspiraba más que a los bienes celestiales, sin poder comprender que se pusiera en una balanza una eternidad de dicha perfecta con unas cuantas horas de un gozo perecedero. Su razón lo engañaba, sus deseos mentían. Y, si avanzaba en la virtud, era sobre todo por su humildad y su obediencia. Quería ser el último de todos, estar sometido a todos, para que el rocío divino cayese sobre su corazón como sobre una arena árida; se decía cubierto de oprobio y de confusión, indigno para siempre de ser redimido del pecado. Ser humilde es creer, es amar. Él ni siquiera dependía ya de sí mismo, ciego, sordo, carne muerta. Era la cosa de Dios. Entonces, desde aquella abyección en la que se hundía, un hosanna lo arrebataba por encima de los felices y de los poderosos, en el resplandecer de una dicha sin fin.

En Los Artaud, el abate Mouret había encontrado, así, los embelesos del claustro, otrora tan ardientemente deseados, a cada una de sus lecturas de la Imitación. Nada en él había librado aún combate alguno. Era perfecto desde la primera vez que se arrodilló, sin lucha, sin sacudida, como fulminado por la gracia, en el olvido absoluto de su carne. Éxtasis de la cercanía de Dios que conocen algunos sacerdotes jóvenes; hora bienaventurada en la que todo calla, en la que los deseos no son sino una inmensa necesidad de pureza. Él no había cifrado su consuelo en criatura alguna. Cuando uno cree que una cosa lo es todo, nada podría derribarlo, y él creía que Dios lo era todo, que su humildad, su obediencia, su castidad lo eran todo. Recordaba haber oído hablar de la tentación como de una abominable tortura que somete a prueba incluso a los más santos. Él sonreía. Dios nunca lo había abandonado. Él caminaba dentro de su fe, igual que dentro de una coraza que lo protegía contra los mínimos hábitos maléficos. Recordaba que a los ocho años lloraba de amor por los rincones; no sabía lo que amaba; lloraba porque amaba a alguien, muy a lo lejos. Nunca se le había ido aquel enternecimiento. Más tarde, había querido ser sacerdote para satisfacer aquella necesidad de afecto sobrehumano que constituía su único tormento. No veía dónde amar más. Saciaba allí su ser, sus predisposiciones de raza, sus sueños de adolescente, sus primeros deseos de hombre. Si había de venir la tentación, él la esperaba con su serenidad de seminarista ignorante. Habían matado el hombre en él, él lo sentía, y estaba feliz de saberse aparte, criatura castrada, desviada, marcada por la tonsura igual que una oveja del Señor.

V

MIENTRAS tanto, el sol iba calentando el portón de la iglesia. Zumbaban moscas doradas alrededor de una gran flor que crecía entre dos de los peldaños de la escalera. El abate Mouret, un poco aturdido, se decidía a alejarse, cuando el gran perro negro echó a correr, ladrando violentamente, hacia la verja del pequeño cementerio, que se encontraba a la izquierda de la iglesia. Al mismo tiempo una voz áspera gritó:

—¡Ah! ¡Golfo, faltas a la escuela, y mira por dónde apareces en el cementerio!... ¡No digas que no! Llevo un cuarto de hora vigilándote.

El sacerdote se adelantó. Reconoció a Vincent, a quien tenía rudamente agarrado de una oreja un Hermano de las Escuelas Cristianas. El niño se encontraba como suspendido por encima de un barranco que bordeaba el cementerio y por cuyo fondo corría el Mascle, un torrente cuyas aguas blancas iban, a dos leguas de allí, a desembocar en el Viorne.

—¡Fray Archangias! —dijo suavemente el abate, para invitar a aquel hombre terrible a la indulgencia.

Pero el Hermano no soltaba la oreja.

—¡Ah! Es usted, señor cura —refunfuñó—. Este bribón se pasa la vida metido en el cementerio, ¿qué le parece? No sé qué mala jugada puede estar haciendo aquí... Debería soltarle para que fuera a partirse la crisma allá en el fondo. Le estaría bien empleado.

El niño no decía palabra, aferrado a la maleza, con los ojos hipócritamente cerrados.

—Tenga cuidado, Fray Archangias —prosiguió el sacerdote—; se podría resbalar. Y ayudó él mismo a Vincent a subir otra vez.

—Veamos, amiguito, ¿qué estabas haciendo ahí? No se debe jugar en los cementerios.

El rapazuelo había abierto los ojos, apartándose medrosamente del Hermano, poniéndose bajo la protección del abate Mouret.

—Se lo voy a decir —murmuró levantando su taimada cabeza hacia éste—. Hay un nido de currucas entre las zarzas, debajo de este peñasco. Llevo más de diez días acechándolo... Así que, como han roto el cascarón las crías, he venido esta mañana después de ayudarle a misa...

—¡Un nido de currucas! —dijo Fray Archangias—. ¡Espera, espera!

Se apartó, buscó encima de una tumba una pella de tierra y regresó para lanzarla contra las zarzas. Pero no acertó al nido. Un segundo terrón lanzado con más destreza zarandeó la frágil cuna y arrojó las crías al torrente.

—De esta manera —continuó sacudiéndose las manos para limpiárselas— tal vez no vengas más a merodear por aquí como un pagano... Irán los muertos a tirarte de los pies, por las noches, si los vuelves a pisar.

Vincent, que se había reído al ver el nido darse el chapuzón, miró a su alrededor, con el encogerse de hombros de un descreído.

—¡Oh! Yo no tengo miedo —dijo—. Los muertos ya no se mueven.

El cementerio, en efecto, nada tenía de aterrador. Era un terreno desnudo, en el que se perdían angostos pasadizos bajo la invasión de las hierbas. De trecho en trecho, había abultamientos que sacaban jorobas a la tierra. Una única piedra, de pie, nuevecita, la piedra del abate Caffin, ponía su recortarse blanco en el centro. Ninguna otra cosa, salvo brazos de cruz arrancados, bojs secos, viejas losas hendidas, comidas de musgo. No se enterraba ni dos veces al año. La muerte no parecía habitar aquel suelo baldío, al que la Teuse venía todas las noches a llenarse el halda de hierba para los conejos de Désirée. Tan sólo un ciprés gigantesco, plantado a la puerta, paseaba su sombra por el campo desierto. Aquel ciprés, que se veía desde tres leguas a la redonda, era conocido por toda la comarca con el nombre del Solitario.

—Está lleno de lagartos —añadió Vincent, que miraba el muro agrietado de la iglesia—. Nos divertiríamos un rato...

Pero salió de un brinco, viendo al Hermano alargar el pie. Éste le hizo notar al cura el mal estado de la verja. Estaba toda roída de herrumbre, con un gozne arrancado, la cerradura rota.

—Esto habría que arreglarlo —dijo.

El abate Mouret sonrió, sin contestar. Y, dirigiéndose a Vincent, que se estaba pegando con el perro:

—Dime, hijo —preguntó—, ¿sabes dónde está trabajando el tío Bambousse esta mañana?

El niño echó una ojeada al horizonte.

—Debe de estar en su tierra de las Olivettes —contestó con la mano extendida hacia la izquierda—. Además, ya le lleva Voriau, señor cura. Seguro que él sabe dónde está su amo.

Entonces, dio unas palmadas, gritando:

—¡Eh! ¡Voriau! ¡Eh!

El gran perro negro vaciló un instante, meneando la cola, procurando leer en los ojos del rapaz. Después, ladrando de alegría, bajó hacia el pueblo. El abate Mouret y Fray Archangias lo siguieron, charlando. Cien pasos más allá, Vincent los abandonaba hipócritamente, volviendo a subir hacia la iglesia, vigilándolos, dispuesto a arrojarlos detrás de un matorral si volvían la cabeza. Con flexibilidad de culebra, se coló de nuevo en el interior del cementerio, aquel paraíso en el que había nidos, lagartos, flores.

Entre tanto, mientras que Voriau los precedía por el camino polvoriento, Fray Archangias le decía al sacerdote, con su voz irritada:

—¡Deje usted!, señor cura, ¡semilla de condenados son, estos sapos! Deberíamos partirles el espinazo, para hacerlos agradables a Dios. Crecen en la irreligión, como sus padres. Quince años llevo aquí, y aún no he podido hacer un solo cristiano. ¡En

cuanto salen de mis manos, buenas noches! No ven más que por la tierra, por sus viñas, por sus olivos. Ni uno que ponga el pie en la iglesia. ¡Acémilas que se pelean con sus campos de pedregales!... ¡Llévemelos usted a bastonazos, señor cura, a bastonazos!

Después, recuperando aliento, añadió, con un gesto terrible:

—Fíjese usted, estos Artaud son como esas zarzas que se comen las rocas por aquí. Ha bastado con una sola cepa para que la región se envenenara. Se agarran, se multiplican, viven a pesar de todo. Hará falta el fuego del cielo, como en Gomorra, para limpiar esto.

—Nunca se debe dar por perdidos a los pecadores —dijo el abate Mouret, que caminaba a pasitos cortos, en su paz interior.

—No, éstos son de la piel del diablo —prosiguió con más violencia el Hermano—. Yo he sido campesino como ellos. Hasta los dieciocho años estuve cavando la tierra. Y más tarde, en la Institución, barrí, pelé verduras, hice los trabajos más burdos. Lo que les reprocho no es su recia tarea. Al contrario, Dios prefiere a los que viven en la bajeza... ¡Pero los Artaud se comportan como animales, ve usted! Son como sus perros, que no van a misa, que se burlan de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. ¡Fornicarían con sus tierras, de tanto como las quieren!

Voriau, con la cola al viento, se detenía, recuperaba su trote, tras cerciorarse de que los dos hombres lo seguían aún.

—Hay abusos deplorables, en efecto —dijo el abate Mouret—. Mi predecesor, el abate Caffin...

—Un pobre hombre —interrumpió el Hermano—. Nos llegó de Normandía, a resultas de un asunto muy feo. Aquí no pensó más que en vivir bien; dejó que todo se fuera al garete.

—No, ciertamente el abate Caffin hizo lo que pudo; pero hay que reconocer que sus esfuerzos fueron más o menos estériles. Los míos también quedan las más de las veces sin resultado.

Fray Archangias se encogió de hombros. Caminó un instante en silencio, contoneando su gran cuerpo delgado tallado a hachazos. El sol le pegaba en la nuca, de cuero curtido, dejando en sombra su duro rostro de campesino, afilado como un cuchillo.

—Escuche, señor cura —prosiguió por fin—, yo estoy demasiado bajo para hacerle a usted observaciones; lo único, que casi le doblo la edad y conozco esta tierra, cosa que me autoriza a decirle que por las buenas no llegará a nada... ¿Se entera?, el catecismo basta. Dios no tiene misericordia con los impíos. Los abrasa. Aténgase a eso.

Y como el abate Mouret, con la cabeza inclinada, no abría la boca, continuó:

—La religión se está yendo de los campos porque la hacen demasiado buenaza. Se la ha respetado mientras ha hablado como ama sin perdón... No sé lo que les enseñan a ustedes en los seminarios. Los curas nuevos lloran como niños con sus

parroquianos. Dios parece totalmente cambiado... Juraría, señor cura, que usted ya ni siquiera se sabe el catecismo de memoria.

El sacerdote, herido por aquella voluntad que procuraba imponerse de modo tan rudo, alzó la cabeza, diciendo con alguna sequedad:

—Bien está, su celo es digno de alabanza... Pero ¿no tiene nada que decirme? Ha venido esta mañana a la casa rectoral, ¿no?

Fray Archangias contestó brutalmente:

—Tenía que decirle lo que le he dicho... Los Artaud viven igual que sus cerdos. Ayer me enteré, para variar, de que Rosalie, la mayor del tío Bambousse, está preñada. Todas esperan a eso para casarse. Desde hace quince años, no he conocido una sola que no se haya ido a los trigos antes de pasar por la iglesia... ¡Y ellas te dicen, entre risas, que ésa es la costumbre de la región!

—Sí —murmuró el abate Mouret—, es un gran escándalo... Precisamente estoy buscando al tío Bambousse para hablarle de este asunto. Sería deseable, ahora, que se celebrase el matrimonio cuanto antes... El padre de la criatura, al parecer, es Fortuné, el hijo mayor de los Brichet. Desgraciadamente, los Brichet son pobres.

—¡Esta Rosalie! —prosiguió el Hermano—, tiene dieciocho años justos. Se pierden en los bancos de la escuela. No hace cuatro años, aún la tenía yo. Ya era una viciosa... Ahora tengo a su hermana Catherine, una criaja de once años que promete ser más desvergonzada que su hermana mayor. Se la encuentra uno por todos los recovecos con ese miserable de Vincent... Bah, ya les puedes tirar de las orejas hasta hacerles sangre, la mujer siempre crece en ellas. Llevan la condenación en las faldas. ¡Criaturas que sólo valen para arrojarlas al estiércol, con sus guarrerías que envenenan! Bien aliviados quedaríamos si estrangularan a todas las niñas al nacer.

El asco y el odio a la mujer le hicieron jurar como un carretero. El abate Mouret, tras haberle escuchado, con rostro sereno, acabó sonriendo por su violencia. Llamó a Voriau, que se había apartado en una tierra vecina.

—¡Eh, mire! —gritó Fray Archangias señalando un grupo de niños que jugaban en el fondo de una torrentera—, ¡ahí están mis granujas, que faltan a la escuela so pretexto de ir a ayudar a sus padres en las viñas!... No le quepa duda de que la piojosa de Catherine está en medio. Se divierte bajando a rastras. Le verá usted las faldas por encima de la cabeza. Mire, ¿qué le decía yo?... Hasta la noche, señor cura... ¡Esperad, esperad, bribones!

Y salió corriendo, con su sucio alzacuello volándole por encima del hombro^[4], su gran sotana grasienta arrancando los cardos. El abate Mouret lo miró caer en medio de la bandada de los niños, que salieron corriendo como un volar de gorriones espantados. Pero había logrado agarrar por las orejas a Catherine y a otro rapaz. Se los llevó hacia el lado del pueblo, sujetándolos firmemente con sus gruesos dedos velludos, abrumándolos de insultos.

El sacerdote reanudó su camino. Fray Archangias le causaba a veces extraños escrúpulos; se le aparecía en su vulgaridad, en su crudeza, como el auténtico hombre

de Dios, sin apego terrestre, entregado a la voluntad del cielo, humilde, rudo, con la inmundicia en la boca contra el pecado. Y se desesperaba por no poder despojarse más de su cuerpo, por no ser feo, inmundo, por no apear a la miseria de los santos. Siempre que el Hermano lo había soliviantado con palabras demasiado crudas, con alguna brutalidad demasiado presta, después se acusaba de sus delicadezas, de sus orgullos de natura, como de auténticas culpas. ¿No debía acaso estar muerto a todas las debilidades de este mundo? Esta vez también sonrió tristemente, considerando que había estado a punto de enfadarse por la arrebatada lección del Hermano. Era el orgullo, pensaba, quien procuraba perderle haciéndole considerar con desprecio a los simples. Pero, a su pesar, se sentía aliviado de estar solo, de irse a pasitos cortos, leyendo su breviario, liberado de aquella voz áspera que turbaba su sueño de inmaculada ternura.

VI

EL camino torcía entre derrumbes de rocas, en medio de los cuales los campesinos, de trecho en trecho, habían conquistado cuatro o cinco metros de tierra gredosa, plantada de olivos viejos. Bajo los pies del abate, el polvo de las profundas rodaderas tenía leves crujidos de nieve. A veces, al recibir en la cara un soplo más cálido, alzaba los ojos de su libro, buscando de dónde le venía aquella caricia; pero su mirada seguía difusa, perdida sin verlo en el horizonte inflamado, en las líneas retorcidas de aquel campo de pasión, desecado, privado bajo el sol, en un revolcarse de mujer ardiente y estéril. Se calaba el sombrero hasta la frente, para librarse de aquellos tibios hálitos; reanudaba su lectura, apaciblemente; mientras que su sotana, tras de él, levantaba una pequeña polvareda, que rodaba al ras del camino.

—Buenos días, señor cura —le dijo un campesino que pasaba.

Unos ruidos de azada, a lo largo de las hazas de tierra, lo volvían a sacar de su recogimiento. Giraba la cabeza, veía en medio de las viñas a altos ancianos nudosos que lo saludaban. Los Artaud, a pleno sol, fornicaban con la tierra, según el decir de Fray Archangias. Eran frentes sudorosas que aparecían detrás de los matorrales, pechos jadeantes que se enderezaban despacio, un esfuerzo ardiente de fecundación, por entre el que él caminaba con su paso tan sereno de ignorancia. Nada turbador llegaba hasta su carne de aquel gran esfuerzo de amor del que se iba llenando la espléndida mañana.

—¡Eh! ¡Voriau, que no hay que comerse a todo el mundo! —gritó alegremente una voz fuerte, haciendo callar al perro, que ladraba con violencia.

El abate Mouret levantó la cabeza.

—Es usted, Fortuné —dijo, adelantándose hasta el borde de la tierra en la que estaba trabajando el joven campesino—. Precisamente con usted quería hablar.

Fortuné tenía la misma edad que el sacerdote. Era un buen mozo, de aspecto atrevido, con la piel ya curtida. Estaba roturando un rincón de landa pedregosa.

—¿Por, señor cura? —preguntó.

—Por lo que ha ocurrido entre Rosalie y usted —contestó el sacerdote.

Fortuné se echó a reír. Le debía de parecer gracioso que un sacerdote se ocupara de una cosa semejante.

—Toma —murmuró—, es que ella también quiso. Yo no la forcé... ¡Qué le vamos a hacer si el tío Bambousse se niega a dármela! Ya ha visto usted que antes su perro me quería morder. Lo azuza contra mí.

El abate Mouret iba a continuar cuando el viejo Artaud llamado Brichet, a quien inicialmente no había visto, salió de la sombra de un matorral, detrás del cual estaba comiendo con su mujer. Era bajito, secado por la edad, el rostro humilde.

—Le habrán ido contando embustes, señor cura —exclamó—. El chico está más que dispuesto a casarse con la Rosalie... La juventud se busca. No es culpa de nadie. Otros hay que han hecho lo mismo que ellos y que no por eso han vivido menos

bien... El asunto no depende de nosotros. Hay que hablar con Bambousse. Es él el que nos desprecia, porque tiene dinero.

—Sí, nosotros somos demasiado pobres —gimió la tía Brichet, una mujer grandona y llorica, que se levantó a su vez—. No tenemos más que este cacho de tierra, en el que el diablo nos graniza piedras, claro está. No nos da pan... De no ser por usted, señor cura, no podríamos vivir.

La tía Brichet era la única devota del pueblo. Una vez que había comulgado, merodeaba alrededor de la casa rectoral, sabiendo que la Teuse siempre le guardaba un par de panes de la última hornada. A veces, incluso, se llevaba un conejo o una gallina que le daba Désirée.

—Son escándalos continuos —prosiguió el sacerdote—. Ese matrimonio debe celebrarse cuanto antes.

—Pues inmediatamente, cuando los otros quieran —dijo la anciana, muy preocupada por los regalos que recibía—. ¿Verdad? Brichet, no seremos nosotros tan malos cristianos como para contrariar al señor cura.

Fortuné se reía, sarcástico.

—Yo estoy dispuesto —declaró—, y la Rosalie también... Ayer la vi, detrás del molino. No estamos enfadados, al contrario. Nos quedamos juntos, riéndonos...

El abate Mouret le interrumpió:

—Bien está. Voy a hablar con Bambousse. Está ahí en las Olivettes, creo.

El sacerdote se alejaba cuando la tía Brichet le preguntó qué había sido de su pequeño Vincent, que se había marchado muy temprano para ir a ayudar a misa. Era un bribón que tenía mucha necesidad de los consejos del señor cura. Y acompañó al sacerdote durante un centenar de pasos, quejándose de su miseria, de las patatas que escaseaban, del frío que había helado los olivos, de los calores que amenazaban con abrasar las flacas cosechas. Se separó de él afirmándole que su hijo Fortuné recitaba sus oraciones, mañana y noche.

Voriau, ahora, precedía al abate Mouret. Bruscamente, en un recodo del camino, echó a correr hacia las tierras. El abate tuvo que tomar un senderillo que subía por una ladera. Estaba en las Olivettes, el trozo más fértil de la región, en el que el alcalde del municipio, Artaud, llamado Bambousse, poseía varios campos de trigo, unos olivos y unas viñas. Mientras tanto, el perro se había arrojado a las faldas de una muchacha alta y morena, que se echó a reír con ganas al ver al sacerdote.

—¿Está aquí su padre, Rosalie? —le preguntó éste.

—Ahí al ladito —dijo ella, extendiendo la mano, sin dejar de sonreír.

Después, abandonando la esquina de la tierra que estaba escardando, echó a andar delante de él. Su embarazo, poco avanzado, se indicaba tan sólo en un leve engrasamiento de las caderas. Tenía ese contoneo poderoso de las trabajadoras fuertes, destocada al sol, con la nuca enrojecida, con cabellos negros agarrados como crines. Sus manos, manchadas de verdín, olían a las hierbas que estaba arrancando.

—Padre —gritó—, ha venido el señor cura y pregunta por usted.

Y no se retiró, descarada, conservando su risa socarrona de animal impúdico. Bambousse, gordo, sudoroso, carirredondo, soltó su tarea para acudir alegremente al encuentro del abate.

—Juraría que quiere usted hablarme de las reparaciones de la iglesia —dijo, sacudiéndose las manos llenas de tierra—. ¡Pues no!, señor cura, no es posible. El municipio no tiene un céntimo... Si Dios Nuestro Señor pone el yeso y las tejas, nosotros pondremos los albañiles.

Aquella broma de campesino incrédulo le hizo soltar una carcajada enorme. Empezó a darse golpes en los muslos, tosió, a punto estuvo de atragantarse.

—No he venido por la iglesia —respondió el abate Mouret—. Quería hablarle de su hija Rosalie...

—¿Rosalie? Pues ¿qué le ha hecho? —preguntó Bambousse entornando los ojos.

La campesina miraba al joven sacerdote con insolencia, yendo de sus manos blancas a su cuello de muchacha, disfrutando, procurando que se pusiera rosa. Pero él, crudamente, con rostro apacible, como hablando de una cosa que no sentía:

—Usted sabe lo que quiero decir, tío Bambousse. Está encinta. Hay que casarla.

—¡Ah!, es por eso —murmuró el anciano con su aire guasón—. Gracias por traer el recado, señor cura. Le mandan los Brichet, ¿verdad? La tía Brichet va a misa y usted le echa una mano para colocar a su hijo; se comprende... Pero yo no entro en eso. El negocio no me conviene. Se acabó.

El sacerdote, sorprendido, le explicó que había que atajar el escándalo, que tenía que perdonar a Fortuné, ya que éste estaba dispuesto a reparar su falta, en fin, que el honor de su hija exigía un pronto casamiento.

—Ta, ta, ta —prosiguió Bambousse sacudiendo la cabeza—, ¡qué de palabras! A mi hija me la quedo yo, ¿me oye? Todo eso no es asunto mío... Menudo piojoso, el Fortuné ese. Ni dos ochavos vale. Qué comodidad si, para casarse con una muchacha, bastara con irse con ella. ¡Toma! Entre jóvenes, se verían bodas mañana y noche... ¡A Dios gracias!, a mí no me preocupa Rosalie: sabemos lo que le ha ocurrido; eso no la deja ni coja, ni jorobada, y se casará con quien ella quiera de la región.

—Pero ¿y el niño? —interrumpió el sacerdote.

—¿El niño? Aquí no está, ¿no? Igual no llega a estar nunca... Si se le logra el niño, ya veremos.

Rosalie, viendo qué cariz tomaba la gestión del cura, creyó que procedía hundirse los puños en los ojos, gimiendo. Incluso se dejó caer al suelo, enseñando sus medias azules que le subían por encima de las rodillas.

—¡A ver si te callas, perra! —gritó el padre enfurecido.

Y la trató innoblemente, con palabras crudas que la hacían reírse por lo bajo, bajo sus puños cerrados.

—Si te encuentro con tu macho, os ato juntos y os llevo así delante de la gente... ¿No te quieres callar? ¡Espera, bribona!

Recogió un terrón, que le arrojó violentamente, a cuatro pasos. El terrón se le aplastó contra el moño, deslizándosele por el cuello, cubriéndola de polvo. Aturdida, se levantó de un brinco y echó a correr, con la cabeza entre las manos para protegerse. Pero a Bambousse le dio tiempo a volver a alcanzarla con otros dos terrones: uno no hizo más que rozarle el hombro izquierdo; el otro le acertó en pleno espinazo, con tal rudeza que cayó de rodillas.

—¡Bambousse! —exclamó el sacerdote, arrancándole un puñado de guijarros que acababa de coger.

—¡Deje usted, señor cura! —dijo el campesino—. Era tierra blanda. Habría debido arrojarle estos guijarros... Bien se echa de ver que no conoce usted a las chicas. Son un rato duras. ¡A ésa, la podría poner a remojo en el fondo del pozo, partirle los huesos a garrotazos, que no por eso dejaría de ir a sus guarrerías! ¡Pero la tengo vigilada, y como la pille!... En fin, todas son iguales.

Se consolaba. Bebió un trago de vino de una gran garrafa plana, guarnecida de esparto, que se calentaba sobre la tierra ardiente. Y, recuperando su risa gruesa:

—Si tuviera un vaso, señor cura, le ofrecería de mil amores.

—Entonces —preguntó de nuevo el sacerdote—, ¿esa boda?...

—No, no se puede hacer, se reirían de mí... Rosalie es buena moza. Vale por un hombre, ¿ve usted? No tendré más remedio que alquilar un mozo el día que ella se me vaya... Volveremos a hablar de esto después de la vendimia. Y además, no quiero que me roben. Toma y daca, ¿no es así?

El sacerdote se quedó allí aún media hora larga predicándole a Bambousse, hablándole de Dios, dándole todas las razones que la situación comportaba. El anciano se había vuelto a poner a su tarea; se encogía de hombros, bromeaba, obstinándose más. Acabó gritando:

—En fin, si me pidiera un saco de trigo, me daría dinero... ¿Por qué quiere que deje ir a mi hija por nada?

El abate Mouret, descorazonado, se marchó. Según bajaba el sendero, vio a Rosalie revolcándose bajo un olivo con Voriau, que le lamía la cara, cosa que la hacía reír. Le decía al perro, con las faldas al vuelo, los brazos golpeando la tierra:

—Que me haces cosquillas, animalón. ¡Para!

Después, cuando vio al sacerdote, puso cara de sonrojo, se recogió la ropa, con los puños otra vez sobre los ojos. Él procuró consolarla, prometiéndole intentar nuevos esfuerzos ante su padre. Y añadió que, mientras tanto, ella debía obedecer, dejar toda relación con Fortuné, no agravar más su pecado.

—¡Oh!, ahora —murmuró ella sonriendo con su aire descarado—, ya no hay peligro, como ya está.

Él no entendió, le pintó el infierno, en donde arden las mujeres malas. Después se separó de ella, tras haber cumplido con su deber, de nuevo imbuido de aquella serenidad que le permitía pasar sin una sola turbación por entre las inmundicias de la carne.

VII

LA mañana se iba poniendo ardiente. En aquel amplio circo de rocas, el sol encendía, en cuanto venían los primeros días buenos, un refulgir de horno. El abate Mouret, por la altura del astro, comprendió que tenía escasamente el tiempo de volver a la casa rectoral, si quería estar allí a las once, para que no le riñera la Teuse. Leído su breviario, hecha su gestión ante Bambousse, volvía a pasos apresurados, mirando a lo lejos la mancha gris de su iglesia, con la alta barra negra que el gran ciprés, el Solitario, ponía sobre el azul del horizonte. En la modorra del calor, iba considerando la manera más rica posible con la que, aquella tarde, decoraría la capilla de la Virgen para los ejercicios del Mes de María. El camino tendía delante de él una alfombra de polvo blanda para los pies, una pureza de restallante blancura.

En la Croix-Verte, según iba el abate a atravesar la carretera que lleva de Plassans a la Palud, un cabriolé que bajaba la cuesta le obligó a ponerse a cubierto tras un montón de piedras. Atravesaba el cruce, cuando una voz le llamó.

—¡Eh! ¡Serge! ¡Eh! ¡Muchacho!

El cabriolé se había detenido, un hombre se inclinaba. Entonces, el joven sacerdote reconoció a un tío suyo, el doctor Pascal Rougon, al que el pueblo de Plassans, en donde cuidaba a los pobres de balde, llamaba «el señor Pascal» a secas. Aunque apenas había rebasado los cincuenta, ya estaba de un blanco de nieve, con una gran barba y abundantes cabellos, en medio de los cuales su hermoso y equilibrado rostro adquiría una finura llena de bondad.

—¿A estas horas andas pateando el polvo? —dijo alegremente, inclinándose más para estrechar las dos manos del abate—. ¿Es que no te dan miedo las insolaciones?

—Pues no más que a usted, tío —contestó el sacerdote riendo.

—¡Oh! Yo llevo la capota del coche. Además, los enfermos no esperan. La gente se muere en todo tiempo, hijo mío.

Y le contó que iba con prisas a casa del viejo Jeanbernat, el intendente del Paradou, que había sufrido una apoplejía durante la noche. Había venido a buscarle un vecino, un labrador que se dirigía al mercado de Plassans.

—A la hora que es estará muerto ya —continuó—. En fin, siempre hay que ver... Esos viejos diablos tienen la vida un rato dura.

Levantaba el látigo cuando el abate Mouret le detuvo.

—Espere... ¿Qué hora tiene usted, tío?

—Las once menos cuarto.

El abate dudaba. Escuchaba en sus oídos la voz terrible de la Teuse, gritándole que se le iba a quedar frío el almuerzo. Pero le echó valor y prosiguió inmediatamente:

—Me voy con usted, tío... Ese desdichado quizá quiera reconciliarse con Dios en su última hora.

El doctor Pascal no pudo contener una carcajada.

—¡Él! ¡Jeanbernat! —dijo—, ¡ah!, ¡vamos!, ¡lo que es a ése, si algún día lo conviertes!... No importa, tú vente. Es capaz de ponerse bueno sólo con verte.

El sacerdote subió. El doctor, que pareció lamentar su chanza, se mostró muy afectuoso mientras le dirigía al caballo ligeros chasquidos de lengua. Miraba a su sobrino curiosamente, con el rabillo del ojo, con ese aire agudo de los sabios que toman notas. Lo interrogó, con frases cortas, con bonhomía, sobre su vida, sobre sus costumbres, sobre la felicidad tranquila de la que gozaba en Los Artaud. Y, a cada respuesta satisfactoria, murmuraba, como hablándose a sí mismo, con un tono tranquilizado:

—Pues mejor que mejor, perfecto.

Insistió sobre todo en el estado de salud del joven cura. Éste, extrañado, le aseguraba que se encontraba de maravilla, que no tenía ni vértigos, ni náuseas, ni dolores de cabeza.

—Perfecto, perfecto —repetía el tío Pascal—. En la primavera, ¿sabes?, la sangre se revoluciona. Pero tú eres fuerte... A propósito, vi a tu hermano Octave, en Marsella, el mes pasado. Se va a marchar a París, allí tendrá una buena situación en el comercio de altura. ¡Ah!, el buen mozo, menuda vida lleva.

—¿Qué vida? —preguntó ingenuamente el sacerdote.

El doctor, para evitar responder, chasqueó la lengua. Después reanudó:

—En fin, todo el mundo se encuentra bien, tu tía Félicité, tu tío Rougon y los demás... No quita que tengamos mucha necesidad de tus oraciones. Tú eres el santo de la familia, chaval; cuento contigo para lograr la salvación de toda la cuadrilla.

Reía, pero con tanta amistad que hasta el propio Serge llegó a bromear.

—Es que en el lote —continuó— entran unos cuantos que no serán fáciles de llevar al paraíso. Oirías buenas confesiones si vinieran uno tras otro... Yo no necesito que se confiesen, los sigo de lejos, tengo sus historiales en mi casa, junto con mis herbarios y mis apuntes de práctico facultativo. Un día, podré establecer un cuadro de notable interés... ¡Ya veremos, ya veremos!

Se dejaba ir, presa de un entusiasmo juvenil por la ciencia. Un vistazo arrojado a la sotana de su sobrino le paró en seco.

—Tú eres cura —murmuró—; has hecho bien, de cura se es muy feliz. Se te metió hasta dentro, ¿no?, de modo que mira, te has encaminado hacia el bien... Bah, nunca te habrías conformado con otra cosa. Tus parientes, que empezaban como tú, por más mezquindades que han hecho, no se han hartado aún... En ese barullo todo tiene lógica, hijo mío. Un sacerdote completa la familia. Era forzoso, por otra parte. Nuestra sangre tenía que ir a parar ahí... Mejor para ti, eres el que más suerte ha tenido.

Pero se corrigió, sonriendo de un modo extraño.

—No; la que más suerte ha tenido es tu hermana Désirée.

Silbó, dio un latigazo, cambió de conversación. El cabriolé, tras haber subido una pendiente bastante recia, avanzaba entre gargantas desoladas; después, llegó a una

meseta, metido por un camino encajonado que iba a la par de una alta tapia interminable. Los Artaud habían desaparecido; aquello era pleno desierto.

—Nos vamos acercando, ¿verdad? —preguntó el sacerdote.

—Esto es el Paradou —contestó el doctor, señalando la tapia—. ¿Así es que nunca has venido por aquí? No estamos ni a una legua de Los Artaud... Una propiedad que debió de ser soberbia, el Paradou este. La tapia del parque, por este lado, tiene sus buenos dos kilómetros. Pero, desde hace más de cien años, aquí todo crece a la buena de Dios.

—Hay árboles hermosos —hizo notar el abate, alzando la cabeza, sorprendido de las masas de verdor que desbordaban.

—Sí, esta parte es muy fértil. Por eso el parque es un auténtico bosque, en medio de las rocas peladas que lo rodean... Además, de aquí es de donde sale el Mascle. Me han hablado de tres o cuatro manaderos, creo.

Y, en frases entrecortadas, interrumpidas por incidencias extrañas al asunto, contó la historia del Paradou, una especie de leyenda que corría por la región. En tiempos de Luis XV, un caballero había construido en él un palacio soberbio, con inmensos jardines, estanques, caídas de agua, estatuas, todo un Versalles en pequeño perdido entre las piedras, bajo el potente sol del Mediodía. Pero tan sólo había venido a pasar en él una temporada, en compañía de una mujer adorablemente hermosa, que seguramente murió allí, porque nadie la había visto salir. El año siguiente, el castillo ardió, se clavaron las puertas del parque, incluso las propias troneras de las tapias se cegaron con tierra; hasta tal punto que, desde aquella época lejana, ni una sola mirada había entrado en ese amplio recinto, que ocupaba entera una de las altas mesetas de las Garrigues.

—No faltarán ortigas —dijo riendo el abate Mouret—. Huele a húmedo todo a lo largo de esta tapia, ¿no le parece, tío?

Después, tras un silencio:

—¿Y de quién es el Paradou ahora? —preguntó.

—A fe mía que no se sabe —contestó el doctor—. El propietario vino a la región hace unos veinte años. Pero le espeluznó de tal modo este nido de culebras que no volvió a aparecer... El auténtico dueño es el guardés de la propiedad, ese anciano originario de Jeanbernat, que encontró manera de alojarse en un pabellón cuyas piedras aún se tenían de pie... Mira, ahí lo ves, ese caserón gris de ahí, con esas ventanas grandes comidas de hiedra.

El cabriolé pasó por delante de una verja señorial, toda sangrante de herrumbre, guarnecida en el interior por tablones mamposteados. Los fosos estaban negros de zarzas. A un centenar de metros, el pabellón habitado por Jeanbernat se encontraba enclavado dentro del parque, al que daba una de sus fachadas. Pero el guardés parecía haber parapetado su vivienda por aquel lado; había roturado una estrecha huerta que daba al camino; allí vivía, mirando al sur, dándole la espalda al Paradou, sin parecer echar cuenta de la enormidad de los verdes que desbordaban detrás de él.

El joven sacerdote saltó a tierra, mirando con curiosidad, interrogando al doctor que se apresuraba a atar el caballo a una argolla empotrada en la tapia.

—¿Y ese anciano vive solo, en el fondo de este agujero perdido? —preguntó.

—Sí, completamente solo —contestó el tío Pascal.

Pero se corrigió.

—Tiene consigo a una sobrina con la que le tocó cargar, una chica muy peculiar, asilvestrada... Démonos prisa. Todo parece muerto en la casa.

VIII

AL sol de mediodía, sesteaba la casa, con las persianas echadas, entre el zumbido de las gruesas moscardas, que subían por la hiedra arriba hasta las tejas. Una paz feliz bañaba aquella ruina soleada. El doctor empujó la puerta del estrecho huerto, rodeado por un seto vivo, muy elevado. Allí, a la sombra de un lienzo de pared, Jeanbernat, enderezando su alta estatura, fumaba tranquilamente su pipa, sumergido en aquel gran silencio, mirando crecer sus verduras.

—¡Cómo! ¡Si está de pie, farsante! —gritó el doctor, estupefacto.

—¿Es que venía usted a enterrarme? —rezongó el anciano con rudeza—. No necesito a nadie. Me he sangrado...

Se detuvo en seco al ver al sacerdote, y puso un gesto tan terrible que el tío Pascal se apresuró a intervenir.

—Es mi sobrino —dijo—, el nuevo cura de Los Artaud, un buen mozo... ¡Qué diablos!, no hemos corrido los caminos a semejante hora para comérselo, tío Jeanbernat.

El viejo se calmó un poco.

—No quiero meapilas en mi casa —murmuró—. No hace falta más para reventar a la gente. ¿Me oye, doctor? Ni drogas ni sacerdotes cuando me vaya; en otro caso, perdemos las amistades... Éste, que entre de todos modos, ya que es sobrino de usted.

El abate Mouret, desconcertado, no fue capaz de replicar palabra. Permanecía de pie, en medio de un sendero, examinando aquella extraña figura, a aquel solitario respunteado de arrugas, con cara de ladrillo cocido, con miembros desecados y retorcidos como manojos de cuerdas, que parecía llevar auestas sus ochenta años con un desdén irónico por la vida. Como el doctor intento tomarle el pulso, se volvió a enfadar.

—¡Que me deje en paz! ¡Que me he sangrado yo con mi cuchillo, le estoy diciendo! Ahora, se acabó... ¿Quién ha sido el bruto del campesino que le ha ido a molestar? ¡El médico, el sacerdote, por que no los de pompas fúnebres!... En fin, qué quiere usted, la gente es tonta. No vamos a dejar de echar un trago por eso.

Sirvió una botella y tres vasos en una vieja mesa, que sacó a la sombra. Una vez llenados los vasos hasta el borde, quiso brindar. Su ira se iba fundiendo en una alegría guasona.

—Con esto no se va a envenenar, señor cura —dijo—. Un vaso de buen vino no es pecado... Fíjese, ésta es la primera vez que me tomo un chato con una sotana, dicho sea sin ánimo de ofender. Aquel pobre abate Caffin, su predecesor, se negaba a discutir conmigo... Le daba miedo.

Y soltó una ancha risa, continuando:

—Imagínense que se había empeñado en demostrarme que Dios existe... Así que ya nunca me veía con él sin desafiarlo. Se largaba con las orejas gachas, se lo aseguro.

—¡Cómo que Dios no existe! —exclamó el abate Mouret, saliendo de su mutismo.

—¡Oh!, como quiera —prosiguió burlonamente Jeanbernat—. Volveremos a las andadas usted y yo, si es que eso le complace... Lo único, le advierto que soy duro de pelar. Ahí arriba, en una habitación, hay unos cuantos millares de volúmenes salvados del incendio del Paradou, todos los filósofos del siglo XVIII, un montón de libros sobre la religión. De las cosas que me he enterado, ahí dentro. Llevo veintiún años leyéndolos... ¡Ah! ¡Hombre!, encontrará usted buena réplica, señor cura.

Se había levantado. Con un largo gesto, señaló el horizonte entero, la tierra, el cielo, repitiendo solemnemente:

—No hay nada, nada, nada... Cuando soplen el sol, se acabó.

El doctor Pascal había dado un ligero codazo al abate Mouret. Guiñaba los ojos, estudiando curiosamente al anciano, aprobando con la cabeza para incitarle a hablar.

—O sea, tío Jeanbernat, que es usted materialista —preguntó.

—¡Eh! Yo no soy más que un pobre hombre —contestó el viejo encendiendo de nuevo la pipa—. Cuando murió de una caída de caballo el conde de Corbière, de quien yo era hermano de leche, los hijos me enviaron a guardar este parque de la Bella Durmiente para quitarme de en medio. Yo tenía sesenta años, me creía acabado. Pero la muerte se olvido de mí. Y tuve que apañarme una covacha... Fíjense, cuando uno vive solo, acaba por ver las cosas de una manera peculiar. Los árboles dejan de ser árboles, la tierra adquiere maneras de persona viva, las piedras te cuentan historias... Tonterías, al fin. Sé secretos que les tirarían de espaldas. Además, ¿qué quieren ustedes que haga uno, en este diablo de desierto? Me he leído los libros, más me ha entretenido eso que la caza... El conde, que juraba como un pagano, siempre me había repetido: «Jeanbernat, hijo mío, cuento con volver a encontrarte en el infierno, para que me sirvas allá abajo como me hayas servido aquí arriba».

Hizo de nuevo su amplio gesto alrededor del horizonte, prosiguiendo:

—¿Lo oye?, nada, no hay nada... Todo esto es pura comedia.

El doctor Pascal se echó a reír.

—Hermosa comedia, en todo caso —dijo—. Tío Jeanbernat, no se ande con tapujos. Me da que está enamorado, con esos aires hastiados que se gasta. Bien tiernamente que hablaba antes de los árboles y de las piedras.

—No, se lo aseguro —murmuró el anciano—, se me pasó. Antaño, es cierto, cuando le conocí a usted e íbamos a herborizar juntos, sí que era lo bastante bobo como para amar todo tipo de cosas, en ese gran mentiroso que es el campo. Menos mal que eso lo mataron los libros... Me gustaría que mi huerto fuese más pequeño; no salgo al camino ni dos veces al año. ¿Ve usted ese banco? Ahí me paso los días, mirando crecer mis lechugas.

—¿Y las excursiones que se hacía por el parque? —interrumpió el doctor.

—¿Por el parque? —repitió Jeanbernat con aire de profunda sorpresa—, ¡pero si llevo más de doce años sin poner los pies en él! ¿Qué quiere usted que vaya a hacer

yo en mitad de ese cementerio? Es demasiado grande. Es una estupidez, esos árboles que no se acaban nunca, con musgo por todas partes, estatuas rotas, hoyos en los que uno está a punto de partirse el cuello a cada paso. La última vez que fui, había tal negrura bajo las hojas, las flores silvestres apestaban con tal intensidad, pasaban por las calles hálitos tan extraños, que me entró como miedo. Y me atrincheré para que el parque no se me metiese aquí... Un rincón al sol, tres pies de lechugas delante de mí, un seto que me tapa todo el horizonte, con eso ya sobra para ser feliz. Nada, eso es lo que yo querría, nada de nada, algo tan estrecho que el exterior no pudiese venir a molestarme. Dos metros de tierra, si quiere usted, para reventar boca arriba.

Dio un puñetazo encima de la mesa, alzando bruscamente la voz, gritándole al abate Mouret:

—Vamos, otro trago, señor cura. ¡Venga, hombre, que no está el diablo en el fondo de la botella!

El sacerdote notaba que se le iba la cabeza. Se sentía sin fuerza para devolver a Dios a aquel extraño anciano, cuya razón se le antojó singularmente trastornada. Ahora recordaba ciertos parloteos de la Teuse sobre el Filósofo, nombre que los campesinos de Los Artaud daban a Jeanbernat. Por su memoria revoloteaban difusamente retazos de historias escandalosas. Se levantó, haciéndole una seña al doctor, queriendo marcharse de aquella casa en la que creía respirar un olor de condenación. Pero, en su temor sordo, lo retenía una singular curiosidad. No se movía de allí, yendo hasta el extremo del huertecillo, escudriñando el vestíbulo con la mirada, como para ver más allá, detrás de las paredes. Por la puerta abierta de par en par no veía más que el negro hueco de la escalera. Y volvía, buscando algún agujero, algún punto de fuga sobre aquel mar de hojas, cuya vecindad sentía, en un ancho murmullo que parecía golpear la casa con un ruido de oleaje.

—¿Y la niña está bien? —preguntó el doctor cogiendo el sombrero.

—No va mal —contestó Jeanbernat—. Nunca está. Desaparece durante mañanas enteras... Con todo, puede que esté en las habitaciones de lo alto.

Levantó la cabeza, llamó:

—¡Albine! ¡Albine!

Después, encogiéndose de hombros:

—¡Pues sí! Sí, menuda pelandusca está hecha... Adiós, señor cura. A su entera disposición.

Pero el abate Mouret no tuvo tiempo de recoger aquel desafío del Filósofo. Una puerta acababa de abrirse bruscamente, al fondo del vestíbulo; se había hecho un boquete resplandeciente, en lo negro del muro. Fue como una visión de selva virgen, un ahondarse de oquedal inmenso, bajo una lluvia de sol. En aquel relámpago, el sacerdote captó con claridad, a lo lejos, detalles precisos: una gran flor amarilla en el centro de un césped, un lienzo de agua que caía de una piedra alta, un árbol colosal lleno de un volar de pájaros; todo ello anegado, perdido, llameante, en medio de tal

mezcolanza de verdor, de un desenfreno tal de vegetación, que el horizonte entero no era más que una plenitud de flor abierta. Se golpeó la puerta, desapareció todo.

—¡Ah! ¡La muy bribona! —gritó Jeanbernat—, ¡otra vez estaba en el Paradou!

Albine reía en el umbral del vestíbulo. Llevaba una falda naranja, con un gran pañolón rojo atado detrás de la cintura, lo que le daba un aire de gitanilla endomingada. Y seguía riendo, con la cabeza echada hacia atrás, el seno entero henchido de alegría, feliz de sus flores, de las flores silvestres trenzadas en sus cabellos rubios, anudadas a su cuello, a su corpiño, a sus brazos finos, desnudos y dorados. Era como un gran ramillete de intenso olor.

—¡Anda, qué guapa estás! —rezongaba el viejo—. Hueles que apesta a hierba... ¡Cualquiera diría que tiene dieciséis años esta muñeca!

Albine, descaradamente, reía con más fuerza. El doctor Pascal, que era un gran amigo suyo, se dejó abrazar por ella.

—¿Así que tú no tienes miedo en el Paradou? —le preguntó.

—¿Miedo? ¿Y de qué? —dijo ella con ojos asombrados—. Las tapias son demasiado altas, no puede entrar nadie... Sólo estoy yo. Es mi jardín, para mí solita. Es la mar de grande. Todavía no he encontrado el final.

—¿Y los animales? —interrumpió el doctor.

—¿Los animales? No hacen nada, me conocen bien.

—Pero ¿está oscuro bajo los árboles?

—¡Pues claro!, hay sombra; si no, el sol se me comería la cara... Se está bien a la sombra, metida entre las hojas.

Y daba vueltas, llenando el estrecho huerto con el vuelo de sus faldas, sacudiendo aquel áspero olor de verdores que llevaba encima. Le había sonreído al abate Mouret sin vergüenza alguna, sin preocuparse por las miradas sorprendidas con las que él la seguía. El sacerdote se había apartado. Aquella niña rubia, de rostro largo, ardiente de vida, se le antojaba la hija misteriosa y turbadora de aquella selva atisbada en un manto de sol.

—Oiga, tengo un nido de mirlos, ¿lo quiere? —le preguntó Albine al doctor.

—No, gracias —contestó éste riendo—. Tendrás que dárselo a la hermana del señor cura, que le gustan mucho los animales... Adiós, Jeanbernat.

Pero Albine la había emprendido con el sacerdote.

—Usted es el cura de Los Artaud, ¿verdad? ¿Tiene una hermana? Iré a verla... Lo único, que no me hablará usted de Dios. Mi tío no quiere.

—Vete, que nos aburres —dijo Jeanbernat encogiéndose de hombros.

Con un salto de cabra, desapareció, dejando tras de sí una lluvia de flores. Se oyó el golpearse de una puerta, después risas detrás de la casa, risas sonoras que se fueron perdiendo, como al galope de un animal loco dejado suelto en la hierba.

—Verán como acabará durmiendo en el Paradou —murmuró el viejo con su aire indiferente.

Y mientras acompañaba a la visita:

Doctor —prosiguió—, si me encontrase muerto una mañana de éstas, hágame el favor de arrojarme al hoyo del estiércol, ahí, detrás de mis lechugas... Buenas tardes, señores.

Dejó caer la tranca de madera que cerraba el seto. La casa recuperó su paz dichosa, al sol de mediodía, entre el zumbido de las gruesas moscardas que subían por la hiedra arriba, hasta las tejas.

IX

MIENTRAS tanto, el cabriolé seguía de nuevo el camino encajonado, a lo largo de la interminable tapia del Paradou. El abate Mouret, silencioso, alzaba los ojos, miraba las gruesas ramas que se tendían por encima de aquella tapia, como brazos de gigantes escondidos. Venían ruidos del parque, rozar de alas, estremecerse de hojas, brincos furtivos que tronchaban las ramas, grandes suspiros que plegaban los brotes jóvenes, todo un hálito de vida que se propagaba sobre las copas de un pueblo de arboles. Y a veces, a cierto grito de pájaro que parecía una risa humana, el sacerdote volvía la cabeza con una especie de desazón.

—¡Qué cría tan singular! —decía el tío Pascal, aflojando un poco las riendas—. Nueve años tenía cuando cayó en casa de este pagano. Un hermano de él, que se arruinó, ya no me acuerdo en qué. La niña estaba interna en no sé dónde cuando el padre se mató. Era incluso una señorita, entendida ya, que leía, bordaba, parloteaba, aporreaba los pianos. ¡Y más coqueta...! Yo la vi llegar, con medias caladas, faldas bordadas, camisolas, puños, un montón de perifollos... ¡Pues sí! ¡Mucho duraron los perifollos!

Reía. Una gruesa piedra estuvo a punto de volcar el cabriolé.

—¡Si no me dejo una rueda del coche en este condenado camino! —murmuró—. Sujétate fuerte, hijo.

La tapia seguía aún. El sacerdote escuchaba.

—Te figurarás —prosiguió el doctor— que el Paradou, con su sol, sus pedruscos y sus cardos, se comía un traje diario. Los lindos vestidos de la pequeña le dieron para tres o cuatro bocados. Volvía desnuda... Ahora, se viste como una salvaje. Hoy aún estaba visible. Pero hay veces que apenas lleva puestos más que los zapatos y la camisa... ¿Has oído? El Paradou es de ella. El mismo día siguiente de su llegada, tomó posesión de él. Ahí vive, saltando por la ventana cuando Jeanbernat cierra la puerta, escapándose a pesar de todo, yendo no se sabe dónde, al fondo de agujeros perdidos que ella sola conoce... Buenas carreras se debe de dar por ese desierto.

—Escuche usted, tío —interrumpió el abate Mouret—. Parece que trota un animal, detrás de esta tapia.

El tío Pascal escuchó.

—No —dijo al cabo de un silencio—, es el ruido del coche contra estas piedras... Bueno, la niña ahora ya no aporrea los pianos. Creo incluso que ya no sabe leer. Imagínate una señorita devuelta al estado de granujilla silvestre, soltada para el recreo en una isla abandonada. No ha conservado más que su fina sonrisa de coqueta, cuando quiere... ¡Ah!, por cierto, si alguna vez sabes de una niña para educar, no te aconsejo que se la confíes a Jeanbernat. Tiene una manera de dejar obrar a la naturaleza totalmente primitiva. Una vez que me aventuré a hablarle de Albine, me contestó que a los árboles no había que privarlos de crecer a su antojo. Él es

partidario, dice, del desarrollo normal de los temperamentos... No importa, son muy interesantes los dos. Nunca paso por los alrededores sin hacerles una visita.

El cabriolé salía por fin del camino encajonado. Allí, la tapia del Paradou hacía un recodo, desplegándose a continuación hasta perderse de vista, por la cresta de los oteros. En el momento en que el abate Mouret volvía la cabeza para echar una última mirada a aquella barra gris, cuya severidad impenetrable había acabado causándole una singular irritación, se dejaron oír ruidos de ramas violentamente sacudidas, mientras que un ramillete de abedules jóvenes parecía saludar a los que pasaban, desde lo alto de la tapia.

—Ya sabía yo que corría un animal por ahí detrás —dijo el sacerdote.

Pero, sin que se viera a nadie, sin que se distinguiera otra cosa, en el aire, más que los abedules meneados cada vez con más furia, se oyó una voz clara, entrecortada de risas, que gritaba:

—¡Adiós, doctor! ¡Adiós, señor cura!... Yo beso al árbol y el árbol os envía mis besos.

—¡Anda! Si es Albine —dijo el doctor Pascal—. Habrá seguido nuestro coche al trote. ¡No se le pone por delante saltar matorrales, a esa pequeña hada!

Y gritando, a su vez:

—¡Adiós, bonita!... Eres ya un rato mayor para saludarnos así.

Arreciaron las risas, los abedules saludaron desde más abajo, sembrando las hojas a lo lejos, hasta encima de la capota del cabriolé.

—Soy igual de grande que los árboles, todas las hojas que caen son besos —prosiguió la voz, modificada por la distancia, tan fundida con los hálitos fragorosos del parque que el joven sacerdote quedó estremecido.

La carretera mejoraba. A la bajada, volvieron a aparecer Los Artaud, al fondo de la abrasada llanura. Cuando el cabriolé atravesó el camino del pueblo, el abate Mouret no quiso en modo alguno que su tío lo acompañase a la casa rectoral. Saltó a tierra diciendo:

—No, gracias, prefiero andar, me sentará bien.

—Como te plazca —acabó contestando el doctor.

Después, estrechándole la mano:

—¿Eh? Si sólo tuvieras feligreses como ese animal de Jeanbernat, no tendrías que molestarte con mucha frecuencia. En fin, has sido tú el que ha querido ir... Y cuídate. A la mínima pupa, de noche o de día, mándame a buscar. Ya sabes que atiendo de balde a toda la familia... Adiós, hijo.

X

CUANDO el abate Mouret volvió a encontrarse solo, en el polvo del camino, se sintió más a gusto. Aquellos campos pedregosos lo devolvían a su sueño de rudeza, de vida interior vivida en el desierto. A lo largo del camino encajonado, los árboles habían dejado caer sobre su nuca inquietantes frescores, que ahora secaba el ardiente sol. Los flacos almendros, los trigos pobres, las viñas achacosas, a ambas orillas de la carretera, lo apaciguaban, lo sacaban de la turbación a la que lo habían arrojado los hálitos demasiado feraces del Paradou. Y, en medio de la claridad cegadora que chorreaba del cielo sobre aquella tierra desnuda, ni siquiera ponían ya sombra alguna las blasfemias de Jeanbernat. Sintió un intenso gozo cuando, al levantar la cabeza, vio en el horizonte la barra inmóvil del Solitario, con la mancha de las tejas rosas de la iglesia.

Pero, a medida que avanzaba, al abate le iba invadiendo otra desazón. De buenas maneras le iba a recibir la Teuse, con su almuerzo frío que debía de llevar esperando casi dos horas. Se imaginaba su terrible rostro, el aluvión de palabras con el que lo recibiría, los ruidos irritados de cacharros que oiría durante toda la tarde. Cuando hubo atravesado Los Artaud, su miedo se volvió tan intenso que vaciló, presa de cobardía, preguntándose si no sería más prudente dar la vuelta y entrar por la iglesia. Pero, según se estaba consultando, apareció la Teuse en persona, en el umbral de la rectoría, con la cofia atravesada, en jarras. Él plegó la espalda, tuvo que subir la cuesta bajo aquella mirada preñada de tormenta, cuyo peso sentía aplastarle los hombros.

—Me da la sensación de que vengo con retraso, mi buena Teuse —balbuceó, ya desde el último recodo del sendero.

La Teuse esperó a que estuviera enfrente de ella, muy cerca. Entonces lo miró entre los dos ojos, furiosamente; después, sin decir nada, se dio media vuelta y echó a andar ante él, hasta el comedor, clavando sus gruesos tacones, tan envarada por la ira que ya casi ni cojeaba.

—¡He tenido tantos asuntos! —empezó el sacerdote, a quien aquel recibimiento mudo espeluznaba—. Llevo corriendo desde esta mañana...

Pero ella le cortó la palabra con una nueva mirada, tan fija, tan enojada, que a él fue como si se le quebrasen las piernas. Se sentó, se puso a comer. Ella lo servía, con sequedades de autómatas, a punto de romper los platos, de tanta violencia con la que los posaba. El silencio se volvía tan formidable que él no pudo pasar el tercer bocado, atragantado por la emoción.

—¿Y mi hermana ha almorzado? —preguntó—. Ha hecho bien. Siempre debéis almorzar, cuando a mí me entretienen fuera.

No hubo respuesta. La Teuse, de pie, esperaba a que hubiera vaciado el plato para quitárselo. Entonces él, sintiendo que no podría comer bajo aquel par de ojos

implacables que lo aplastaban, rechazó el plato. Aquel gesto de ira fue como un latigazo que sacó a la Teuse de su terca rigidez. Dio un bote.

—¡Ah! ¡Esas tenemos! —gritó—. Y encima es usted el que se enfada. ¡Muy bien! ¡Pues me voy! Me va usted a pagar el viaje para que me vuelva a mi pueblo. ¡Estoy harta de Los Artaud, y de su iglesia! ¡Y de todo!

Se quitaba el delantal con sus manos temblorosas.

—Ya se podía haber dado cuenta de que yo no quería hablar... ¿Es vida esto? ¡Esto no lo hacen más que los titiriteros, señor cura! Son las once, ¿verdad? ¿No le da vergüenza, estar aún a la mesa a casi las dos? ¡Esto no es de cristianos, no señor, no es de cristianos!

Después, plantándose ante él:

—A ver, ¿de dónde viene?, ¿a quién ha visto?, ¿qué asunto ha podido entretenerle?... Si fuera usted un niño, se ganaría una azotaina. El sitio de un sacerdote no está por esos caminos, a pleno sol, como los piojosos que no tienen techo... ¡Ah! ¡En buen estado me viene, los zapatos blancos, la sotana perdidita de polvo! ¿Quién se la va a cepillar, la sotana? ¿Quién le va a comprar otra?... ¡Pero, hombre, hable usted, diga lo que ha hecho! ¡De verdad, si no le conociera una, acabaría por creerse cosas raras! ¿Y quiere usted que se lo diga? ¡Pues muy bien! Yo no pondría la mano en el fuego. El que almuerza a semejantes horas, puede hacer cualquier cosa.

El abate Mouret, aliviado, dejaba pasar la tormenta. Experimentaba como una distensión nerviosa en las palabras arrebatadas de la vieja sirvienta.

—Veamos, mi buena Teuse —dijo—, lo primero se va a volver a poner el delantal.

—No, no —gritó ella—, se acabó, me marchó.

Pero él, levantándose, le anudó el delantal a la cintura, riendo. Ella se debatía, tartamudeaba:

—¡Que no, le digo!... Es usted un zalamero. Le estoy viendo venir, de sobra veo que me quiere aplacar con sus palabras almibaradas... ¿Dónde ha ido? Después veremos.

Él se volvió a sentar a la mesa, alegremente, como un hombre que tiene la victoria conseguida.

—Lo primero —prosiguió—, me tiene que dejar comer... Estoy muerto de hambre.

—Claro —murmuró ella, apiadada—. ¡Habrá insensatez...! ¿Quiere que le cuaje un par de huevos en ese mismo plato? No tardaría mucho. En fin, si con eso le llega... ¡Y todo está frío! ¡Yo que me había esmerado tanto en sus berenjenas! ¡Buenas están ahora! Parecen suelas viejas... Menos mal que no es usted melindres, como el pobre señor Caffin... ¡Oh! En eso, tiene usted cualidades, no lo niego.

Le servía con premura de madre, sin dejar de parlotear. Después, cuando hubo acabado, corrió a la cocina a ver si aún estaba caliente el café. Perdía las formas,

cojeaba de una manera extravagante, en la alegría de la reconciliación. De ordinario, el abate Mouret tenía miedo al café, que le ocasionaba grandes trastornos nerviosos; pero, en esta circunstancia, queriendo sellar la paz, aceptó la taza que ella le trajo. Y al ver que él se abandonaba un instante a la mesa, se le sentó delante y repitió suavemente, como mujer torturada por la curiosidad:

—¿Dónde ha ido, señor cura?

—Pues —contestó él sonriendo— he visto a los Brichet, he hablado con Bambousse...

Entonces, tuvo que contarle lo que habían dicho los Brichet, lo que había decidido Bambousse, y la cara que ponían, y el sitio en el que estaban trabajando. Cuando ella conoció la respuesta del padre de Rosalie:

—¡Pues claro! —gritó—, si el niño se muriera, el embarazo no contaría.

Después, juntando las manos con un aire de admiración envidiosa:

—¡Lo que ha tenido usted que hablar, señor cura! ¡Más de media jornada para llegar a ese resultado tan estupendo!... ¿Y ha vuelto muy despacito? Debía de hacer un calor endiablado por el camino, ¿no?

El abate, que se había levantado, no contestó. Iba a hablar del Paradou, a pedir informaciones. Pero el miedo de ser interrogado con demasiado ardor y una especie de vergüenza difusa que no se confesaba a sí mismo le hicieron guardar silencio sobre su visita a Jeanbernat. Atajó cualquier nuevo interrogatorio preguntando:

—¿Y mi hermana, dónde está? No la oigo.

—Venga usted, señor cura —dijo la Teuse, que se echó a reír, con un dedo encima de la boca.

Entraron en la estancia contigua, un salón de campo, empapelado con un papel de grandes flores grises desteñidas, amueblado con cuatro sillones y un sofá tapizados con una tela de esterilla. En el sofá, Désirée dormía, tirada cuan larga era, con la cabeza sostenida por sus dos puños cerrados. Le colgaban las faldas, descubriéndole las rodillas; mientras que sus brazos levantados, desnudos hasta los codos, alzaban las poderosas líneas del seno. Le salía un hálito un poco fuerte por entre sus labios rojos entreabiertos, que mostraban los dientes.

—¿Eh? ¡Qué dormidita! —murmuró la Teuse—. Ni siquiera le ha oído gritarme antes esas tonterías... ¡Hombre! Tiene que estar un rato cansada. Imagínese que se ha pasado hasta casi mediodía limpiando sus animales... Nada más acabar de comer, ha venido a caer ahí como un plomo. No se ha vuelto a menear.

El sacerdote la miró un instante, con gran ternura.

—Hay que dejarla descansar todo lo que quiera —dijo.

—Por supuesto... ¡Qué desgracia que sea tan inocente! ¡Fíjese usted, esos brazos tan lucidos! Cuando la visto, siempre pienso en la hermosa mujer que se habría hecho. Vamos, que buenos sobrinos le hubiera dado, señor cura... ¿No le parece a usted que se da un aire a esa señora grande de piedra que está en el mercado del trigo de Plassans?

Se quería referir a una Cibeles, tendida sobre unas gavillas, obra de un alumno de Puget, esculpida en el frontón del mercado. El abate Mouret, sin contestar, la empujó suavemente hacia fuera del salón, recomendándole que hiciera el menor ruido posible. Y, hasta la media tarde, la casa rectoral permaneció en un gran silencio. La Teuse remataba su colada, bajo el cobertizo. El sacerdote, al fondo del estrecho huertecillo, con el breviario caído en las rodillas, estaba abismado en una pía contemplación mientras llovían pétalos rosados de los melocotoneros en flor.

XI

HACIA las seis, fue un brusco despertar. Un jaleo de abrir y cerrar puertas, entre carcajadas, sacudió toda la casa, y apareció Désirée, con el pelo suelto, los brazos aún desnudos hasta los codos, gritando:

—¡Serge! ¡Serge!

Luego, cuando hubo visto a su hermano en la huerta, acudió corriendo y se sentó un instante en el suelo, a sus pies, suplicándole:

—¡Anda, ven a ver los animales!... ¡Todavía no has visto los animales, anda! ¡Si supieras lo bonitos que están ahora!

Él se hizo mucho de rogar. El corral le asustaba un poco. Pero, viendo lágrimas en los ojos de Désirée, cedió. Entonces, ella se le arrojó al cuello, con una alegría repentina de cachorrillo, riendo más fuerte, sin siquiera secarse las mejillas.

—¡Ah! ¡Qué bueno eres! —balbuceó mientras lo arrastraba—. Verás las gallinas, los conejos, las palomas, y mis patos que tienen agua fresca, y mi cabra, que ahora tiene la habitación tan limpia como la mía... ¿Sabes?, tengo tres ocas y dos pavas. Corre, ven. Lo verás todo.

Désirée tenía a la sazón veintidós años. Criada en el campo, en casa de su ama de cría, una campesina de Saint-Eutrope, había crecido en pleno estiércol. Con el cerebro huero, sin pensamientos consistentes de ningún tipo, prosperaba nutriéndose del suelo feraz, del aire libre del campo, desarrollándose con carnes prietas, convirtiéndose en un hermoso animal, lozano, blanco, de sangre rosa, de piel tersa. Era como una pollina de raza que hubiese tenido el don de la risa. Si bien se pasaba bregando de la mañana a la noche, conservaba sus articulaciones finas, las líneas cimbreañas de su talle, el afinamiento burgués de su cuerpo de virgen; tanto que era una criatura aparte, ni señorita ni campesina, una muchacha nutrida por la tierra, con una cuadratura de hombros y una frente voluntariosa de diosa joven.

Seguramente, fue su pobreza de mente lo que la acercó a los animales. Tan sólo estaba a gusto en su compañía, entendía mejor su lenguaje que el de los hombres, los cuidaba con enternecimientos maternos. Tenía, a falta de ilación en el razonamiento, un instinto que la situaba de plano a su altura. Al primer grito que lanzaban, ella sabía dónde tenían el daño. Inventaba golosinas sobre las que caían glotonamente. Ponía paz con un solo gesto en sus disputas, parecía conocer con una sola mirada su carácter bueno o malo, contaba historias considerables, daba detalles tan abundantes, tan precisos, sobre la manera de ser del mínimo polluelo, que dejaba profundamente estupefacta a la gente para la que un pollito no se distingue absolutamente en nada de otro pollito. Su corral se había convertido, así, en todo un país, en el que ella reinaba como ama absoluta; un país de organización muy compleja, turbado por revoluciones, poblado por las criaturas más diferentes, cuyos anales ella sola conocía. Aquella certeza del instinto llegaba tan lejos que Désirée reconocía al olfato los huevos hueros

de una nidada y anunciaba de antemano el número de las crías de una camada de conejos.

A los dieciséis años, cuando le llegó la pubertad, Désirée no había tenido en absoluto los vértigos ni las náuseas de las otras muchachas. Adquirió cuadratura de mujer cumplida, mejor salud, estalló los vestidos bajo el florecer esplendoroso de su carne. A partir de entonces, tuvo aquella cintura redonda que se expandía libremente, aquellos miembros ampliamente asentados de estatua antigua, todo aquel empuje de animal vigoroso. Se hubiera dicho que estaba arraigada en el mantillo de su corral, que succionaba la savia por sus fuertes piernas, blancas y firmes como árboles jóvenes. Y, en aquella plenitud, no subió un solo deseo carnal. Désirée encontró una satisfacción continua en sentir a su alrededor un pulular. De los montones de estiércol, de los animales apareados, se desprendía una oleada de generación, en medio de la cual ella paladeaba los gozos de la fecundidad. Algo de ella se satisfacía en la puesta de las gallinas; llevaba sus conejas al macho con risas de muchacha hermosa y serena; experimentaba dichas de mujer encinta en ordeñar a su cabra. Nada había más sano. Se llenaba inocentemente del olor, del calor, de la vida. Ninguna curiosidad depravada la empujaba a aquel desvelo por la reproducción, frente a los gallos que batían alas, a las hembras que parían, al macho cabrío queapestaba la estrecha cuadra. Ella conservaba su tranquilidad de animal lucido, su mirada clara, vacía de pensamientos, feliz de ver multiplicarse a su gente menuda, sintiendo un agrandarse de su propio cuerpo, fecundada, identificada hasta tal punto con todas aquellas madres que ella era como la madre común, la madre natural, que dejaba caer de sus dedos, sin un escalofrío, un trasudor de generación.

Desde que Désirée estaba en los Artaud, se pasaba los días en plena beatitud. Por fin satisfacía el sueño de su existencia, el único deseo que la atormentó nunca, en medio de su puerilidad de débil mental. Poseía un corral, un agujero que le cedían para ella sola, en el que podía criar animales a su antojo. A partir de entonces, allí se enterró, construyendo ella misma cabañas para los conejos, excavando el estanque de los patos, clavando clavos, trayendo paja, no tolerando que se la ayudara. La Teuse cumplía con lavarla después. El corral se hallaba situado detrás del cementerio; incluso muchas veces Désirée tenía que ir a buscar, en medio de las tumbas, alguna gallina curiosa que había saltado por encima de la tapia. Al fondo se encontraba un cobertizo en el que estaban la conejera y el gallinero; a la derecha se alojaba la cabra, en un pequeño establo. Por otro lado, todos los animales vivían junios, los conejos sueltos con las gallinas, la cabra dándose baños de pies en medio de los patos; las ocas, las pavas, las pintadas y las palomas confraternizando en compañía de tres gatos. Cuando Désirée se asomaba a la tranca de madera que impedía a toda aquella gente penetrar en la iglesia, la saludaba un alboroto ensordecedor.

—¿Eh? ¿Los oyes? —le dijo a su hermano, no bien llegaron a la puerta del comedor.

Pero, cuando le hubo hecho entrar, cerrando la tranca iras de ellos, fue asaltada con tal violencia que casi desapareció. Los patos y las ocas, chascando el pico, le tiraban de las faldas; las gallinas glotonas le saltaban a las manos y le daban en ellas grandes picotazos, los conejos se acurrucaban sobre sus pies, con brincos que le subían hasta las rodillas; mientras que los tres gatos le saltaban a los hombros y la cabra balaba, al fondo de la cuadra, por no poder salir a su encuentro.

—¡Pero dejadme, bichos! —gritaba ella, toda sonora de su hermosa risa, cosquilleada por aquellas plumas, aquellas patas, aquellos picos que la rozaban.

Y no hacía nada para desembarazarse. Como ella misma decía, se habría dejado comer, tan dulce le era sentir aquella vida desplomarse contra ella y meterla dentro de un calor de edredón. Finalmente, un único gato se obstinó en querer quedarse subido a su espalda.

—Es Moumou —dijo ella—. Tiene unas patas como terciopelo.

Después, orgullosamente, mostrando el corral a su hermano, añadió:

—¡Ya ves lo limpio que está!

El corral, en efecto, estaba barrido, fregado, rastrillado. Pero de aquellas aguas sucias removidas, de aquel lecho de paja volteado a horca, emanaba un olor animal, tan lleno de rudeza que el abate Mouret sintió que algo se le agarraba a la garganta. El estiércol se alzaba contra la tapia del cementerio en un montón enorme que echaba humo.

—¿Eh? ¡Vaya montón! —prosiguió Désirée, llevando a su hermano hasta meterlo en el vapor acre—. Lo he puesto todo ahí yo, no me ha ayudado nadie... No es una cosa sucia. Esto limpia. Mira mis brazos.

Extendía sus brazos, que simplemente había remojado en el fondo de un cubo de agua, unos brazos regios, de soberbia redondez, crecidos como rosas blancas y carnosas en aquel estiércol.

—Sí, sí —murmuró el sacerdote—, has trabajado mucho. Ahora está muy bonito. Se dirigía hacia la tranca, pero ella lo detuvo.

—¡Pero espérate! Lo vas a ver todo. Ni te figuras...

Lo arrastró hasta debajo del cobertizo, delante de la conejera.

—Hay crías en todas las jaulas —dijo, dando palmas de entusiasmo.

Entonces, detenidamente, le fue explicando las camadas. Él tuvo que acuclillarse, que pegar la nariz al enrejado mientras ella daba pormenores minuciosos. Las madres, con sus grandes orejas ansiosas, los miraban de soslayo, resoplando, paralizadas de miedo. Después, había, en una jaula, un hoyo de pelos, al fondo del cual hormigueaba un amasijo vivo, una masa negruzca, indistinta, que tenía un aliento potente, como un solo cuerpo. Al lado, las crías se aventuraban hasta el borde del hoyo, sosteniendo unas cabezas enormes. Más allá, ya estaban fuertes, parecían ratas jóvenes, figoneando, dando botes, con el trasero en pompa, manchado por el botón blanco de la cola. Aquéllos tenían gracias juguetonas de chiquillos, dando la vuelta a las jaulas al galope, los blancos con ojos de rubí pálido, los negros con ojos

relucientes como cuentas de azabache. Y bruscamente los arrebatában ataques de pánico, descubriendo a cada salto sus flacas patas, enrojecidas por la orina. Y se volvían a hacer una piña, tan estrechamente que ya no se veían las cabezas.

—Eres tú quien les da miedo —decía Désirée—. A mí me conocen bien.

Los llamaba, se sacaba del bolsillo alguna corteza de pan. Los conejillos recuperaban la confianza, venían uno a uno, oblicuamente, con la nariz fruncida, poniéndose de pie contra el enrejado. Y ella los dejaba ahí, un instante, para enseñarle a su hermano la pelusilla rosa de su vientre. Después, le daba la corteza al más atrevido. Entonces, acudía toda la cuadrilla, se deslizaba, se apretujaba, sin pegarse; a veces, mordían tres crías en la misma corteza; otras se escapaban, se volvían contra la pared para comer tranquilas; mientras las madres, al fondo, seguían resoplando, desconfiadas, rechazando las cortezas.

—¡Ah! ¡Serán glotones! —gritó Désirée—, ¡se estarían comiendo así hasta mañana por la mañana!... Por la noche se los oye morder las hojas olvidadas.

El sacerdote se había levantado, pero ella no se cansaba de sonreírles a sus queridas crías.

—¿Ves a aquel gordo de allí, ese que es todo blanco con las orejas negras?... ¡Pues le encantan las amapolas! Las escoge muy bien entre las demás hierbas. El otro día le entraron cólicos. Se le agarraron a las patas de atrás. Así que lo cogí y me lo guardé al calor, en el bolsillo. Desde ese momento, está la mar de tieso.

Extendía los dedos por entre las mallas del enrejado y les acariciaba el espinazo.

—Parece satén —prosiguió—. Van vestidos como príncipes. ¡Y además son de coquetos! Mira, uno que todavía está lavándose. Lo hace con las patas... ¡Si supieras lo graciosos que son! Yo no digo nada, pero me doy cuenta de sus picardías. Así, por ejemplo, ese gris que nos está mirando, odiaba a una hembra pequeña y la tuve que poner aparte. Ha habido historias terribles entre ellos. Sería muy largo de contar. En fin, la última vez que le pegó, cuando llegaba yo furiosa, ¿qué es lo que veo? Pues a ese granuja, acurrucado en el fondo, que parecía estar agonizando. Quería hacerme creer que era él quien tenía queja de ella...

Se interrumpió; después, dirigiéndose al conejo:

—¡Me da igual que me estés escuchando, no eres más que un bribón!

Y, volviéndose hacia su hermano:

—Entiende todo lo que le digo —murmuró, con un guiño de ojos.

El abate Mouret no pudo aguantar más en el calor que subía de las camadas. La vida, bullente bajo aquel pelo arrancado del vientre de las madres, tenía un aliento fuerte, cuya turbación sentía él en las sienes. Désirée, como achispada poco a poco, se alegraba más, más rosa, más asentada en su carne.

—¡Pero si no te reclama ningún quehacer! —gritó—; siempre parece que te quieres escapar... ¿Y mis pollitos, qué? Han nacido esta misma noche.

Cogió arroz, echó un puñado delante de sí. La gallina, con cloqueos de llamada, se adelantó solemnemente, seguida de toda la cuadrilla de los polluelos, que tenían un

gorjeo y unas carreras alocadas de pájaros extraviados. Después, cuando estuvieron en pleno centro de los granos de arroz, la madre empezó a dar furiosos picotazos, que esparcían los granos que iba rompiendo, mientras que las crías picaban delante de ella, con aire apresurado. Eran adorables por lo chicos, medio desnudos, la cabeza redonda, los ojos vivos como puntas de acero, el pico plantado con tanta gracia, el plumón arremangado de una manera tan cómica, que parecían juguetes de dos ochavos. Désirée reía de contento al verlos.

—¡Son unos cielos! —balbuceaba.

Cogió dos, uno en cada mano, cubriéndolos con un arrebato de besos. Y el sacerdote tuvo que mirarlos por todas partes, mientras ella decía tranquilamente:

—No es fácil reconocer los gallos. Yo no me equivoco... Esto es una gallina, y esto es otra gallina.

Ella volvió a dejar en el suelo. Pero llegaban las demás gallinas para comerse el arroz. Un gran gallo rojo, de plumas llameantes, las seguía, levantando sus anchas patas con circunspecta majestad.

—Alexandre se está poniendo soberbio —dijo el abate para complacer a su hermana.

El gallo se llamaba Alexandre. Miraba a la muchacha con su ojo de brasa, la cabeza girada, la cola esponjada. Después, vino a plantarse al borde de sus faldas.

—Me tiene mucho cariño —dijo ella—. Yo soy la única que lo puede tocar... Es un buen gallo. Tiene catorce gallinas, y nunca encuentro un huevo huero en las nidadas... ¿A que sí, Alexandre?

Se había agachado. El gallo no se hurtó a su caricia. Pareció que una oleada de sangre le encendía la cresta. Con las alas batientes, el cuello tenso, lanzó un grito prolongado, que sonó como soplado por un tubo de bronce. Por cuatro veces cantó, mientras que todos los gallos de Los Artaud respondían a lo lejos. Désirée se divirtió mucho con la cara espantada de su hermano.

—¿Eh? Te revienta los oídos —dijo—. Menudo gazzate tiene... Pero te lo aseguro, no es malo. Las malas son las gallinas... ¿Te acuerdas de la gorda moteada, la que ponía huevos amarillos? Anteayer, se hizo un raspón en una pata. Cuando las demás vieron la sangre, se volvieron como locas. Todas la seguían, la picoteaban, se le bebían la sangre, tanto que a la noche se le habían comido la pata... La encontré con la cabeza detrás de una piedra, como una imbécil, sin decir nada, dejándose devorar.

La voracidad de las gallinas la ponía risueña. Contó otras crueldades, apaciblemente: pollos jóvenes con el trasero picoteado, las entrañas vaciadas, de los que no había encontrado más que el cuello y los alones; una camada de gatitos devorada en el establo, en unas horas.

—Un cristiano les podrías dar —continuó—, que se lo merendarían... ¡Y de duras para el dolor! Viven muy bien con un miembro roto. Ya pueden tener heridas, agujeros en el cuerpo que te cabe el puño dentro, no por eso se dejan de comer la

sopa. Por eso me gustan; les crece la carne en dos días, siempre tienen el cuerpo caliente, como si tuvieran una provisión de sol debajo de las plumas... Cuando quiero obsequiarlas, les corto carne cruda. ¡Pues anda, que los gusanos! Vas a ver si les gustan.

Corrió al montón de estiércol, encontró un gusano que cogió sin asco. Las gallinas se le arrojaban a las manos. Pero ella, sosteniendo el gusano muy en alto, se divertía de su glotonería. Por fin, abrió los dedos. Las gallinas se empujaron, se abalanzaron; después, una de ellas salió corriendo, perseguida por las demás, con el gusano en el pico. Fue así cogido, perdido, vuelto a coger, hasta que una gallina, dando un gran tirón al garguero, se lo tragó. Entonces todas se pararon en seco, con el cuello retorcido, el ojo redondo, esperando otro gusano. Désirée, feliz, las llamaba por sus nombres, les decía palabras de cariño; mientras el abate Mouret retrocedía unos pasos frente a aquella intensidad de vida voraz.

—No, no estoy tranquilo —le dijo a su hermana, que quería hacerle sopesar una gallina que estaba cebando—. Me pongo nervioso cuando toco animales vivos.

Procuraba sonreír. Pero Désirée lo trató de cobarde.

—¡Pues anda! ¡Y mis patos, y mis ocas, y mis pavas! ¿Qué harías tú si tuvieras todo eso que cuidar?... Los patos sí que son sucios. ¿Los oyes chascar el pico, dentro del agua? Y cuando se zambullen, no se les ve más que la cola, derecha como una quilla... Las ocas y las pavas tampoco son fáciles de gobernar. ¡Eh! Lo divertido que es, cuando caminan, unas todas blancas, otras todas negras, con esos cuellos tan grandes. Parecen señores y señoras... A éstas tampoco te aconsejaría que les confiases un dedo. Te lo tragarían limpiamente, de un solo envite... ¡A mí, los dedos, me los besan, ya lo ves!

Le cortó la palabra un balido alegre de la cabra, que acababa por fin de forzar la puerta mal cerrada de la cuadra. En dos saltos, la cabra estuvo junto a ella, plegándose sobre sus patas delanteras, acariciándola con los cuernos. El sacerdote le encontró una risa de diablo, con su perilla puntiaguda y sus ojos rasgados al bies. Pero Désirée la cogió por el cuello y le dio un beso en la cabeza, jugando a correr, diciendo que iba a mamar de ella. Muchas veces le pasaba, decía. Cuando tenía sed, en la cuadra, se tumbaba y mamaba.

—Mira, está lleno de leche —añadió levantando las enormes ubres del animal.

El abate parpadeó, como si le hubieran mostrado una obscenidad. Recordaba haber visto, en el claustro de Saint-Saturnin, en Plassans, decorando una gárgola, una cabra de piedra que fornicaba con un monje. Las cabras, que apestaban al macho, que tenían caprichos y obstinaciones de muchachas, que ofrecían sus tetas colgantes a todo el que llegaba, nunca habían dejado de ser para él criaturas del infierno, que rezumaban lubricidad. Su hermana tan sólo había conseguido que le dejaran tener una tras semanas de súplicas. Y él, cuando venía, evitaba el roce de los largos pelos sedosos del animal, preservaba su sotana de la cercanía de sus cuernos.

—Bueno, voy a devolverte la libertad —dijo Désirée, que se dio cuenta de su creciente malestar—. Pero antes tengo que mostrarte una cosa más... ¿Prometes no reñirme? No te lo he dicho porque no me habrías dejado... ¡Si supieras lo contenta que estoy!

Se ponía suplicante, juntando las manos, apoyando la cabeza contra el hombro de su hermano.

—Alguna otra locura —murmuró éste, que no pudo por menos de sonreír.

—Anda, ¿me dejas? —prosiguió ella, con los ojos relucientes de alegría—. ¿No te enfadarás?... ¡Es tan lindo!

Y, corriendo, abrió una puerta baja, debajo del cobertizo. Un cerdito saltó de un brinco al corral.

—¡Oh! ¡Angelito! —dijo ella con un aire de arrobo profundo, mirándolo escaparse.

El cerdito era encantador, todo rosa, con el morro lavado por las aguas grasientas, con el círculo de mugre que su continuo chapoteo en la artesa le dejaba cerca de los ojos. Trotaba, atropellando a las gallinas, acudiendo para comerles lo que les echaban, llenando el estrecho corral con sus bruscos virajes. Las orejas le iban dando golpes en los ojos, el morro roncaba por el suelo; parecía, sobre sus finas patas, un animal con ruedas. Y, por detrás, la cola parecía el cabo de cuerda que servía para engancharlo.

—¡No quiero a este animal aquí! —exclamó el sacerdote muy contrariado.

—Serge, mi buen Serge —suplicó de nuevo Désirée—, no seas malo... Mira lo inocente que es, el pobrecito. Yo lo lavaré, lo mantendré muy limpio. Se lo dieron a la Teuse para mí. Ahora no lo podemos echar... Mira, te está mirando, te huele. No tengas miedo, no se te va a comer.

Pero se interrumpió, presa de una risa loca. El cerdito, atolondrado, acababa de arrojar a las patas de la cabra, a la que había derribado. Reanudó su carrera chillando, en tromba, espantando a todo el corral. Désirée, para calmarlo, le tuvo que dar un lebrillo de agua de fregar. Él, entonces, se hundió en el lebrillo hasta las orejas; borboteaba, gruñía, mientras le corrían cortos escalofríos por la piel rosa. Su cola, desfruncida, colgaba.

El abate Mouret sintió un asco ya invencible al oír aquella agua sucia removida. Desde que estaba allí, lo iba invadiendo un ahogo, le ardían calores en las manos, en el pecho, en la cara. Poco a poco, se había ido mareando. Ahora, sentía en un mismo aliento pestilente la tibieza fétida de los conejos y de las aves, el olor lúbrico de la cabra, la grasienta insulsez del cerdo. Era como un aire preñado de fecundación, que pesaba demasiado sobre sus hombros vírgenes. Le parecía que Désirée había crecido, ensanchándose de las caderas, agitando unos brazos enormes, barriendo con sus faldas, a ras del suelo, aquel olor poderoso en el que él perdía el sentido. No tuvo más que el tiempo de abrir la cerca de madera. Sus pies se pegaban al suelo húmedo aún de estiércol, hasta tal punto que se creyó retenido por un abrazo de la tierra. Y le

volvió de repente el recuerdo del Paradou, con los grandes árboles, las sombras negras, los olores poderosos, sin que se pudiera defender.

—Ahora te has puesto todo rojo —dijo Désirée reuniéndose con él al otro lado de la barrera—. ¿No te alegras de haberlo visto todo?... ¿Los oyes gritar?

Los animales, al verla marcharse, se agolpaban contra los enrejados, lanzaban gritos lamentables. Al cerdito, sobre todo, le salía un gemido prolongado de sierra que se afila. Pero ella les hacía reverencias, les tiraba besos con la punta de los dedos, riéndose de verlos a todos allí, en montón, como enamorados de ella. Después, estrechándose contra su hermano, acompañándolo a la huerta:

—Quisiera una vaca —le dijo al oído, toda sonrojada.

Él la miró, negándose ya con el gesto.

—No, no, ahora no —prosiguió ella con viveza—. Más tarde, ya te volveré a hablar... Habría sitio en el establo. Una vaca bonita, blanca, con manchas rojizas. Ya verías la leche tan buena que íbamos a tener. Una cabra acaba por ser demasiado pequeña... ¡Y cuando la vaca pariera un ternero!

Bailaba, daba palmas, mientras que el sacerdote reencontraba en ella el corral que se había traído en las faldas. Así que la dejó en el fondo de la huerta, sentada en el suelo, a pleno sol, delante de una colmena cuyas abejas zumbaban como balas de oro sobre su cuello, a lo largo de sus brazos desnudos, por sus cabellos, sin picarla.

XII

FRAY Archangias cenaba en la casa rectoral todos los jueves. Llegaba temprano, de ordinario, para charlar sobre la parroquia. Era él quien, desde hacía tres meses, ponía al corriente al abate, le informaba sobre todo el valle. Aquel jueves, mientras esperaban a que los llamara la Teuse, fueron a pasearse, a pasitos cortos, por delante de la iglesia. El sacerdote, cuando relató su conversación con Bambousse, quedó muy sorprendido de oír que el Frate encontraba natural la respuesta del campesino.

—Tiene razón, el hombre —decía el Hermano de las Escuelas Cristianas—. Uno no da su hacienda así como así... La Rosalie no vale gran cosa, pero siempre es duro ver a tu hija tirarse a la cabeza de un piojoso.

—No obstante —prosiguió el abate Mouret—, no hay más que el matrimonio para que cese el escándalo.

El Hermano encogió sus fuertes hombros. Profirió una risa inquietante.

—¡Si se cree usted —gritó— que va a sanear la región con ese matrimonio!... Antes de dos años estará preñada Catherine; después vendrán las demás, no se libraré ninguna. Desde el momento en que se las casa, se ponen el mundo por montera... Estos Artaud crecen en la bastardía como en su estiércol natural. No habría más que un remedio, ya se lo he dicho, retorcerles el cuello a las hembras, si quisiéramos que la región no se envenenara... Ni maridos ni nada, ¡bastonazos, señor cura, bastonazos!

Se calmó, añadió:

—Dejemos que cada uno disponga de su haber como lo entienda.

Y empezó a hablar de ajustar las horas de la catequesis. Pero el abate Mouret contestaba de manera distraída. Miraba el pueblo, a sus pies, bajo el sol poniente. Regresaban los campesinos, hombres mudos, que andaban despacio, con el caminar de los bueyes reventados que vuelven a la cuadra. Delante de las casuchas, las mujeres de pie proferían una llamada, charlaban a voces de una puerta a otra, mientras bandadas de niños llenaban la carretera con el alboroto de sus zapatones, empujándose, rodando, revolcándose. Subía un olor humano de aquel amasijo de casas mal asentadas. Y el sacerdote se creía aún en el corral de Désirée, enfrente de un pulular de animales sin cesar multiplicados. Reencontraba allí el mismo calor de generación, los mismos partos continuos, cuya sensación le había indispuerto. Viviendo desde por la mañana en aquella historia del embarazo de Rosalie, acababa por pensar en eso, en las suciedades de la existencia, en los impulsos de la carne, en la reproducción fatal de la especie que sembraba los hombres como granos de trigo. Los Artaud eran un rebaño recogido entre las cuatro colinas del horizonte, que engendraban, que se extendían más por el suelo, a cada camada de las hembras.

—Mire —gritó Fray Archangias, que se interrumpió para señalar a una muchacha mayorcita que se estaba dejando abrazar por su amante detrás de un matojo—, ¡otra piojosa, allí!

Agitó sus largos brazos negros hasta que hubo puesto en fuga a la pareja. A lo lejos, sobre las tierras rojas, sobre las rocas peladas, el sol se moría, en una última llamarada incendio. Poco a poco, cayó la noche. El olor cálido de lavandas se hizo más fresco, traído por los soplos ligeros que se elevaban. Hubo, por momentos, un amplio suspiro, como si aquella tierra terrible, toda abrasada de pasiones, se hubiese quietado por fin, bajo la lluvia gris del crepúsculo. El abate Mouret, con el sombrero en la mano, feliz del frío, sentía volver a bajar hasta él la paz de la sombra.

—¡Señor cura! ¡Fray Archangias! —llamó la Teuse—. ¡Dense prisa! La sopa está servida.

Era una sopa de coles, cuyo fuerte vapor llenaba el comedor de la casa rectoral. El Hermano se sentó, vaciando lentamente el enorme plato que la Teuse acababa de colocar delante de él. Comía mucho, con un cloqueo del gástrico que permitía oír la comida caer en el estómago. Con los ojos en la cuchara, no decía palabra.

—¿Es que no está buena mi sopa, señor cura? —preguntó la anciana sirvienta—. Está usted ahí, comisqueando en el plato.

—Apenas tengo hambre, mi buena Teuse —contestó el sacerdote sonriendo.

—¡Pues claro! ¡No es de extrañar, cuando uno se pasa el día haciendo barrabasadas!... Tendría hambre si no hubiera almorzado a las dos pasadas.

Fray Archangias, tras haber vertido en su cuchara las pocas gotas de caldo que se le habían quedado en el fondo del plato, dijo reposadamente:

—Hay que ser regular en las comidas, señor cura.

Mientras tanto, Désirée, que también se había comido su sopa, seriamente, sin despegar los labios, acababa de levantarse para seguir a la Teuse a la cocina. El Hermano, que se había quedado sólo con el abate Mouret, se cortaba largos bocados de pan, que iba tragando, mientras esperaba el plato fuerte.

—Entonces, ¿ha dado usted una vuelta grande? —preguntó.

El sacerdote no tuvo tiempo de contestar. Un ruido de pasos, de exclamaciones, de risas sonoras, se elevó en el extremo del corredor, por el lado del corral. Una voz de flauta que turbó al abate se enfadaba, hablando deprisa, perdiéndose en medio de una bocanada de alegría.

—¿Qué pasa? —dijo levantándose de su silla.

Désirée volvió a entrar de un brinco. Llevaba algo escondido en su falda remangada. Repetía con viveza:

—¡Qué graciosa es! No ha querido venir. La tenía agarrada del vestido, pero es un rato fuerte, se me ha escapado.

—¿De quién habla? —interrogó la Teuse, que acudía de la cocina trayendo una fuente de patatas sobre la cual venía extendido un trozo de panceta.

La muchacha se había sentado. Con infinitas precauciones, se sacó de dentro del halda un nido de mirlos en el que dormían tres crías. Lo depositó encima de su plato. No bien percibieron la luz las crías, estiraron unos cuellos frágiles, abriendo sus picos

sangrantes, pidiendo de comer. Désirée empezó a dar palmas, hechizada, presa de una emoción extraordinaria, frente a aquellos animales que no conocía.

—¡Es esa muchacha del Paradou! —exclamó el abate, acordándose bruscamente. La Teuse se había acercado a la ventana.

—Es verdad —dijo—. Habría debido reconocerla por su voz de cigarra... ¡Ah! ¡La muy zascandil! Mire, se ha quedado allí, espiándonos.

El abate Mouret se adelantó. Creyó ver, en efecto, detrás de un enebro, la falda naranja de Albine. Pero Fray Archangias se alzó violentamente detrás de él, blandiendo el puño, sacudiendo su ruda cabeza, tronando:

—¡Así se te lleve el diablo, hija de bandido! ¡Yo te arrastraré de los pelos alrededor de la iglesia si te cojo viniendo a echar aquí tus maleficios!

Una carcajada, fresca como un hálito de la noche, subió del sendero. Después hubo una carrera liviana, un murmullo de vestido que corría por la hierba, igual a un siseo de culebra. El abate Mouret, de pie delante de la ventana, seguía a lo lejos una mancha rubia que se deslizaba por entre los bosques de pinos, igual que un reflejo de luna. Los hálitos que le llegaban del campo tenían ese potente perfume de verdor, ese olor de flores silvestres que Albine sacudía de sus brazos desnudos, de su cintura libre, de su melena suelta.

—¡Una condenada, una hija de perdición! —refunfuñó sordamente Fray Archangias volviéndose a sentar a la mesa.

Se comió glotonamente su panceta, tragando patatas enteras a modo de pan. La Teuse no consiguió de ningún modo decidir a Désirée a que terminara de cenar. Aquella niña crecida permanecía en éxtasis delante del nido de mirlos, inquiriendo, preguntando lo que comían, si ponían huevos, en qué se reconocían los gallos en aquellos animales.

Pero a la anciana sirvienta le entró como una sospecha. Se apoyó en la pierna buena, mirando al joven cura a los ojos.

—¿Es que conoce usted a la gente del Paradou? —dijo.

Entonces, simplemente, él dijo la verdad, contó la visita que le había hecho al viejo Jeanbernat. La Teuse intercambiaba miradas escandalizadas con Fray Archangias. Al principio no contestó nada. Daba vueltas alrededor de la mesa, cojeando furiosamente, pegando unos taconazos como para hender el suelo.

—Ya habría podido hablarme de esa gente, desde hace tres meses —acabó diciendo el sacerdote—. Por lo menos habría sabido en casa de quién me presentaba.

La Teuse se detuvo en seco, con las piernas como rotas.

—No mienta, señor cura —tartamudeó—; no mienta, eso aumentaría aún más su pecado... ¿Cómo se atreve a decir que no le he hablado del Filósofo, de ese pagano que es el escándalo de toda la comarca? Lo que pasa es que nunca me escucha cuando hablo. Por un oído le entra y por otro le sale... ¡Ah! ¡Si me escuchara, se evitaría muchas lamentaciones!

—Yo también le dije un par de cosas de esas abominaciones.

El abate Mouret se encogió ligeramente de hombros.

—En fin, no me he vuelto a acordar —prosiguió—. Tan sólo cuando ya estaba en el Paradou he creído recordar ciertas historias... Además, hubiera ido en todo caso a atender a ese desdichado, a quien creía en peligro de muerte.

Fray Archangias, con la boca llena, dio un violento golpe con el cuchillo en la mesa, gritando:

—Jeanbernat es un perro. Pues que reviente como un perro.

Después, viendo al sacerdote protestar con la cabeza, cortándole la palabra:

—No, no, no hay Dios para él, no hay penitencia, no hay misericordia... Más valdría arrojar la hostia a los cerdos que llevársela a ese bribón.

Se sirvió más patatas, con los codos sobre la mesa, la barbilla metida en su plato, masticando de manera furibunda. La Teuse, con los labios apretados, toda blanca de ira, se contentó con decir secamente:

—Deje usted, el señor cura no quiere más que ir a su aire, ahora el señor cura se gasta secretos para con nosotros.

Reinó un denso silencio. Durante un instante, no se oyó más que el ruido de las mandíbulas del Hermano, acompañado del extraño ronquido de su gástrico. Désirée, rodeando con sus brazos desnudos el nido de mirlos que seguía encima de su plato, con la cara inclinada, sonriéndoles a las crías, les hablaba despaciosamente, muy bajito, en un gorjeo propio de ella que parecían comprender.

—¡Cuando no se tiene nada que ocultar, uno dice lo que hace! —gritó bruscamente la Teuse.

Y volvió el silencio. Lo que exasperaba a la anciana sirvienta era el misterio que el sacerdote parecía haberle hecho de su visita al Paradou. Se miraba como una mujer indignamente engañada. Sangraba su curiosidad. Se paseó alrededor de la mesa, sin mirar al abate, sin dirigirse a nadie, aliviándose ella sola.

—¡Ya está, mira por qué comemos tan tarde!... Nos vamos sin decir nada a correr el tacón, hasta las dos de la tarde. Entramos en casas de tan mala fama, que después no nos atrevemos ni a contar lo que hemos hecho. Así que luego mentimos, traicionamos a todo el mundo...

—Pero —interrumpió suavemente el abate Mouret, que se esforzaba en comer para no enfadar más a la Teuse— nadie me ha preguntado si había ido al Paradou, no he tenido que mentir.

La Teuse continuó, como si no hubiera oído:

—Nos estropeamos la sotana en el polvo, volvemos con hechuras de ladrón. Y si una buena persona que se interesa por nosotros nos pregunta por nuestro bien, la atropellamos, la tratamos como a una mujer de nada que no goza de nuestra confianza. Nos escondemos como un hipócrita, preferiríamos reventar antes que dejar escapar una palabra, ni siquiera tenemos la atención de alegrar nuestra casa diciendo lo que hemos visto.

Se volvió hacia el sacerdote, lo miró de frente.

—Sí, todo esto es para usted... ¡Es usted un secretero, es usted un hombre malvado!

Y se echó a llorar. El abate tuvo que consolarla.

—El señor Caffin me lo contaba todo —gritó ella aún.

Pero se iba calmando. Fray Archangias remataba un gran pedazo de queso, sin parecer ni por asomo alterado por esta escena. Según él, al abate Mouret había que llevarlo bien derecho; la Teuse hacía bien en hacerle sentir la brida. Vació un último vaso de vino peleón y se echó hacia atrás en su silla, a digerir.

—En fin —preguntó la anciana sirvienta—, ¿qué ha visto en el Paradou? Cuéntenoslo por lo menos.

El abate Mouret, sonriente, dijo en pocas palabras la singular manera en la que lo había recibido Jeanbernat. La Teuse, que lo agobiaba con preguntas, lanzaba exclamaciones indignadas. Fray Archangias apretó los puños, los blandió hacia adelante.

—¡Que lo aplaste el cielo! —dijo—; ¡que los abraza, a él y a su hechicera!

Entonces, el abate, a su vez, intentó recabar nuevos detalles sobre la gente del Paradou. Escuchaba con profunda atención al Hermano, que contaba hechos monstruosos.

—Sí, esa diablesa vino una mañana a sentarse en la escuela. Hace mucho, podía tener diez años. Yo la dejé; pensé que la mandaba su tío para la primera comunión. Se pasó dos meses revolucionando la clase. ¡La muy tunanta había conseguido que la adoraran! Se sabía juegos, se inventaba perifollos con hojas de árbol y cachos de trapo. ¡Y, sobre esto, inteligente, como todas esas hijas del infierno! Era la primera en la catequesis. Y mira por dónde, una mañana cae el viejo en plena mitad de las clases. Hablaba de romperlo todo, gritaba que los sacerdotes le habían quitado a la niña. Tuvo que venir el guarda forestal para echarlo a la puerta. La niña se había escapado. Yo la veía, por la ventana, en una tierra, enfrente, reírse del furor de su tío... Llevaba dos meses viniendo por propia voluntad a la escuela, sin que él ni se lo figurase. Por patear las montañas.

—No llegó a hacer la primera comunión —dijo la Teuse, a media voz, con un ligero escalofrío.

—No, no llegó —prosiguió Fray Archangias—. Tendrá dieciséis años. Se cría como un animal. Yo la he visto correr a cuatro patas, en una espesura, por la parte de la Palud.

—A cuatro patas —murmuró la sirvienta, que se volvió hacia la ventana, presa de inquietud.

El abate Mouret quiso emitir una duda, pero el Hermano se arrebató.

—¡Sí, a cuatro patas! Y saltaba como un gato salvaje, con las faldas arremangadas, enseñando los muslos. Si hubiera tenido un fusil, habría podido derribarla. Animales se matan que son más gratos a Dios... Y además, es sabido que viene a maullar todas las noches alrededor de Los Artaud. Da maullidos de piojosa

calentorra. Si alguna vez le llegara a caer un hombre en las garras a ésa, por cierto que no le dejaría ni un trozo de piel sobre los huesos.

Y apareció todo su odio por la mujer. Sacudió la mesa con un puñetazo; gritó sus acostumbradas injurias:

—Llevan el diablo en el cuerpo. Apestan al diablo; les apestan a él las piernas, los brazos, el vientre, todo... Eso es lo que embruja a los imbéciles.

El sacerdote aprobó con la cabeza. La violencia de Fray Archangias, la tiranía parlanchina de la Teuse, eran como cintarazos, cuyo azote gustaba muchas veces sobre sus hombros. Sentía una alegría piadosa en hundirse en la bajeza, entre aquellas manos llenas de tosquedades populacheras. La paz del cielo se le antojaba estar al final de aquel desprecio del mundo, de aquel encanallamiento de todo su ser. Era una injuria que se regocijaba de hacerle a su cuerpo, un arroyo por el que se complacía en arrastrar su natural tierno.

—No hay más que inmundicia —murmuró, doblando su servilleta.

La Teuse quitaba la mesa. Quiso llevarse el plato en el que Désirée había colocado el nido de mirlos.

—No se va a acostar aquí, señorita —dijo—. Vamos, deje esos malos bichos.

Pero Désirée defendió el plato. Cubría el nido con sus brazos desnudos, ya sin reírse, irritándose por ser molestada.

—Espero que no nos quedemos con esos pájaros —exclamó Fray Archangias—. Traería mala suerte... Hay que retorcerles el pescuezo.

Y ya avanzaba sus gruesas manos. La muchacha se levantó, retrocedió, estremecida, estrechando el nido contra su pecho. Miraba al Hermano fijamente, con los labios hinchados, con un aire de loba dispuesta a morder.

—No toque a las crías —tartamudeó—. ¡Es usted feo!

Acentuó aquella palabra con un desprecio tan extraño que el abate Mouret se sobresaltó, como si la fealdad del Hermano le hubiese saltado a la vista por primera vez. Éste se había conformado con gruñir. Le tenía una sorda inquina a Désirée, cuya hermosa pujanza animal lo ofendía. Una vez que esta hubo salido, andando hacia atrás, sin quitarle ojo, se encogió de hombros, mascullando entre dientes una obscenidad que nadie oyó.

—Más vale que se vaya a acostar —dijo la Teuse—. Nos estorbaría luego en la iglesia.

—¿Han venido? —preguntó el abate Mouret.

—Hace un buen rato que están ahí fuera las muchachas, con brazadas de follaje... Voy a encender las lámparas. Podremos empezar cuando usted quiera.

Unos segundos después, se la oyó jurar en la sacristía, porque las cerillas estaban mojadas. Fray Archangias, que se había quedado solo con el sacerdote, preguntó con voz desabrida:

—¿Es para el mes de María?

—Sí —contestó el abate Mouret—. Estos días últimos, las muchachas de la región, que tenían mucha faena, no han podido venir, según la costumbre, a adornar la capilla de la Virgen. La ceremonia se ha aplazado para esta noche.

—Bonita costumbre —masculló el Hermano—. Cuando las veo depositar a cada una sus ramos, me entran ganas de arrojarlas al suelo para que confiesen al menos sus bajezas, antes de tocar el altar... Es una vergüenza sufrir que las mujeres paseen sus faldas tan cerca de las santas reliquias.

El abate se disculpó con el gesto. Llevaba poco en Los Artaud, debía obedecer las costumbres.

—Cuando usted quiera, señor cura —gritó la Teuse.

Pero Fray Archangias lo retuvo aún un instante.

—Me voy —prosiguió—. La religión no es una chica para que la metan entre flores y encajes.

Andaba lentamente hacia la puerta. Se detuvo de nuevo, levantando uno de sus dedos velludos, añadiendo:

—Cuidado con su devoción a la Virgen.

XIII

DENTRO de la iglesia, el abate Mouret encontró una decena de chicas mayores, que llevaban ramas de olivo, de laurel, de romero. Como las flores de jardín apenas crecían en las rocas de Los Artaud, la costumbre era engalanar el altar de la Virgen con un verdor resistente que duraba todo el mes de mayo. La Teuse añadía unos alhelíes trepadores, con los rabos sumergidos en jarras viejas.

—¿Quiere usted dejarme a mí, señor cura? —preguntó—. Usted no tiene costumbre... Mire, póngase ahí, delante del altar. Me irá diciendo si le gusta la decoración.

Él consintió, y fue ella la que dirigió realmente la ceremonia. Se había subido en un escabel, y trataba con rudeza a las muchachas, que se acercaban una por una con sus follajes.

—¡Pero no corráis tanto! A ver si me dejáis tiempo para atar las ramas. No es cosa de que todos estos manojos se le caigan en la cabeza al señor cura... ¡Bueno! Babet, te toca a ti. ¡A ver si me miras, que buenos ojos ya tienes! ¡Pues bueno está el romero que traes! Amarillo como un cardo. ¡Será que se le han meado encima todas las borricas de la región!... A ver tú, Rousse. ¡Ah! ¡Este laurel sí que está bonito, por lo menos! Lo has cogido en tu tierra de la Croix-Verte.

Las muchachas depositaban sus ramas en el altar, que besaban. Permanecían un instante pegadas a la sabanilla, pasándole las ramas a la Teuse, olvidando el aire hipócritamente recogido que habían adoptado para subir el peldaño; acababan riéndose, se apoyaban en las rodillas, plegaban las caderas al borde de la mesa, hundían de lleno el pecho en el sagrario. Y, por encima de ellas, la gran Virgen de yeso dorado inclinaba su cara pintada y sonreía con sus labios rosas al Jesusito desnudo que llevaba en el brazo izquierdo.

—¡Eso es, Lisa! —gritó la Teuse—, ¡tú siéntate en el altar mientras estés ahí! ¿Te quieres bajar esas faldas? ¿Va una enseñando las piernas así?... ¡Que no se le ocurra a una de vosotras arrellanarse! Le cruzo la cara con sus ramas... ¿Es que no podéis pasármelas con calma?

Y, girándose:

—¿Está a su gusto, señor cura? ¿Le parece que queda bien?

Iba asentando detrás de la Virgen una hornacina de verdor, con puntas de follaje que sobresalían, formando cuna, colgando a modo de palmas. El sacerdote aprobaba con una palabra, aventuraba una observación.

—Yo creo —murmuró— que haría falta un ramillete de hojas más tiernas, en lo alto.

—Claro —refunfuñó—. No me traen más que laurel y romero... ¿Cuál es la que trae olivo? ¡Ni una, hay que ver! ¡A las muy paganas les da miedo perder cuatro aceitunas!

Pero Catherine subió el peldaño, con una enorme rama de olivo, bajo la cual no se la veía.

—¡Ah! Tú sí que traes, chiquilla —prosiguió la anciana sirvienta.

—Pues claro —dijo una voz—, lo ha robado. He visto a Vincent tronchar la rama mientras ella vigilaba.

Catherine, furiosa, juró que no era verdad. Se había dado la vuelta, sin soltar su rama, liberando su cabeza morena del matojo que llevaba; mentía con un aplomo extraordinario, se inventaba una larga historia para demostrar que el olivo era suyo y muy suyo.

—Y además —concluyó— todos los árboles son de la Virgen Santísima.

El abate Mouret quiso intervenir. Pero la Teuse preguntó si se estaban riendo de ella, dejándola tanto tiempo con los brazos en alto. Y ató sólidamente la rama de olivo, mientras que Catherine, encaramada en el escabel, a su espalda, remedaba la manera penosa en la que giraba su enorme cintura, con ayuda de su pierna buena; cosa que hizo sonreír hasta al propio sacerdote.

—Ya está —dijo la Teuse, bajando junto a éste para echar un vistazo a su obra—; la parte de arriba ya está acabada... Ahora vamos a poner unos manojos entre los candelabros, no siendo que prefiera usted una guirnalda que corra a lo largo de las gradillas.

El sacerdote se decidió por manojos grandes.

—Vamos, acercaos —prosiguió la sirvienta, subida de nuevo en el taburete—. No es cosa de quedarse a dormir aquí... ¿Quieres besar el altar, Miette? ¿Qué te crees, que estás en tu cuadra?... Señor cura, mire usted a ver lo que están haciendo allí. Las oigo reírse como descosidas.

Alzaron una de las dos lámparas e iluminaron el extremo negro de la iglesia. Bajo la tribuna, tres muchachas crecidas jugaban a darse empujones; una de ellas había caído de cabeza en la pila del agua bendita, cosa que daba tanta risa a las demás que se dejaban escurrir hasta el suelo para reírse a sus anchas. Regresaron, mirando al cura por debajo, con aspecto feliz de que las regañaran, con las manos colgando y dándoles golpes en los muslos.

Pero lo que enfadó sobre todo a la Teuse fue el ver bruscamente a la Rosalie subiendo al altar como las demás, con su gavilla.

—¿Te quieres bajar? —le gritó—. ¡No es aplomo lo que te falta, hija mía!... A ver, te me vas a llevar de aquí tu fardo, y de prisita.

—Anda, ¿y por qué? —dijo osadamente Rosalie—. No me acusarán de haberlo robado, digo yo.

Las muchachas se acercaban, se hacían las tontas, intercambiando miradas chispeantes.

—Vete —repetía la Teuse—; tu sitio no está aquí, ¿te enteras?

Después, perdiendo su poca paciencia, brutalmente, soltó una palabra muy gruesa, que hizo correr una risa de alborozo por entre las campesinas.

—¿Y qué más? —dijo Rosalie—. ¿Sabe usted acaso lo que hacen las otras? No habrá ido a ver, digo yo.

Y creyó oportuno estallar en sollozos. Arrojó sus ramos, se dejó llevar unos cuantos pasos más allá por el abate Mouret, que le hablaba muy severamente. Había intentado callar a la Teuse, estaba empezando a sentirse incómodo en medio de aquellas muchachonas desvergonzadas, que llenaban la iglesia con sus brazadas de verdor. Se empujaban hasta la grada del altar, lo rodeaban con un resquicio de bosque vivo, le traían el rudo perfume de las arboledas olorosas, como un aliento que subía de sus miembros de recias trabajadoras.

—Abreviemos, abreviemos —dijo dando unas ligeras palmadas.

—¡Pues claro! ¡Ya preferiría yo estar en la cama —murmuró la Teuse—; si se cree usted que es cómodo atar todos estos palos!

Mientras tanto, había acabado anudando entre los candelabros altos penachos de follaje. Plegó el escabel, que Catherine fue a llevar detrás del altar mayor. Ya no le quedó más que asentar unos macizos, a ambos lados de la mesa. Los últimos manojos de verdor bastaron para aquel trozo de parterre; incluso sobraron unos ramos, con los que las muchachas alfombraron el suelo, hasta la barandilla de madera. El altar de la Virgen era un bosquecillo, un ahondarse de monte bajo, con un césped verde en la parte delantera.

La Teuse consintió entonces en cederle el sitio al abate Mouret. Éste subió al altar, dio de nuevo unas leves palmadas.

—Señoritas —dijo—, continuaremos mañana los ejercicios del mes de María. Las que no puedan venir, deberán por lo menos rezar el rosario en su casa.

Se arrodilló, mientras las campesinas, con un gran ruido de faldas, se ponían por el suelo, sentándose en los talones. Siguieron su oración con un mascullar común, en el que reventaban risas. Una de ellas, sintiéndose pellizcada por detrás, dejó escapar un grito, que intentó sofocar en un ataque de tos; cosa que provocó tal algazara en las demás que permanecieron un momento retorciéndose, tras haber dicho Amén, con la nariz en las losas, sin poder levantarse.

La Teuse despidió a aquellas descaradas, mientras que el sacerdote, que se había santiguado, permanecía absorto ante el altar, como sin oír ya lo que ocurría detrás de él.

—Vamos, ahuecad el ala —murmuraba—. Sois un hatajo de inútiles, que ni siquiera sabéis respetar a Dios Nuestro Señor... Es una vergüenza, esto no se ha visto nunca, muchachas que se revuelcan por el suelo en una iglesia, como animales en un prado... ¿Qué estás haciendo ahí, Rousse? ¡Si te veo pellizcar a una, te las verás conmigo! Sí, sí, sacadme la lengua, se lo pienso decir todo al señor cura. ¡Fuera, fuera, granujas!

Las iba rechazando lentamente hacia la puerta, galopando alrededor de ellas, cojeando de manera furibunda. Había conseguido hacer salir hasta la última cuando vio a Catherine tranquilamente instalada en el confesonario con Vincent; se estaban

comiendo algo, con aire encantado. Los echó. Y, según alargaba el cuello afuera de la iglesia, antes de cerrar la puerta, vio a la Rosalie colgarse de los hombros de Fortuné el alto, que la estaba esperando; ambos se perdieron en la negrura, por el lado del cementerio, con un ruido debilitado de besos.

—¡Y va y se presenta ante el altar de la Virgen! —tartamudeó, echando los cerrojos—. Las otras no son mejores, de sobra lo sé. ¡Todas unas pelanduscas que han venido esta noche, con sus gavillas, para reírse y luego ir a besarse con los chicos, a la salida! Mañana no se molestará ni una; el señor cura podrá decir sus *Avemarías* él solito... Ya no veremos más que a las bribonas que tengan cita.

Atropellaba las sillas, las volvía a colocar, miraba si no había quedado por el suelo nada sospechoso, antes de subir a acostarse. Recogió en el confesonario un puñado de mondas de manzana, que arrojó detrás del altar. Encontró asimismo un trozo de cinta arrancada de alguna cofia, con un mechón de cabellos negros, con el que hizo un paquetito para abrir una investigación. Salvo aquello, la iglesia le pareció estar en buen orden. La lamparilla tenía aceite para toda la noche, las losetas del coro podían aguantar sin fregar hasta el sábado.

—Son casi las diez, señor cura —dijo acercándose al sacerdote, que seguía arrodillado—. Haría usted bien en subir.

Él no contestó, se contentó con inclinar suavemente la cabeza.

—Bueno, ya me sé yo lo que quiere decir eso —continuó la Teuse—. Dentro de una hora, seguiré ahí, encima de la piedra, que le va a dar un cólico... Me voy, porque le estoy molestando. Da igual, poco sentido común tiene: ¡almorzar cuando los demás cenan, acostarse a la hora que se levantan las gallinas!... Le molesto, ¿verdad, señor cura? Buenas noches. ¡Muy poco raciocinio me tiene, oiga usted!

Se decidía a marcharse, pero regresó para apagar una de las dos lámparas, murmurando que rezar tan tarde era «el aceitica». Por fin se marchó, tras haber pasado la manga por la sabanilla del altar mayor, que le pareció gris de polvo. El abate Mouret, con los ojos alzados, los brazos apretados contra el pecho, estaba solo.

XIV

ILUMINADA por una única lámpara, que ardía sobre el altar de la Virgen, en medio de los verdes, la iglesia se llenaba, en ambos extremos, de grandes sombras flotantes. El púlpito arrojaba un manto de tinieblas hasta las viguetas del techo. El confesonario componía una masa negra, que recortaba bajo la tribuna el extraño perfil de una garita reventada. Toda la luz, suavizada, como enverdecida por las frondas, dormía sobre la gran Virgen dorada, que parecía bajar con aire regio, llevada en volandas por la nube en la que aparecían cabezas de juguetones ángeles alados. Se hubiera dicho, viendo la lámpara redonda relucir en medio de las ramas, una luna pálida alzándose en la linde de un bosque, iluminando alguna aparición soberana, una princesa del cielo, coronada de oro, vestida de oro, que paseara la desnudez de su divino hijo por el fondo del misterio de las calles de un jardín. Entre las hojas, a lo largo de los altos penachos, dentro de la amplia cuna ojival, y hasta sobre los ramos arrojados al suelo, chorreaban rayos de astros, amortecidos, iguales a esa lluvia lechosa que penetra los matorrales en las noches claras. Venían ruidos difusos, crujidos, de los dos extremos oscuros de la iglesia; el gran reloj, a la izquierda del coro, latía lentamente, con un grueso aliento de mecánica dormida. Y la visión resplandeciente, la Madre de finas crenchas de cabellos castaños, como aquietada por la paz nocturna de la nave, bajaba más, curvaba apenas la hierba de los claros, bajo el liviano vuelo de su nube.

El abate Mouret la miraba. Aquélla era la hora en la que le gustaba la iglesia. Olvidaba al Cristo lamentable, al ajusticiado embadurnado de ocre y de laca, que agonizaba detrás de él, en la capilla de los Muertos. Ya no sufría la distracción de la claridad cruda de las ventanas, de los gozos matinales que entraban con el sol, de la vida del exterior, de los gorriones y de las ramas que invadían la nave por los cristales rotos. A aquella hora de la noche, la naturaleza estaba muerta, la sombra tendía de crespón los muros blanqueados, el frescor le ponía en los hombros un saludable cilicio; podía anonadarse en el amor absoluto, sin que el espejeo de un rayo, la caricia de un hálito o de un perfume, el batir de un ala de insecto, viniese a sacarle de su gozo de amar. Su misa de la mañana nunca le había proporcionado las delicias sobrehumanas de sus oraciones de la noche.

Con los labios balbucientes, el abate Mouret miraba a la gran Virgen. La veía venir hacia él, desde el fondo de su nicho verde, en un esplendor creciente. No era ya un claro de luna que corría por la copa de los árboles. Se le antojaba revestida de sol, avanzaba majestuosamente, gloriosa, colosal, tan omnipotente que a él, por momentos, le daban tentaciones de arrojarse rostro en tierra, para evitar el resplandor de aquella puerta abierta sobre el cielo. Entonces, en aquella adoración de todo su ser, que hacía expirar las palabras en su boca, se le acordaron las últimas palabras de Fray Archangias como una blasfemia. El Hermano le reprochaba muchas veces aquella devoción particular a la Virgen, de la que decía que era un auténtico robo hecho a la

devoción de Dios. Según él, eso ablandaba las almas, ponía faldas a la religión, creaba toda una sensiblería piadosa indigna de los fuertes. Le tenía inquina a la Virgen por ser mujer, por ser hermosa, por ser madre; se mantenía en guardia contra ella, presa del temor sordo de sentirse tentado por su gracia, de sucumbir a su suavidad de seductora. «¡Le llevará lejos!», había gritado un día al joven sacerdote, viendo en ella un inicio de pasión humana, una cuesta abajo hacia las delicias de los hermosos cabellos castaños, de los grandes ojos claros, del misterio de los vestidos que caían desde el cuello hasta la punta de los pies. Era la rebelión de un santo, que separaba violentamente a la Madre del Hijo, preguntando como éste: «¿Qué tengo yo contigo, mujer?». Pero el abate Mouret resistía, se prosternaba, intentaba olvidar las rudezas del Hermano. Ya no había otra cosa, sino aquel arobo en la pureza inmaculada de María, que le sacase de la bajeza en la que él procuraba anularse. Cuando, en soledad frente a la gran Virgen dorada, se alucinaba hasta el punto de verla inclinarse para darle a besar sus crenchas, se volvía de nuevo muy joven, muy bueno, muy fuerte, muy justo, invadido por completo por una vida de ternura.

La devoción del abate Mouret por la Virgen databa de su juventud. Ya de muy niño, un poco huraño, refugiándose por los rincones, gustaba de pensar que una hermosa dama lo protegía, que dos ojos azules, muy dulces, con una sonrisa, lo seguían por todas partes. A menudo, por la noche, tras haber sentido un ligero hálito pasarle por el pelo, contaba que había venido la Virgen a darle un beso. Había crecido bajo aquella caricia de mujer, en aquel aire lleno de un rozar de falda divina. Ya a los siete años satisfacía sus necesidades de cariño gastándose todos los cuartos que le daban en comprar estampas de santidad, que escondía celosamente, para disfrutarlas él solo. Y jamás lo tentaban los Jesús con el cordero al cuello, los Cristos en la cruz, los Dios Padre inclinándose con una gran barba en el borde de una nube; siempre acababa en las tiernas imágenes de María, en su estrecha boca risueña, en sus finas manos tendidas. Poco a poco las había coleccionado todas: María entre una azucena y una flor de enea, María llevando el niño en brazos como una hermana mayor, María coronada de rosas, María coronada de estrellas. Eran para él una familia de hermosas muchachas, que tenían un parecido de gracia, el mismo aire de bondad, el mismo rostro dulce, tan jóvenes bajo sus velos que, a pesar de su nombre de madre de Dios, él no les tenía ningún miedo, como a las personas mayores. Le parecían tener su edad, ser las niñas a las que le habría gustado conocer, las niñas del cielo con las que deben de jugar eternamente, en un rincón del paraíso, los niños muertos a los siete años. Pero él ya era adusto; conservó, al crecer, el secreto de su religioso amor, presa de los pudores exquisitos de la adolescencia. María iba cumpliendo años con él, siempre un año o dos mayor, como conviene a una amiga soberana. Ella tenía veinte años cuando él tenía dieciocho. Por las noches ya solo lo besaba en la frente; se mantenía a unos cuantos pasos, con los brazos cruzados, en su sonrisa casta, adorablemente dulce. Él ya solo la nombraba muy bajito, experimentando como un desmayo de su corazón cada vez que aquel nombre adorado le pasaba por los labios,

en sus oraciones. Ya no soñaba con los juegos infantiles, al fondo del jardín celestial, sino con una contemplación continua, frente a aquella figura blanca, tan pura, a la que no habría querido tocar ni con su aliento. Le ocultaba a su propia madre que la amase con tanta intensidad.

Después, a unos años de aquello, cuando estuvo en el seminario, aquella hermosa ternura por María, tan recta, tan natural, conoció sordas inquietudes. ¿Era necesario el culto a María para la salvación? ¿No le estaría robando a Dios al concederle a María una parte de su amor, la parte más grande, sus pensamientos, su corazón, su todo? Cuestiones turbadoras, combate interior que lo apasionaba, que lo encadenaba más. Entonces, se internó en las sutilezas de su afecto. Se procuró inauditas delicias en discutir la legitimidad de sus sentimientos. Los libros de devoción a la Virgen lo disculparon, lo arrebataron, lo llenaron de razonamientos que él repetía con recogimientos de oración. Allí fue donde aprendió a ser el esclavo de Jesús en María. Iba a Jesús por María. Y citaba toda clase de pruebas, distinguía, sacaba consecuencias: María, a la que Jesús había obedecido en la tierra, debía ser obedecida por todos los hombres; María conservaba su pujanza de madre en el cielo, en donde era la gran dispensadora de los tesoros de Dios, la única que pudiese implorarle, la única que distribuía los tronos; María, simple criatura junto a Dios, pero elevada hasta él, se convertía así en vínculo humano del cielo con la tierra, en intermediaria de toda gracia, de toda misericordia; y la conclusión siempre era que había que amarla por encima de todo, en el propio Dios. Después venían curiosidades teológicas más arduas, los desposorios del Esposo celestial, el Espíritu Santo sellando el vaso de elección, situando a la Virgen Madre en un milagro eterno, entregando su pureza inviolable a la devoción de los hombres; era la Virgen victoriosa de todas las herejías, la enemiga irreconciliable de Satán, la nueva Eva anunciada como la que había de aplastar la cabeza de la serpiente, la Puerta augusta de la gracia, por la que había entrado el Salvador una primera vez, por la que entraría de nuevo, en el último día, profecía difusa, anuncio de un papel más amplio de María que dejaba a Serge bajo el sueño de algún inmenso florecer de amor. Aquella llegada de la mujer al cielo celoso y cruel del Antiguo Testamento, aquella imagen de blancura, puesta al pie de la temible Trinidad, era para él la gracia misma de la religión, lo que le consolaba del espanto de la fe, su refugio de hombre perdido en medio de los misterios del dogma. Y una vez que se hubo demostrado a sí mismo, punto por punto, extensamente, que ella era el camino de Jesús, cómodo, corto, perfecto, asegurado, se entregó de nuevo a ella, por entero, sin remordimientos; se enseñó a ser su auténtico devoto, muriéndose a sí mismo, abismándose en la sumisión.

Hora de voluptuosidad divina. Los libros de devoción a la Virgen ardían entre sus manos. Le hablaban una lengua de amor que humeaba como un incienso. María ya no era la adolescente velada de blanco, con los brazos cruzados, de pie a unos pasos de su cabecera; llegaba en medio de un esplendor, tal como la vio Juan, vestida de sol, coronada con doce estrellas, con la luna bajo los pies; lo perfumaba a él con su buen

olor, lo inflamaba del deseo del cielo, lo arrebatava hasta introducirlo en el calor de los astros que llameaban en su frente. Él se arrojaba ante ella, se creía su esclavo; y nada había más dulce que aquella palabra de esclavo, que repetía, que saboreaba más, en su boca balbuciente, a medida que se aplastaba a sus pies, para ser una cosa suya, una nada suya, el polvo levantado por el vuelo de su vestido azul^[5]. Decía con David: «María está hecha para mí. —Añadía con el evangelista—: La he tomado por todo mi bien». La llamaba: «Mi amada dueña», faltándole las palabras, acabando en un balbuceo de niño y de amante, sin quedarle otra cosa que el aliento entrecortado de su pasión. Ella era la Bienaventurada, la Reina del cielo celebrada por los nueve coros de los Ángeles, la Madre de la insigne dilección, el Tesoro del Señor. Las imágenes vivas se desplegaban y la comparaban a un paraíso terrestre, hecho de una tierra virgen, con parterres de flores virtuosas, praderas verdes de esperanza, torres inexpugnables de fortaleza, casas encantadoras de confianza. Ella era también una fuente que el Espíritu Santo había sellado, un santuario en el que reposaba la Santísima Trinidad, el trono de Dios, la ciudad de Dios, el altar de Dios, el templo de Dios, el mundo de Dios. Y él se paseaba por ese jardín, a la sombra, al sol, bajo el hechizo de los verdores; él suspiraba por el agua de esa fuente; él habitaba el hermoso interior de María, apoyándose en él, ocultándose en él, perdiéndose en él sin reservas, bebiendo la leche de amor infinito que caía gota a gota de aquel seno virginal.

Cada mañana, no bien se levantaba, en el seminario, saludaba a María con cien reverencias, con el rostro vuelto hacia el trozo de cielo que atisbaba por su ventana; por las noches, se despedía de ella inclinándose el mismo número de veces, con los ojos en las estrellas. Muchas veces, frente a las noches serenas, cuando Venus relucía toda rubia y soñadora en el aire tibio, él se abandonaba, dejaba caer de sus labios, tal un cántico leve, el *Ave maris stella*, el himno enternecido que le desplegaba a lo lejos playas azules, un mar apacible, apenas rizado por un estremecerse de caricia, iluminado por una estrella sonriente, tan grande como un sol. Recitaba además el *Salve Regina*, el *Regina coeli*, el *O gloriosa Domina*, todas las oraciones, todos los cánticos. Leía el Oficio de la Virgen, los libros de santidad en su honor, el pequeño Salterio de san Buenaventura, con una ternura tan devota que las lágrimas le impedían pasar las hojas. Ayunaba, se mortificaba, para hacerle la ofrenda de su carne lacerada. Desde la edad de diez años, llevaba su distintivo, el santo escapulario, la doble imagen de María, cosida en paño, cuyo calor sentía en su espalda y en su pecho, contra su piel desnuda, con escalofríos de felicidad. Más tarde, había adoptado el cilicio de cadenilla, con el fin de mostrar su esclavitud de amor. Pero su gran acto seguía siendo la Salutación angélica, el *Ave María*, la plegaria perfecta de su corazón. «Dios te salve, María^[6]», y la veía avanzar hacia él, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres; arrojaba su corazón a sus pies, para que ella lo pisara, con suavidad. Aquella salutación la multiplicaba, la repetía de cien maneras, ingeniándose en hacerla más eficaz. Decía doce *Avemarías* para recordar la corona de doce estrellas que ceñía la frente de María; decía catorce en memoria de sus catorce gozos; decía

siete decenas en honor de los años que vivió sobre la tierra. Se pasaba horas enteras desgranando las cuentas del rosario. Después, con deleitosa lentitud, en ciertos días de encuentro místico, emprendía el infinito susurro del Rosario completo.

Cuando, solo en su celda y con tiempo para amar, se arrodillaba en la pura baldosa, todo el jardín de María crecía alrededor de él, con sus altas floraciones de castidad. El rosario dejaba correr entre sus dedos su guirnalda de *Avemarías* entrecortadas de *Paternosters*, como una guirnalda de rosas blancas, mezcladas con las azucenas de la Anunciación, con las flores sangrantes del Calvario, con las estrellas de la Coronación. Avanzaba a pasos lentos por aquellas avenidas perfumadas, deteniéndose en cada una de las quince decenas de *Avemarías*, solazándose en el misterio al que ésta correspondía; quedaba loco de gozo, de dolor, de gloria, a medida que los misterios se iban agrupando en tres series, los gozosos, los dolorosos, los gloriosos. Leyenda incomparable, historia de María, vida humana completa, con sus sonrisas, sus lágrimas, su triunfo, que él revivía de un extremo al otro, en un instante. Y primero ingresaba en la alegría, en los cinco misterios sonrientes, bañados por las serenidades del alba: eran la salutación del arcángel, un rayo de fecundidad deslizado del cielo, que traía el desmayo adorable de la unión sin tacha; la visita a Isabel, en una clara mañana de esperanza, en la hora en la que el fruto de sus entrañas daba por primera vez a María esa sacudida que hace palidecer a las madres; el parto en un establo de Belén, con la larga fila de los pastores que acudían a festejar la maternidad divina; el recién nacido llevado al Templo, en brazos de la recién parida, que sonríe, aún fatigada, ya feliz por ofrecer a su hijo a la justicia de Dios, a los abrazos de Simeón, a los anhelos del mundo; finalmente, Jesús crecido, revelándose ante los doctores, entre los cuales lo encuentra su madre preocupada, orgullosa de él y resarcida. Después, tras esa mañana de luz tan tierna, se le antojaba a Serge que el cielo se encapotaba bruscamente. Ya no pisaba más que zarzas, se desollaba los dedos en las cuentas del rosario, se doblaba bajo el espanto de los cinco misterios de dolor: María agonizando en su hijo en el Huerto de los Olivos, recibiendo con él los latigazos de la flagelación, sintiendo en su propia frente el desgarramiento de la corona de espinas, llevando auestas el horrendo peso de su cruz, muriendo a sus pies en lo alto del Calvario. Aquellas exigencias del sufrimiento, aquel martirio atroz de una Reina adorada, por quien él habría dado su sangre como Jesús, le provocaban una sublevación de horror que no habían podido calmar diez años de las mismas oraciones y de los mismos ejercicios. Pero las cuentas seguían corriendo, se abría una brecha repentina en las tinieblas de la crucifixión y estallaba con júbilo de astro libre la gloria resplandeciente de los cinco últimos misterios. María, transfigurada, cantaba el aleluya de la resurrección, la victoria sobre la muerte, la eternidad de la vida; asistía, con las manos extendidas, trastornada de admiración, al triunfo de su hijo, que se elevaba en el cielo, entre nubes de oro orladas de púrpura; reunía en torno a sí a los apóstoles, saboreando como en el día de la concepción el abrasar del espíritu de amor, descendido en llamas ardientes; a su vez era arrebatada

por un vuelo de ángeles, llevada en volandas sobre alas blancas, tal un arca inmaculada, depositada suavemente en mitad del esplendor de los tronos celestiales; y allí, como gloria suprema, en una claridad tan resplandeciente que apagaba el sol, Dios la coronaba con las estrellas del firmamento. La pasión no tiene más que una palabra. Al decir seguidas las ciento cincuenta *Avemarías*, Serge^[7] no las había repetido una sola vez. Aquel murmullo monótono, aquella palabra sin cesar la misma que se repetía una y otra vez, igual al: «Te quiero» de los amantes, adquiría cada vez un significado más profundo; él se demoraba, charlaba sin fin con la ayuda de esa única frase latina, conocía a María por entero hasta que, al escaparse de sus manos la última cuenta del rosario, se sentía desfallecer ante el pensamiento de la separación.

Muchas veces había pasado así las noches el joven, reanudando veinte veces las decenas de *Avemarías*, retrasando una y otra vez el momento en el que debería despedirse de su querida dueña. Nacía el día y él susurraba aún. Era la luna, decía para engañarse a sí mismo, la que hacía palidecer las estrellas. Sus superiores tenían que regañarlo por aquellas vigilias de las que salía lánguido, con la tez tan blanca que parecía haber perdido sangre. Durante mucho tiempo había conservado en la pared de su celda un grabado polícromo del Sagrado Corazón de María. La Virgen, sonriendo de modo sereno, se abría el corpiño y mostraba en su pecho un hueco rojo, en el que ardía su corazón, atravesado por una espada, coronado de rosas blancas. Aquella espada lo desesperaba; le producía ese intolerable horror del sufrimiento en la mujer, cuyo solo pensamiento lo arrojaba fuera de cualquier sumisión piadosa. La borró, se quedó tan sólo con el corazón coronado y llameante, arrancado a medias de aquella carne exquisita para ofrecerse a él. Fue entonces cuando se sintió amado. María le daba su corazón, su corazón vivo, tal como latía en su seno, con el gotear rosa de su sangre. Ya no había allí una imagen de pasión devota, sino una materialidad, un prodigio de ternura, que, cuando oraba delante del grabado, le hacía extender las manos para recibir religiosamente el corazón que saltaba del seno sin mácula. Él lo veía, lo oía latir. Y era amado, ¡aquel corazón latía para él! Era como un enloquecerse de todo su ser, una necesidad de besar aquel corazón, de fundirse en él, de tenderse con él en el fondo de aquel pecho abierto. Ella lo amaba activamente, hasta quererlo en la eternidad junto a ella, siempre suyo. Lo amaba eficazmente, sin cesar ocupada de él, siguiéndolo por todas partes, evitándole las mínimas infidelidades. Lo amaba tiernamente, más que todas las mujeres juntas, con un amor azul, profundo, infinito como el cielo. ¿Dónde podría haber encontrado nunca una dueña tan deseable? ¿Qué caricia de la tierra era comparable a aquel hálito de María en cuyo interior caminaba él? ¿Qué unión miserable, qué placer indecente podían compararse con aquella eterna flor del deseo que subía y subía sin llegar a esponjarse jamás? Y en ese momento, igual que una vaharada de incienso, se exhalaba el *Magnificat* de su boca. Cantaba el canto de júbilo de María, su escalofrío de gozo ante la proximidad del Esposo divino. Glorificaba al Señor que derribaba a los poderosos de sus tronos, y que le enviaba a

María a él, un pobre niño desnudo, que se moría de amor en las gélidas baldosas de su celda.

Y, cuando se lo había dado todo a María, su cuerpo, su alma, sus bienes terrenales, sus bienes espirituales, cuando estaba desnudo ante ella, agotadas sus oraciones, brotaban de sus labios abrasados las letanías de la Virgen, con sus imprecaciones repetidas, tercas, voluntariosas, en una necesidad suprema de socorro celestial. Le parecía que iba subiendo una escalera de deseo; a cada salto de su corazón, subía un peldaño. Primero, la llamaba Santa. A continuación, la llamaba Madre, purísima, castísima, amable, admirable. Y volvía a tomar impulso, gritándole seis veces su virginidad, con la boca como refrescada cada vez por aquella palabra de virgen, a la que unía ideas de pujanza, de bondad, de fidelidad. A medida que su corazón se lo iba llevando más arriba por los peldaños de luz, una voz extraña, procedente de sus venas, hablaba en él, se abría en flores resplandecientes. Él habría querido fundirse en perfume, esparcirse en claridad, expirar en un suspiro musical. Mientras la llamaba Espejo de justicia, Templo de sabiduría, Fuente de su alegría, se veía pálido de éxtasis en aquel espejo, se arrodillaba en las losas tibias de aquel templo, bebía a largos tragos la embriaguez de aquella fuente. Y la transformaba una vez más, dando rienda suelta a su delirio de ternura para unirse a ella de una manera cada vez más estrecha. Ella se convertía en un Vaso de honor elegido por Dios, un Seno de elección en el que él deseaba verter su propio ser, dormir para siempre. Ella era la Rosa mística, una gran flor abierta en el paraíso, hecha de los Ángeles que rodeaban a su Reina, tan pura, tan olorosa, que él la respiraba desde la bajeza de su indignidad con un henchirse de alegría que hacía crujir sus costillas. Ella se transformaba en Casa de oro, en Torre de David, en Torre de marfil, de inapreciable riqueza, de una pureza que codiciaban los cisnes, de una estatura alta, fuerte, redonda, para la que él habría querido componer con sus brazos extendidos un cinturón de sumisión. Ella se mantenía de pie en el horizonte, era la Puerta del cielo, que él atisbaba detrás de sus hombros, cuando un soplo de viento apartaba los pliegues de su velo. Crecía detrás de la montaña, a la hora en la que palidece la noche, Estrella de la mañana, Socorro de caminantes extraviados, Alba de amor. Después, a aquella altura, faltándole el aliento, aún no saciado, pero con las palabras traicionando las fuerzas de su corazón, ya no podía sino glorificarla con el título de Reina, que le profería nueve veces como nueve golpes de incensario. Su cántico se moría de júbilo en aquellos gritos del triunfo final: ¡Reina de las vírgenes, Reina de todos los santos, Reina concebida sin pecado! Ella, cada vez más en alto, resplandecía. Él, en el último peldaño, ese peldaño que tan sólo alcanzan los deudos de María, permanecía allí un instante, privado en medio de aquel aire sutil que lo aturdía, aún demasiado lejos para besar el borde del vestido azul, sintiéndose ya caer rodando, con el eterno deseo de volver a subir, de tentar aquel placer sobrehumano.

¡Cuántas veces las letanías de la Virgen, recitadas en común, en la capilla, habían dejado así al joven, con las rodillas quebradas, la cabeza vacía, como después de una

gran caída! Desde su salida del seminario, el abate Mouret había aprendido a amar a la Virgen más aún. Le profesaba ese culto apasionado en el que Fray Archangias barruntaba olores de herejía. Según él, era ella la que había de salvar a la Iglesia mediante algún prodigio grandioso cuya próxima aparición hechizaría a la tierra. Ella era el único milagro de nuestra época impía, la dama azul que se mostraba a los pastorcillos, la blancura nocturna atisbada entre dos nubes, y el borde de cuyo velo arrastraba por sobre las chozas de los campesinos. Cuando Fray Archangias le preguntaba brutalmente si acaso la había visto él alguna vez, se conformaba con sonreír, con los labios apretados, como para guardar su secreto. La verdad es que la veía todas las noches. Ya no se le mostraba ni como hermana juguetona ni como hermosa muchacha ferviente; llevaba un vestido de novia, con flores blancas en los cabellos, los párpados entornados, dejando correr miradas húmedas de esperanza que le iluminaban las mejillas. Y él de sobra percibía que venía hacia él, que le prometía no tardarse más, que le decía: «Heme aquí, recíbeme». Tres veces cada día, cuando sonaba el *Ángelus*, al despertar de la aurora, en la madurez del mediodía y a la caída enternecida del crepúsculo, él se destocaba, decía un *Avemaría* mirando a su alrededor, buscando si la campana no le anunciaba por fin la venida de María. Tenía veinticinco años. La esperaba.

En el mes de mayo, el aguardar del joven sacerdote estaba lleno de una esperanza feliz. Ya ni le preocupaban las regañinas de la Teuse. Si se quedaba hasta tan tarde rezando en la iglesia, era con la idea loca de que la gran Virgen dorada acabaría bajando. Y, no obstante, la temía, a aquella Virgen que se parecía a una princesa. No amaba a todas las Vírgenes del mismo modo. Aquélla le imponía un respeto soberano. Era la Madre de Dios; tenía la amplitud fecunda, el rostro augusto, los brazos fuertes de la Esposa divina que llevaba en brazos a Jesús. Él se la figuraba así en medio de la corte celestial, dejando arrastrar por entre las estrellas la cola de su regio manto, demasiado alta para él, tan poderosa que él caería reducido a polvo si se dignase bajar los ojos sobre los suyos. Era la Virgen de sus días de desfallecimiento, la Virgen severa que le devolvía la paz interior mediante la temible visión del paraíso.

Aquella noche, el abate Mouret se quedó más de una hora arrodillado en la iglesia vacía. Con las manos juntas, las miradas en la Virgen de oro que se alzaba como un astro en medio de los verdes, buscaba la modorra del éxtasis, el apaciguamiento de las extrañas turbaciones que había experimentado durante la jornada. Pero no se deslizaba al duermevela de la oración con la comodidad feliz que le era habitual. La maternidad de María, por muy gloriosa y pura que se revelase, aquella cintura redonda de mujer cumplida, aquel niño desnudo que llevaba en un brazo, lo desasosegaban, le parecían prolongar en el cielo el desbordante pujar de generación por entre el que llevaba caminando desde por la mañana. Como las viñas de las laderas pedregosas, como los árboles del Paradou, como el rebaño humano de Los Artaud, María traía la eclosión, engendraba la vida. Y la oración se le enredaba en los labios, se quedaba prendido en distracciones, viendo cosas que nunca había visto, la

blanda curva de los cabellos castaños, la leve prominencia de la barbilla, embadurnada de rosa. Entonces, ella tenía que hacerse más severa, aniquilarlo bajo el resplandor de su omnipotencia, para devolverlo a la frase de la oración interrumpida. Fue por fin gracias a su corona de oro, gracias a su manto de oro, gracias a todo el oro que la convertía en una princesa terrible, por lo que acabó de aplastarlo en una sumisión de esclavo, con la oración fluyendo regularmente de su boca, la mente perdida en el fondo de una adoración sin par. Hasta las once, durmió despierto con aquel embotamiento extático, sin sentir ya sus rodillas, creyéndose suspendido, mecido como un niño al que se duerme, dejándose ir a aquel descanso, mientras conservaba la conciencia de una gravidez que le apesadumbraba el corazón. Alrededor de él, la iglesia se llenaba de sombra, la lámpara se embotaba, los altos follajes ensombrecían el rostro barnizado de la gran Virgen.

Cuando el reloj, antes de dar la hora, chirrió con voz de tísico, el abate Mouret sintió un escalofrío. No había notado el frescor de la iglesia caerle en los hombros. Ahora, tiritaba. Al santiguarse, un rápido recuerdo atravesó el estupor de su despertar; el castañeteo de sus dientes le recordaba las noches pasadas en el enlosado de su celda, enfrente del Sagrado Corazón de María, con el cuerpo sacudido de fiebre. Se levantó penosamente, descontento de sí mismo. De ordinario, se retiraba del altar con la carne serena, con la suavidad del hálito de María en la frente. Aquella noche, cuando cogió la lámpara para subir a su habitación, le pareció que le estallaban las sienes: la oración había sido ineficaz; recuperaba, tras un corto alivio, el mismo calor que había ido subiéndole desde por la mañana del corazón al cerebro. Después, llegado a la puerta de la sacristía, en el momento de salir, alzó la lámpara, con un movimiento maquinal, procurando ver una vez más a la gran Virgen. Estaba anegada bajo las tinieblas descendidas de las vigas, hundida entre los follajes, y no sobresalía más que la cruz de oro de su corona.

XV

LA habitación del abate Mouret, situada en una esquina de la casa rectoral, era una estancia amplia, horadada en dos de sus lados por dos inmensas ventanas cuadradas; una de estas ventanas se abría por encima del corral de Désirée; la otra daba al pueblo de Los Artaud, con el valle a lo lejos, las colinas, todo el horizonte. La cama, encortinada de amarillo, la cómoda de nogal y las tres sillas de enea se perdían bajo el alto techo de viguetas blancas. Del enlosado, frotado con cera roja, bruñido como un espejo, subía una ligera aspereza, ese olor un poco agrio de los viejos caserones campesinos. Encima de la cómoda, una gran estatuilla de la Inmaculada Concepción ponía una suavidad gris, entre dos jarros de loza que la Teuse había llenado de lilas blancas.

El abate Mouret colocó la lámpara delante de la Virgen, al borde de la cómoda. Se sentía tan destemplado que se decidió a encender el fuego de sarmientos de vid que estaba prevenido. Y allí se quedó, con las tenazas en la mano, mirando arder los tizones, con el rostro iluminado por la llama. Por debajo de él, oía el denso dormir de la casa. El silencio, que zumbaba en sus oídos, acababa por adoptar voces susurrantes. Lenta, invenciblemente, aquellas voces lo invadían, duplicaban la ansiedad cuyo apretar había sentido en la garganta varias veces durante la jornada: ¿Y de dónde venía aquella angustia? ¿Cuál podría ser aquella turbación desconocida, que se había ido engrosando despacito, que se había vuelto intolerable? No obstante, él no había pecado. Le parecía haber salido la víspera del seminario, con todo el ardor de su fe, tan fuerte contra el mundo que caminaba por medio de los hombres sin ver otra cosa que a Dios.

Entonces, se creyó en su celda, una mañana, a las cinco, en el momento de levantarse. El diácono de guardia pasaba dando un bastonazo en su puerta, con el grito reglamentario:

—*Benedicamus Domino!*

—*Deo gratias!* —contestaba él, mal despierto, con los ojos hinchados de sueño.

Y saltaba a la estrecha alfombra, se quitaba las legañas, hacía la cama, barría la habitación, renovaba el agua de su cantarillo. Aquel breve arreglo doméstico era un gozo, en el escalofrío matinal que le corría por la piel. Oía a los gorriones de los plátanos del patio levantarse al mismo tiempo que él, en medio de un alboroto ensordecedor de alas y de gaznates. Pensaba que, a su manera, estaban diciendo sus oraciones. Él bajaba a la sala de las meditaciones, en la que, después de los rezos, permanecía media hora arrodillado, meditando sobre este pensamiento de Ignacio: «¿De qué sirve al hombre conquistar el universo, si pierde su alma?». Era un tema fértil en buenas resoluciones, que le hacía renunciar a todos los bienes de la tierra, con el sueño tantas veces acariciado de una vida en el desierto, bajo la única riqueza de un gran cielo azul. Al cabo de diez minutos, sus rodillas, magulladas encima de la piedra, se volvían tan dolorosas que experimentaba poco a poco un desmayo de todo

su ser, un éxtasis en el que se veía gran conquistador, dueño de un imperio inmenso, arrojando su corona, rompiendo su cetro, pisoteando un lujo inaudito, cofrecillos de oro, destellar de joyas, telas cosidas de pedrerías, para ir a sepultarse al fondo de una Tebaida, vestido con un sayal que le desollaba el espinazo. Pero la misa lo sacaba de aquellas imaginaciones, de las que salía como de una hermosa historia real que le hubiera sucedido en tiempos antiguos. Comulgaba, cantaba el salmo del día, muy ardientemente, sin oír ninguna otra voz más que su voz, de una pureza de cristal, tan clara que la sentía volarse hasta los oídos del Señor. Y cuando volvía a subir a su habitación, no subía más que un peldaño cada vez, tal como lo recomiendan san Buenaventura y santo Tomás de Aquino; andaba despacio, con aire recogido, la cabeza levemente inclinada, hallando un indecible placer en seguir las mínimas prescripciones. A continuación, venía el desayuno. En el refectorio, le encantaban los mendrugos de pan, alineados a lo largo de los vasos de vino blanco; porque tenía buen apetito, era de humor alegre, decía, por ejemplo, que el vino era buen cristiano, alusión muy osada al agua que acusaban al ecónomo de echar en las botellas. Eso no le impedía recuperar su aire grave para entrar en clase. Tomaba apuntes sobre las rodillas, mientras que el profesor, con las muñecas en el borde del púlpito, hablaba un latín usual, cortado a veces con una palabra francesa, cuando no tenía a mano nada mejor. Se alzaba una polémica; los alumnos argumentaban en una jerga extraña, sin reírse. Después venía, a las diez, una lectura de la Sagrada Escritura, durante veinte minutos. Él iba a buscar el sagrado libro, de rica encuadernación, con el cante dorado. Lo besaba con veneración particular, lo leía destocado, saludando cada vez que le salían al paso los nombres de Jesús, de María o de José. La segunda meditación lo hallaba entonces totalmente preparado para soportar un segundo arrodillamiento, más largo que el primero. Evitaba sentarse ni un solo segundo en los talones; saboreaba aquel examen de conciencia de tres cuartos de hora, esforzándose en descubrir pecados dentro de sí, llegando a creerse condenado por haber olvidado, la víspera por la noche, besar las dos imágenes de su escapulario, o por haberse quedado dormido sobre el lado izquierdo; culpas abominables, que hubiese querido redimir desgastando hasta la noche sus rodillas; culpas felices que lo mantenían ocupado, sin las cuales no hubiese sabido con qué sustentar su cándido corazón, dormido por la vida blanca que llevaba. Entraba en el refectorio todo aliviado, como si hubiese descargado su pecho de un gran delito. Los seminaristas de turno, con las mangas de la sotana remangadas, un delantal de dril azul anudado a la cintura, traían la sopa de fideos, el hervido cortado en cuadraditos, las raciones de pierna de cordero con alubias. Había ruidos terribles de mandíbulas, un silencio glotón, una saña de tenedores interrumpida tan sólo por envidiosas miradas furtivas dirigidas a la mesa en forma de herradura, en la que los directores comían carnes más tiernas, bebían vinos más tintos; mientras que la voz pastosa de algún hijo de campesino, de recios pulmones, desgranaba sin puntos ni comas, por encima de aquella furia de apetito, alguna lectura piadosa, cartas de misioneros, pastorales de obispos, artículos de publicaciones religiosas. Él escuchaba,

entre bocado y bocado. Aquellos retazos de polémica, aquellos relatos de viajes lejanos lo sorprendían, lo espantaban incluso, revelándole, allende los muros del seminario, una agitación, un inmenso horizonte, en los que él no pensaba nunca. Aún estaban comiendo, cuando un repique de matraca anunciaba el recreo. El patio estaba enarenado, plantado con ocho gruesos plátanos que, en verano, proyectaban una sombra fresca; al Mediodía había una tapia, de cinco metros de altura, erizada de culos de botella, por encima de la cual lo único que se veía de Plassans era el extremo del campanario de Saint-Marc, una corta aguja de piedra, en el cielo azul. De un extremo del patio al otro, lentamente, él se paseaba con un grupo de compañeros, siguiendo una sola línea; y cada vez que volvía, con el rostro hacia la tapia, miraba el campanario, que era para él toda la ciudad, toda la tierra, bajo el vuelo libre de las nubes. Al pie de los plátanos, discutían ruidosos corrillos; se aislaban algunos amigos, de dos en dos, por los rincones, espiados por algún director escondido tras las cortinas de mi ventana; se organizaban violentamente partidas de frontón y de bolos, que molestaban a apacibles jugadores de lotería medio tumbados por el suelo, ante sus cartones, que una bola o una pelota lanzada con demasiada fuerza cubría de arena. Cuando sonaba la campana, amainaba el ruido, una nube de gorriones se volaba de los plátanos, los alumnos aún sin aliento se dirigían a las clases de canto llano, con los brazos cruzados, la nuca grave. Y él remataba la jornada en medio de aquella paz; volvía a clase; merendaba a las cuatro, reanudando su eterno paseo, frente a la flecha de Saint-Marc; cenaba en medio de los mismos ruidos de mandíbulas, bajo la gruesa voz que remataba la lectura de por la mañana; subía a la capilla a decir las acciones de gracias de por la noche, y se acostaba a las ocho y cuarto, tras haber rociado su cama con agua bendita para protegerse de los malos sueños.

¡Cuántas hermosas jornadas similares había pasado, en aquel antiguo convento del viejo Plassans, lleno a rebosar de un olor secular de devoción! Durante cinco años, se habían sucedido los días, desgranándose con el mismo murmullo del agua límpida. A aquella hora, recordaba mil detalles que lo enternecían. Recordaba su primer ajuar, que había ido a comprar con su madre: sus dos sotanas, sus dos cinturones, sus seis alzacuellos, sus ocho pares de medias negras, su sobrepelliz, su tricorne. ¡Y cómo le había palpitado el corazón, aquella suave tarde de octubre, cuando se había cerrado tras él la puerta del seminario! Iba allí, con veinte años, tras sus cursos de formación académica, presa de una necesidad de creer y de amar. Ya al día siguiente lo había olvidado todo, como dormido en el fondo de aquella gran casa silenciosa. Volvía a ver la angosta celda en la que había pasado sus dos años de Filosofía, un cubil amueblado con una cama, una mesa y una silla, separado de los cubiles contiguos por unas tablas mal ajustadas, en una inmensa sala que contenía una cincuentena de reductos iguales. Volvía a ver su celda de teólogo, habitada durante otros tres años, más grande, con un sillón, un aguamanil, una biblioteca, habitación feliz llena de los sueños de su fe. A lo largo de los interminables pasillos, a

lo largo de las escaleras de piedra, en ciertos rincones, le habían llegado revelaciones repentinas, auxilios inesperados. Los altos techos dejaban caer voces de ángeles guardianes. Ni una baldosa de las salas, ni una piedra de los muros, ni una rama de los plátanos que no le hablaran de los gozos de su vida contemplativa, sus tartamudeos de ternura, su lenta iniciación, las caricias recibidas a cambio de la ofrenda de todo su ser, toda aquella felicidad de los primeros amores divinos. Tal día, al despertarse, había visto un vivo resplandor que lo había inundado de alegría. Tal noche, al cerrar la puerta de su celda, se había sentido asido del cuello por unas manos tibias, con tal ternura que, al recuperar el conocimiento, se había encontrado en el suelo, llorando con grandes sollozos. Después, a veces, sobre todo bajo la pequeña bóveda que conducía a la capilla, había abandonado su cintura a unos brazos cimbrenos que se lo llevaban. Todo el cielo lo atendía en esos momentos, caminaba alrededor de él, ponía en sus menores actos, en la satisfacción de sus necesidades más vulgares, un sentido particular, un sorprendente perfume, cuyo olor lejano parecían conservar para siempre sus ropas, su propia piel. Y aún recordaba los paseos de los jueves. Se marchaban a las dos hacia algún rincón de verdor, a una legua de Plassans. Las más de las veces era a la orilla del Viorne, en el extremo de un prado, con sauces nudosos que sumergían sus hojas en la corriente. Él no veía nada, ni las grandes flores amarillas del prado, ni las golondrinas que bebían al vuelo, rozando con las alas la lámina del pequeño río. Hasta las seis, sentados en grupos bajo los sauces, sus compañeros y él recitaban a coro el oficio de la Virgen, o leían, de dos en dos, las *Horas Menores*, el breviario facultativo de los jóvenes seminaristas.

Al abate Mouret le brotó una sonrisa, mientras juntaba los tizones. No encontraba en aquel pasado otra cosa que una gran pureza, una obediencia perfecta. Él era una azucena, cuyo buen olor tenía encantados a sus maestros. No recordaba ni un acto malo. Nunca aprovechaba la libertad absoluta de los paseos, mientras que los dos directores de guardia iban a charlar a casa de algún cura del entorno, para fumar detrás de un seto o correr a beber cerveza con algún amigo. Nunca escondía novelas bajo su jergón, ni ocultaba botellas de anisete en el fondo de su mesilla de noche. Durante mucho tiempo, incluso, no se había figurado todos los pecados que lo rodeaban, alones de pollo y pasteles introducidos de contrabando durante la Cuaresma, cartas culpables traídas por los sirvientes, conversaciones abominables mantenidas en voz baja, en ciertos rincones del patio. Había llorado a lágrima viva el día en que se había dado cuenta de que pocos de sus compañeros amaban a Dios por sí mismo. Había allí hijos de campesinos que habían entrado en las órdenes por terror al reclutamiento, perezosos que soñaban con un oficio de holganza, ambiciosos a los que conturbaba ya la visión del báculo y de la mitra. Y él, al encontrar las inmundicias del mundo también al pie de los altares, se había replegado más sobre sí mismo, dándose más a Dios, para consolarlo del abandono en el que lo dejaban.

No obstante, el abate recordó que un día había cruzado las piernas, en clase. Al reconvenírsele el profesor, se había puesto muy colorado, como si hubiera cometido

una indecencia. Era uno de los mejores alumnos, que nunca discutía, que se aprendía los textos de memoria. Demostraba la existencia y la eternidad de Dios mediante pruebas extraídas de la Sagrada Escritura, mediante la opinión de los Padres de la Iglesia y mediante el consentimiento universal de todos los pueblos. Los razonamientos de esta naturaleza lo llenaban de una certeza inquebrantable. Durante su primer año de Filosofía, trabajaba su clase de Lógica con tal aplicación que su profesor le había puesto límite, repitiéndole que los más sabios no son los más santos. Por eso, ya desde su segundo año, cumplía con el estudio de la Metafísica igual que con una obligación reglamentaria, que tenía muy poco peso en los ejercicios de la jornada. Le venía el desprecio de la ciencia; quería permanecer ignorante, con el fin de conservar la humildad de su fe. Más tarde, en Teología, ya tan sólo seguía la clase de *Historia eclesiástica*, de Rorbacher [sic], por sumisión; llegaba hasta los argumentos de Gousset, hasta la *Instrucción teológica* de Bouvier, sin atreverse a tocar a Bellarmin, a Liguori, a Suárez, a santo Tomás de Aquino^[8]. Únicamente lo apasionaba la *Sagrada Escritura*. Encontraba en ella el saber deseable, una historia de amor infinito que debía bastar como enseñanza a los hombres de buena voluntad. No aceptaba más que las afirmaciones de sus maestros, liberándose en ellos de todo desvelo de examen, sin tener necesidad de ese fárrago para amar, acusando a los libros de robarle tiempo a la oración. Incluso había conseguido olvidar sus años de formación académica. Ya no sabía, no era más que un candor, no más que una infancia devuelta a los balbuceos del catecismo.

Y era así como paso a paso había ascendido hasta el sacerdocio. Aquí, los recuerdos se agolpaban, enternecidos, aún cálidos de los gozos celestiales. Cada año se había acercado un poco más a Dios. Pasaba santamente las vacaciones, en casa de un tío suyo, confesándose todos los días, comulgando dos veces por semana. Se imponía ayunos, escondía en el fondo de su baúl unas cajas de sal gorda, sobre las que se pasaba arrodillado horas enteras, con las rodillas desnudas. Durante los recreos, se quedaba en la capilla, o subía a la habitación de un director, que le contaba anécdotas piadosas, extraordinarias. Después, cuando se acercaba el día de la Santísima Trinidad, era recompensado más allá de toda medida, invadido por esa emoción de la que se llenan los seminarios la víspera de las ordenaciones. Era la gran fiesta, el cielo que se abría para dejar a los elegidos subir un nuevo peldaño. Él, con quince días de antelación, se ponía a pan y agua. Cerraba las cortinas de su ventana para ya no ver ni siquiera la luz, prosternándose en las tinieblas, suplicando a Jesús que aceptara su sacrificio. Los cuatro últimos días, era presa de angustias, de escrúpulos terribles que le hacían saltar de la cama, en mitad de la noche, para ir a llamar a la puerta del sacerdote foráneo que dirigía el retiro, algún carmelita descalzo, muchas veces un protestante convertido, sobre el que circulaba una maravillosa historia. Le hacía morosamente la confesión general de su vida, con la voz entrecortada de sollozos. La absolución era lo único que lo tranquilizaba, lo refrescaba, como si hubiera tomado un baño de gracia. En la mañana del gran día,

estaba completamente blanco; tenía una conciencia tan viva de aquella blancura que le parecía que iba esparciendo luz a su alrededor. Y la campana del seminario sonaba con su voz clara, mientras llegaban los olores de junio, los alhelíes silvestres en flor, las resedas, los heliotropos, por encima de la alta tapia del patio. En la capilla esperaban los padres, vestidos de gala, conmovidos hasta el punto de que las mujeres sollozaban bajo los velillos. Después, venía el desfile: los diáconos, que iban a recibir el sacerdocio, con casulla de oro; los subdiáconos, en dalmática, los acólitos, los tonsurados, con la sobrepelliz flotándoles sobre los hombros, el bonete negro en la mano. Zumbaba el órgano, esparcía las notas aflautadas de un canto de júbilo. En el altar, el obispo, asistido por dos canónigos, oficiaba, báculo en mano. Estaba allí presente el cabildo entero, se agolpaban los sacerdotes de todas las parroquias, en medio de un lujo inaudito de trajes, de un llamear de oro encendido por el ancho rayo de sol que caía de una ventana de la nave. Después de la Epístola, daba comienzo la ordenación.

A aquella hora, el abate Mouret recordaba aún el frío de las tijeras, cuando lo habían marcado con la tonsura, al principio de su primer año de Teología. Había sentido un ligero escalofrío. Pero la tonsura era por entonces bien estrecha, apenas redonda como una moneda de dos cuartos. Más tarde, a cada nueva orden que recibía, había ido creciendo, creciendo cada vez más hasta coronarlo con una mancha blanca, tan ancha como una hostia grande. Y el órgano zumbaba con más suavidad, los incensarios caían con el ruido argentino de sus cadenillas, dejando escapar una bocanada de humo blanco, que se desplegaba como labor de encaje. Él se veía en sobrepelliz, joven tonsurado, llevado al altar por el maestro de ceremonias; se arrodillaba, bajaba profundamente la cabeza mientras que el obispo, con unas tijeras de oro, le cortaba tres mechones de pelo, uno en la frente, los otros dos junto a las orejas. A un año de allí, se veía de nuevo, en la capilla llena de incienso, recibiendo las cuatro órdenes menores: iba, conducido por un archidiácono, a cerrar con estrépito el gran portón, que a continuación volvía a abrir, para mostrar que quedaba comprometido con la guarda de las iglesias; sacudía una campanilla con la mano derecha, anunciando con ello que tenía el deber de llamar a los fieles a los oficios; volvía al altar en el que el obispo le confería nuevos privilegios, los de cantar las lecciones, bendecir el pan, catequizar a los niños, exorcizar al demonio, servir a los diáconos, encender y apagar los cirios. Después, le volvía el recuerdo de la ordenación siguiente, más solemne, más temible, en medio del mismo canto del órgano, cuyo retumbar parecía ser el propio rayo de Dios; aquel día, llevaba la dalmática de subdiácono en los hombros, se obligaba para siempre mediante el voto de castidad, temblaba con todas sus carnes, a pesar de mi fe, al terrible: *Accedite*, del obispo, que ponía en fuga a dos de sus compañeros, que palidecían a su lado; sus nuevos deberes eran asistir al sacerdote en el altar, preparar las vinajeras, cantar la Epístola, secar el cáliz y llevar la cruz en las procesiones. Y, finalmente, desfilaba una última vez por la capilla, bajo el irradiar del sol de junio; pero, esta vez, caminaba él

a la cabeza del cortejo, llevaba el alba ceñida a la cintura, la estola cruzada sobre el pecho, la casulla cayéndole del cuello; desfalleciente de una emoción suprema, distinguía la pálida faz del obispo que le otorgaba la ordenación, la plenitud del sacerdocio, mediante una triple imposición de manos. Tras su juramento de obediencia eclesiástica, se sentía como levantado de las losas, cuando la resonante voz del prelado decía la frase latina: «*Accipe Spiritum sanctum: quorum remiseras peccata, remittuntur eis, et quorum retineris, retenta sunt*».

XVI

AQUELLA evocación de las grandes dichas de su juventud había dado una ligera fiebre al abate Mouret. Ya no sentía el frío. Soltó las tenazas, se acercó a la cama como si fuera a acostarse, y luego regresó a apoyar su frente contra un cristal, mirando la noche, sin ver. ¿Es que estaba enfermo para experimentar así una languidez de los miembros, mientras que la sangre le abrasaba las venas? En el seminario, en dos ocasiones, había tenido indisposiciones semejantes, una especie de desazón física que le hacía muy desdichado; una vez, incluso, se había metido en la cama, presa de gran delirio. Después, se acordó de una muchacha poseída, a quien Fray Archangias contaba haber sanado con una simple señal de la cruz, un día que había caído rígida delante de él. Aquello le hizo pensar en los exorcismos espirituales que uno de sus maestros le había recomendado antaño: la oración, la confesión general, la comunión frecuente y la elección de un director juicioso, que tuviera mucho ascendiente sobre el ánimo de su penitente. Y, sin transición, con una brusquedad que a él mismo le extrañó, vio en el fondo de su memoria el rostro redondo de uno de sus antiguos amigos, un campesino, monaguillo a los ocho años, cuya pensión en el seminario era pagada por una señora que lo protegía. Siempre se estaba riendo, y disfrutaba ingenuamente por anticipado de las pequeñas gabelas del oficio: los mil doscientos francos de asignación, la casa rectoral al fondo de un jardín, los regalos, las invitaciones a cenar, las ganancias menudas de las bodas, de los bautizos, de los entierros. Ése sí que debía de estar feliz en su curato.

La añoranza melancólica que le traía aquel recuerdo sorprendió sobremanera al sacerdote. ¿Acaso no era feliz, él también? Hasta aquel día, no había echado de menos nada, ni deseado nada, ni envidiado nada. E incluso, en aquel momento, se interrogaba y no hallaba dentro de sí ningún motivo de amargura. Él era, o eso creía, igual que en los primeros tiempos de su diaconado, cuando la obligación de leer su breviario a horas determinadas había llenado sus jornadas de una oración continua. Desde aquella época, corrían las semanas, los meses, los años, sin que él tuviese un momento de ocio para un mal pensamiento. La duda no lo atormentaba en modo alguno; se anulaba ante los misterios que no podía comprender, hacía con comodidad el sacrificio de su razón, que desdeñaba. Al salir del seminario, había tenido el gozo de verse extranjero entre los demás hombres, de no andar ya como ellos, de llevar la cabeza de otro modo, de tener gestos, palabras, sentimientos de criatura aparte. Se sentía feminizado, acercado al ángel, lavado de su sexo, de su olor de hombre. Aquello le ponía casi orgulloso, el no estar ya sujeto a la especie, el haber sido educado para Dios, cuidadosamente purgado de las inmundicias humanas por una educación celosa. Se le antojaba incluso haber morado durante años dentro de un santo óleo, preparado según los ritos, que le había penetrado las carnes con un inicio de beatificación. Algunos de sus órganos habían desaparecido, disueltos poco a poco; sus miembros, su cerebro, se habían empobrecido de materia para llenarse de alma,

de un aire sutil que a veces lo achispaba con un vértigo, como si la tierra le hubiera faltado bruscamente. Mostraba miedos, ignorancias, candores de niña enclaustrada. A veces decía sonriendo que proseguía su infancia, imaginándose que se había quedado pequeñín, con las mismas sensaciones, las mismas ideas, los mismos juicios; así, a los seis años, conocía a Dios tanto como a los veinticinco, tenía para rezarle inflexiones de voz parecidas, gozos infantiles en juntar las manos con mucha exactitud. El mundo se le antojaba igual al mundo que veía antaño, cuando su madre lo paseaba de la mano. Había nacido sacerdote, había crecido sacerdote. Cuando daba muestras, delante de la Teuse, de alguna burda ignorancia de la vida, ella lo miraba estupefacta, entre los dos ojos, diciendo con una sonrisa singular que «digno hermano era de la señorita Désirée». En su existencia, no recordaba más que una sacudida vergonzosa. Era durante sus últimos seis meses de seminario, entre el diaconado y el sacerdocio. Le habían mandado leer la obra del abate Craisson, superior del gran seminario de Valence: *De rebus venereis ad usum confessoriorum*. Había salido espantado, sollozando, de aquella lectura. Aquella sabia casuística del vicio, que exhibía la abominación del hombre, que bajaba hasta los casos más monstruosos de las pasiones contra natura, violaba brutalmente su virginidad de cuerpo y de espíritu. Quedaba para siempre manchado, como una recién casada, iniciada de una hora a otra en las violencias del amor. Y volvía fatalmente a aquel cuestionario de vergüenza, cada vez que se confesaba. Si bien las oscuridades del dogma, las obligaciones del sacerdocio, la muerte de todo libre albedrío, lo dejaban sereno, feliz de no ser más que el niño de Dios, conservaba a su pesar la conmoción carnal de aquellas suciedades que tenía que remover; tenía conciencia de una mancha imborrable, en algún sitio, en el fondo de su ser, que podía crecer un día y cubrirlo de lodo.

Subía la luna, por detrás de las Garrigues. El abate Mouret, a quien la fiebre abrasaba más, abrió la ventana y se acodó, para recibir en el rostro el frescor de la noche. Ya no sabía a qué hora exacta le había entrado aquel malestar. Sí recordaba, no obstante, que por la mañana, al decir su misa, estaba muy tranquilo, muy descansado. Debía de haber sido más tarde, tal vez durante su larga caminata al sol, o bajo el escalofrío de los árboles del Paradou, o en el ahogo del corral de Désirée. Y revivió la jornada.

Frente a él, se extendía la amplia llanura, más trágica bajo la palidez oblicua de la luna. Los olivos, los almendros, los flacos árboles formaban manchas grises, en medio del caos de los grandes peñascos, hasta la línea oscura de las colinas del horizonte. Eran anchos lienzos de sombra, gibosas aristas, sangrantes charcas de tierra en las que parecían mirarse las estrellas rojas, blancuras gredosas iguales a ropas de mujer arrojadas, que dejaban al descubierto carnes anegadas de tinieblas, amodorradas en los hondones de los terrenos. Por la noche, aquella tierra ardiente adoptaba un extraño revolcarse de pasión. Dormía, desceñida, descaderada, retorcida, con los miembros separados, mientras que se exhalaban de ella grandes suspiros tibios, pujantes aromas de durmiente sudorosa. Se hubiera dicho alguna fuerte

Cibeles caída boca arriba, con el seno adelantado, el vientre bajo la luna, ebria de los ardores del sol y soñando aún con fecundación. En lontananza, a lo largo de aquel gran cuerpo, el abate Mouret seguía con los ojos el camino de las Olivettes, una fina cinta pálida que se estiraba como el cordón flotante de un corsé. Oía a Fray Archangias levantándoles las faldas a las chiquillas, a las que azotaba hasta hacerles sangre, escupiendo a los rostros de las muchachas, apestando él mismo al olor de un macho cabrío que nunca se hubiera satisfecho. Veía a la Rosalie reírse por lo bajo, con su aire de animal lúbrico, mientras que el tío Bambousse le arrojaba terrones a la cintura. Y ahí aún, creía él, gozaba de buena salud, apenas calentado en la nuca por la hermosa mañana. No sentía más que un escalofrío por la espalda, aquel murmullo confuso de vida que había oído difusamente ya desde primera hora, en medio de su misa, cuando había entrado el sol por las ventanas quebradas. Nunca como a aquella hora de la noche lo había desazonado el campo, con su pecho gigantesco, sus muelles sombras, sus brillos relucientes de piel ambarina, toda aquella desnudez de diosa, apenas escondida bajo la muselina plateada de la luna.

El joven sacerdote bajó los ojos, miró el pueblo de Los Artaud. El pueblo se aplastaba en el sueño grávido de cansancio, en esa nada que duermen los campesinos. Ni una luz. Las casuchas componían pegotes negros, cortados por las rayas blancas de las callejuelas transversales, enfiladas por la luna. Hasta los perros debían de estar roncando, en el umbral de las puertas cerradas. ¿Acaso habrían envenenado Los Artaud la casa rectoral con alguna plaga abominable? Detrás de él, seguía escuchando engrosarse ese aliento cuya proximidad estaba tan llena de angustia. Ahora, sorprendía como un pisotear de rebaño, una revolera de polvo que le llegaba, grávida de las emanaciones de un rebaño de animales. Le volvían sus pensamientos de la mañana sobre aquel puñado de hombres que reiniciaban los tiempos, que crecían entre las rocas peladas igual que un puñado de cardos sembrados por los vientos; se sentía asistir a la eclosión lenta de una raza. Cuando era niño, nada lo sorprendía ni lo espantaba más que esas miríadas de insectos que veía manar de alguna grieta cuando levantaba ciertas piedras húmedas. Los Artaud, incluso dormidos, reventados de cansancio al fondo de la sombra, lo turbaban con su sueño, cuyo aliento reconocía en el aire que respiraba. No hubiese querido otra cosa que peñascos bajo su ventana. El pueblo no estaba lo bastante muerto; los tejados de caña se hinchaban como pechos; las grietas de las puertas dejaban pasar suspiros, crujidos ligeros, silencios vivos, que revelaban en aquel agujero la presencia de una camada pululante, bajo el negro acunar de la noche. Seguramente era tan sólo aquel olor lo que le provocaba náuseas. Sin embargo, muchas veces lo había respirado igual de intenso, sin experimentar más necesidad que la de refrescarse en la oración.

Con las sienas sudorosas, fue a abrir la otra ventana, buscando un aire más vivo. Abajo, a la izquierda, se extendía el cementerio, con la alta barra del Solitario, cuya sombra no meneaba ni una brisa. Subía del campo vacío un olor de prado segado. El gran muro gris de la iglesia, aquel muro lleno de lagartos, plantado de alhelíes, se

enfriaba bajo la luna; mientras que una de las anchas ventanas relucía, con los cristales iguales a placas de acero. La iglesia dormida tan sólo debía de vivir a aquella hora de la vida extrahumana del Dios de la hostia, encerrado en el sagrario. El abate Mouret pensaba en la mancha amarilla de la lámpara, comida por la sombra, tentado de volver a bajar, para aliviar su cabeza enferma, al medio de aquellas tinieblas puras de toda mancilla. Pero un terror extraño lo retuvo: creyó de pronto, con los ojos fijos en los cristales encendidos por la luna, ver la iglesia iluminarse interiormente con un resplandor de ascuas, con un esplendor de fiesta infernal, en la que giraban el mes de mayo, las plantas, los animales, las muchachas de Los Artaud, que cogían furiosamente árboles entre sus brazos desnudos. Después, asomándose, por debajo de él vio el corral de Désirée, sumido en la negrura, humeante. No distinguía con nitidez las jaulas de los conejos, los palos de las gallinas, la caseta de los patos. Era una única masa amontonada en la hediondez, que dormía con el mismo aliento pestilente. Bajo la puerta del establo, salía el olor agrio de la cabra; mientras que el cerdito, revolcado boca arriba, resoplaba pastosamente junto a una escudilla vacía. Con su gaznate de cobre, el gran gallo silvestre Alexandre lanzó un grito que despertó a lo lejos, una a una, las respuestas apasionadas de todos los gallos del pueblo.

Bruscamente, el abate Mouret se acordó. La fiebre cuya persecución oía le había acometido en el corral de Désirée, frente a las gallinas aún calientes de su puesta y a las conejas madres que se arrancaban el pelo del vientre. Entonces, la sensación de una respiración sobre su cuello fue tan nítida que se volvió, para ver por fin quién lo agarraba así de la nuca. Y recordó a Albine saliendo de un brinco del Paradou, con la puerta que se golpeaba sobre la aparición de un jardín encantado; la recordó galopando a lo largo de la interminable tapia, siguiendo el cabriolé a la carrera, arrojando hojas de abedul al viento como otros tantos besos; la recordó también, en el crepúsculo, riéndose de los juramentos de Fray Archangias, sus faldas huidizas al ras del camino, iguales a una pequeña revolera de polvo levantada por el aire de la noche. Contaba dieciséis años; era extraña, con su rostro un poco largo; olía a aire libre, a hierba, a tierra. Y él tenía de ella un recuerdo tan preciso que volvía a ver un araño, en una de sus flexibles muñecas, rosa sobre la piel blanca. ¿Por qué se reiría de esa manera, mirándolo con sus ojos azules? Él estaba atrapado en su risa, como en una onda sonora que resonaba por todas partes contra su carne; la respiraba, la oía vibrar en él. Sí, todo su mal venía de aquella risa que se había bebido.

De pie en el centro de la habitación, con las dos ventanas abiertas, permaneció tiritando, presa de un miedo que le hacía ocultar la cabeza entre las manos. Así pues, ¿la jornada entera desembocaba en aquella evocación de una muchacha rubia, de rostro un poco largo, de ojos azules? Y la jornada entera entraba por las dos ventanas abiertas. Eran, a lo lejos, el calor de las tierras rojas, la pasión de las grandes rocas, de los olivos nacidos en las piedras, de las viñas que retorcían sus brazos al borde de los caminos; eran, más cerca, los sudores humanos que el aire traía de Los Artaud, los olores insulsos del cementerio, los aromas de incienso de la iglesia, pervertidos por

olores de muchachas de melenas feraces; eran aún vapores de estiércol, el vaho del corral, las fermentaciones sofocantes de las semillas. Y todos aquellos alientos afluían a la vez, en una misma vaharada de asfixia, tan ruda, que se hinchaba con tal violencia que lo sofocaba. Él cerraba sus sentidos, intentaba anularlos. Pero ante él reapareció Albine como una gran flor, brotada y embellecida sobre aquel mantillo. Ella era la flor natural de aquellas basuras, delicada al sol, abriendo el joven capullo de sus hombros blancos, tan feliz de vivir que saltaba de su tallo y volaba hasta su boca, perfumándolo con su larga risa.

El sacerdote lanzó un grito. Había sentido una quemazón en los labios. Era como un chorro ardiente que se le había metido por las venas. Entonces, buscando refugio, se hincó de hinojos ante la estatuilla de la Inmaculada Concepción, gritando, con las manos juntas:

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, rogad por mí!

XVII

LA Inmaculada Concepción, sobre la cómoda de nogal, sonreía tiernamente, con la comisura de sus finos labios, indicados por un trazo de carmín. Era pequeña, totalmente blanca. Su gran velo blanco, que le caía de la cabeza a los pies, no tenía, en el borde, más que un hilillo de oro, imperceptible. Su túnica, drapeada en largos pliegues rectos sobre un cuerpo sin sexo, la ceñía en el cuello, y no dejaba fuera más que aquel cuello flexible. No sobresalía ni un mechón de sus cabellos castaños. Tenía el rostro rosa, con unos ojos claros vueltos hacia el cielo; juntaba unas manos rosas, manos de niña, mostrando el extremo de los dedos bajo los pliegues del velo, por encima del ceñidor azul, que parecía anudarle a la cintura dos puntas flotantes del firmamento. De todas sus seducciones de mujer, ninguna estaba desnuda, excepto sus pies, unos pies adorablemente descalzos, que pisaban el rosal místico. Y, sobre la desnudez de sus pies, crecían rosas de oro, como la floración natural de su carne dos veces pura.

—¡Virgen fiel, rogad por mí! —repetía desesperadamente el sacerdote.

Aquella nunca lo había turbado. No era madre aún; sus brazos no le tendían a Jesús, su cintura no adoptaba las líneas redondas de la fecundidad. No era la reina del cielo, que bajaba coronada de oro, vestida de oro, como una princesa de la tierra, portada triunfalmente por un vuelo de querubines. Aquella nunca se había mostrado temible, nunca le había hablado con la severidad de una dueña omnipotente, cuya sola vista humilla las frentes hasta el polvo. Él se atrevía a mirarla, a amarla, sin temer que lo conmoviese la blanda curva de sus cabellos castaños; no tenía más que el enternecimiento de sus pies descalzos, sus pies de amor, que florecían como un jardín de castidad, de modo demasiado milagroso como para que él satisficiera su deseo de cubrirlos de caricias. Perfumaba la habitación con su olor de azucena. Era la azucena de plata colocada en un jarrón de oro, la pureza preciosísima, eterna, impecable. Dentro de su velo blanco, tan estrechamente ceñido alrededor de ella, ya no había nada humano, nada más que una llama virgen que ardía con un fuego siempre igual. Allí la encontraba por la noche al acostarse, por la mañana al despertarse, con su misma sonrisa de éxtasis. Delante de ella dejaba caer sus ropas, sin apuro ninguno, como delante de su propio pudor.

—¡Madre purísima, Madre castísima, Madre siempre virgen, rogad por mí! —balbuceó medrosamente, haciéndose un ovillo a los pies de la Virgen, como si hubiera oído a sus espaldas el galope sonoro de Albine—. Vos sois mi refugio, la fuente de mi alegría, el templo de mi sabiduría, la torre de marfil en la que tengo encerrada mi pureza. Me pongo entre vuestras manos sin tacha, os suplico que me toméis, que me cubráis con una punta de vuestro velo, que me ocultéis bajo vuestra inocencia, detrás de la muralla sagrada de vuestra túnica, donde no me alcance ningún aliento carnal. Os necesito, muero sin vos, me siento para siempre separado de vos, si no me arrebatáis entre vuestros brazos compasivos, lejos de aquí, al medio

de la ardiente blancura que vos habitáis. María concebida sin pecado, anuladme en el fondo de la nieve inmaculada que cae de cada uno de vuestros miembros. Vos sois el prodigio de eterna castidad. Vuestra raza nació en un rayo, igual que un árbol maravilloso que no fue plantado por semilla alguna. ¡Vuestro hijo Jesús nació del aliento de Dios, vos misma nacisteis sin que el vientre de vuestra madre fuese mancillado, y quiero creer que esta virginidad va remontando así, de era en era, en una ignorancia sin fin de la carne! ¡Oh! ¡Vivir, crecer, fuera de la vergüenza de los sentidos! ¡Oh! ¡Multiplicar, dar a luz, sin la necesidad abominable del sexo, con la sola cercanía de un beso celestial!

Aquella llamada desesperada, aquel grito acendrado de deseo había tranquilizado al joven sacerdote. La Virgen, toda blanca, con los ojos vueltos al cielo, parecía sonreír más dulcemente con sus finos labios rosas. Él prosiguió con voz enternecida:

—Quisiera ser niño aún. Quisiera no ser nunca más que un niño que fuera andando a la sombra de vuestra túnica. Cuando era muy pequeño, ya juntaba las manos para decir el nombre de María. Mi cuna era blanca, mi cuerpo era blanco, todos mis pensamientos eran blancos. Os veía con nitidez, os oía llamarme. Iba hacia vos en una sonrisa, pisando rosas deshojadas. Y nada más, no sentía, no pensaba, vivía justo lo suficiente para ser una flor a vuestros pies. No deberíamos crecer. Vos no tendríais en torno a vos más que cabezas rubias, un pueblo de niños que os amarían, con las manos puras, los labios sanos, los miembros tiernos, sin una mácula, como al salir de un baño de leche. En la mejilla de un niño, uno besa su alma. Tan sólo un niño puede decir vuestro nombre sin ensuciarlo. Más tarde, la boca se echa a perder, envenena las pasiones. Yo mismo, que tanto os amo, que me he entregado a vos, no me atrevo a llamaros en todo momento, no queriendo obligaros a tropezar con mis impurezas de hombre. He rezado, he disciplinado mi carne, he dormido bajo vuestra guarda, he vivido casto; y lloro, al ver hoy que no estoy aún lo bastante muerto a este mundo como para ser vuestro prometido. ¡Oh, María, Virgen adorable, por qué no tengo cinco años, por qué no me he quedado en el niño que pegaba los labios a vuestras estampas! Os tomaría sobre mi corazón, os tumbaría a mi lado, os abrazaría como a una amiga, como a una niña de mi edad. Tendría vuestra túnica ceñida, vuestro velo infantil, vuestro cinturón azul, toda esa niñez que hace de vos una hermana mayor. No intentaría besar vuestros cabellos, porque la melena es una desnudez que no debe verse, pero besaría vuestros pies descalzos, uno después del otro, durante noches enteras, hasta que hubiera deshojado bajo mis labios las rosas de oro, las rosas místicas de vuestras venas.

Se detuvo, esperando que la Virgen bajase sus ojos azules y lo rozase en la frente con el borde de su velo. La Virgen permanecía envuelta en la muselina hasta el cuello, hasta las uñas, hasta los tobillos, toda entera en el cielo, con esa esbeltez del cuerpo que la hacía delicada, desprendida ya de la tierra.

—Bien, continuó él más locamente, haced que me vuelva a convertir en un niño, Virgen buena, Virgen poderosa. Haced que tenga cinco años. Tomad mis sentidos,

tomad mi virilidad. Que un milagro se lleve todo el hombre que ha crecido en mí. Vos reináis en el cielo, nada os es más fácil que fulminarme, que desecar mis órganos, que dejarme sin sexo, incapaz del mal, tan despojado de toda fuerza que ya ni siquiera pueda levantar el dedo meñique sin vuestro consentimiento. Quiero ser cándido, con ese candor que es el vuestro, que ningún escalofrío humano podría turbar. Ya no quiero sentir ni mis nervios, ni mis músculos, ni el latido de mi corazón, ni el afán de mis deseos. Quiero ser una cosa, una piedra blanca entre vuestros pies, a la que vos no dejaréis más que un perfume, una piedra que no se moverá del lugar adonde vos la hayáis arrojado, sin oídos, sin ojos, satisfecha de estar bajo vuestro talón, que no pueda soñar inmundicias con las otras piedras del camino. ¡Oh! ¡Qué beatitud, entonces! Yo alcanzaré sin esfuerzo, al primer intento, esa perfección con la que sueño. Me proclamaré por fin auténtico sacerdote vuestro. Seré lo que mis estudios, mis oraciones, mis cinco años de lenta iniciación no han podido hacer de mí. Sí, niego la vida, digo que es preferible la muerte de la especie a la abominación continua que la propaga. La culpa todo lo mancilla. Es una hediondez universal que echa a perder el amor, envenenando la habitación de los esposos, la cuna de los recién nacidos, y hasta las flores privadas bajo el sol, y hasta los árboles que dejan reventar sus yemas. La tierra está inmersa en esa impureza cuyas mínimas gotas brotan en vegetaciones vergonzosas. Pero para que yo sea perfecto, oh, Reina de los ángeles, Reina de las vírgenes, ¡escuchad mi grito, concedédmelo! Haced que yo sea uno de esos ángeles que no tienen más que dos grandes alas detrás de las mejillas; ya no tendré tronco, ni miembros; volaré hasta vos si vos me llamáis; ya no seré sino una boca que cantará vuestras alabanzas, sino un par de alas sin tacha que mecerá vuestros viajes por los cielos. ¡Oh! ¡La muerte, la muerte, Virgen venerable, dadme la muerte de todo! Os amaré en la muerte de mi cuerpo, en la muerte de lo que vive y de lo que se multiplica. Consumaré con vos el único matrimonio que desea mi corazón. Subiré más alto, cada vez más alto, hasta que haya alcanzado las ascuas en las que vos resplandecéis. Allí, es un gran astro, una inmensa rosa blanca cada una de cuyas hojas brilla como una luna, un trono de plata desde el cual vos irradiáis con tal abrasar de inocencia que el paraíso entero queda iluminado con el solo resplandor de vuestro velo. Lluve sobre vuestros blancos pies todo lo blanco que existe, las auroras, la nieve de las cimas inaccesibles, las azucenas apenas abiertas, el agua de las fuentes ignoradas, la leche de las plantas respetadas por el sol, las sonrisas de las vírgenes, las almas de los niños muertos en la cuna. Entonces, subiré a vuestros labios, como una llama sutil; entraré en vos, por vuestra boca entreabierta, y se consumarán las bodas, mientras que los arcángeles se estremecerán de nuestro júbilo. ¡Ser virgen, amarse virgen, conservar en medio de los besos más dulces la blancura virgen! ¡Poseer todo el amor tendido en alas de cisne, en una nube de pureza, en los brazos de una amante de luz cuyas caricias son goces del alma! ¡Perfección, sueño sobrehumano, deseo por el que me crujen los huesos, delicias que me llevan al cielo!

¡Oh, María, Vaso de elección, castrad en mí la humanidad, hacedme eunuco entre los hombres con el fin de entregarme sin miedo el tesoro de vuestra virginidad!

Y el abate Mouret, rechinando los dientes, fulminado por la fiebre, cayó desvanecido sobre las losas.

LIBRO SEGUNDO

I

ANTE las dos amplias ventanas, unas cortinas de calicó, cuidadosamente echadas, iluminaban la habitación con la blancura tamizada del amanecer. Era alta de techo, muy amplia, y estaba amueblada con un antiguo aparador Luis XV, de madera pintada de blanco, con flores rojas sobre un motivo menudo de follaje. En el entrepaño, por encima de las puertas y a ambos lados de la alcoba, unas pinturas aún permitían ver los vientres y los traseros rosas de unos Amorcillos que volaban en grupos, jugando a juegos que ya no se distinguían; mientras que los revestimientos de madera de las paredes, que componían tableros ovalados, las puertas de doble hoja y el techo de aristas romas, otrora de fondo azul celeste, con marcos de tarjetas, de medallones, de lazadas de cinta color carne, se iban borrando, de un gris muy suave, un gris que conservaba el enternecimiento de aquel paraíso marchito. Enfrente de las ventanas, la gran alcoba, que se abría bajo volutas de nubes separadas por unos Amorcillos de escayola, inclinados, cabeza abajo, como para mirar descaradamente la cama, estaba cerrada, al igual que las ventanas, por unas cortinas de calicó, cosidas a puntadas grandes, de singular inocencia en medio de aquella habitación que se había mantenido entibiada por un lejano aroma de voluptuosidad.

Sentada junto a una consola en la que se calentaba un hervidor sobre un quinqué de alcohol rebajado, Albine miraba las cortinas de la alcoba, atentamente. Estaba vestida de blanco, con el cabello recogido en una pañoleta de encaje antiguo, las manos abandonadas, velando con un aire solemne de chica mayor. Se oía una respiración débil, un soplo de niño amodorrado, en el gran silencio. Pero al cabo de unos minutos le entró preocupación; no pudo por menos de ir, a pasos leves, a levantar la punta de una cortina. Serge, al borde de la gran cama, parecía dormir, con la cabeza apoyada en uno de sus brazos replegados. Durante su enfermedad, le había crecido el pelo, le había salido barba. Estaba muy blanco, ojeroso de azul, los labios pálidos; tenía un donaire de muchacha convaleciente.

Albine, enternecida, iba a dejar caer otra vez la punta de la cortina.

—No estoy dormido —dijo Serge con una voz muy baja.

Y permanecía con la cabeza apoyada, sin mover un dedo, como postrado por una lasitud feliz. Sus ojos se habían abierto despacio; su boca soplaba levemente sobre una de sus manos desnudas, levantando la pelusilla de su piel rubia.

—Te oía —murmuró aún—. Ibas andando muy despacito.

Ella quedó encantada de aquel tuteo. Se acercó, se acuclilló delante de la cama, para poner su rostro a la altura del de él.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Y a su vez saboreaba la suavidad de aquel «tú» que por primera vez le venía a los labios.

—¡Oh! Ya estás curado —prosiguió—. ¿Sabes que venía llorando todo el camino, cuando volvía de allí con malas noticias? Me decían que delirabas, que esta fiebre

maligna, si te perdonaba la vida, se te llevaría la razón... ¡Qué abrazo le di a tu tío Pascal cuando te trajo aquí para la convalecencia!

Remetía la ropa de la cama, se ponía maternal.

—Mira, esos peñascos abrasados de allí no te eran de ningún provecho. Necesitas árboles, frescor, tranquilidad... El doctor ni siquiera contó que te tenía escondido aquí. Es un secreto entre él y los que te quieren. Te creía perdido... No, no nos molestará nadie. El tío Jeanbernat está fumando su pipa delante de sus lechugas. Los demás mandarán a preguntar por ti de tapadillo. Y no volverá ni el propio doctor, porque en este momento tu médico soy yo... Parece que ya no necesitas drogas. Necesitas que te quieran, ¿comprendes?

Él parecía no oír, con el cráneo aún vacío. Como sus ojos, sin que moviese la cabeza, escudriñaban los rincones de la habitación, ella pensó que le preocupaba saber el lugar en el que se hallaba.

—Es mi habitación —dijo—. Te la he regalado. Es linda, ¿verdad? Cogí los muebles más bonitos del desván; luego hice estas cortinas de calicó para que no me cegara el sol... Y no me estorbas en absoluto. Yo dormiré en el segundo piso. Todavía hay tres o cuatro habitaciones vacías.

Pero él seguía inquieto.

—¿Estás sola? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué me haces esa pregunta?

Él no contestó, murmuró con aire de fastidio:

—He soñado, sigo soñando... Oigo campanas, eso es lo que me fatiga.

Al cabo de un silencio, prosiguió:

—Ve a cerrar la puerta, echa los cerrojos. Quiero que estés sola, tú sola.

Cuando ella volvió, trayendo una silla, sentándose a su cabecera, él tenía una alegría de niño, repetía:

—Ahora no entrará nadie. Ya no oiré más las campanas... Tú, cuando hablas, eso sí me descansa.

—¿Quieres beber? —preguntó ella.

Él hizo señas de que no tenía sed. Miraba las manos de Albine con un aire tan sorprendido, tan hechizado por verlas, que ella adelantó una hasta el borde de la almohada, sonriendo. Entonces él dejó deslizar la cabeza y apoyó una mejilla en aquella manita fresca. Rió levemente, dijo:

—¡Ah! Suave como la seda. Se diría que me sopla aire al pelo... No la retires, te lo ruego.

Después hubo un largo silencio. Se miraban con gran amistad. Albine se veía apaciblemente en los ojos vacíos del convaleciente. Serge parecía escuchar algo difuso que le confiaba la manita fresca.

—Es muy agradable tu mano —prosiguió—. No te puedes imaginar cuánto bien me hace... Parece que entra basta el fondo de mí para quitarme los dolores que tengo en los miembros. Es una caricia por todas partes, un consuelo, una curación.

Frotaba suavemente su mejilla, iba cobrando ánimos, como resucitado.

—Oye, ¿no me darás nada malo de beber, no me atormentarás con toda clase de remedios?... Tu mano me basta, ¿ves? He venido para que me la pusieras ahí, debajo de la cabeza.

—Mi buen Serge —murmuró Albine—, has sufrido mucho, ¿verdad?

—¿Sufrido? Sí, sí; pero hace mucho... He dormido mal, he tenido sueños espantosos. Si pudiera, te contaría todo eso.

Cerró un instante los ojos, hizo un gran esfuerzo de memoria.

—No veo más que negro —balbuceó—. Qué singular es esto, llego de un largo viaje. Ya ni siquiera recuerdo de dónde salí. Tenía fiebre, una fiebre que me galopaba por las venas como un animal... Eso es, ya me acuerdo. Siempre la misma pesadilla me obligaba a arrastrarme, siguiendo un subterráneo interminable. En algunos dolores muy intensos, el subterráneo, bruscamente, se cegaba; caía de la bóveda un amasijo de piedras, las paredes se estrechaban, yo quedaba jadeante, presa de la rabia de querer pasar al otro lado; y me metía dentro del obstáculo, me empeñaba con los pies, con los puños, con el cráneo, desesperando de no poder atravesar nunca aquel derrumbe cada vez más considerable... Después, muchas veces, me bastaba con tocarlo con el dedo; todo se desvanecía y yo caminaba libremente por la galería ensanchada, sin quedarme más que la fatiga de la crisis.

Albine quiso ponerle la mano en la boca.

—No, no me cansa hablar. Ya ves, te hablo al oído. Me parece que estoy pensando y que tú me oyes... Lo más curioso, dentro del subterráneo ese, es que no tenía la mínima idea de volver atrás; me obstinaba, aunque sin dejar de pensar que me harían falta miles de años para descombrar uno solo de los derrumbes. Era una tarea fatídica, que debía realizar so pena de las desgracias más grandes. Con las rodillas laceradas, la frente dando golpes contra la roca, ponía una conciencia llena de angustia en trabajar con todas mis fuerzas para llegar lo antes posible. ¿Llegar adónde?... No lo sé, no lo sé...

Cerró los ojos, soñando, buscando. Después, le salió un mohín de despreocupación, y se abandonó de nuevo sobre la mano de Albine, diciendo con una risa:

—¡Anda! Qué tontería, si soy un niño.

Pero la muchacha, para ver si era realmente suyo, por entero, lo interrogó, lo devolvió a los recuerdos confusos que él intentaba evocar. Él no recordaba nada, estaba realmente en una infancia feliz. Creía haber nacido la víspera misma.

—¡Oh! Todavía no estoy fuerte —dijo—. Fíjate, lo más lejos que recuerdo era en una cama que me abrasaba el cuerpo por todas partes; mi cabeza rodaba por la almohada como por ascuas; mis pies se desgastaban uno contra el otro, frotándose, continuamente... ¡Huy! ¡Estaba muy mal! Me parecía que me estaban cambiando el cuerpo, que me lo quitaban todo, que me recomponían como un mecanismo roto...

Aquella palabra le hizo reír de nuevo. Prosiguió:

—Voy a ser nuevecito. Me ha dejado bien limpito esto de estar enfermo... Pero ¿qué me preguntabas? No, no había nadie. Yo sufría totalmente solo, en el fondo de un agujero negro. Nadie, nadie. Y más allá, no hay nada, no veo nada... Soy tu niño, ¿quieres? Tú me enseñarás a andar. Ahora ya no te veo más que a ti. Me da lo mismo todo lo que no seas tú. Te digo que ya no me acuerdo. He venido y tú me has tomado, y nada más.

Y dijo aún, apaciguado, acariciante:

—Tu mano está tibia ahora; es agradable como el sol... No hablemos más. Estoy al calorcito.

En la gran habitación, caía del techo azul un silencio estremecido. La lámpara de alcohol acababa de apagarse, dejando al hervidor arrojar un hilillo de vapor cada vez más delgado. Albine y Serge, ambos con la cabeza en la misma almohada, miraban las grandes cortinas de calicó corridas delante de las ventanas. Los ojos de Serge sobre todo iban allí, como a la fuente blanca de la luz. Se sumergía en ella, como en una claridad empalidecida, a la medida de sus fuerzas de convaleciente. Adivinaba el sol detrás de un rincón más amarillo del calicó, lo cual bastaba para sanarlo. A lo lejos, escuchaba un ancho fragor de follajes; mientras que, en la ventana de la derecha, la sombra verdosa de una rama alta, nítidamente dibujada, le producía el sueño inquietante de aquel bosque que sentía tan cerca de él.

—¿Quieres que abra las cortinas? —preguntó Albine, engañada por la fijeza de su mirada.

—No, no —se apresuró a contestar él.

—Hace bueno. Te daría el sol. Verías los árboles.

—No, te lo suplico... No quiero nada de fuera. Esa rama que está ahí me cansa, moviéndose, creciendo, como si estuviera viva... Deja la mano, voy a dormir. Todo es blanco... Qué bien.

Y se durmió cándidamente, velado por Albine, que le soplaba al rostro para refrescar su sueño.

II

AL día siguiente, el buen tiempo se había estropeado, llovía. Serge, invadido de nuevo por la fiebre, pasó, un día de sufrimiento, con los ojos desesperadamente fijos en las cortinas, de las que no caía más que un resplandor de cueva, torvo, de un gris ceniciento. Ya no adivinaba el sol, buscaba aquella sombra que lo había asustado, aquella rama alta que, anegada en el vaho macilento del aguacero, le parecía haberse llevado consigo el bosque al desdibujarse. Hacia el atardecer, agitado por un leve delirio, le gritó sollozando a Albine que se había muerto el sol, que él oía a todo el cielo, a todo el campo llorar la muerte del sol. Ella tuvo que consolarlo como a un niño, prometerle el sol, asegurarle que volvería, que ella se lo daría. Pero él también compadecía a las plantas. Las semillas debían de sufrir bajo el suelo, esperando la luz; tenían sus mismas pesadillas, soñaban que iban reptando por un subterráneo, detenidas por derrumbes, luchando furiosamente para llegar al sol. Y se puso a llorar en voz más baja, diciendo que el invierno era una enfermedad de la tierra, que él se iba a morir al mismo tiempo que la tierra si la primavera no los sanaba a los dos.

Durante tres días más, el tiempo siguió horrible. Descargaban aguaceros sobre los árboles, en un clamor lejano de río desbordado. Retumbaban vendavales, azotaban contra las ventanas, con saña de olas enormes. Serge había querido que Albine cerrara herméticamente los postigos. Con la lámpara encendida, ya no tenía el duelo de las cortinas macilentas, ya no sentía al gris del cielo entrar por las rendijas más delgadas, correr hasta él, como un polvillo que lo enterraba. Se abandonaba, con los brazos enflaquecidos, la cabeza pálida, tanto más débil él cuanto más enfermo estaba el campo. En ciertas horas de nubes de tinta, cuando crujían los árboles retorcidos y la tierra dejaba arrastrar sus hierbas bajo el aguacero, como cabellos de ahogada, perdía hasta el aliento, fallecía, sacudido él también por el huracán. Después, al primer claro, al mínimo resquicio de azul, entre dos nubarrones, respiraba, saboreaba el sosiego de los follajes escurridos, de los senderos blanqueantes, de los campos que se bebían el último sorbo de agua. Albine, ahora, imploraba a su vez el sol; se asomaba veinte veces al día a la ventana del rellano, interrogando al horizonte, feliz por las mínimas manchas blancas, inquieta por las masas de sombra, cobrizas, cargadas de granizo, temiendo alguna nube demasiado negra que le mataría a su querido enfermo. Hablaba de mandar a buscar al doctor Pascal. Pero Serge no quería a nadie. Decía:

—Mañana habrá sol en las cortinas y estaré curado.

Una tarde que estaba a la muerte, Albine le dio su mano para que pusiera la mejilla encima. Y, como la mano no lo aliviaba, lloró por verse impotente. Desde que había vuelto a caer en la modorra del invierno, ya no se sentía lo bastante fuerte como para sacarlo ella sola de la pesadilla en la que se debatía. Necesitaba la complicidad de la primavera. Ella también se desmejoraba, con los brazos helados, el hálito corto,

no sabiendo ya insuflarle la vida. Durante horas, iba y venía por la gran habitación entristecida. Cuando pasaba ante el espejo, se veía negra, se creía fea.

Después, una mañana, mientras ahuecaba las almohadas, sin atreverse a volver a probar el encanto roto de sus manos, creyó reencontrar la sonrisa del primer día en los labios de Serge, cuya nuca acababa de rozar con la punta de los dedos.

—Abre los postigos —murmuró.

Ella pensó que hablaba desde la fiebre; porque, una hora antes, no había visto, desde la ventana del rellano, más que un cielo de luto.

—Duerme —contestó tristemente—; te tengo prometido despertarte al primer rayo... Sigue durmiendo, no hace sol.

—Sí, lo presiento, hace sol... Abre los postigos.

III

HACÍA sol, en efecto. Cuando Albine hubo abierto los postigos, detrás de las grandes cortinas, el grato resplandor amarillo calentó de nuevo una punta de la blancura del lienzo. Pero lo que hizo incorporarse a Serge hasta quedar sentado fue el volver a ver la sombra de la rama, el abanico de ramaje que le anunciaba el regreso a la vida. Todo el campo resucitado, con sus verdes, sus aguas, su amplio circo de colinas, estaba ahí para él, en aquella mancha verdosa que se estremecía al mínimo sople. Ya no lo desazonaba. Él seguía su balanceo con aire ávido, sintiendo la necesidad de las fuerzas de la savia que le anunciaba; mientras que, sosteniéndolo entre sus brazos, Albine, feliz, decía:

—¡Ah! Mi buen Serge, se acabó el invierno... Estamos salvados.

Él se volvió a tumbar, con los ojos ya vivos, la voz más clara.

—Mañana —dijo— estaré muy fuerte... Descorrerás las cortinas. Lo quiero ver todo.

Pero al día siguiente fue presa de un miedo de niño. De ningún modo consintió en que se abrieran las ventanas de par en par. Murmuraba: «Dentro de un rato, más tarde». Estaba desazonado, lo poseía el ansia del primer golpe de luz que recibiría en los ojos. Llegó el atardecer y él no había podido tomar la decisión de volver a ver el sol de frente. Se había quedado con el rostro vuelto hacia las cortinas, siguiendo sobre la transparencia del lienzo la mañana pálida, el mediodía ardiente, el crepúsculo violáceo, todos los colores, todas las emociones del cielo. En él se pintaba hasta el escalofrío que da el batir de alas de un pájaro al aire tibio, hasta la alegría de los olores, que palpitan en un rayo. Detrás de aquel velo, detrás de aquel sueño enternecido de la vida pujante del exterior, él escuchaba subir a la primavera. E incluso se ahogaba un poco, por momentos, cuando el aflujo de la sangre nueva de la tierra, a pesar del obstáculo de las cortinas, llegaba hasta él con demasiada rudeza.

Y a la mañana siguiente, él aún dormía cuando Albine, precipitando la curación, le gritó:

—¡Serge! ¡Serge! ¡Mira el sol!

Descorría con presteza las cortinas, abría las ventanas de par en par. Él se levantó, se puso de rodillas sobre la cama, sofocándose, desfalleciente, con las manos apretadas contra el pecho para impedirle a su corazón que se quebrara. Enfrente de él estaba el cielo abierto, tan sólo azul, un infinito azul; en él se lavaba del sufrimiento, en él se abandonaba como en un blando acunar, en él bebía suavidad, pureza, juventud. Tan sólo la rama cuya sombra había visto rebasaba la ventana y manchaba aquel mar azul con un verdor vigoroso; y eso era ya un tirón demasiado fuerte para sus delicadezas de enfermo, que se lastimaban con la mancha de las golondrinas que volaban en el horizonte. Nacía. Profería grititos involuntarios, anegado de claridad, golpeado por oleadas de aire caliente, sintiendo correr dentro de él toda una

precipitación de vida. Sus manos se tendieron, y se desplomó, volvió a caer sobre la almohada, sin respiración.

¡Qué jornada tan feliz y tan tierna! El sol entraba a la derecha, lejos de la alcoba. Serge pasó la mañana entera mirándolo avanzar a pasitos cortos. Lo veía venir hacia él, amarillo como el oro, desportillando los viejos muebles, retozando en las esquinas, deslizándose a veces hasta el suelo, igual a un trozo de tela desenrollado. Era un avanzar lento, asentado, un acercamiento de enamorada, que alargaba sus miembros rubios, que se estiraba hasta la alcoba con un movimiento ritmado, con una lentitud voluptuosa que daba un deseo loco de su posesión. Por fin, hacia las dos, el manto de sol abandonó el último sillón, subió por los cobertores y se desplegó encima de la cama, como una melena desatada. Serge abandonó sus manos enflaquecidas de convaleciente a aquella ardiente caricia, entornaba los ojos, sentía correr besos de fuego por cada uno de sus dedos, estaba inmerso en un baño de luz, en un abrazo de astro. Y al ver que estaba allí Albine y se inclinaba sonriendo:

—Déjame —balbuceó, con los ojos completamente cerrados—; deja de estrecharme tan fuerte... Pero ¿cómo haces para contenerme así, todo entero, entre tus brazos?

Después, el sol volvió a bajar de la cama y se fue hacia la izquierda, con su paso demorado. Entonces, Serge lo miró de nuevo girar, ir sentándose de asiento en asiento, con la añoranza de no haberlo retenido sobre su pecho. Albine se había quedado al borde de los cobertores. Los dos, con un brazo echado por el cuello, vieron el cielo palidecer poco a poco. Por momentos, un inmenso escalofrío parecía blanquearlo con una emoción repentina. Las languideces de Serge se paseaban por él más a gusto, encontraban en él matices exquisitos que nunca había sospechado. No era todo azul, sino azul rosa, azul lila, azul amarillo, una carne viva, una vasta desnudez inmaculada a la que un hálito hacía palpar como un pecho de mujer. A cada nueva mirada, a lo lejos, tenía sorpresas, rincones desconocidos del aire, sonrisas discretas, redondeces adorables, cendales que ocultaban, al fondo de paraísos vislumbrados, soberbios corpachones de diosas. Y él echaba a volar, con los miembros aligerados por el sufrimiento, en medio de aquella seda cambiante, en aquel plumón inocente del azul; sus sensaciones flotaban por encima de su ser desfalleciente. Bajaba el sol, el azul se fundía en oro puro, la carne viva del cielo se enrubiaba aún más, se anegaba lentamente en todos los visos de la sombra. Ni una nube, un recogimiento de virgen que se acuesta, un desvestirse que no dejaba ver sino una raya de pudor en el horizonte. El gran cielo dormía.

—¡Ah! ¡Pobrecito mío! —dijo Albine, mirando a Serge, que se había dormido abrazado a su cuello, al mismo tiempo que el cielo.

Lo acostó, cerró las ventanas. Pero al día siguiente, no bien clareó, estaban abiertas. Serge ya no podía vivir sin el sol. Cobraba fuerzas, se acostumbraba a las bocanadas de aire libre que hacían volar las cortinas de la alcoba. Incluso el azul, el eterno azul, empezaba a antojársele soso. Le fatigaba ser un cisne, una blancura, y

nadar sin fin sobre el lago límpido del cielo. Llegaba hasta a desear un vuelo de nubarrones negros, algún descargar de nubes que rompiese la monotonía de aquella gran pureza. A medida que volvía la salud, tenía necesidades de sensaciones más fuertes. Ahora, se pasaba horas mirando la rama verde; habría querido verla crecer, verla esponjarse, arrojarle penachos hasta su propia cama. Ya no le bastaba, no hacía más que irritar sus deseos, hablándole de aquellos árboles cuyas llamadas profundas oía, sin que pudiera alcanzar a ver sus copas. Eran un susurro infinito de hojas, un parloteo de aguas corrientes, un batir de múltiples alas, toda una voz alta, prolongada, vibrante.

—Cuando te puedas levantar —decía Albine—, te sentarás delante de la ventana... ¡Ya verás qué jardín tan bonito!

Él cerraba los ojos, murmuraba:

—¡Oh! Ya lo veo, lo escucho... Sé dónde están los árboles, dónde están las aguas, dónde brotan las violetas.

Después proseguía:

—Pero lo veo mal, lo veo sin luz... Tengo que estar muy fuerte para ir hasta la ventana.

Otras veces, cuando lo creía dormido, Albine desaparecía durante horas. Y, cuando regresaba, lo encontraba con los ojos chispeantes de curiosidad, devorado de impaciencia. Le gritaba:

—¿De dónde vienes?

Y la cogía por los brazos, le olfateaba las faldas, el corpiño, las mejillas.

—Hueles a cosas buenas de todas clases... ¿Eh? ¿Has caminado por hierba?

Ella reía, le mostraba sus botines húmedos de rocío.

—¡Vienes del jardín! ¡Vienes del jardín! —repetía él, embelesado—. Lo sabía. Cuando entraste, parecías una gran flor... Me traes todo el jardín en el vestido.

La conservaba mucho tiempo junto a sí, respirándola como un ramillete. Ella a veces volvía con zarzas, hojas, trozos de madera enganchados en la ropa. Entonces él quitaba aquellas cosas y las escondía bajo su almohada, como reliquias. Un día, le trajo un manojo de rosas. A él le produjo tal impresión que se echó a llorar. Besaba las flores, las acostaba consigo, entre sus brazos. Pero, cuando se marchitaron, le provocó tal pesar que le prohibió a Albine coger más. La prefería a ella, igual de lozana, igual de olorosa; y ella no se marchitaba, ella siempre conservaba el olor de sus manos, el olor de su melena, el olor de sus mejillas. Acabó por mandarla él mismo al jardín, recomendándole que no subiera antes de una hora.

—¿Ves?, así —decía—, tengo sol, tengo aire, tengo rosas hasta el día siguiente.

Muchas veces, al verla volver, sin aliento, le preguntaba. ¿Por qué calle había tirado? ¿Se había adentrado bajo los árboles o había seguido la linde de los prados? ¿Había visto nidos? ¿Se había sentado debajo de un escaramujo, o debajo de un roble, o a la sombra de un bosquecillo de álamos? Después, cuando ella contestaba, cuando intentaba explicarle el jardín, le ponía la mano en la boca.

—No, no, cállate, murmuraba. Es un error. No quiero saber... Prefiero verlo yo mismo.

Y volvía a caer en la ensoñación acariciada por aquellos verdores que sentía cerca de él, a dos pasos. Durante varios días, no vivió más que de aquel sueño. Los primeros tiempos, decía, había visto el jardín con más nitidez. A medida que iba cobrando fuerzas, su sueño se turbaba bajo el aflujo de sangre que le calentaba las venas. Tenía incertidumbres crecientes. Ya no podía decir si los árboles estaban a la derecha, si las aguas corrían al fondo, si no se amontonaban grandes rocas bajo las ventanas. Charlaba de ello él solo, muy bajito. Con los mínimos indicios, establecía planos maravillosos que un canto de pájaro, un crujido de rama, un perfume de flor le obligaban a modificar, para plantar allí un macizo de lilas, para sustituir más allá un césped por unos arriates. A cada hora, dibujaba un jardín nuevo, entre las grandes risas de Albine, que repetía, cuando lo sorprendía:

—Que no es eso, de verdad. No te lo puedes imaginar. Es más bonito que todo lo bonito que has visto... Así que no te rompas la cabeza. El jardín es mío, yo te lo daré. Que no se va a ir, hombre.

Serge, que ya había tenido miedo de la luz, experimentó una desazón cuando se halló lo bastante fuerte para ir a acodarse a la ventana. Todas las noches volvía a decir: «Mañana». Se giraba hacia el fondo de la alcoba, estremecido, cuando regresaba Albine y le gritaba que venía oliendo a majuelo, que se había arañado las manos excavando un agujero en un seto para meterse dentro y traerle todo el olor. Una mañana, tuvo que tomarlo bruscamente entre los brazos. Lo llevó casi a la ventana, lo sostuvo, le forzó a ver.

—¡Serás cobardica! —decía, con su hermosa risa sonora.

Y agitaba una de sus manos hacia todos los puntos del horizonte, repitiendo con un aire de triunfo, lleno de promesas tiernas:

—¡El Paradou! ¡El Paradou!

Serge, sin voz, miraba.

IV

UN mar de verdor, enfrente, a derecha, a izquierda, por todas partes. Un mar que mecía su marejada de hojas hasta el horizonte, sin el obstáculo de una casa, de un lienzo de muro, de una carretera polvorienta. Un mar desierto, virgen, sagrado, que desplegaba su dulzura silvestre en la inocencia de la soledad. Únicamente el sol entraba en él, se revolcaba como un manto de oro sobre los prados, enfilaba las calles con la carrera escapada de sus rayos, dejaba colgar sueltos a través de los árboles sus finos cabellos llameantes, bebía en los manantiales con un labio rubio que empapaba el agua con un escalofrío. Bajo aquella polvareda de llamas, el gran jardín vivía con una extravagancia de animal feliz, dejado suelto en el fin del mundo, lejos de todo, libre de todo. Era una lujuria tal de frondas, una marea de hierbas tan desbordante, que el jardín estaba como escondido de un extremo al otro, inundado, anegado. Nada más que taludes verdes, tallos que tenían un brotar de fuente, masas encrespadas, cortinas de bosques herméticamente echadas, mantos de plantas trepadoras que se arrastraban por el suelo, revoleras de ramos gigantescos que se abatían por todos lados.

Apenas si se podía, a la larga, reconocer bajo aquella formidable invasión de la savia el antiguo trazado del Paradou. Enfrente, en una especie de circo inmenso, debía de encontrarse el parterre, con sus estanques desmoronados, sus barandales quebrados, sus escaleras alabeadas, sus estatuas caídas, cuyas blancuras se distinguían al fondo de céspedes negros. Más allá, detrás de la línea azul de una lámina de agua, se desplegaba una maraña de árboles frutales; aún más allá, un alto oquedal hincaba sus bajos violáceos, rayados de luz, un bosque de nuevo virgen, cuyas copas se apezonaban sin fin, manchadas del verde amarillo, del verde pálido, del verde pujante de todas las especies. A la derecha, el bosque escalaba alturas, plantaba bosquecillos de pinos, se moría en malezas flacas, mientras unas rocas desnudas amontonaban una enorme rampa, un derrumbe de montaña que tapaba el horizonte; en ellas hendían el suelo vegetaciones ardientes, plantas monstruosas inmóviles en el calor como reptiles amodorrados; un hilillo de plata, un salpicar que de lejos se parecía a un polvillo de perlas, indicaba un salto de agua, el manadero de aquellas aguas serenas que tan indolentemente bordeaban el parterre. A la izquierda, finalmente, el río discurría por medio de una vasta pradera, en la que se separaba en cuatro arroyos, cuyos caprichos se seguían bajo los carrizos, entre los sauces, detrás de los grandes árboles; hasta donde alcanzaba la vista, hazas de pastizal ensanchaban el frescor de los terrenos bajos, un paisaje lavado por un vaho azulado, un claro de luz que se fundía poco a poco en el azul enverdecido del poniente. El Paradou, el parterre, el bosque, las rocas, las aguas, los prados ocupaban toda la anchura del cielo.

—¡El Paradou! —balbuceó Serge abriendo los brazos como para estrechar el jardín entero contra su pecho.

Se tambaleaba. Albine tuvo que sentarlo en un sillón. Allí estuvo dos horas sin hablar. Con la barbilla apoyada en las manos, miraba. Por momentos, palpitaban sus párpados, le subía un arrebol a las mejillas. Miraba lentamente, con profundas extrañezas. Era demasiado vasto, demasiado complejo, demasiado intenso.

—No veo, no comprendo —gritó tendiéndole las manos a Albine, con un gesto de fatiga suprema.

La muchacha, entonces, se apoyó en el respaldo del sillón. Le tomó la cabeza, lo obligó a mirar de nuevo. Le decía a media voz:

—Es nuestro. No vendrá nadie. Cuando estés curado, nos pasaremos. Tendremos para andar toda la vida. Iremos adonde tú quieras... ¿Dónde quieres ir?

Él sonreía, murmuraba:

—¡Oh!, no muy lejos. El primer día, a dos pasos de la puerta. Fíjate, me caería... Mira, iré ahí, debajo de ese árbol, junto a la ventana.

Ella prosiguió suavemente:

—¿Quieres ir al parterre? Verás las matas de rosas, las grandes flores que se lo han comido todo, hasta las antiguas calles, que tienen invadidas de ramos... ¿Prefieres la huerta, en la que yo sólo puedo entrar reptando, de tan combadas que están las ramas repletas de frutos...? Iremos aún más lejos, si te sientes con fuerzas. Iremos hasta el bosque, a meternos en agujeros de sombra, muy lejos, tan lejos que dormiremos fuera, cuando venga a sorprendernos la noche... O si no, una mañana, subiremos allí arriba, a aquellas rocas. Verás unas plantas que me dan miedo. Verás los manantiales, una lluvia de agua, y nos divertiremos dejando que nos caiga su polvillo en la cara... Pero si prefieres caminar siguiendo los setos, al borde de un arroyo, tendremos que tirar por las praderas. Se está bien debajo de los sauces, por la tarde, a la puesta del sol. Se tumba uno en la hierba, se mira a las ranitas verdes dar saltos por los tallos de junco.

—No, no —dijo Serge—, me fatigas, no quiero ver tan lejos... Daré dos pasos. Será mucho.

—Y ni siquiera yo —continuó ella— he podido aún ir a todas partes. Hay un montón de rincones que ignoro. Llevo años paseándome, y presiento hondones desconocidos a mi alrededor, lugares en los que la sombra debe de ser más fresca, la hierba más mullida... Escucha, siempre me he imaginado que había uno sobre todo en el que quisiera vivir para siempre. Seguro que está en algún sitio; he tenido que pasar al lado, o quizá se esconde tan lejos que no he llegado hasta él, en mis correrías continuas... ¿A que sí? Serge, lo buscaremos juntos, viviremos en él.

—No, no, cállate —balbuceó el joven—. No comprendo lo que me dices. Me das la muerte.

Ella le dejó un instante llorar en sus brazos, preocupada, desolada por no encontrar las palabras que pudieran calmarlo.

—¿Es que no es tan bonito el Paradou como tú lo habías soñado? —preguntó aún. Él liberó la cara, contestó:

—Ya no lo sé. Era muy pequeño, y de pronto no hace más que crecer... Llévame, escóndeme.

Ella lo acompañó a la cama, tranquilizándolo como a un niño, acunándolo con una mentira.

—¡Pues no, no es verdad, no hay jardín! Es un cuento que te he contado yo. Duerme tranquilo.

V

TODOS los días le hizo sentarse así delante de la ventana, en las horas frescas. Él empezaba a aventurar algunos pasos, apoyándose en los muebles. Sus mejillas tenían resplandores rosados, sus manos iban perdiendo su transparencia de cera. Pero, en aquella convalecencia, fue presa de un estupor de los sentidos que lo devolvió a la vida vegetativa de una pobre criatura nacida la víspera misma. No era más que una planta, sin tener más impresión que la del aire en el que estaba inmerso. Permanecía replegado sobre sí mismo, aún demasiado pobre en sangre para prodigarse en el exterior, arraigado en el suelo, dejando a su cuerpo beber toda la savia. Era una segunda concepción, un lenta eclosión, dentro del huevo cálido de la primavera. Albine, que recordaba ciertas palabras del doctor Pascal, experimentaba un gran terror al verlo permanecer así, niño pequeño, inocente, aletado. Había oído contar que ciertas enfermedades dejaban tras de sí la locura como curación. Y se pasaba horas y horas mirándolo, ingeniándose las como las madres en sonreírle para hacerle sonreír. Aún no reía. Cuando le pasaba la mano por delante de los ojos, él no veía, no seguía aquella sombra. Apenas si, cuando le hablaba, giraba ligeramente la cabeza hacia el lado del ruido. No tenía más que un consuelo: se criaba soberbiamente, era un niño hermoso.

De modo que, durante una semana, le prodigó cuidados delicados. Se armaba de paciencia, esperando a que creciera. A medida que iba reconociendo ciertos despertares, se tranquilizaba, pensaba que el crecer haría de él un hombre. Eran ligeros escalofríos cuando lo tocaba. Después, una tarde, a él le salió una risa débil. Al día siguiente, tras haberlo sentado ante la ventana, bajó al jardín, en donde se puso a correr y a llamarle. Desaparecía bajo los árboles, atravesaba manchas de sol, regresaba, sin aliento, batiendo palmas. Él, con los ojos vacilantes, al principio no la vio. Pero, al reanudar ella su carrera, jugando de nuevo al escondite, surgiendo detrás de todos los matorrales, lanzándole un grito, acabó por seguir con la mirada la mancha blanca de su falda. Y cuando ella se plantó bruscamente bajo la ventana, con el rostro levantado, él tendió los brazos, hizo ademán de querer ir a ella. Ella subió, lo abrazó, toda orgullosa.

—¡Ah! ¡Me has visto, me has visto! —gritaba—. Sí que quieres venir al jardín conmigo, ¿verdad?... ¡Si supieras cómo me afliges, desde hace unos días, haciéndote el tonto, sin verme, sin oírme!

Él parecía escucharla, con un ligero sufrimiento que le plegaba el cuello, con un movimiento medroso.

—Con todo, estás mejor —continuaba ella—. Ya estás lo bastante fuerte como para bajar cuando quieras... ¿Por qué ya no me dices nada? ¿Te has quedado sin lengua? ¡Ah! ¡Valiente crío! ¡Ya verán como tendré que enseñarle a hablar!

Y, en efecto, se divirtió en irle nombrando los objetos que él tocaba. A él no le salía más que un balbuceo, repetía las sílabas, sin pronunciar ninguna palabra con

claridad. No obstante, ella empezaba a pasearlo por la habitación. Lo sostenía, lo llevaba de la cama a la ventana. Era un gran viaje. Él estuvo a punto de caerse dos o tres veces por el camino, cosa que la hacía reír. Un día, se sentó en el suelo, y a ella le costó un trabajo enorme levantarlo. Después, le hizo emprender la vuelta a la habitación, sentándolo en el sofá, los sillones, las sillas, vuelta a aquel pequeño mundo, que exigía una hora larga. Por fin, pudo atreverse a dar unos pasos él solo. Ella se ponía delante de él, con las manos abiertas, e iba retrocediendo mientras lo llamaba, de modo que tuviera que atravesar la habitación para recuperar el apoyo de sus brazos. Cuando se enfurruñaba y se negaba a caminar, ella se quitaba la peinetilla, que le tendía como un juguete. Entonces, él iba a cogerla, y se quedaba tranquilo, en un rincón, jugando durante horas con la peineta, con cuya ayuda se rascaba despacito las manos.

Una mañana, Albine halló a Serge de pie. Ya había conseguido abrir un postigo. Se ensayaba en andar, sin apoyarse en los muebles.

—¡Miren, el buen mozo! —dijo ella alegremente—. Mañana, si le dejan, saltará por la ventana... ¿Así que ahora ya estamos firmes del todo?

Serge contestó con una risa de puerilidad. Sus miembros habían recuperado la salud de la adolescencia, sin que se hubieran despertado en él sensaciones más conscientes. Se quedaba tardes enteras enfrente del Paradou, con su mohín de niño que no ve más que blanco, que no oye más que la vibración de los ruidos. Conservaba sus ignorancias de chiquillo, su tacto aún tan inocente que no le permitía distinguir el vestido de Albine de la tela de los viejos sillones. Y esas ignorancias eran siempre un maravillarse de ojos abiertos de par en par que no entienden, una vacilación de gestos que no saben ir adonde quieren, un comienzo de existencia, puramente instintivo, ajeno al conocimiento del medio. El hombre no había nacido.

—Bien, bien, tú hazte el tonto —murmuró Albine—. Vamos a ver.

Se quitó la peinetilla y se la presentó.

—¿Quieres mi peineta? —dijo—. Pues ven a por ella.

Después, cuando, a fuerza de retroceder, lo hubo sacado de la habitación, le echó un brazo a la cintura y lo sostuvo, peldaño a peldaño. Le entretenía, mientras se volvía a poner la peinetilla, le hacía cosquillas en el cuello con la punta de sus cabellos, lo cual le impedía comprender que estaba bajando. Pero, abajo, antes de que ella hubiese abierto la puerta, a él le entró miedo, en las tinieblas del corredor.

—¡Vamos, mira! —gritó.

Y abrió la puerta hasta el fondo de un empujón.

Fue una aurora repentina, un telón de sombra bruscamente descorrido, que dejaba ver la luz en su gozo matinal. El parque se abría, se extendía, de una limpidez verde, fresco y profundo como un manantial. Serge, hechizado, permanecía en el umbral, con el deseo vacilante de tantear con el pie aquel lago de luz.

—Cualquiera diría que tienes miedo de mojarte —dijo Albine—. Anda, que la tierra está firme.

Él había aventurado un paso, sorprendido de la suave resistencia de la arena. Aquel primer contacto de la tierra le daba una sacudida, un resurgimiento de vida, que por un instante lo plantó de pie, creciendo, suspirando.

—Vamos, ánimo —repetía Albine—. Sabes que me tienes prometido dar cinco pasos. Vamos a ir hasta esa morera que está debajo de la ventana... Ahí descansarás.

Le costó un cuarto de hora dar los cinco pasos. A cada esfuerzo, se detenía, como si hubiera tenido que arrancar las raíces que lo sujetaban al suelo. La muchacha, que lo empujaba, le dijo aún, riendo:

—Pareces un árbol que anda.

Y lo respaldó contra la morera, en la lluvia de sol que caía de las ramas. Después lo dejó y se fue de un brinco, gritándole que no se moviera. Serge, con las manos colgando, giraba lentamente la cabeza, enfrente del parque. Niñez. Los pálidos verdes se anegaban en una leche de juventud, estaban inmersos en una claridad rubia. Los árboles se conservaban pueriles, las flores tenían carnes de niño pequeño, las aguas eran azules, con un azul inocente de hermosos ojos abiertos de par en par. Había, hasta debajo de cada hoja, un despertar adorable.

Serge se había detenido en una brecha amarilla que componía ante él una ancha calle, en medio de una tupida masa de follaje; al fondo del todo, a levante, unas praderas empapadas de oro parecían el campo de luz al que bajaba el sol; y él esperaba que la mañana tomase aquella calle para fluir hasta él. La sentía venir en un hálito tibio, muy débil al principio, rozándole apenas la piel, hinchándose después poco a poco, tan viva que le hacía estremecerse entero. La saboreaba venir, con un sabor cada vez más nítido, trayéndole el sano amargor del aire libre, poniendo en sus labios la delicia de las especias azucaradas, de las frutas ácidas, de los bosques lechosos. La respiraba venir con los perfumes que iba recogiendo en su carrera, el olor de la tierra, el olor de los bosques umbríos, el olor de las plantas cálidas, el olor de los animales vivos, todo un ramillete de olores cuya violencia llegaba hasta el mareo. La oía venir, con el vuelo ligero de un pájaro, rozando la hierba, sacando del silencio el jardín entero, dándole voz a aquello que tocaba, haciéndole sonar en los oídos la música de las cosas y de los seres. La veía venir, desde el fondo de la calle, de las praderas empapadas de oro, con un aire rosa, tan gozoso que iba iluminando su propio camino con una sonrisa, a lo lejos del tamaño de una mancha de luz, convertida en unos cuantos brincos en el propio esplendor del sol. Y vino la mañana a dar en la morera contra la que estaba respaldado Serge. Serge nació en la niñez de la mañana.

—¡Serge! Serge —gritó la voz de Albine, perdida detrás de los altos matorrales del parterre—. No tengas miedo, que estoy aquí.

Pero Serge ya no tenía miedo. Nacía en el sol, en aquel baño puro de luz que lo inundaba. Nacía a los veinticinco años, con los sentidos bruscamente abiertos, embelesado ante el cielo abierto, ante la tierra feliz, ante el prodigio del horizonte desplegado a su alrededor. Aquel jardín, que ignoraba la víspera, era un disfrute

extraordinario. Todo le llenaba de éxtasis, hasta las briznas de hierba, hasta las piedras de las calles, hasta los hálitos que no veía y que le pasaban rozando las mejillas. Su cuerpo entero entraba en la posesión de aquel pedazo de naturaleza, lo abrazaba con sus miembros; sus labios se lo bebían, su nariz lo respiraba; se lo llevaba en los oídos, lo escondía en el fondo de sus ojos. Era suyo. Las rosas del parterre, las ramas altas del oquedal, las rocas sonoras del caer de los manantiales, los prados en los que el sol plantaba sus espigas de luz eran suyos. Después, cerró los ojos y se concedió el placer de volver a abrirlos despacio, para procurarse el deslumbramiento de un segundo despertar.

—Los pájaros se han comido todas las fresas —dijo Albine, que acudía, desolada—. Toma, no he podido encontrar más que estas dos.

Pero se detuvo, a unos pasos, mirando a Serge con una extrañeza embelesada, con el corazón sobrecogido.

—¡Qué hermoso eres! —gritó.

Y se acercó más; se quedó allí, anegada en él, murmurando:

—Nunca te había visto.

Ciertamente, él había crecido. Vestido con una prenda suelta, estaba bien aplomado, aún un poco flaco, con los miembros finos, el pecho fornido, los hombros redondos. Su cuello blanco, manchado de moreno en la nuca, giraba libremente, volcaba ligeramente la cabeza hacia atrás. Se dibujaban en su rostro la salud, la fuerza, la potencia. No sonreía, estaba sereno, con una boca grave y dulce, unas mejillas firmes, una nariz grande, unos ojos grises, muy claros, soberanos. Sus largos cabellos, que le cubrían toda la cabeza, caían sobre sus hombros en rizos negros; mientras que la barba, poco tupida, se le ensortijaba en el labio y en la barbilla, dejando ver lo blanco de la piel.

—¡Qué guapo eres, qué guapo estás! —repetía Albine, lentamente acuclillada delante de él, alzando miradas acariciadoras—. Pero ¿por qué me pones mala cara ahora? ¿Por qué no me dices nada?

Él, sin contestar, permanecía de pie. Tenía los ojos a lo lejos, no veía a aquella niña a sus pies. Habló solo. Dijo, desde dentro del sol:

—¡Qué agradable es la luz!

Y se hubiese dicho que aquella palabra era una vibración misma del sol. Cayó, apenas murmurada, como un soplo musical, un escalofrío del calor y de la vida. Hacía ya unos días que Albine no había vuelto a oír la voz de Serge. La recuperaba, así como a él, cambiada. Se le antojó que se extendía por el parque con más suavidad que la frase de los pájaros, con más autoridad que el viento que plegaba las ramas. Era reina, mandaba. Todo el jardín la oyó, aunque hubiese pasado como un hálito, y todo el jardín se estremeció del júbilo que le traía.

—Háblame —imploró Albine—. Nunca me has hablado así. Arriba, en la habitación, cuando no estabas todavía mudo, hablabas con media lengua de niño... ¿Cómo es que ya no reconozco tu voz? Hace un momento, he creído que tu voz

bajaba de los árboles, que me llegaba del jardín entero, que era uno de esos suspiros profundos que me turbaban por la noche, antes de tu venida... Escucha, todo se calla para oírte hablar otra vez.

Pero él seguía sin advertirla allí. Y ella se iba poniendo más cariñosa.

—No, no hables si eso te cansa. Siéntate a mi lado. Nos quedaremos en este césped hasta que decline el sol... Y mira, he encontrado dos fresas. ¡Lo que me ha costado, fíjate! Los pájaros se lo comen todo. Una es para ti, las dos si quieres; o, si no, nos las repartiremos, para probarlas las dos... Tú me darás las gracias y yo te oiré.

Él no quiso sentarse; rechazó las fresas, que Albine arrojó con despecho. Ella tampoco volvió a abrir los labios. Lo habría preferido enfermo, como en los primeros días, cuando le daba su mano por almohada y lo sentía renacer bajo el soplo con el que le refrescaba el rostro. Maldecía la salud, que ahora lo alzaba en la luz igual a un joven dios indiferente. ¿Es que se iba a quedar así, sin una mirada para ella? ¿No se curaría más, hasta verla y cogerle cariño? Y soñaba con volver a convertirse en su sanación, con rematar mediante la sola fuerza de sus manitas aquella cura de segunda juventud. De sobra veía que faltaba una llama en el fondo de sus ojos grises, que tenía una belleza pálida, parecida a la de las estatuas caídas entre las ortigas del parterre. De modo que se levantó, fue a cogerlo de nuevo por la cintura, soplándole en la nuca para animarlo. Pero aquella mañana Serge no recibió ni siquiera la sensación de ese aliento que levantaba su barba sedosa. El sol había declinado, hubo que regresar adentro. En la habitación, Albine lloró.

A partir de aquella mañana, todos los días el convaleciente dio un corto paseo por el jardín. Rebasó la morera, llegó hasta el borde de la terraza, ante la ancha escalinata cuyos peldaños rotos bajaban al parterre. Se iba acostumbrando al aire libre, se iba esponjando con los baños de sol. Un castaño joven, crecido de una semilla caída, entre dos piedras de la balaustrada, reventaba la resina de sus yemas, desplegaba sus abanicos de hojas con menos vigor que él. Incluso un día, había querido bajar la escalera; pero, traicionado por sus fuerzas, se había sentado en un peldaño, entre unas parietarias crecidas en las grietas de las losas. Abajo, a la izquierda, distinguía un bosquecillo de rosas. Allí era donde soñaba con ir.

—Espera un poco más —decía Albine—. El perfume de las rosas es demasiado fuerte para ti. Yo nunca he podido sentarme bajo los rosales sin sentirme toda fatigada, con la cabeza perdida, con unas ganas muy dulces de llorar... Da igual, te llevaré bajo los rosales y lloraré, porque me pones muy triste.

VI

UNA mañana, por fin, pudo sostenerlo hasta abajo de la escalinata, prensando la hierba con el pie delante de él, abriéndole camino por medio de los escaramujos que tapaban con sus flexibles brazos los últimos escalones. Después, lentamente, echaron a andar hacia el bosque de rosas. Era un bosque, con oquedales de altos rosales de tallo largo, que extendían ramilletes de follaje tan grandes como árboles, con rosales en matos, enormes, iguales a bosquesillos impenetrables de robles jóvenes. Otrora, había habido allí la más admirable colección de plantones que se pudiese ver. Pero, desde el abandono del parterre, todo había crecido a la buena de Dios, y se había erigido la selva virgen, la selva de rosas, invadiendo los senderos, ahogándose entre los renuevos silvestres, mezclando las variedades hasta tal punto que parecían florecer sobre los mismos pies rosas de todos los aromas y de todos los fulgores. Por el suelo había rosales rampantes que componían alfombras de musgo, mientras que, igual que hiedras devoradoras, se enganchaban rosales trepadores a otros rosales; subían formando estelas de verdor y dejaban caer, al mínimo soplo, la lluvia de sus flores deshojadas. Y se habían trazado calles naturales en medio del bosque, estrechas veredas, anchas avenidas, adorables caminos techados por los que se caminaba a la sombra, entre el perfume. Se llegaba así a cruces, a claros, bajo glorietas de pequeñas rosas rojas, entre paredes tapizadas de pequeñas rosas amarillas. Ciertos rincones de sol relucían como telas de seda verde brocadas con vistosas manchas; ciertos rincones de sombra tenían recogimientos de alcoba, un aroma de amor, una tibieza de ramillete privado entre los pechos de una mujer. Los rosales tenían voces susurrantes. Los rosales estaban llenos de nidos que cantaban.

—Llevemos cuidado con perdernos —dijo Albine al entrar en el bosque—. Yo me perdí una vez. El sol ya se había puesto para cuando pude liberarme de los rosales que me retenían por las faldas, a cada paso.

Pero apenas llevaban andando unos minutos cuando Serge, roto de cansancio, quiso sentarse. Se tumbó y se quedó dormido con profundo sueño. Albine, sentada al lado de él, permaneció taciturna. Era en la desembocadura de un sendero, al borde de un claro. El sendero se adentraba hasta muy lejos, rayado por hachazos de sol, abriéndose al cielo en el otro extremo por una estrecha abertura redonda y azul. Otros caminillos excavaban callejones de verdor sin salida. El claro estaba formado por grandes rosales escalonados que subían con tal lujuria de ramas, con tal revoltijo de lianas espinosas que densos mantos de follaje se enganchaban entre sí en el aire, quedaban colgados, tendían de un arbusto al otro los faldones de un toldo aéreo. Entre aquellos jirones recortados como fino guipur, no se veía otra cosa que huecos de luz imperceptibles, un cedazo de azul que dejaba pasar la luz en un impalpable polvillo de sol. Y de la bóveda, igual que girándulas, colgaban surtidores de ramas, gruesos manojos sostenidos por el hilo verde de un tallo, brazadas de flores que

bajaban hasta el suelo, siguiendo algún desgarrón del techo, que arrastraba, igual a una punta de cortina rota.

Mientras tanto, Albine miraba a Serge dormir. Aún no lo había visto nunca en tal postración de los miembros, con las manos abiertas sobre el césped, la cara muerta. Estaba así muerto para ella, pensaba que podía besarlo en el rostro sin que él notara siquiera su beso. Y triste, abstraída, ocupaba sus manos ociosas en deshojar las rosas que encontraba a su alcance. Por encima de su cabeza caía un enorme manojo, rozándole el pelo, poniéndole rosas en el moño, en las orejas, en la nuca, arrojándole por los hombros un manto de rosas. Más arriba, bajo sus dedos, llovían las rosas, anchos pétalos tiernos, que tenían la redondez exquisita, la pureza apenas sonrojada de un seno de virgen. Las rosas, como un caer de nieve viva, ocultaban ya sus pies replgados en la hierba. Las rosas le subían a las rodillas, le cubrían la falda, la anegaban hasta la cintura; mientras que tres hojas de rosa perdidas, voladas sobre su corpiño, en el nacimiento del seno, parecían poner en él tres trocitos de su adorable desnudez.

—¡Oh! ¡Será perezoso! —murmuró, presa de aburrimiento, recogiendo dos puñados de rosas y arrojándolos a la cara de Serge para despertarlo.

Él permaneció soñoliento, con rosas que le tapaban los ojos y la boca. Aquello hizo reír a Albine. Se inclinó. Le besó con todo su corazón los dos ojos, le besó la boca, soplando los besos para que se volaran las rosas; pero las rosas se le quedaban en los labios, y le entró una risa más sonora, muy divertida por aquella caricia entre las flores.

Serge se había incorporado lentamente. La miraba, sobrecogido de extrañeza, como espantado de encontrarla allí. Le preguntó:

—¿Quién eres, de dónde vienes, qué estás haciendo a mi lado?

Ella seguía sonriendo, encantada de verlo así despertarse. Entonces él pareció recordar, prosiguió, con un gesto de confianza feliz:

—Ya sé, eres mi amor, vienes de mi carne, esperas que yo te tome entre mis brazos para que ya no seamos más que uno... Yo soñaba contigo. Estabas dentro de mi pecho, y yo te daba mi sangre, mis músculos, mis huesos. No sufría. Tú me tomabas la mitad de mi corazón, con tanta dulzura que en mí era un goce voluptuoso dividirme así. Buscaba lo mejor que tenía, lo más hermoso que tenía, para ponerlo a tus pies. Te lo podrías haber llevado todo, y yo te habría dado las gracias... Y me desperté cuando saliste de mí. Saliste por mis ojos y por mi boca, lo sentí muy bien. Eras libia, toda perfumada, tan acariciadora que ha sido el propio estremecerse de tu cuerpo lo que me ha incorporado.

Albine, en éxtasis, le escuchaba hablar. Por fin la veía; por fin terminaba de nacer, se curaba. Le suplicó que conminase, con las manos extendidas:

—¿Cómo he hecho para vivir sin ti? —murmuró él—. Pero no vivía, era igual que un animal adormilado... ¡Y ahora estás aquí y eres mía! ¡Y no eres otra que yo mismo! Escucha, no debes marcharte nunca de mi lado; porque tú eres mi aliento, te

llevarías mi vida. Nos quedaremos en nosotros. Tú estarás dentro de mi carne, como yo estaré dentro de la tuya. ¡Si algún día te abandonase, caiga la maldición sobre mí, que se seque mi cuerpo como una hierba inútil y maligna!

Le tomó las manos, repitiendo con una voz estremecida de admiración:

—¡Qué hermosa eres!

Albine, entre el polvillo de sol que caía, tenía una carne de leche, apenas dorada con un reflejo de luz. La lluvia de rosas, alrededor de ella, encima de ella, la anegaba en rosa. Sus cabellos rubios, que su peinetilla recogía con dificultad, le ponían un declinar de astro por tocado, cubriéndole la nuca con el desorden de sus últimos mechones llameantes. Llevaba un vestido blanco que la dejaba desnuda, de tan vivo como estaba, puesto en ella, de tanto como le descubría los brazos, el seno, las rodillas. Mostraba su piel inocente, abierta sin vergüenza igual que una flor, almizclada con un olor propio. Se tendía, no demasiado grande, flexible como una serpiente, con muelles redondeces, voluptuosas expansiones de líneas, toda una gracia de cuerpo naciente, aún bañado de infancia, ya henchido de pubertad. Su rostro largo, de frente estrecha, de boca un poco fuerte, reía con toda la vida tierna de sus ojos azules. Y, no obstante, estaba seria, las mejillas sin afectación, la barbilla carnosa, tan naturalmente bella como son bellos los árboles.

—¡Y cómo te quiero! —dijo Serge, atrayéndola hacia sí.

Permanecieron entregados uno al otro, entre sus brazos. No se besaban, se habían tomado de la cintura, poniendo mejilla contra mejilla, unidos, mudos, hechizados por no ser ya más que uno. Alrededor de ellos, florecían los rosales. Era una floración loca, enamorada, llena de risas rojas, de risas rosadas, de risas blancas. Las flores vivas se abrían como desnudeces, como corpiños que dejaban ver los tesoros del pecho. Había allí rosas amarillas que deshojaban pieles doradas de muchachas bárbaras, rosas paja, rosas limón, rosas color de sol, todos los matices de las nuca teñidas de ámbar por los cielos ardientes. Después, las carnes se enternecían, las rosas de té adquirían trasudores adorables, despleaban pudores escondidos, rincones de cuerpos que no se muestran, de una finura de seda, ligeramente azulados por la malla de las venas. Florecía a continuación la vida risueña del rosa: el blanco rosa, apenas teñido por una punta de laca, nieve de un pie de virgen que tantea el agua de un manantial; el rosa pálido, más discreto que la cálida blancura de una rodilla atisbada, que el resplandor con el que un brazo joven ilumina una manga amplia; el rosa franco, de la sangre velada por raso, de los hombros desnudos, de las caderas desnudas, todo el desnudo de la mujer, acariciado de luz; el rosa vivo, flores en capullo del seno, flores semiabiertas de los labios, que exhalaban el perfume de un hálito tibio. Y los rosales trepadores, los grandes rosales de lluvia de flores blancas, vestían todos a aquellas rosas, a todas aquellas carnes, con el encaje de sus racimos, con la inocencia de su leve muselina; mientras que, aquí y allá, rosas color hez de vino, casi negras, sangrantes, horadaban aquella pureza de recién casada con una herida de pasión. Nupcias del bosque oloroso, que llevaban las virginidades de mayo

a las fecundidades de julio y de agosto; primer beso ignorante, cogido como un ramillete en la mañana de las bodas. Hasta en la hierba, rosas aterciopeladas, con sus vestidos cerrados de lana verde, esperaban el amor. A lo largo del sendero, rayado por hachazos de sol, merodeaban flores, se adelantaban rostros, llamando al paso a los vientos ligeros. Bajo el toldo desplegado del claro, relucían todas las sonrisas. Ningún florecer se parecía. Las rosas tenían sus maneras de amar. Las unas no consentían más que en entreabrir su capullo, muy tímidas, con el corazón sonrojante, mientras que otras, con el corsé desceñido, palpitantes, abiertas de par en par, parecían arrugadas, enloquecidas por su propio cuerpo hasta el punto de morir. Las había pequeñas, alerta, alegres, que se marchaban en fila, con la escarapela en la cofia; enormes, reventonas de atractivos, con redondeces de sultanas orondas; descaradas, con pinta de niñas, con un desaliño coqueto, que desplegaban pétalos blanqueados con polvos de arroz; honestas, escotadas como burguesas correctas; aristocráticas, de cimbrea elegancia, de originalidad permitida, que inventaban saltos de cama. Las rosas abiertas en copa ofrecían su perfume como en un precioso cristal; las rosas volcadas en forma de urna lo dejaban caer gota a gota; las rosas redondas, iguales a coles, lo exhalaban con un hálito regular de flores dormidas; las rosas en capullo apretaban sus hojas, no entregaban aún sino el vago suspiro de su virginidad.

—Te quiero, te quiero —repetía Serge en voz baja.

Y Albine era una gran rosa, una de las rosas pálidas abiertas aquella misma mañana. Tenía los pies blancos, las rodillas y los brazos rosas, la nuca rubia, el seno adorablemente veteado, pálido, de un trasudor exquisito. Oía bien, tendía unos labios que ofrecían en copa de coral su perfume débil aún. Y Serge la respiraba, se la metía en el pecho.

—¡Oh! —dijo ella riendo—, no me haces daño, puedes tomarme entera.

Serge quedó encantado de su risa, igual a la frase cadenciosa de un pájaro.

—Eres tú quien canta así —dijo—; nunca he oído ningún cantar tan dulce... Tú eres mi alegría.

Y ella reía, más sonora, con escalas perladas de pequeñas notas de flauta, muy agudas, que se ahogaban en un demorarse de sonidos graves. Era una risa sin fin, un arrullo de garganta, una música sonante, triunfante, que celebraba la voluptuosidad del despertar. Todo reía, en aquella risa de mujer que nacía a la belleza y al amor, las rosas, el bosque oloroso, el Paradou entero. Hasta entonces, le había faltado un encanto al gran jardín, una voz de gracia que fuese el gozo vivo de los árboles, de las aguas, del sol. Ahora, el gran jardín estaba dotado de aquel encanto de la risa.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Albine, tras haber apagado su canto en una nota alargada y muriente.

—Casi veintiséis —contestó Serge.

Y se extrañó. ¡Cómo! ¡Que tenía veintiséis años! Él mismo estaba todo sorprendido de haber contestado eso, con tanta facilidad. Se le antojaba que no tenía ni un día, ni una hora.

—¿Y tú, cuántos años tienes? —preguntó él a su vez.

—Yo, dieciséis.

Y volvió a empezar, toda vibrante, repitiendo su edad, cantando su edad. Reía de tener dieciséis años, con una risa muy fina, que corría como un hilillo de agua, en un ritmo tremolado de la voz. Serge la miraba de muy cerca, maravillado por aquella vida de la risa, con la que resplandecía la cara de la niña. La reconocía apenas, con las mejillas horadadas por hoyuelos, los labios arqueados, que mostraban el rosa húmedo de la boca, los ojos iguales a trozos de cielo azul que se encendiese con un amanecer de astro. Cuando se echaba hacia atrás, lo calentaba con su barbilla henchida de risa, que le apoyaba en el hombro.

Él tendió la mano, buscó detrás de su nuca, con un gesto maquinal.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

Y, acordándose, gritó:

—¡Quieres mi peinetilla! ¡Quieres mi peinetilla!

Entonces, le dio la peinetilla, y dejó caer las pesadas trenzas de su moño. Fue como una tela de seda desplegada. Sus cabellos la vistieron hasta el talle. Unos mechones que le cayeron sobre el pecho acabaron de ataviarla regiamente. Serge, ante el brusco llamear, había lanzado un ligero grito. Besaba los mechones uno a uno, se abrasaba los labios en aquel resplandor de sol poniente.

Pero Albine, ahora, se resarcía de su largo silencio. Charlaba, hacía preguntas, ya no paraba.

—¡Ah! ¡Cuánto me has hecho sufrir! Yo ya no era nada para ti, me pasaba los días inútil, impotente, desesperándome como una incapaz... Y, sin embargo, los primeros días, sí que te había aliviado. Me veías, me hablabas... ¿No te acuerdas, cuando estabas acostado y te quedabas dormido apoyado en mi hombro, murmurando que yo te hacía mucho bien?

—No —dijo Serge—, no, no me acuerdo... Nunca te había visto. Te acabo de ver por primera vez, hermosa, radiante, inolvidable.

Ella empezó a dar palmas, presa de impaciencia, protestando.

—¿Y mi peineta? Sí que te acordarás de que te daba mi peineta para no discutir, cuando te habías vuelto niño otra vez. Hace un momento, aún la buscabas.

—No, no me acuerdo... Tus cabellos son una seda fina. Nunca te había besado los cabellos.

Ella se enfadó, precisó ciertos detalles, le contó su convalecencia en la habitación del techo azul. Pero él, que seguía riendo, acabó por ponerle la mano en los labios, diciendo con una fatiga desazonada:

—No, cállate, ya no me acuerdo, no me quiero acordar... Me acabo de despertar y te he encontrado ahí, llena de rosas. Eso basta.

Y la volvió a tomar entre sus brazos, despaciosamente, soñando en voz alta, murmurando:

—A lo mejor ya he vivido. Tiene que hacer mucho de eso... Te amaba, en una ensoñación dolorosa. Tenías tus ojos azules, tu rostro un poco largo, tu aire de niña. Pero ocultabas tus cabellos, cuidadosamente, bajo un lienzo fino; y no me atrevía a apartar ese lienzo, porque tus cabellos eran temibles y me habrían dado la muerte... Hoy, tus cabellos son la dulzura misma de tu persona. Son ellos los que atesoran tu perfume, los que me entregan tu belleza doblegada, toda entera entre mis dedos. Cuando los beso, cuando hundo así mi rostro, me bebo tu vida.

Enredaba los largos rizos por sus manos, oprimiéndolos sobre sus labios, como para hacer salir de ellos toda la sangre de Albine. Al cabo de un silencio, continuó:

—Es extraño, antes de haber nacido, uno sueña con nacer... Yo estaba enterrado en algún sitio. Tenía frío. Oía agitarse por encima de mí la vida del exterior. Pero me tapaba los oídos, desesperado, acostumbrado a mi agujero de tinieblas, saboreando en él alegrías terribles, sin procurar ya ni siquiera desprenderme del montón de tierra que me oprimía encima del pecho... ¿Dónde estaba, pues? ¿Y quién me ha sacado por fin a la luz?

Hacía esfuerzos de memoria, mientras que Albine, ansiosa, temía ahora que se acordase. Tomó sonriente un puñado de sus cabellos y lo anudó al cuello del joven, al que ató a ella. Aquel juego le hizo salir de su ensoñación.

—Tienes razón —dijo—, soy tuyo, ¿qué importa lo demás?... Fuiste tú quien me sacó de la tierra, ¿verdad? Yo debía de estar debajo de este jardín. Lo que oía eran tus pasos que rodaban las piedrecillas del sendero. Tú me buscabas, traías sobre mi cabeza cantos de pájaros, olores de claveles, calores de sol... Y de sobra me figuraba yo que acabarías encontrándome. Te esperaba, ¿ves?, desde hacía mucho. Pero no esperaba que te dieras a mí sin tu velo, con tus cabellos sueltos, tus cabellos temibles que se han vuelto tan suaves.

La tomó sobre él, la volcó sobre sus rodillas, poniendo su rostro al lado del suyo.

—No hablemos más. Estamos solos para siempre. Nos amamos.

Permanecieron inocentemente uno en brazos del otro. Durante mucho tiempo aún, se dejaron estar. El sol iba subiendo, caía de las altas ramas un polvillo de luz más cálido. Las rosas amarillas, las rosas blancas, las rosas rojas, no eran ya sino un resplandor de su gozo, una de sus maneras de sonreírse. Ciertamente habían hecho brotar capullos a su alrededor. Las rosas los coronaban, les arrojaban guirnaldas al talle. Y el perfume de las rosas se volvía tan penetrante, tan cargado de una ternura amorosa, que parecía ser el perfume mismo de su aliento.

Después, fue Serge quien volvió a peinar a Albine. Tomó sus cabellos a puñados, con una torpeza encantadora, y plantó la peinetilla atravesada, en el enorme moño amontonado sobre la cabeza. Sucedió, empero, que ella quedó admirablemente peinada. Él se levantó a continuación, le tendió las manos, la sostuvo de la cintura para que se pusiera de pie. Ambos seguían sonriendo, sin hablar. Despacito, echaron a andar por la vereda.

VII

ALBINE y Serge entraron en el parterre. Ella le miraba con inquieta solicitud, temiendo que se fatigase.

Pero él la tranquilizó con una ligera risa. Se sentía fuerte como para llevarla por todas partes adonde ella quisiera ir. Cuando se volvió a encontrar a pleno sol, lanzó un suspiro de gozo. Por fin vivía; ya no era aquella planta sometida a las agonías del invierno. Por ello, ¡qué enternecida gratitud! Hubiera querido evitarles a los piececitos de Albine la rudeza de las calles; soñaba con llevarla abrazada a su cuello, como una niña a la que su madre duerme. Ya la protegía como guardián celoso, apartaba las piedras y las zarzas, velaba por que el viento no robase de sus cabellos adorados caricias que no le pertenecían más que a él. Ella se había acurrucado contra su hombro, se abandonaba, llena de serenidad.

Fue así como Albine y Serge anduvieron por el sol, por primera vez. La pareja iba dejando buen olor tras de sí. Daba un escalofrío al sendero, mientras que el sol desplegaba una alfombra de oro bajo sus pasos. Avanzaba, igual a un embeleso, entre los grandes matorrales floridos, tan deseable que las calles apartadas, a lo lejos, la llamaban, la saludaban con un murmullo de admiración, como las multitudes saludan a los reyes largo tiempo esperados. No era más que un solo ser, soberanamente hermoso. La piel blanca de Albine no era sino la blancura de la piel morena de Serge. Los dos pasaban lentamente, vestidos de sol; eran el propio sol. Las flores, inclinadas, los adoraban.

En el parterre, fue por ello una larga emoción. El viejo parterre les daba escolta. Vasto campo que crecía abandonado desde hacía un siglo, rincón de paraíso en el que el viento sembraba las flores más exóticas. La paz dichosa del Paradou, que dormía al sol abierto, impedía la degeneración de las especies. Había en él una temperatura uniforme, una tierra que cada planta había abonado despaciosamente para vivir en ella en el silencio de su fuerza. En él, la vegetación era enorme, soberbia, poderosamente inculta, llena de azares que desplegaban floraciones monstruosas, desconocidas para la azada y las regaderas de los jardineros. Abandonada a sí misma, libre de crecer sin vergüenza, al fondo de aquella soledad protegida por abrigos naturales, la naturaleza se abandonaba más a cada primavera, adquiría retozos formidables, se gozaba en regalarse en todas las estaciones ramilletes extraños, que no había de coger mano alguna. Y parecía empeñarse con denuedo en trastocar lo que había hecho el esfuerzo del hombre; se rebelaba, lanzaba desbandadas de flores al medio de las calles, atacaba las rocallas con la oleada rampante de sus musgos, anudaba por el cuello los mármoles, que derribaba con la ayuda de la flexible soga de sus plantas trepadoras; quebraba las losas de los estanques, de las escaleras, de las terrazas, hincando arbustos en ellas; reptaba hasta poseer los mínimos lugares cultivados, los modelaba a su antojo, plantaba en ellos como bandera de rebelión alguna semilla recogida por el camino, un verdor humilde que convertía en un verdor

gigantesco. Antaño, el parterre, mantenido por un dueño que tenía pasión por las flores, mostraba en arriates, en cuidados ribetes, una maravillosa selección de plantas. Hoy, se encontraban las mismas plantas, pero perpetuadas, ampliadas en familias tan innumerables, con tal desenfreno lujurioso por las cuatro esquinas del jardín, que el jardín ya no era más que un alboroto, un hacer novillos que topaba contra las tapias, un lugar sospechoso en el que la naturaleza ebria hipaba en verbenas y claveles.

Era Albine quien conducía a Serge, aunque pareciese entregarse a él, débil, sostenida en su hombro. Lo llevó lo primero a la gruta. Al fondo de un grupo de álamos y de sauces, se excavaba una rocalla, derrumbada, bloques de roca caídos en un pilón, hilillos de agua que corrían a través de las piedras. La gruta desaparecía bajo el asalto de las frondas. Abajo, varias hileras de malvarrosas parecían cortar la entrada con un enrejado de flores rojas, amarillas, malvas, blancas, cuyas varas se ahogaban en unas ortigas colosales, de un verde de bronce, que supuraban tranquilamente las quemazones de su veneno. Después, venía un prodigioso impulso, que trepaba en unos cuantos brincos: los jazmines, estrellados con sus flores suaves; las glicinias, con hojas de encaje tierno; las hiedras tupidas, recortadas como placa acharolada; las cimbrenas madreselvas, acribilladas por sus hebras de coral pálido; las clemátides amorosas, que estiraban los brazos, engalanadas con penachos blancos. Y a éstas se enlazaban además otras plantas, más endebles, las ligaban más, las tejían con una trama olorosa. Unas capuchinas, de carnes verdosas y desnudas, abrían bocas de oro rojo. Judiones, fuertes como bramantes finos, prendían de trecho en trecho el incendio de sus chispas vivaces. Unas enredaderas extendían el corazón recortado de sus hojas, y hacían sonar con sus millares de campanillas un silencioso carillón de colores exquisitos. Guisantes de olor, iguales a vuelos de mariposas posadas, replegaban sus alas gamuza, sus alas rosas, dispuestos a dejarse llevar más allá, al primer soplo de viento. Cabellera inmensa de verdor, respunteada de una lluvia de flores, cuyos mechones desbordaban por todas partes, se escapaban en un loco desgredarse, traían a la mente alguna muchacha gigante, privada a lo lejos boca arriba, que volcase la cabeza en un espasmo de pasión, en un chorrear de crines soberbias, desplegadas como una charca de perfumes.

—Nunca me he atrevido a entrar en todo eso negro —dijo Albine al oído de Serge.

Él la animó, la llevó en volandas por encima de las ortigas; y, al ver que un bloque cerraba el umbral de la gruta, la mantuvo un instante de pie, entre sus brazos, para que pudiera asomarse al agujero, que se abría a unos cuantos pies del suelo.

—Hay —murmuró ella— una mujer de mármol caída todo lo larga que es en el agua que corre. El agua se le ha comido el rostro.

Entonces, él quiso ver a su vez. Se alzó con la ayuda de las muñecas. Un aliento fresco le golpeó en las mejillas. En medio de los juncos y de las lentejas de agua, en el rayo de luz que se deslizaba por el agujero, la mujer estaba boca arriba, desnuda hasta la cintura, con unos paños que le tapaban los muslos. Era alguna ahogada de

cien años, el lento suicidio de un mármol al que los pesares habían debido de arrojar al fondo de aquel manantial. La clara lámina que corría sobre ella había convertido su cara en una piedra lisa, en una blancura sin rostro, mientras que sus dos senos, como levantados fuera del agua por un esfuerzo de la nuca, permanecían intactos, aún vivos, henchidos de una voluptuosidad antigua.

—¡Que no está muerta! —dijo Serge mientras volvía a bajar—. Un día tendremos que venir a sacarla de ahí.

Pero Albine, que estaba destemplada, se lo llevó. Volvieron al sol, en el desenfreno de los arriates y de los canastillos florales. Caminaban a través de un prado de flores, a su capricho, sin camino trazado. Sus pies tenían por alfombra plantas encantadoras, las plantas enanas que antaño bordeaban las calles, hoy desplegadas en mantos sin fin. Por momentos, se hundían hasta los tobillos en la seda moteada de los collejones rosas, en el raso multicolor de las clavellinas, en el terciopelo azul de las nomeolvides, acribillado por ojitos melancólicos. Más allá, atravesaban gigantescas resedas que les subían hasta las rodillas, como un baño de perfumes; cortaban por un campo de muguets para sortear un campo contiguo de violetas, tan dulces que ambos temblaban ante la idea de lacerar su menor manojó; después, empujados desde todas partes, sin tener ya otra cosa sino violetas a su alrededor, no tenían más remedio que seguir andando, pisando con pasos discretos aquel frescor aromático, en medio del aliento mismo de la primavera. Más allá de las violetas, se desplegaba la lana verde de las quemalenguas, un poco ruda, tachonada de malva claro; las estrellas matizadas de las selaginelas, las copas azules de las nemófilas, las cruces amarillas de las jaboneras, las cruces rosas y blancas de los alhelíes de Mahón dibujaban rincones de rico tapiz, extendían hasta el infinito delante de la pareja un lujo regio de tendales para que ésta avanzase sin fatiga en el gozo de su primer paseo. Y eran las violetas las que aparecían una y otra vez, un mar de violetas que corría por todas partes, vertiéndoles sobre los pies olores preciosos, acompañándolos con el hálito de sus flores escondidas bajo las hojas.

Albine y Serge se perdían. Mil plantas, de estaturas más altas, construían setos, organizaban estrechas veredas que ellos se complacían en seguir. Los senderos se adentraban con bruscos desvíos, se enredaban, enmarañaban extremos inextricables de monte bajo: agératos con borlones azul celeste; asperillas, de un delicado olor a almizcle; mímulus, que mostraban senos cobrizos, puntuados de cinabrio; flox escarlatas, violetas, soberbios, que alzaban ruelas de flores que el viento hilaba; lináceas rojas de hebras finas como cabellos; crisantemos iguales a lunas llenas, lunas de oro, que proyectaban cortos rayos apagados, blanquecinos, violáceos, rosáceos. La pareja saltaba por encima de los obstáculos, continuaba su caminar feliz entre los dos setos de verdor. A la derecha, subían los fresnillos ligeros, los milamores que volvían a caer en nieve inmaculada, las cinoglosas grisáceas que tenían una gota de rocío en cada una de las minúsculas copas de sus flores. A la izquierda, era una larga calle de aguileñas, todas las variedades de la aguileña, las blancas, las rosas pálidas, las

violetas oscuras, estas últimas casi negras, de una tristeza de luto, que dejaban colgar de un ramillete de tallos altos sus pétalos plisados y encañonados como un crespón. Y más allá, a medida que iban avanzando, los setos cambiaban, alineaban las varas floridas de unas espuelas de caballero enormes, perdidas en el ensortijamiento de las hojas; dejaban asomar las fauces abiertas de los dragones color gamuza, alzaban el follaje enclenque de los esquizantus, lleno de un revoloteo de flores de alas de azufre manchadas de laca tierna. Corrían campánulas, lanzando al vuelo sus campanas azules, hasta lo alto de grandes asfódelos, cuyo tallo de oro les servía de campanario. En un rincón, un hinojo gigantesco parecía una dama de fino guipur que bajase su sombrilla de raso verde agua. Después, bruscamente, la pareja se hallaba en el fondo de un callejón sin salida; ya no podía avanzar, un montón de flores tapaba el sendero, un brotar de plantas de tal calibre que formaba allí como un almiar con penacho triunfal. Abajo, unos acantos construían un zócalo, desde donde se lanzaban cariofiláceas escarlatas, siemprevivas cuyos pétalos secos tenían un quebrar de papel pintado, clarkias con grandes cruces blancas, historiadas, parecidas a las cruces de una orden bárbara. Más arriba, se esponjaban las viscaria rosas, los leptosiphon amarillos, los collinsia blancos, las colas de liebre que plantaban por entre los colores vivos sus pompones de ceniza verde. Más arriba aún, se elevaban digitales rojas y lupinos azules en columnillas finas, y suspendían una rotonda bizantina, violentamente pintarrajeada de púrpura y de azul; mientras que, en lo alto del todo, un colosal ricino, de hojas sanguinas, parecía extender una cúpula de cobre bruñido.

Y como Serge ya adelantaba las manos, queriendo pasar, Albine le suplicó que no hiciera daño a las flores.

—Troncharías las ramas, aplastarías las hojas —dijo—. Yo, desde hace años que vivo aquí, tengo mucho cuidado de no matar a nadie... Ven, te mostraré los pensamientos.

Lo obligó a volver sobre sus pasos, se lo llevó lejos de los senderos estrechos, al centro del parterre, en el que antaño había grandes estanques. Los estanques, colmados, ya no eran sino vastas jardineras, con ribete de mármol desmigado y roto. En uno de los más anchos, una ráfaga de viento había sembrado un maravilloso macizo de pensamientos. Las flores de terciopelo parecían vivas, con sus crenchas de cabellos violetas, sus ojos amarillos, sus bocas más pálidas, sus delicados mentones color carne.

—Cuando era pequeña me daban miedo —murmuró Albine—. Míralas. ¿A que parecen millares de rostros pequeñitos que te miran, a ras de tierra?... Y vuelven la cara todas juntas. Parecen muñecas enterradas con la cabeza hiera.

Se lo llevó de nuevo. Dieron la vuelta a los demás estanques. En el estanque vecino habían crecido unos amarantos, erizando crestas monstruosas que Albine no se atrevía a tocar, pensando en gigantescas orugas sangrantes. Unas balsaminas, amarillo paja, flor de melocotonero, gris de lino, blanco desteñido de rosa, llenaban otro pilón, en el que los resortes de sus semillas se soltaban con pequeños chasquidos.

Después venía, en medio de los restos de una fuente, una colección de espléndidos claveles: desbordaban claveles blancos del pilón musgoso; claveles multicolores plantaban en las grietas de las piedras el abigarramiento de sus encañonados de muselina recortada; mientras que, en el fondo de las fauces del león que antaño escupía el agua, florecía un gran clavel rojo, en chorros tan vigorosos que el viejo león mutilado parecía, a aquella hora, escupir salpicaduras de sangre. Y al lado, el estanque principal, un antiguo estanque en el que habían nadado cisnes, se había convertido en un bosque de lilas, a cuya sombra protegían su delicada tez alhelíes silvestres, verbenas y dondiegos de día, durmiendo a medias, todos húmedos de perfumes.

—¡Y no hemos atravesado ni la mitad del parterre! —dijo Albine orgullosamente—. Allí están las flores grandes, unos campos en los que me cubre entera, como a una perdiz en un trigal.

Fueron hasta allí. Bajaron una larga escalinata cuyas urnas volcadas llameaban aún con las altas llamas violetas de los iris. A lo largo de los peldaños corría una arroyada de alhelíes igual a un manto de oro líquido. Unos cardos, en ambos bordes, plantaban candelabros de bronce verde, frágiles, erizados, curvados como picos de aves fantásticas, de un arte extraño, de una elegancia de pebetero chino. Unas balsaminas, entre los balaustres quebrados, dejaban colgar trenzas rubias, cabelleras verdosas de río todas manchadas de moho. Después, abajo, se extendía un segundo parterre, cortado de bojs pujantes como robles, antiguos bojs correctos, otrora tallados en bolas, en pirámides, en torres octogonales, hoy magníficamente desaliñados, con grandes andrajos de verdor oscuro, cuyos agujeros mostraban retazos de cielo azul.

Y Albine llevó a Serge, a la derecha, a un campo que era como el cementerio del parterre. Unas escabiosas ponían allí su luto. Cortejos de adormideras se marchaban en fila apestando a muerte, esponjando sus grávidas flores con un destello febril. Trágicas anémonas componían muchedumbres desoladas, de tez ajada, toda terrosa por algún hálito epidémico. Unos estramonios achaparrados estiraban sus trompetillas violáceas, en las que venían insectos, cansados de vivir, a beber el veneno del suicidio. Unas caléndulas, bajo sus follajes atascados, sepultaban sus flores, agonizantes cuerpos de estrellas, que exhalaban ya la peste de su descomposición. Y venían aún otras tristezas: los ranúnculos carnosos, de un color sordo de metal oxidado; los jacintos y los nardos que exhalaban la asfixia, que se morían en su propio perfume. Pero dominaban sobre todo las cinerarias, todo un brote de cinerarias que paseaban el alivio de luto de sus vestidos violetas y blancos, vestidos de terciopelo rayado, vestidos de terciopelo liso, de rica severidad. En medio de aquel campo melancólico, permanecía de pie un Amorcillo de mármol, mutilado, con el brazo que sostenía el arco caído en las ortigas, sonriente aún bajo los líquenes que hacían tiritar su desnudez de niño.

Después, Albine y Serge se metieron hasta la cintura en un campo de peonías. Las flores blancas reventaban, con una lluvia de anchos pétalos que les refrescaban las manos, iguales a las anchas gotas de una lluvia de tormenta. Las flores rojas tenían caras apopléticas, cuya risa enorme los desazonaba. Alcanzaron, a la izquierda, un campo de fucsias, un bosquecillo de arbustos cimbreños, finísimos, que les encandilaron como juguetes del Japón, adornados con un millón de campanillas. Atravesaron a continuación campos de verónicas de racimos violetas, campos de geranios y de pelargonios, sobre los que parecían correr pavesas ardientes, el rojo, el rosa, el blanco incandescente de unas ascuas que reavivaban sin cesar los menores soplos del viento. Tuvieron que sortear cortinas de gladiolos, tan altos como cañas, que alzaban mástiles de flores que ardían en la claridad, con riquezas de llama de antorchas encendidas. Se perdieron en medio de un bosque de girasoles, un oquedal hecho de troncos del grosor de la cintura de Albine, oscurecido por hojas rudas, anchas como para acostar en ellas un niño, poblado de caras gigantes, de caras de astro, resplandecientes como otros tantos soles. Y llegaron por fin a otro bosque, un bosque de rododendros, tan tupido de flores que las ramas y las hojas no se veían, desplegando ramilletes monstruosos, cuévanos de cálices tiernos que se apezonaban hasta el horizonte.

—¡Pues aún no hemos llegado al final! —exclamó Albine—. Caminemos, sigamos caminando.

Pero Serge la detuvo. Estaban a la sazón en el centro de una antigua columnata en ruinas. Entre matas de primulas y de pervincas, unos fustes de columna formaban bancos. A lo lejos, entre las columnas que aún se mantenían en pie, se extendían otros campos de flores: campos de tulipanes, con vivas manchas multicolores de loza pintada; campos de calceolarias, ligeras veteaduras de carne, puntuadas de sangre y de oro; campos de cinias, iguales a grandes margaritas enfurruñadas; campos de petunias, de pétalos blandos como una batista de mujer, que mostraba el rosa de la piel; más campos, campos hasta el infinito, cuyas flores ya no se reconocían, cuyas alfombras se desplegaban bajo el sol, con el abigarramiento confuso de las matas violentas, anegado en los verdes enternecidos de las hierbas.

—Nunca podremos verlo todo —dijo Serge, con la mano extendida, con una sonrisa—. Aquí sí que tiene que ser agradable sentarse, dentro del olor que sube.

Al lado de ellos había un campo de heliotropos, con un aliento de vainilla, tan dulce que le daba al viento una caricia de terciopelo. Entonces, se sentaron en una de las columnas volcadas, en medio de un ramillete de azucenas soberbias que habían crecido allí. Llevaban caminando más de una hora. Habían venido de las rosas a las azucenas, a través de todas las flores. Las azucenas les ofrecían un refugio de candor, después de su paseo de enamorados, en medio de la solicitud ardiente de las suaves madre selvas, de las violetas almizcladas, de las verbenas que exhalaban el fresco olor de un beso, de las tuberosas que exhalaban el desmayo de una voluptuosidad mortal. Las azucenas, de tallos esbeltos, los introducían en un pabellón

blanco, bajo el techo de nieve de sus cálices, alegados tan sólo por las leves gotas de oro de los pistilos. Y permanecían, igual que unos prometidos aún niños, soberanamente púdicos, como en el centro de una torre de pureza, de una torre de marfil inexpugnable, en la que aún no se amaban sino con todo el encanto de su inocencia.

Hasta caer el día permanecieron Albine y Serge con las azucenas. Allí estaban bien; allí terminaban de nacer. Allí perdía Serge la última fiebre de sus manos. Albine allí se volvía toda blanca, de un blanco de leche que no teñía de rosa rubor alguno. Ya no vieron que tenían los brazos desnudos, el cuello desnudo, los hombros desnudos. Sus melenas ya no les turbaron, como desnudeces desplegadas. El uno contra el otro, reían, con risa clara, encontrando frescor en estrecharse. Sus ojos conservaban una serenidad límpida de agua de manadero, sin que nada impuro subiese de su carne para empañar su cristal. Sus mejillas eran frutos aterciopelados, apenas maduros, a los que en modo alguno pensaban en morder. Cuando se marcharon de las azucenas, no tenían diez años; les parecía que acababan de conocerse, solos en el fondo de un gran jardín, para vivir dentro de él en una amistad y en un juego eternos. Y, según atravesaban de nuevo el parterre, regresando al crepúsculo, las flores parecieron hacerse discretas, felices de verlos tan jóvenes, no queriendo corromper a aquellos niños. Los bosques de peonías, los macizos de claveles, las alfombras de nomeolvides, los tendales de clemátides ya no extendían ante ellos una alcoba de amor, anegados a aquella hora por el aire del atardecer, dormidos en una infancia tan pura como la de ellos. Los pensamientos los miraban como a compañeros, con sus pequeños rostros cándidos. Las resedas, lánguidas, rozadas por la falda blanca de Albine, parecían presa de compasión, evitando apresurar su fiebre con un soplo.

VIII

AL día siguiente, no bien amaneció, fue Serge el que llamó a Albine. Ella dormía en una habitación del piso superior, adonde a él no se le ocurrió subir. Se asomó a la ventana y la vio empujando las persianas, al saltar de la cama. Y a ambos les dio mucha risa encontrarse así.

—Hoy no saldrás —dijo Albine una vez que hubo bajado—. Tenemos que descansar... Mañana quiero llevarte lejos, muy lejos, a un sitio en donde estaremos la mar de a gusto.

—Pero nos vamos a aburrir —murmuró Serge.

—¡Oh! ¡Qué va!... Yo te contaré historias.

Pasaron una jornada encantadora. Las ventanas estaban abiertas de par en par, el Paradou entraba, reía con ellos, en la habitación. Serge tomó por fin posesión de aquella habitación feliz en la que se imaginaba haber nacido. Quiso verlo todo, que se lo explicaran todo. Los amorcillos de escayola, cabeza abajo en el borde de la alcoba, lo regocijaron hasta el punto de que se subió a una silla para atar el cinturón de Albine al cuello del más pequeño de ellos, una pizca de hombre, con el trasero en pompa, la cabeza abajo, en actitud picarona. Albine daba palmas, gritaba que parecía un abejorro sujeto con un hilo. Después, como movida de compasión:

—No, no, desátalo... Con eso no puede volar.

Pero fueron sobre todo los Amorcillos pintados encima de las puertas los que llamaron poderosamente la atención de Serge. Se enfadaba por no poder comprender a qué juegos estaban jugando, de tanto como habían palidecido las pinturas. Ayudado por Albine, corrió una mesa, a la que treparon ambos. Albine daba explicaciones.

—Mira, estos están arrojando flores. Debajo de las flores ya sólo se ven tres piernas desnudas. Creo recordar que, al llegar aquí, pude distinguir aún una dama tumbada. Pero, con el tiempo, se ha ido.

Dieron la vuelta a los entrepaños sin que nada impuro les viniese de aquellas lindas indecencias de tocador. Las pinturas, que se desmigaban como un rostro lleno de afeites del siglo XVIII, estaban lo bastante muertas como para no dejar asomar más que las rodillas y los codos de aquellos cuerpos privados en una amable lujuria. Los detalles demasiado crudos, en los que parecía haberse complacido aquel antiguo amor cuyo olor lejano conservaba la alcoba, habían desaparecido, comidos por el aire libre; hasta tal punto que la habitación, así como el parque, se había vuelto otra vez virgen de modo natural, bajo la gloria tranquila del sol.

—¡Bah! Son chiquillos que se divierten —dijo Serge, bajándose de la mesa—. ¿Tú sabes jugar a adivina quién te dio?

Albine sabía jugar a todos los juegos. Sólo que había que ser por lo menos tres para jugar a adivina quién te dio. Aquello les dio risa. Pero Serge exclamó que se estaba de maravilla siendo dos, y juraron no ser siempre más que dos.

—Está uno lo que se dice en casa, no se oye nada —prosiguió el joven, que se tendió en el sofá—. Y los muebles tienen un aroma a viejo que huele bien... Aquí está suave como dentro de un nido. Ésta sí que es una habitación en la que hay felicidad.

La muchacha sacudía solemnemente la cabeza.

—Si hubiera sido asustadiza —murmuró—, habría pasado mucho miedo en los primeros tiempos... Es justamente esa historia la que te quiero contar. La escuché por la región. Igual mienten. En fin, nos entretendrá.

Y se sentó al lado de Serge.

—Hace años y años... El Paradou pertenecía a un señor rico que vino a encerrarse en él con una dama muy guapa. Las puertas del castillo estaban tan bien cerradas, las tapias del jardín tenían tal altura, que nunca nadie veía el menor extremo de las faldas de la dama.

—Ya sé —interrumpió Serge—, la dama nunca volvió a aparecer.

Como Albine le miraba toda sorprendida, enfadada de ver sabida su historia, él continuó a media voz, extrañado él también.

—Esa historia me la has contado ya.

Ella protestó. Después, pareció cambiar de opinión, se dejó convencer. Lo cual no le impidió rematar su relato en estos términos:

—Cuando el señor se marchó, tenía el pelo cano. Mandó tapiar todas las aberturas, para que no fueran a molestar a la dama... La dama había muerto en esta habitación.

—¡En esta habitación! —exclamó Serge—. Eso no me lo habías dicho... ¿Estás segura de que muriera en esta habitación?

Albine se enfadó. Ella sólo repetía lo que sabía todo el mundo. El señor había mandado construir el pabellón para alojar en él a aquella desconocida que parecía una princesa. La servidumbre del castillo, más tarde, aseguraba que se pasaba en él los días y las noches. Muchas veces también lo veían por una calle del jardín, conduciendo los piecitos de la desconocida al fondo de los bosquecillos más negros. Pero por nada del mundo se habrían aventurado a espiar a la pareja, que se pasaba semanas enteras recorriendo el parque.

—Y fue aquí donde murió —repitió Serge, con el ánimo sobrecogido—. Tú te has quedado su habitación, usas sus muebles, te acuestas en su cama.

Albine sonreía.

—De sobra sabes que no soy miedosa —dijo—. Además, todas esas cosas son tan viejas... La habitación te parecía llena de felicidad.

Se callaron, miraron durante un momento la alcoba, el alto techo, los rincones de sombra gris. Había como un enternecimiento amoroso en los colores marchitos de los muebles. Era un suspiro discreto del pasado, tan resignado, que aún se parecía a una tibia gratitud de mujer adorada.

—Sí —murmuró Serge—, aquí uno no puede tener miedo. Esto está muy tranquilo.

Y Albine prosiguió acercándose a él:

—Lo que saben pocas personas es que habían descubierto en el jardín un lugar de felicidad perfecta, en el que acababan viviendo todas sus horas. Yo lo sé de buena tinta... Un lugar de sombra fresca, escondido al fondo de malezas impenetrables, tan maravillosamente hermoso que en él se olvida el mundo entero. A la dama debieron de enterrarla allí.

—¿Es en el parterre? —preguntó Serge con curiosidad.

—¡Ah! ¡No lo sé, no lo sé! —dijo la muchacha con un gesto desanimado—. He buscado por todas partes, pero aún no he podido encontrar en ningún sitio ese claro feliz... No está ni en las rosas, ni en las azucenas, ni en la alfombra de las violetas.

—¿Será quizá ese rincón de flores tristes, en donde me mostraste un niño de pie, con el brazo roto?

—No, no.

—¿Será quizá al fondo de la gruta, junto a esa agua clara donde se ahogó aquella mujer grande de mármol que ya no tiene rostro?

—No, no.

Albine permaneció un instante pensativa. Después, continuó, como hablando consigo misma.

—Ya desde los primeros días, me puse a la búsqueda. Si he pasado días enteros en el Paradou, si he escudriñado los mínimos rincones de verdor, era únicamente para sentarme una hora en medio de ese claro. ¡Cuántas mañanas perdidas en vano deslizándome por debajo de las zarzas, visitando los rincones más alejados del parque!... ¡Oh! ¡Lo hubiera reconocido enseguida, ese retiro encantado, con su árbol inmenso que debe de cubrirlo con un techo de hojas, con su hierba fina como felpa de seda, con sus paredes de matorrales verdes que ni siquiera los pájaros pueden atravesar!

Arrojó uno de sus brazos al cuello de Serge, elevando la voz, suplicándole:

—Anda... Ahora somos dos, buscaremos, encontraremos... Tú, que eres fuerte, apartarás las ramas gruesas delante de mí, para que yo vaya hasta el fondo de las malezas. Me llevarás a cuestras cuando esté cansada; me ayudarás a saltar los arroyos, te subirás a los árboles, si llegamos a perder el camino... ¡Y qué alegría cuando podamos sentarnos uno al lado del otro, bajo el techo de hojas, en el centro del claro! Me han contado que ahí uno vivía en un minuto una vida entera... Anda..., mi buen Serge, mañana mismo saldremos, exploraremos el parque matojo por matojo, hasta que hayamos satisfecho nuestro anhelo.

Serge se encogía de hombros, sonriendo.

—¡Para qué! —dijo—. ¿No estamos bien en el parterre? Habrá que quedarse con las flores, ¿ves?, sin buscar tan lejos una felicidad más grande.

—Allí es donde está enterrada la muerta —murmuró Albine, volviendo a caer en su ensoñación—. Fue el gozo de haberse sentado allí lo que la mató. El árbol tiene una sombra cuyo hechizo da la muerte... Yo moriría así de buena gana. Nos acostaríamos uno en los brazos del otro; estaríamos muertos y nadie nos volvería a encontrar.

—No, cállate, me estás afligiendo —interrumpió Serge desazonado—. Quiero que vivamos al sol, lejos de esa sombra mortal. Tus palabras me turban, como si nos empujaran a alguna desgracia irreparable. Tiene que estar prohibido sentarse bajo un árbol cuya umbría le estremece a uno así.

—Sí, está prohibido —declaró solemnemente Albine—. Toda la gente de la región me ha dicho que estaba prohibido.

Se hizo un silencio. Serge se levantó del sofá en el que había permanecido tendido. Reía, pretendía que las historias no le divertían. Caía el sol cuando Albine consintió por fin en bajar al jardín un instante. Lo llevó, a la izquierda, siguiendo la tapia, hasta un campo de escombros todo erizado de zarzas. Era el antiguo emplazamiento del castillo, aún negro del incendio que había derribado los muros. Bajo las zarzas, se hendían piedras recocidas, se pudrían derrumbes de armazón de madera. Se habría dicho un rincón de rocas estériles, abarrancado, lleno de jorobas, vestido de hierba ruda, de lianas rampantes que se metían por todas las grietas como culebras. Y se divertieron en atravesar en todos los sentidos aquel socavón, bajando al fondo de los hoyos, olisqueando los restos, buscando si no adivinarían algo de aquel pasado hecho cenizas. No reconocían su curiosidad, se perseguían por medio de los techos reventados y de los tabiques desplomados; pero, a decir verdad, no pensaban más que en las leyendas de aquellas ruinas, en aquella mujer más hermosa que la luz, que había arrastrado su falda de seda por aquellos peldaños, por los que hoy tan sólo se paseaban perezosamente los lagartos.

Serge acabó por plantarse en el montón más alto de escombros, mirando el parque que desplegaba sus inmensos lienzos verdes, buscando entre los árboles la mancha gris del pabellón. Albine callaba, de pie a su lado, otra vez seria.

—El pabellón está ahí, a la derecha —dijo sin que él le preguntara—. Es lo único que queda de los edificios... Lo ves, ¿no?, al final de ese paseo cubierto de tilos.

Guardaron silencio de nuevo. Y, como continuando en voz alta las reflexiones que hacían mentalmente los dos, ella prosiguió:

—Cuando iba a verla, debía de bajar por esta calle; después rodeaba los castaños grandes, y se metía por debajo de los tilos... Apenas tardaba un cuarto de hora.

Serge no abrió los labios. Cuando regresaron, bajaron por la calle, rodearon los castaños grandes, se metieron bajo los tilos. Era un camino de amor. En la hierba parecían buscar pasos, una lazada de cinta caída, una vaharada de perfume antiguo, algún indicio que les mostrase claramente que, en efecto, estaban en el sendero que conducía al gozo de estar juntos. Venía la noche, el parque tenía una gran voz muriente que los llamaba desde el fondo de los verdes.

—Espera —dijo Albine, cuando hubieron regresado delante del pabellón—. Tú no subas hasta dentro de tres minutos.

Se escapó alegremente, se encerró en la habitación del techo azul. Después, tras haber dejado a Serge llamar dos veces a la puerta, la entreabrió discretamente y le recibió con una reverencia a la antigua usanza.

—Buenas tardes, mi querido señor —dijo dándole un beso.

Aquello los divirtió sobremanera. Jugaron a los enamorados con una puerilidad de chiquillos. Tartamudeaban la pasión que otrora había agonizado allí. La aprendían como una lección que recitaban torpemente de un modo adorable, no sabiendo besarse en los labios, buscando por las mejillas, acabando por bailar uno delante del otro, riéndose a carcajadas, por ignorancia para testimoniarse de otro modo el placer que saboreaban en quererse.

IX

AL día siguiente por la mañana, Albine quiso echar a andar en cuanto asomó el sol para el gran paseo que llevaba pergeñando desde la víspera. Daba pataditas alegremente, decía que no volverían en todo el día.

—Pues ¿dónde me llevas? —preguntó Serge.

—¡Ya verás, ya verás!

Pero él la asió de las muñecas y la miró de frente.

—Hay que ser razonable, ¿no es verdad? No quiero que busques ni el claro, ni el árbol, ni la hierba esa en la que se muere uno. Sabes que está prohibido.

Ella se sonrojó ligeramente, protestando, diciendo que ni siquiera se le habían pasado por la cabeza esas cosas. Después, añadió:

—Sin embargo, si nos lo encontráramos, sin buscar, por casualidad, ¿tú no te sentarías?... ¡Bien poco me quieres, entonces!

Echaron a andar. Atravesaron el parterre en línea recta, sin detenerse en el despertar de las flores, desnudas en su baño de rocío. La mañana tenía una tez de rosa, una sonrisa de niño hermoso que abre los ojos en medio de las blancuras de su almohada.

—¿Adónde me llevas?

Y Albine reía, sin querer contestar. Pero, según llegaban ante la lámina de agua que cortaba el jardín al final del parterre, se quedó toda consternada. El río había vuelto a crecer por las últimas lluvias.

—No podremos pasar en la vida —murmuró—. De ordinario, yo me quito los zapatos, me levanto las faldas. Pero hoy, nos llegaría el agua hasta la cintura.

Siguieron un instante la ribera, buscando un vado. La muchacha decía que era inútil, que ella conocía todas las pozas. Antaño ahí se encontraba un puente, un puente cuyo desplome había sembrado el río de gruesas piedras, por entre las cuales pasaba el agua con remolinos de espuma.

—Súbete a mi espalda —dijo Serge.

—No, no, no quiero. Si te llegaras a resbalar, menudo chapuzón nos daríamos los dos... No sabes lo traidoras que son esas piedras.

—Súbete a mi espalda, mujer.

Aquello acabó por tentarla. Tomó carrerilla, saltó como un muchacho, tan alto que se halló a horcajadas en el cuello de Serge. Y, sintiéndole tambalearse, gritó que él aún no estaba lo bastante fuerte, que se quería bajar. Después volvió a saltar de nuevo, por dos veces. Aquel juego les encantaba.

—¡A ver si terminas! —dijo el joven, que reía—. Ahora, agárrate fuerte. Ésta es la buena.

Y, en tres ágiles brincos, atravesó el río, apenas mojada la punta de los pies. En el medio, sin embargo, Albine creyó que se resbalaba. Dio un grito, volviéndose a

agarrar con las dos manos a su barbilla. Él se la llevaba ya, en un galopar de caballo, a la arena fina de la otra ribera.

—¡Arre! ¡Arre! —gritaba ella, tranquilizada, divertida por aquel juego nuevo.

Él corrió así tanto como ella quiso, dando golpes con los pies, imitando el ruido de los cascos. Ella chasqueaba la lengua, había cogido dos mechones de sus cabellos, de los que tiraba como riendas, para impulsarlo a derecha o a izquierda.

—Ahí, ahí, ya hemos llegado —dijo, dándole unos cachetitos en las mejillas.

Saltó al suelo, mientras que él, sudoroso, se respaldaba contra un árbol para recobrar aliento. Entonces, lo regañó, lo amenazó con no cuidarlo si volvía a caer enfermo.

—¡Quita!, me ha sentado bien —contestó él—. Cuando haya recuperado todas mis fuerzas, te llevaré a cuestras mañanas enteras... ¿Adónde me llevas?

—Aquí —dijo ella, sentándose con él bajo un peral gigantesco.

Estaban en la antigua huerta del parque. Un seto vivo de majuelos, una muralla de verdor, horadada de brechas, ponía allí un trozo de jardín aparte. Era un bosque de árboles frutales, que la podadera no había recortado desde hacía un siglo. Ciertos troncos se alabeaban poderosamente, crecían atravesados, bajo la furia de las tormentas que los habían vencido; mientras que otros, jorobados por nudos enormes, agrietados por cavidades profundas, tan sólo parecían ya estar agarrados al suelo por las ruinas gigantescas de su corteza. Las altas ramas, que el peso de los frutos combaba a cada temporada, extendían a lo lejos desmesurados abanicos; incluso, las más cargadas, que se habían partido, tocaban el suelo, sin haber dejado de producir, remendadas por gruesos rodetes de savia. Los árboles se prestaban entre sí puntales naturales, ya no eran sino pilares retorcidos, que sostenían una bóveda de hojas que se ahondaba en largas galerías, se abría bruscamente en lonjas aéreas, se aplanaba casi a ras del suelo en altillos desplomados. Alrededor de cada coloso, retoños silvestres formaban bosquecillos, añadían el enmarañarse de sus jóvenes tallos, cuyas pequeñas bayas tenían una acedía exquisita. Dentro de la luz verdosa, que chorreaba como un agua clara, en el gran silencio del musgo, retumbaba sola la caída sorda de los frutos que recolectaba el viento.

Y había albaricoqueros patriarcas, que llevaban con galanura su mucha edad, paralizados ya de un lado, con una selva de madera muerta, igual a un andamiaje de catedral, pero tan vivos en su otra mitad, tan jóvenes, que por todas partes reventaban la ruda corteza tiernos brotes. Venerables ciruelos, canosos de musgo, crecían aún para ir a beber el ardiente sol, sin que palidciera una sola de sus hojas. Había cerezos que edificaban ciudades enteras, casas de varios pisos, trazando escaleras, asentando suelos de ramas, anchas como para alojar en ellas a diez familias. Después, venían manzanos, con el talle quebrado, los miembros deformados, como tullidos graves, con la piel nudosa, maculada de herrumbre verde; perales lisos, que alzaban una arboladura de altos y finos tallos, inmensa, semejante a la perspectiva de un puerto, rayando el horizonte de barras pardas; melocotoneros rosáceos, que obligaban a los

demás a hacerles sitio en el atropello de sus vecinos, con una risa amable y un lento pujar de muchachas guapas perdidas en medio de una multitud. Ciertos pies, antiguamente en espalderas, habían quebrado los muretes que los sostenían; ahora, se desmelenaban, libres de las alambradas cuyos jirones arrancados les colgaban aún de los brazos; crecían a sus anchas, sin haber conservado de su poda particular más que apariencias de árboles formales, que arrastraban en el vagabundo los harapos de su traje de gala. Y a cada tronco, a cada rama, de un árbol a otro, corrían desbandadas de viña. Las cepas subían como risas locas, se enganchaban un instante en algún nudo elevado, y luego volvían a saltar en un rebrotar de risas más sonoras, salpicando todos los follajes con la ebriedad feliz de los pámpanos. Era un verde tierno dorado de sol que encendía con una chispa de embriaguez las copas asoladas de los grandes ancianos de la huerta.

Después, hacia la izquierda, unos árboles más espaciados, unos almendros de follaje menudo permitían al sol madurar en el suelo calabazas iguales a lunas caídas. Había también, al borde de un arroyo que atravesaba la huerta, melones pespunteados de verrugas, perdidos en lienzos de hojas rampantes, así como sandías acharoladas, de un óvalo perfecto de huevos de avestruz. A cada paso, matorrales de groselleros tapiaban las antiguas calles, mostrando los racimos lípidos de sus frutos, rubíes cada grano de los cuales se iluminaba con una gota de luz. Se desplegaban setos de frambuesos como zarzas silvestres; mientras que el suelo ya no era más que un tapiz de matas de fresa, una hierba toda sembrada de fresas maduras, cuyo olor tenía un ligero regusto a vainilla.

Pero el rincón encantado de la huerta estaba más a la izquierda aún, contra la rampa de peñascos que empezaba allí a escalar el horizonte. Se entraba en plena tierra ardiente, en un invernadero natural en el que el sol caía a plomo. Lo primero, había que atravesar unas higueras gigantescas, desgarbadas, que estiraban sus ramas como brazos grisáceos cansados de sueño, tan obstruidos por el cuero velludo de sus hojas que, para pasar, había que quebrar los tallos jóvenes que rebrotaban de los pies secados por la edad. A continuación, se caminaba entre bosquecillos de madroños, de un verdor de bojs gigantes, que, por sus bayas rojas, parecían mayos adornados con pompones de seda escarlata. Después, venía un oquedal de mostellares, de acerolos, de azufafos, a cuyo borde unos granados ponían una linde de matas eternamente verdes; las granadas estaban apenas empezando a granar, del tamaño del puño de un niño; las flores de púrpura, posadas en el extremo de las ramas, parecían tener el batir de alas de los pájaros de las islas, que no pliegan las hierbas sobre las que viven. Y se llegaba por fin a un bosque de naranjos y de limoneros, que crecían vigorosamente en plena tierra. Los troncos derechos adentraban hileras de columnas pardas; las hojas relucientes ponían el gozo de su clara pintura sobre el azul del cielo, recortaban nítidamente la sombra en delgadas cuchillas puntiagudas, que dibujaban en el suelo los millones de palmas de una tela de indiana. Era una umbría de encanto muy distinto, junto a la cual las umbrías de la huerta de Europa se volvían insulsas: una

alegría tibia de la luz tamizada en un polvo de oro volandero, una certeza de verdor perpetuo, una fuerza de perfume continuo, el perfume penetrante de la flor, el perfume más solemne del fruto, que daba a los miembros esa flexibilidad desmayada de los países cálidos.

—¡Y vamos a almorzar! —gritó Albine, batiendo palmas—. Serán por lo menos las nueve. ¡El hambre que tengo!

Se había levantado. Serge reconocía que él también comería de buena gana.

—¡Tontaina! —prosiguió ella—, ¿es que no has comprendido que te llevaba a almorzar? Lo que es aquí, no nos moriremos de hambre. Todo es para nosotros.

Entraron bajo los árboles, apartando las ramas, deslizándose a lo más denso de los frutos. Albine, que caminaba la primera, con las faldas entre las piernas, se volvía, preguntaba a su compañero, con su voz aflautada:

—¿A ti qué te gusta? ¿Las peras, los albaricoques, las cerezas, las grosellas?... Te aviso de que las peras están verdes aún; pero están un rato buenas de todos modos.

Serge se decidió por las cerezas. Albine dijo que, en efecto, se podía empezar por eso. Pero, como él iba tontamente a trepar al primer cerezo que se ofreció, ella le obligó a hacer aún diez minutos largos de camino, en medio de un espantoso batiburrillo de ramas. Aquel cerezo tenía unas cerezas aviesas que no valían nada; las cerezas de éste estaban demasiado agrias; las cerezas de este otro no estarían maduras hasta dentro de ocho días. Conocía todos los árboles.

—Mira, súbete ahí dentro —dijo por fin, deteniéndose ante un cerezo tan cargado de frutos que colgaban racimos hasta el suelo como collares de coral enganchados.

Serge se instaló cómodamente entre dos ramas, y se puso a almorzar. Ya no oía a Albine; la creía en otro árbol, a algunos pasos, cuando, bajando los ojos, la distinguió tranquilamente tumbada boca arriba, debajo de él. Se había deslizado allí, comiendo sin siquiera servirse de las manos, atrapando con los labios las cerezas que el árbol tendía hasta su boca.

Cuando se vio descubierta, le entraron risas prolongadas, saltando sobre la hierba como un pez blanco sacado del agua, poniéndose boca abajo, reptando sobre los codos, dando la vuelta al cerezo, mientras seguía papando las cerezas más gruesas.

—¡Figúrate, me hacen cosquillas! —gritaba—. Mira, otra que me acaba de caer en el cuello. ¡Están un rato fresquitas!... ¡A mí se me meten por las orejas, por los ojos, por la nariz, por todas partes! Si quisiera, aplastaría una para pintarme bigotes... Son mucho más dulces abajo que arriba.

—¡Venga ya! —dijo Serge riendo—. Es que no te atreves a subir.

Ella se quedó muda de indignación.

—¿Yo? ¿Yo? —balbuceó.

Y, recogiendo la falda, enganchándose la por delante en el cinturón, sin ver que enseñaba los muslos, agarró el árbol nerviosamente, y se izó a lo alto del tronco, con un solo tirón de las muñecas. Allí, corrió por las ramas, evitando incluso utilizar las manos; tenía estiramientos flexibles de ardilla, sorteaba los nudos, soltaba los pies,

mantenida solamente en equilibrio por el pliegue de la cintura. Cuando estuvo arriba del todo, en la punta de una rama endeble, que el peso de su cuerpo sacudía furiosamente:

—¡A ver! —gritó—, ¿me atrevo a subir o no?

—¿Quieres bajar rápido? —imploraba Serge, presa de miedo—. Te lo ruego. Te vas a hacer daño.

Pero, triunfante, ella fue aún más arriba. Se mantenía en el mismo extremo de la rama, a horcajadas, avanzando poco a poco por encima del vacío, empuñando con las dos manos manojos de hojas.

—Se va a tronchar la rama —dijo Serge desesperado.

—¡Pues que se tronche! —contestó ella con una gran risa—. Así no me tendré que bajar.

Y la rama se tronchó, en efecto, pero lentamente, con un desgarró tan largo que fue bajando poco a poco, como para depositar a Albine en el suelo, de un modo muy dulce. Ella no se asustó lo más mínimo, se echaba hacia atrás, agitaba los muslos medio desnudos, repitiendo:

—Qué amable. Parece que voy en coche.

Serge había saltado del árbol para recibirla en sus brazos. Como permanecía todo pálido de la emoción que acababa de experimentar, ella se rió de él.

—Pero si lo de caerse de los árboles le pasa a uno todos los días. Nunca te haces daño... ¡Venga, ríete, tontaina! Mira, ponme un poco de saliva en el cuello. Me he hecho un araño.

Él le puso un poco de saliva, con la punta del dedo.

—¡Ya, se curó! —gritó ella echando a correr, con un brinco de chiquilla—. Vamos a jugar al escondite, ¿quieres?

Le tocó a ella esconderse. Desaparecía, lanzaba el grito: «¡Cucú! ¡Cucú!» desde el fondo de verdores conocidos por ella sola, en donde Serge no podía encontrarla. Pero aquel juego del escondite no se hacía sin una terrible rapiña de frutos. Continuaba el almuerzo en los rincones por los que aquellos dos niños grandes se perseguían. Albine, mientras corría bajo los árboles, estiraba la mano, mordía una pera verde, se llenaba el halda de albaricoques. Después, en ciertos escondites, realizaba hallazgos que la sentaban en el suelo, olvidando el juego, ocupada en comer con solemnidad. Durante un rato dejó de oír a Serge, tuvo que buscarlo a su vez. Y fue para ella una sorpresa, casi un enfado, descubrirlo debajo de un ciruelo, un ciruelo que ella misma no sabía que estaba allí, y cuyas ciruelas maduras tenían un delicado olor a almizcle. Le echó un buen rapapolvo. ¿Es que se lo quería zampar todo, y por eso no había dicho ni mu? Se hacía el tonto, pero tenía la nariz fina, olía de lejos las cosas buenas. Sobre todo estaba furiosa contra el ciruelo, un árbol hipócrita al que ni conocía nadie, que seguro que había crecido aquella noche para fastidiar a la gente. A Serge, al verla con cara larga, negándose a coger una sola ciruela, se le ocurrió sacudir violentamente el árbol. Cayó una lluvia, un granizo de ciruelas. A Albine,

bajo el chaparrón, le cayeron ciruelas por los brazos, ciruelas en el cuello, ciruelas en plena nariz. Entonces, no pudo contener las carcajadas; se quedó bajo aquel diluvio, gritando: «¡Otra vez! ¡Otra vez!», divertida por aquellas bolas redondas que rebotaban encima de ella, tendiendo la boca y las manos, con los ojos cerrados, acurrucándose en el suelo para hacerse pequeña.

Mañana de niñez, travesuras de pilluelos sueltos en el Paradou. Albine y Serge pasaron allí horas pueriles de hacer novillos, corriendo, gritando, dándose golpes, sin que sus carnes inocentes se estremecieran una sola vez. No era aún más que la camaradería de dos granujas, que tal vez más tarde pensarán en besarse en las mejillas, cuando los árboles ya no tengan más postre que darles. ¡Y qué alegre rincón de naturaleza para esa primera escapada! Un hondón de follaje, con escondites excelentes. Senderos a lo largo de los cuales no era posible estar serio, de tanta risa glotona como dejaban caer los setos. El parque tenía, en aquella huerta feliz, una actitud traviesa de matorrales que salían corriendo en desbandada, un frescor de sombra que invitaba al hambre, una vejez de árboles bondadosos iguales a abuelos llenos de carantoñas. Incluso, en el fondo de los retiros verdes de musgo, bajo los troncos partidos que los obligaban a reptar uno detrás del otro, por corredores de hojas tan estrechos que Serge se uncía riendo a las piernas desnudas de Albine, no encontraban en absoluto la peligrosa ensoñación del silencio. Nada turbador les venía de aquel bosque que disfrutaba del recreo.

Y cuando se cansaron de los albaricoqueros, de los ciruelos, de los cerezos, corrieron bajo los frágiles almendros, comiéndose las almendras verdes, apenas del grosor de guisantes, buscando las fresas por entre la alfombra de hierba, enfadándose porque las sandías y los melones no estaban maduros. Albine acabó corriendo con todas sus fuerzas, seguida por Serge, que no podía alcanzarla. Se metió por entre las higueras, saltando las ramas gruesas, arrancando las hojas, que arrojaba por detrás al rostro de su compañero. En unos cuantos brincos, atravesó los bosquecillos de madroños, cuyas bayas rojas saboreó al pasar; y fue en el oquedal de los mostellares, de los acerolos y de los azufaifos donde Serge la perdió. La creyó primero escondida detrás de un granado; pero eran dos flores en capullo que había confundido con los dos nudos rosas de sus muñecas. Entonces, registró el bosque de naranjos, encantado por el buen tiempo que hacía allí, imaginándose que entraba en la morada de las hadas del sol. En medio del bosque, distinguió a Albine, que, no creyéndole tan cerca de ella, escudriñaba con ansia, registraba con la mirada las profundidades verdes.

—¿Qué es lo que estás buscando ahí? —gritó él—. De sobra sabes que está prohibido.

Ella se sobresaltó y se sonrojó ligeramente, por primera vez en el día. Y, sentándose al lado de Serge, le habló de los días felices en los que maduraban las naranjas. Entonces el bosque estaba todo dorado, iluminado entero por esas estrellas redondas, que taladraban con sus fuegos amarillos la bóveda verde.

Después, cuando por fin se marcharon, ella se fue deteniendo en todos los retoños silvestres, llenándose los bolsillos de peritas ásperas, de ciruelitas agraces, diciendo que serían para comer por el camino. Eran cien veces mejores que todo lo que habían saboreado hasta entonces. Serge tuvo que tragarse unas cuantas, a pesar de las muecas que hacía a cada mordisco. Volvieron reventados, felices, habiéndose reído tanto que les dolían las costillas. Incluso, esa noche, Albine no tuvo ánimo para subir a su habitación; se quedó dormida a los pies de Serge, atravesada en la cama, soñando que subía a los árboles, acabando de morder mientras dormía los frutos de los arbolillos silvestres que había escondido bajo el cobertor, a su lado.

X

OCHO días más tarde, hubo de nuevo un gran viaje al interior del parque. La idea era ir más allá de la huerta, a la izquierda, por el lado de las anchas praderas atravesadas por cuatro arroyos. Se harían varias leguas por plena hierba; se viviría de lo que se pescara si venía uno a perderse.

—Me llevo mi cuchillo —dijo Albine, mostrando un cuchillo de campesino, de hoja gruesa.

Se metió de todo por los bolsillos, cuerda, pan, cerillas, una botellita de vino, unos trapos, un peine, unas agujas. Serge tuvo que coger una manta; pero, al final de los tilos, cuando llegaron ante los escombros del castillo, la manta le estorbaba ya hasta tal punto que la escondió debajo de un lienzo de pared derrumbado.

El sol era más fuerte. Albine se había entretenido con sus preparativos. En la cálida mañana, echaron a andar uno al lado del otro, casi razonables. Llegaban a dar hasta veinte pasos sin empujarse, por broma. Charlaban.

—Yo no me despierto nunca —dijo Albine—. He dormido bien esta noche. ¿Y tú?

—Yo también —contestó Serge.

Ella prosiguió:

—¿Qué significa cuando sueñas con un pájaro que te habla?

—No lo sé... ¿Y qué decía el pájaro ese?

—¡Ah! Se me ha olvidado... Decía cosas muy bien, muchas cosas que me parecían graciosas... Mira, fíjate en esa amapola tan grande, allí. ¿A que no la coges? ¿A que no la coges?

Cogió impulso; pero Serge, gracias a sus largas piernas, la adelantó y cogió la amapola, que agitó victoriosamente. Entonces, ella se quedó con los labios apretados, sin decir nada, con muchas ganas de llorar. Él no supo hacer otra cosa que arrojar la flor. Después, para hacer las paces:

—¿Quieres subirte a caballo? Te llevaré a cuestras, como el otro día.

—No, no.

Estaba enojada. Pero no había dado ni treinta pasos, cuando se volvía, muerta de risa. Una zarza la retenía por el vestido.

—¡Fíjate! Yo creía que eras tú, que me estabas pisando el vestido adrede... ¡Que no me quiere soltar! ¡Venga, desengánchame!

Y, cuando estuvo desenganchada, caminaron de nuevo uno al lado del otro, con mucha formalidad. Albine pretendía que era más divertido pasearse así, como personas serias. Acababan de entrar en las praderas. Hasta el infinito, delante de ellos, se desplegaban anchos lienzos de hierbas, apenas cortados de trecho en trecho por el tierno follaje de una cortina de sauces. Los lienzos de hierbas se enguataban, iguales a piezas de terciopelo; eran de un verde fuerte poco a poco palidecido en lontananza, que se anegaba de amarillo vivo al borde del horizonte, bajo el incendio del sol. Los

bosquecillos de sauces, allá al fondo, parecían de oro puro, en medio del gran escalofrío de la luz. Polvillos danzantes ponían en las puntas de los céspedes un flujo de claridades, mientras que con ciertos soplos del viento, que pasaban libremente sobre aquella soledad desnuda, las hierbas se tornasolaban con un estremecerse de plantas acariciadas. Y, a lo largo de los prados más contiguos, multitudes de pequeñas margaritas blancas, a montón, sin orden, por grupos, igual que una población que hormiguease sobre el adoquinado para alguna fiesta pública, poblaban con su gozo esparcido lo negro de los céspedes. Había ranúnculos llenos de una alegría de cascabeles de cobre pulido, que iban a tintinear con el roce de un ala de mosca; estallaban grandes amapolas aisladas con petardos rojos, se iban hasta más lejos, en corrillos, a desplegar estanques alegres como fondos de tinaja aún púrpuras de vino; grandes acianos columpiaban sus ligeras cofias de campesina encañonadas de azul, amenazando con volarse por encima de los molinillos a cada sopro. Después venían alfombras de heno blanco, de cerrillos olorosos, de lotos velludos, mantos de cañuelas, de colas de perro, de vallicos, de pelo de ratón. La esparceta alzaba sus largos y frágiles cabellos, el trébol recortaba sus hojas nítidas, el llantén blandía bosques de lanzas, la alfalfa hacía lechos mullidos, edredones de raso verde agua brocado con flores violáceas. Aquello, a la derecha, a la izquierda, enfrente, por todas partes, ensanchándose por el suelo llano, redondeando la superficie espumosa de un mar estancado, durmiente bajo el cielo que parecía más vasto. Entre la inmensidad de las hierbas, en algunos lugares las hierbas eran límpidamente azules, como si reflejaran el azul del cielo.

Mientras tanto, Albine y Serge caminaban por medio de las praderas, con verdor hasta las rodillas. Les parecía que avanzaban por un agua fresca que les golpeaba las pantorrillas. Se encontraban por momentos atravesando auténticas corrientes, con un múltiple fluir de altos tallos inclinados cuya rápida huida oían entre sus piernas. Después, dormitaban lagos serenos, estanques de céspedes cortos, en los que apenas si se sumergían hasta más arriba de los tobillos. Jugaban, andando así, no ya a romperlo todo, como en la huerta, sino a demorarse, al contrario, con los pies amarrados por los dedos flexibles de las plantas, saboreando allí una pureza, una caricia de arroyo, que calmaba en ellos la brutalidad de la edad primera. Albine se apartó, fue a meterse al fondo de una hierba gigantesca que le llegaba a la barbilla. Sólo le asomaba la cabeza. Se mantuvo un instante muy tranquila, llamando a Serge.

—¡Anda, ven! Se está como en un baño. Tiene uno agua verde por todas partes.

Después, se escapó de un salto, sin siquiera esperarle, y siguieron el primer río que les cortó el camino. Era un agua plana, poco honda, que corría entre dos ribazos de berro silvestre. Discurría así blandamente, con desvíos demorados, tan limpia, tan clara, que reflejaba como un espejo el mínimo junco de sus orillas. Albine y Serge tuvieron, durante mucho tiempo, que seguir aguas abajo su corriente, que caminaba menos veloz que ellos, antes de encontrar un árbol cuya sombra se bañase en aquella oleada de pereza. Hasta tan lejos como les alcanzaba la mirada, veían el agua

desnuda, sobre el lecho de las hierbas, estirar sus miembros puros, dormirse a pleno sol con el sueño flexible, medio desanudado, de una culebra azul. Por fin, llegaron a un bosquecillo de tres sauces; dos tenían los pies metidos en el agua, el otro estaba un poco retranqueado; troncos fulminados, desmigados por la edad, a los que coronaban rubias cabelleras de niño. La sombra era tan clara que apenas si rayaba con ligeros trazos la orilla soleada. No obstante, el agua, tan lisa aguas arriba y aguas abajo, tenía allí un corto escalofrío, una turbación de su piel límpida, que atestiguaba su sorpresa de sentir aquella punta de velo arrastrar sobre ella. Entre los tres sauces, una esquina de prado bajaba por una pendiente imperceptible, metiendo amapolas hasta en las grietas de los viejos troncos reventados. Se hubiera dicho un entoldado de verdor, plantado en tres estacas, al borde del agua, en el desierto cimbreante de las hierbas.

—¡Es aquí! ¡Es aquí! —gritó Albine, deslizándose bajo los sauces.

Serge se sentó a su lado, con los pies casi en el agua. Miraba a su alrededor, murmuraba:

—Te lo conoces todo, te sabes los mejores sitios... Se diría una isla de diez pies cuadrados, encontrada en pleno mar.

—Sí, estamos en casa —prosiguió ella, tan alegre que empezó a dar golpes en las hierbas con el puño—. Es una casa nuestra... Vamos a hacerlo todo.

Después, como presa de una idea triunfante, se arrojó contra él y le espetó en pleno rostro, con una explosión de alegría:

—¿Quieres ser mi marido? Yo seré tu mujer.

Él quedó encantado con la invención; contestó que sí, que quería ser el marido, riéndose más alto que ella. Entonces ella, de repente, se puso seria; fingió un aire apresurado de ama de casa.

—Ya sabes —dijo—, soy yo la que manda... Almorzaremos cuando hayas puesto la mesa.

Y empezó a darle órdenes imperiosas. Él tuvo que apretujar todo lo que ella se fue sacando de los bolsillos en el hueco de un sauce, que ella llamaba «el armario». Los trapos eran la ropa blanca; el peine representaba el estuche de aseo; las agujas y la cuerda habían de servir para remendar la ropa de los exploradores. En cuanto a las provisiones de boca, consistían en la botellita de vino y las pocas cortezas de la víspera. A decir verdad, estaban también las cerillas para guisar el pez que tenían que pescar.

Según terminaba de poner la mesa, la botella en el medio, las tres cortezas alrededor, él aventuró la observación de que el festín sería escaso. Pero ella se encogía de hombros, como mujer superior. Se metió de patas en el agua diciendo severamente:

—Pesco yo. Tú me miras.

Durante media hora, hizo un esfuerzo infinito para atrapar pececillos con las manos. Se había remangado las faldas, anudadas con un trozo de cuerda. Avanzaba prudentemente, tomando precauciones infinitas con el fin de no remover el agua;

después, cuando estaba al lado del pececillo agazapado entre dos piedras, estiraba el brazo desnudo, hacía un chapoteo terrible y no sacaba más que un puñado de guijarros. Serge entonces se reía a carcajadas, cosa que la devolvía a la orilla, enfurruñada, gritándole que no se le permitía reírse.

—Pero —acabó diciendo él— ¿con qué vas a guisar el pez? No hay leña.

Aquello acabó de desanimarla. Por otro lado, el pez en cuestión tampoco le parecía gran cosa. Salió del agua, sin pensar en volver a ponerse las medias. Corría por la hierba, con las piernas desnudas, para secarse. Y recuperaba su risa, porque había hierbas que le hacían cosquillas bajo la planta de los pies.

—¡Oh! ¡Pimpinela! —dijo bruscamente, arrojándose de rodillas—. ¡Esto sí que está bueno! Nos vamos a dar un festín.

Serge tuvo que poner encima de la mesa un montón de pimpinela. Comieron la pimpinela con el pan. Albine afirmaba que era mejor que las avellanas. Servía como señora de la casa, cortaba el pan de Serge, al que nunca consintió en confiar su cuchillo.

—Yo soy la mujer —contestaba seriamente a todas las rebeliones que intentaba él.

Después, le hizo volver a llevar al «armario» las pocas gotas de vino que quedaban en el fondo de la botella. Incluso tuvo que barrer la hierba para que pudieran pasar del comedor al dormitorio. Albine se tumbó la primera, cuan larga era, diciendo:

—Ya entiendes, ahora vamos a dormir... Te tienes que acostar a mi lado, muy pegadito a mí.

Él se tendió tal como ella se lo ordenaba. Ambos se mantenían muy tiesos, tocándose desde los hombros hasta los pies, con las manos vacías, arrojadas hacia atrás, por encima de las cabezas. Eran sobre todo las manos lo que les estorbaba. Mantenían una solemnidad convencida. Miraban al aire, con sus ojos abiertos de par en par, diciendo que estaban dormidos y bien.

—¿Ves? —murmuraba Albine—, cuando se está casado, se está calentito... ¿No me sientes?

—Sí, eres como un edredón... Pero no tenemos que hablar, porque estamos durmiendo. Es mejor no hablar.

Permanecieron mucho tiempo silenciosos, siempre muy solemnes. Habían rodado las cabezas, alejándolas insensiblemente, como si les diera apuro el calor de su aliento. Después, en medio del gran silencio, Serge añadió estas únicas palabras:

—Yo te quiero mucho.

Era el amor antes del sexo, ese instinto de amar que deja clavados en el sitio a los hombrecillos de diez años al paso de las chiquillas con vestidos blancos. Alrededor de ellos, las praderas ampliamente abiertas los tranquilizaban del leve miedo que tenían uno del otro. Se sabían observados por todas las hierbas, vistos por el cielo cuyo azul los miraba a través del follaje menudo; y aquello no los molestaba. El

entoldado de los sauces, sobre sus cabezas, era un simple faldón de tela transparente, como si Albine hubiera colgado allí una punta de su vestido. La sombra seguía siendo tan clara que no les susurraba las languideces de los bosquecillos profundos, las solicitaciones de los hondones perdidos, de las alcobas verdes. Del extremo del horizonte les llegaba un aire libre, un viento de salud que traía la frescura de aquel mar de verdor en el que levantaba un oleaje de flores; mientras que, a sus pies, el río era una infancia más, un candor cuyo hilillo de voz fresca se les antojaba la voz lejana de algún compañero que reía. ¡Soledad feliz, toda llena de serenidad, cuya desnudez se desplegaba con un descaro adorable de ignorancia! Inmenso campo, en medio del cual el angosto césped que les servía de primer lecho adquiriría una inocencia de cuna.

—Ya está, se acabó —dijo Albine levantándose—. Ya hemos dormido.

Él quedó un poco sorprendido de que aquello se hubiera terminado tan deprisa. Estiró el brazo, le tiró de la falda, como para volver a traerla contra él. Y ella cayó de rodillas, riendo, repitiendo:

—¿Qué? ¿Qué?

Él no sabía. La miraba, le cogía los codos. Por un momento, la asió por los cabellos, lo cual la hizo gritar. Después, cuando ella estuvo nuevamente de pie, él hundió la cara en la hierba que había conservado la tibieza de su cuerpo.

—Ya está, se acabó —dijo levantándose a su vez.

Hasta el atardecer estuvieron corriendo las praderas. Iban derechos hacia el frente, para ver. Visitaban su jardín. Albine caminaba delante, con el olfato de un perro joven, sin decir nada, siempre en busca del claro feliz, aunque no hubiese allí los grandes árboles que soñaba. Serge hacía toda clase de galanterías torpes; se precipitaba con tanta rudeza para apartar las hierbas altas que por poco la hacía caer; la levantaba enlazándola por la cintura, con un abrazo que la magullaba, cuando quería ayudarla a saltar los arroyos. Su gran alegría fue el tropezarse con los otros tres ríos. El primero corría por un lecho de piedras, entre dos hileras continuas de sauces, hasta tal punto que tuvieron que dejarse deslizar a tuestas al pleno centro de las ramas, con el riesgo de caer en alguna gran poza; pero Serge, que rodó el primero, viendo que el agua solamente le llegaba hasta las rodillas, la llevó en volandas a la orilla opuesta para que no se mojara lo más mínimo. El otro río estaba todo negro de sombra, bajo una calle de follajes altos por la que pasaba languideciente, con el crujir ligero y las aristas blancas de una falda de raso arrastrada por alguna dama soñadora al fondo de un bosque; lámina profunda, helada, inquietante, que tuvieron la suerte de poder atravesar con ayuda de un tronco derribado de un borde al otro, avanzando a horcajadas, divirtiéndose en rizar con el pie el espejo de acero bruñido, y después apresurándose, asustados por los ojos extraños que las menores gotas que brotaban abrían en el dormir de la corriente. Y fue sobre todo el último río el que los retuvo. Aquél era jugueteón como ellos; se demoraba en ciertos recodos, partía de allí en risas perladas, por entre gruesas piedras, se calmaba al abrigo de un bosquecillo de

arbustos, sin aliento, vibrante aún; mostraba todos los humores del mundo, teniendo alternativamente por lecho arenas finas, lastras de roca, guijarros límpidos, tierras feraces, que los saltos de las ranas levantaban en pequeñas revolveras amarillas. Albine y Serge chapotearon en él de un modo adorable. Con los pies descalzos, remontaron el río para volver, prefiriendo el camino del agua al camino de las hierbas, demorándose en cada isla que les cortaba el paso. Desembarcaban en ella, conquistaban tierras salvajes, descansaban en medio de grandes juncos, de grandes cañas, que parecían construir adrede para ellos chozas de náufrago. Regreso encantador, divertido por los ríos que desplegaban su espectáculo, alegrado por el grato humor de las aguas vivas.

Pero, según abandonaban el río, Serge comprendió que Albine seguía buscando algo, a lo largo de las orillas, en las islas, hasta por entre las plantas que dormían al hilo de la corriente. Tuvo que ir a sacarla del medio de un manto de nenúfares, cuyas anchas hojas le ponían en las piernas golillas de marquesa. No le dijo nada, la amenazó con el dedo, y volvieron por fin, animadísimos del placer de la jornada, del brazo, como una joven pareja que vuelve de una escapada. Se miraban, se hallaban más guapos y más fuertes; reían, ciertamente, de otra manera que por la mañana.

XI

—¿**E**s que ya no vamos a salir más? —preguntó Serge, a algunos días de aquello.

Y, viéndola encogerse de hombros con aire desencantado, añadió, como para burlarse de ella:

—¿O sea, que has renunciado a buscar tu árbol?

Echaron aquello a broma durante todo el día. El árbol no existía. Era un cuento de viejas. No obstante, hablaban de él con un ligero escalofrío. Y al día siguiente, decidieron que irían a dar un paseo al fondo del parque, bajo los altos oquedales, que Serge aún no conocía. La mañana de la salida, Albine no quiso llevarse nada; estaba pensativa, incluso un poco triste, con una sonrisa muy dulce. Desayunaron, no bajaron hasta tarde. El sol, ya cálido, les daba una languidez, les había andar lentamente uno junto al otro, buscando los entramados de sombra. Ni el parterre, ni la huerta, que hubieron de atravesar, los retuvieron. Cuando llegaron bajo el frescor de las grandes umbrías, aminoraron aún más sus pasos, se adentraron en el recogimiento enternecido del bosque, sin una palabra, con un gran suspiro, como si experimentasen un alivio en escapar del pleno día. Después, cuando ya no hubo otra cosa que hojas a su alrededor, cuando ninguna brecha les mostró las lejanías soleadas del parque, se miraron, sonrientes, vagamente desazonados.

—¡Qué bien se está! —murmuró Serge.

Albine sacudió la cabeza, sin poder responder, de tan oprimida como tenía la garganta. No iban cogidos de la cintura, según era su costumbre. Con los brazos colgando, las manos abiertas, caminaban sin tocarse, con la cabeza un poco baja.

Pero Serge se detuvo, al ver lágrimas caer de las mejillas de Albine y anegarse en su sonrisa.

—¿Qué tienes? —gritó—. ¿Te duele algo? ¿Te has herido?

—No; estoy muy contenta, de verdad —dijo ella. No sé, es el olor de todos estos árboles lo que me hace llorar.

Lo miró, prosiguió:

—Tú también estás llorando. Ya ves que es agradable.

—Sí —murmuró él—, toda esta sombra le sorprende a uno. Se diría, ¿verdad?, que uno entra en algo tan extraordinariamente dulce que te hace daño... Pero me lo tendrías que decir si tienes algún motivo de tristeza. ¿No te habré contrariado yo, no estarás enfadada conmigo?

Ella juró que no. Era muy feliz.

—Entonces ¿por qué no te diviertes?... ¿Quieres que juguemos a correr?

—¡Oh! No, a correr no —contestó ella haciendo un mohín de chica mayor.

Y, como él le hablaba de otros juegos, de subirse a los árboles a coger nidos, de buscar fresas o violetas, acabó diciendo con alguna impaciencia:

—Somos demasiado mayores. Es tonto estar jugando siempre. ¿Acaso no te gusta mas ir andando así a mi lado, muy tranquilo?

Caminaba, en efecto, de una manera tan grata, que él disfrutaba el más hermoso placer del mundo en oír el leve chasquido de sus botines sobre la tierra compacta de la calle. Nunca había prestado atención al contoneo de su cintura, a la estela viva de su falda, que la seguía con un siseo de culebra. Era un gozo que él no agotaría nunca, el verla así irse pausadamente al lado de él, tantos encantos nuevos descubría en la mínima flexibilidad de sus miembros.

—Tienes razón —grito—. Es más divertido que nada, le acompañaría al fin de la Tierra, si quisieras.

Sin embargo, a unos cuantos pasos de allí, la interrogó para saber si no iba cansada. Después, dio a entender que él también descansaría de buena gana.

—Podríamos sentarnos —balbuceó.

—No —contestó ella—, ¡no quiero!

Fíjate, nos tumaríamos como el otro día en medio de los prados. Estaríamos calentitos, estaríamos a gusto.

—¡No quiero! ¡No quiero!

Se había apartado de un salto, con el espanto de aquellos brazos de hombre que se tendían hacia ella. Él la llamó tontorrón, quiso atraparla. Pero, según la tocaba apenas con la punta de los dedos, ella lanzó un grito, tan desesperado que él se detuvo, todo tembloroso.

—¿Te he hecho daño?

Ella no contestó inmediatamente, extrañada ella también de su propio grito, sonriendo ya de su susto.

—No, déjame, no me atormentes... ¿Qué íbamos a hacer una vez sentados? Prefiero andar.

Y añadió, con un aire solemne que fingía bromear:

—Ya sabes que estoy buscando mi árbol.

Entonces él se echó a reír, ofreciendo buscar con ella. Se hacía muy suave para no asustarla más: porque veía que aún estaba estremecida, aunque hubiese reanudado su lento caminar, al lado de él. Estaba prohibido eso que iban a hacer, no les traería nada bueno; y él se sentía conmovido, igual que ella, por un delicioso terror, que lo sacudía con un sobresalto a cada suspiro lejano del bosque. El olor de los árboles, la luz verdosa que caía de las altas ramas, el silencio susurrante de los matorrales, los llenaban de una angustia, como si fueran, a la vuelta del primer sendero, a ingresar en una felicidad temible.

Y, durante horas, caminaron a través de los árboles. Conservaban su actitud de paseo; intercambiaban apenas algunas palabras, no separándose ni un minuto, siguiéndose uno al otro al fondo de los hondones de verdor más negros. Primero, entraron en los bosquecillos cuyos jóvenes troncos no tenían ni el grosor de un brazo de niño. Tenían que apartarlos, abrirse un camino por entre los brotes tiernos que les

tapaban los ojos con el encaje volandero de sus hojas. Detrás de ellos, su estela se borraba, el sendero, abierto, se volvía a cerrar; y avanzaban al azar, perdidos, burlados, sin dejar de su paso otra cosa que el balanceo de las altas ramas. Albine, cansada de no ver a tres pasos, fue feliz cuando pudo saltar fuera de aquel matorral enorme cuyo extremo buscaban desde hacía mucho rato. Estaban en medio de un claro de caminillos; por todos lados, entre setos vivos, se distribuían calles estrechas, que giraban sobre sí mismas, se cortaban, se retorcían, se estiraban de modo caprichoso. Se empinaban para mirar por encima de los setos; pero no sentían ninguna premura penosa, de buena gana se habrían quedado allí, remoloneando en desvíos continuos, saboreando el gozo de caminar siempre sin llegar nunca, si no hubieran tenido ante ellos la línea orgullosa de los altos oquedales. Entraron por fin bajo los oquedales, religiosamente, con una pizca de terror sagrado, igual que se entra bajo la bóveda de una iglesia. Los troncos rectos, blanqueados de líquenes, de un gris macilento de piedra vieja, subían desmesuradamente, alineaban hasta el infinito perspectivas de columnas. A lo lejos, se excavaban naves principales, con sus naves laterales más ahogadas; unas naves extrañamente atrevidas, sostenidas por pilares muy delgados, dentadas, historiadas, de labor tan fina que dejaban penetrar por todas partes el azul del cielo. Caía un silencio religioso de aquellas gigantescas ojivas; una desnudez austera le daba al suelo el desgaste de las losas, lo endurecía, sin una hierba, sembrado solamente por el polvo tostado de las hojas muertas. Y ellos escuchaban la sonoridad de sus pasos, penetrados de la grandiosa soledad de aquel templo.

Era allí ciertamente donde había de encontrarse ese árbol tan buscado, cuya sombra procuraba la dicha perfecta. Lo sentían cercano, en el hechizo que se derramaba en ellos, con la media luz de las altas bóvedas. Los árboles se les antojaban seres de bondad, llenos de fortaleza, llenos de silencio, llenos de inmovilidad feliz. Los miraban uno a uno, los amaban a todos, esperaban de su soberana serenidad alguna revelación que les hiciera crecer como ellos, en la alegría de una vida pujante. Los arces, los fresnos, los carpes y los cornejos eran un pueblo de colosos, una muchedumbre de orgullosa dulzura, unos a modo de personajes heroicos que vivían de paz, cuando la caída de uno sólo de entre ellos habría bastado para herir y matar todo un rincón del bosque. Los olmos tenían cuerpos enormes, miembros hinchados, rebosantes de savia, apenas ocultos por los ramilletes ligeros de sus hojitas. Los abedules y los alisos, con sus blancuras de muchacha, arqueaban cinturas finas, abandonaban al viento cabelleras de grandes diosas, ya metamorfizadas a medias en árboles. Los plátanos alzaban torsos regulares, cuya piel lisa, tatuada de rojo, parecía dejar caer placas de pintura desconchada. Los alerces, igual que una bárbara cuadrilla, bajaban una pendiente, envueltos en sus sayones de verdor entretejido, perfumados con un bálsamo hecho de resina y de incienso. Y los robles eran reyes, los robles inmensos, recogidos sin ambages sobre su vientre fornido, extendiendo brazos dominadores que ocupaban todo el sitio al sol; árboles

titanes, fulminados, arqueados en poses de luchadores invictos, cuyos miembros esparcidos plantaban, ellos solos, un bosque entero.

¿No sería uno de aquellos robles gigantescos? ¿O bien uno de aquellos hermosos plátanos, uno de aquellos abedules blancos como mujeres, uno de aquellos olmos cuyos músculos crujían? Albine y Serge seguían adentrándose, ya sin saber, anegados en medio de aquella multitud. Por un instante, creyeron haberlo encontrado: estaban en medio de una haza de nogales, en una sombra tan fría que les hacía tiritar. Más allá, tuvieron otra emoción, al entrar en un bosquecillo de castaños, todo verde de musgo, con extrañas prolongaciones de ramas extrañas, lo bastante amplias como para construir en ellas pueblos colgantes. Más allá aún, Albine descubrió un claro, al que corrieron ambos, jadeantes. En el centro de una alfombra de hierba fina, un algarrobo ponía como un derrame de verdor, una babel de follajes, cuyas ruinas se cubrían de una vegetación extraordinaria. Quedaban piedras atrapadas en la madera, arrancadas del suelo por la marea ascendente de la savia. Las ramas altas se encorvaban, iban a arraigar a lo lejos, rodeaban el tronco de arcos profundos, de una población de nuevos troncos, sin cesar multiplicados. Y sobre la corteza, reventada entera por desgarrones sangrantes, maduraban vainas. El propio fruto de aquel monstruo era un esfuerzo que le taladraba la piel. Dieron lentamente la vuelta, entraron bajo las ramas desplegadas, donde se cruzaban las calles de una ciudad, registraron con la mirada las hendiduras abiertas de las raíces desnudadas. Después, se fueron, no habiendo sentido allí la felicidad sobrehumana que buscaban.

—¿Dónde estamos? —preguntó Serge.

Albine lo ignoraba. Nunca había venido por este lado del parque. Se encontraban a la sazón en un bosquecillo de cíttis y de acacias, cuyos racimos chorreaban un olor muy dulce, casi azucarado.

—Nos hemos perdido —murmuró ella con una risa—. Claro que sí, no conozco estos árboles.

—Pero —prosiguió él— el jardín acabará en algún sitio. Tú conoces el final del jardín, ¿no?

Ella hizo un gesto amplio.

—No —dijo.

Permanecieron mudos, sin haber tenido aún hasta entonces una sensación tan feliz de la inmensidad del parque. Les encantaba estar solos, en medio de una extensión tan grande que ellos mismos habían de renunciar a conocer sus lindes.

—¡Bien! Nos hemos perdido —repitió Serge alegremente—. Es mejor cuando uno no sabe dónde va.

Se acercó, humildemente.

—¿No tienes miedo?

—¡Oh! No. No estamos más que tú y yo en el jardín... ¿De quién quieres que tenga miedo? Las tapias son demasiado altas. Nosotros no las vemos, pero nos guardan, ¿comprendes?

Él estaba junto a ella. Murmuró:

—Hace un rato tuviste miedo de mí.

Pero ella lo miraba de frente, serena, sin un parpadeo.

—Me hacías daño —contestó—. Ahora pareces muy bueno. ¿Por qué iba a tenerte miedo?

—Entonces, me permitirás que te tome así. Volveremos bajo los árboles.

—Sí. Puedes abrazarme, me complaces. Y caminemos despacio, ¿quieres?, para no volver a encontrar el camino demasiado pronto.

Él le había echado un brazo a la cintura. Fue así como volvieron bajo los altos oquedales, en donde la majestad de las bóvedas volvió a demorar su paseo de niños grandes que despertaban al amor. Ella se dijo un poco fatigada y apoyó la cabeza contra el hombro de Serge. Ni el uno ni la otra, no obstante, dijeron una palabra de sentarse. Ni se les pasaba por la cabeza, eso los hubiera perturbado. ¿Qué gozo podía procurarles un descanso en la hierba, comparado con el gozo que saboreaban en seguir caminando, uno al lado del otro? El árbol legendario estaba olvidado. Ya no buscaban otra cosa que acercar sus rostros para sonreírse de más cerca. Y eran los árboles, los arces, los olmos, los robles, quienes les susurraban sus primeras palabras tiernas, en su sombra clara.

—¡Te quiero! —decía Serge con una voz ligera que levantaba los pelillos dorados de las sienes de Albine.

Quería encontrar otra palabra, y repetía:

—¡Te quiero! ¡Te quiero!

Albine escuchaba con una hermosa sonrisa. Se aprendía aquella música.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! —suspiraba ella de modo más delicioso, con su voz perlada de muchacha.

Después, alzando sus ojos azules, en los que iba creciendo un alba de luz, preguntó:

—¿Cómo me quieres?

Entonces, Serge se recogió. Los oquedales tenían una suavidad solemne, las naves profundas conservaban el escalofrío de los pasos apagados de la pareja.

—Te quiero más que a nada —contestó—. Eres más hermosa que todo lo que veo por la mañana al abrir mi ventana. Cuando te miro, tú me bastas. Quisiera no tenerte nada más que a ti, y sería muy feliz.

Ella bajaba los párpados, rodaba la cabeza como acunada.

—Te quiero —continuó él—. No te conozco, no sé quién eres, no sé de dónde vienes; no eres ni mi madre, ni mi hermana; y te quiero, como para darte todo mi corazón, como para no dejar nada de él para el resto del mundo... Escucha, amo tus mejillas sedosas como raso, amo tu boca que tiene un olor de rosa, amo tus ojos en los que me veo con mi amor, amo hasta tus pestañas, hasta esas venillas que azulean la palidez de tus sienes... Todo esto es para decirte que te quiero, que te quiero, Albine.

—Sí, te quiero —prosiguió ella—. Tienes una barba muy fina que no me hace daño cuando apoyo la frente en tu cuello. Eres fuerte, eres alto, eres hermoso. Te quiero, Serge.

Por un momento, callaron, arrebatados. Les parecía que les precedía un canto de flauta, que sus palabras les llegaban de una orquesta suave que no veían. Ya sólo seguían andando a pasitos muy cortos, inclinados uno hacia el otro, dando vueltas sin fin entre los troncos gigantes. A lo lejos, a lo largo de las columnatas, había rasgones de sol poniente, iguales a un desfile de muchachas con vestido blanco, que entrasen en la iglesia, para un compromiso matrimonial, bajo el sordo retumbar del órgano.

—¿Y por qué me quieres? —preguntó de nuevo Albine.

Él sonrió, inicialmente no contestó. Después dijo:

—Te quiero porque has venido. Eso lo dice todo... Ahora estamos juntos, nos queremos. Me parece que ya no viviría más si no te quisiera. Tú eres mi aliento.

Bajó la voz, hablando desde el ensueño.

—Estas cosas uno no las sabe inmediatamente. Crecen dentro de ti con tu corazón. Hay que crecer, hay que ser fuerte... ¿Te acuerdas de cómo nos amábamos? Pero no nos lo decíamos. De niño es uno tonto. Después, un buen día, estas cosas se vuelven demasiado claras, se te escapan... Y, mira, no tenemos nada más que hacer; nos amamos porque nuestra vida es amarnos.

Albine, con la cabeza volcada, los párpados completamente cerrados, retenía el aliento. Saboreaba el silencio, aún cálido de aquella caricia de palabras.

—¿Me quieres? ¿Me quieres? —balbuceó, sin abrir los ojos.

Él permaneció mudo, sufriendo mucho, sin encontrar nada más que decir para mostrarle que la amaba. Paseaba lentamente la mirada sobre su rostro rosa, que se abandonaba como dormido; los párpados tenían una delicadeza de seda viva; la boca formaba un pliegue adorable, húmedo de una sonrisa; la frente era una pureza, anegada por una línea dorada en la raíz del pelo. Y él hubiera querido entregar todo su ser en la palabra que sentía en sus labios sin poder pronunciarla. Entonces, se inclinó una vez más, pareció buscar en qué lugar exquisito de aquel rostro posaría la palabra suprema. Después, no dijo nada, tan sólo exhaló un pequeño hálito. Besó los labios de Albine.

—¡Albine, te quiero!

—¡Te quiero, Serge!

Y se detuvieron, estremecidos por aquel primer beso. Ella había abierto mucho los ojos. Él permanecía con la boca ligeramente adelantada. Ambos, sin sonrojarse, se miraban. Algo poderoso, soberano, los invadía; era como un encuentro largo tiempo esperado, en el que se veían crecidos, hechos el uno para el otro, vinculados para siempre. Se extrañaron un instante, alzaron la mirada hacia la bóveda religiosa de las frondas, parecieron interrogar al pueblo apacible de los árboles, para reencontrar el eco de su beso. Pero, frente a la complacencia serena del oquedal, experimentaron un

gozo de enamorados impunes, un gozo prolongado, sonoro, lleno de la eclosión charlatana de su ternura.

—¡Ah! Cuéntame los días en que me has amado. Dímelo todo... ¿Me amabas cuando dormías sobre mi mano? ¿Me amabas la vez que me caí del cerezo y tú estabas abajo, tan pálido, con los brazos extendidos? ¿Me amabas en medio de las praderas, cuando me cogías de la cintura para ayudarme a saltar los arroyos?

—Cállate, déjame decir. Siempre te he amado... Y tú, ¿me amabas? ¿Me amabas?

Hasta la noche, vivieron de aquella palabra amar que, sin cesar, se repetía con una dulzura nueva. La buscaban, la traían a sus frases, la pronunciaban sin venir a cuento, por el solo gozo de pronunciarla. A Serge no le pasó por la cabeza poner un segundo beso en los labios de Albine. A su ignorancia le bastaba con conservar el aroma del primero. Habían vuelto a encontrar el camino, sin haberse cuidado ni por lo más remoto de los senderos. Según salían del bosque, había caído el crepúsculo, se alzaba la luna, amarilla, entre los verdores negros. Y fue un regreso adorable, en medio del parque, con aquel astro discreto que los miraba por todos los huecos de los grandes árboles. Albine decía que la luna les iba siguiendo. La noche era muy suave, cálida de estrellas. A lo lejos, los oquedales tenían un gran murmullo, que Serge escuchaba, pensando: «Están hablando de nosotros».

Cuando atravesaron el parterre, caminaron en un perfume extraordinariamente dulce, ese perfume que tienen las flores por la noche, más lánguido, más acariciador, que es como la respiración misma de su sueño.

—Buenas noches, Serge.

—Buenas noches, Albine.

Se habían cogido de las manos en el rellano del primer piso, sin entrar en la habitación en la que acostumbraban a desearse las buenas noches. No se abrazaron. Cuando estuvo solo, sentado en el borde de su cama, Serge escuchó con morosa complacencia a Albine que se acostaba, arriba, por encima de su cabeza. Sentía la fatiga de una felicidad que le adormecía los miembros.

XII

PERO los días siguientes, Albine y Serge estuvieron incómodos uno ante el otro. Evitaron hacer alusión ninguna a su paseo bajo los árboles. No habían intercambiado un beso, no se habían dicho que se amaban. En absoluto era vergüenza alguna lo que les impedía hablar, sino un temor, un miedo de estropear su gozo. Y, cuando ya no estaban juntos, tan sólo vivían de aquel grato recuerdo; se sumían en él, revivían las horas que habían pasado, los brazos en la cintura, acariciándose uno al otro el rostro con su aliento. Aquello había acabado por darles una fiebre alta. Se miraban, ojerosos, muy tristes, hablando de cosas que no les interesaban. Después, tras largos silencios, Serge preguntaba a Albine con voz preocupada:

—¿Estás enferma?

Pero ella sacudía la cabeza, respondía:

—No, no. Eres tú el que no está bien. Te arden las manos.

El parque les causaba una sorda desazón que no se explicaban. Había un peligro en el recodo de cualquier sendero, que les acechaba, que los agarraría de la nuca para derribarlos al suelo y hacerles daño. Nunca abrían la boca sobre estas cosas; pero, en ciertas miradas cobardes, se confesaban aquella angustia que les devolvía su condición de seres singulares, como enemigos. No obstante, una mañana, Albine aventuró, tras una larga vacilación:

—Haces mal en estar siempre encerrado. Volverás a caer enfermo.

Serge soltó una risa púdica.

—¡Bah! —murmuró—, hemos ido por todas partes, conocemos todo el jardín.

Ella dijo que no con la cabeza; después, repitió muy bajo:

—No, no... No conocemos las rocas, no hemos ido a los manantiales. Allí era donde me calentaba en invierno. Hay rincones en donde las propias piedras parecen estar vivas.

Al día siguiente, sin haber añadido una palabra, salieron. Subieron a la izquierda, por detrás de la gruta en la que dormía la mujer de mármol. Según asentaban el pie en las primeras piedras, Serge dijo:

—Esto nos tenía inquietos. Hay que ver por todas partes. Quizá después estaremos tranquilos.

El día era sofocante, de un calor bochornoso de tormenta. No se habían atrevido a cogerse de la cintura. Caminaban uno detrás del otro, ardientes de sol. Ella aprovechó un ensanche del sendero para dejarlo pasar delante; porque la desazonaba su aliento, sufría por sentirlo a su espalda, tan cerca de sus faldas. Alrededor de ellos, se elevaban las rocas en anchos estratos; rampas suaves escalonaban campos de inmensas lastras, erizadas de ruda vegetación. Encontraron primero genistas de oro, mantos de tomillo, mantos de salvia, mantos de lavanda, todas las plantas balsámicas, y los ásperos enebros, y los romeros amargos, de un olor tan fuerte que los atontaba. A ambos lados del camino, unos acebos, por momentos, formaban setos que parecían

delicadas labores de cerrajería, rejas de bronce negro, de hierro forjado, de cobre pulido, muy complicadas de ornamentos, muy floridas de rosetones espinosos. Después, hubieron de atravesar un bosque de pinos para llegar a las fuentes; la sombra flaca les pesaba en los hombros como plomo; la tamuja seca crujía en el suelo, bajo sus pies, con un ligero polvillo de resina que terminaba de abrasarles los labios.

—Tu jardín no se anda con bromas por aquí —dijo Serge volviéndose hacia Albine.

Sonrieron. Estaban al borde de las fuentes. Aquellas aguas claras fueron un consuelo para ellos. No obstante, no se ocultaban debajo de verdores, como las fuentes de las llanuras, que plantan a su alrededor densos follajes, con el fin de dormir perezosamente a la sombra. Brotaban a pleno sol, en un agujero de la roca, sin una brizna de hierba que verdease su agua azul. Parecían de plata, todas empapadas de la gran luz. Al fondo de ellas, estaba el sol sobre la arena, en un polvillo de claridad viva que respiraba. Y, desde el primer remanso, echaban a andar, extendían brazos de una blancura sin mácula; rebotaban, iguales a desnudeces juguetonas de niño; caían bruscamente en un salto cuya blanda curva parecía volcar un torso de mujer, de carne rubia.

—Mete las manos —gritó Albine—. En el fondo, el agua está helada.

En efecto, pudieron refrescarse las manos. Se arrojaron agua al rostro; permanecieron allí, en el vaho de lluvia que subía de las superficies rutilantes. El sol estaba como mojado.

—¡Anda, mira! —gritó de nuevo Albine—: allí se ve el parterre, allí las praderas, allí el bosque.

Durante un momento, miraron el Paradou desplegado a sus pies.

—Y ya ves —continuó ella—, no se distingue ni el mínimo asomo de tapia. Toda la región es nuestra, hasta el borde del cielo.

Se habían, por fin, cogido de la cintura, sin darse cuenta, con un gesto tranquilizado y lleno de confianza. Los manantiales calmaban su fiebre. Pero, según se alejaban, Albine pareció ceder a un recuerdo; atrajo a Serge, diciendo:

—Allí, en la parte baja de las rocas, vi la tapia una vez. Hace mucho.

—Pero si no se ve nada —murmuró Serge, ligeramente pálido.

—Sí, sí... Debe de estar detrás de la avenida de los castaños, detrás de esas malezas.

Después, sintiendo el brazo de Serge que la estrechaba más nerviosamente, añadió:

—Igual estoy confundida... Sin embargo, recuerdo que me la encontré de repente delante de mí, al salir de la calle. Me cerraba el camino, tan alta que me dio miedo... Y, a unos pasos de allí, me quedé muy sorprendida. Estaba reventada, tenía un boquete enorme, por el que se veía toda la región de al lado.

Serge la miró, con una súplica inquieta en los ojos. Ella se encogió de hombros para tranquilizarlo.

—¡Oh! ¡Pero el boquete lo tapé yo! Nada, ya te lo he dicho, estamos solos, seguro... Lo tapé inmediatamente. Llevaba el cuchillo. Corté unas zarzas, rodé unas piedras gruesas. Desafío a pasar a un gorrión... Si quieres, iremos a ver uno de estos días. Así te tranquilizarás.

Él dijo que no con la cabeza. Después, echaron a andar, cogidos de la cintura; pero se habían vuelto a poner ansiosos. Serge dejaba caer miradas de soslayo sobre el rostro de Albine, que sufría, con los párpados palpitantes, por ser mirada así. Ambos habrían querido volver a bajar, evitarse el malestar de un paseo más largo. Y, a su pesar, como cediendo a una fuerza que los empujaba, rodearon un peñasco y llegaron a una meseta, en donde los esperaba de nuevo la embriaguez del pleno sol. Ya no era la feliz languidez de las plantas aromáticas, el almizcle del tomillo, el incienso de la lavanda. Aplastaban hierbas apestosas: la absenta, de una embriaguez amarga; la ruda, de olor de carne fétida; la valeriana, ardiente, empapada entera de su trasudor afrodisiaco. De las mandrágoras, de las cicutas, de los eléboros, de las belladonas, subía un vértigo hasta sus sienes, un atontamiento que les hacía tambalearse uno en brazos del otro, con el corazón en la boca.

—¿Quieres que te lleve a cuestras? —preguntó Serge a Albine, sintiéndola abandonarse contra él.

La estrechaba ya entre sus dos brazos. Pero ella se soltó, respirando afanosamente.

—No, me ahogas —dijo—. Deja. No sé qué me pasa. La tierra se me mueve bajo los pies... ¿Ves?, es aquí donde me duele.

Le tomó una mano que colocó sobre su pecho. Entonces, él se puso todo blanco. Él estaba más desfallecido que ella. Y los dos tenían lágrimas en el borde de los ojos, por verse así, sin hallar remedio a su gran desdicha. ¿Iban acaso a morir allí, de aquel mal desconocido?

—Ven a la sombra, ven a sentarte —dijo Serge—. Son estas plantas las que nos matan, con sus olores.

La condujo por la punta de los dedos, porque ella se sobresaltaba con sólo que le tocara la muñeca. El bosque de árboles verdes en el que Albine se sentó estaba compuesto por un hermoso cedro, que extendía a más de diez metros los tejados planos de sus ramas. Después, hacia atrás, crecían las especies extrañas de las coníferas; los cipreses de follaje blando y plano, como un guipur grueso; los abetos, rectos y graves, iguales a antiguas piedras sagradas, negras aún de la sangre de las víctimas; los tejos, cuyos oscuros ropajes tenían fimbrias de plata; todas las plantas de hoja perenne, de una vegetación fornida, con verdor oscuro de cuero acharolado, salpicado de amarillo y de rojo, tan potente que el sol se deslizaba sobre él sin ablandarlo. Resultaba extraña sobre todo una araucaria, con sus grandes brazos regulares, que se parecían a una arquitectura de reptiles, ensamblados unos encima de

otros, erizando sus hojas imbricadas como escamas de serpientes iracundas. Allí, bajo aquellas umbrías bochornosas, el calor tenía un dormir voluptuoso. El aire sesteaba, sin un soplo, en un trasudor de alcoba. De las maderas aromáticas se exhalaba un perfume de amor oriental, el perfume de los labios pintados de la Sunamita.

—¿No te sientas? —dijo Albine.

Y se apartaba un poco, para hacerle sitio. Pero él retrocedió, se mantuvo de pie. Después, como ella le invitaba de nuevo, se dejó caer sobre las rodillas, a unos pasos. Murmuraba:

—No, yo tengo más fiebre que tú, te abrasaría... Escucha, si no me diera miedo hacerte daño, te tomaría en mis brazos, tan fuerte, tan fuerte, que ya no sentiríamos más nuestros sufrimientos.

Se arrastró sobre las rodillas, se acercó un poco.

—¡Oh! Tenerte en mis brazos, tenerte dentro de mi carne... No pienso más que en eso. Por las noches, me despierto, estrechando el vacío, estrechando tu sueño. Quisiera no tomarte al principio más que por la punta del dedo meñique; después, te tendría toda entera, lentamente, hasta que no quedase nada de ti, hasta que te hubieras hecho mía, de los pies a la última de tus pestañas. Te tendría conmigo siempre. Ha de ser un bien delicioso, el poseer así aquello que uno ama. Mi corazón se fundiría en tu corazón.

Se acercó más. Habría tocado el borde de sus faldas de haber estirado las manos.

—Pero, no sé, me siento lejos de ti... Hay alguna pared entre nosotros que mis puños cerrados no podrían derribar. Sin embargo, hoy soy fuerte; podría enlazarte con mis brazos, echárte al hombro, llevárte como una cosa mía. Y no es eso. No te tendría lo bastante. Cuando te toman mis manos, no empuñan más que una pizca de tu ser... ¿Dónde estás, entera, para que vaya a buscarte?

Había caído sobre los codos, prosternado, en una actitud aplastada de adoración. Puso un beso en el borde de la falda de Albine. Entonces, como si hubiera recibido ese beso sobre la piel, ella se levantó muy derecha. Se llevaba las manos a las sienes, enloquecida, balbuciente.

—No, te lo suplico, sigamos andando.

No huía. Se dejaba seguir por Serge, lentamente, desesperadamente, con los pies tropezando contra las raíces, la cabeza siempre entre las manos, para sofocar el clamor que subía dentro de ella. Y, cuando salieron del bosquecillo, dieron unos pasos sobre unas gradillas de roca en las que se acuclillaba todo un pueblo ardiente de plantas carnosas. Era un reptar, un brotar de animales sin nombre atisbados en una pesadilla, de monstruos que tenían algo de araña, de oruga, de cochinilla, extraordinariamente crecidos, de piel desnuda y glauca, de piel erizada de pelusillas inmundas, que arrastraban miembros lisiados, piernas abortadas, brazos partidos; unos hinchados como vientres obscenos, otros con espinazos engrosados por un pulular de gibas, otros desgachados, hechos jirones, como esqueletos con las bisagras rotas. Las mammillarias amontonaban pústulas vivas, un hormigueo de

tortugas verdosas, terriblemente barbudas de largas crines más duras que puntas de acero. Los cactus estrellados, que mostraban más piel, parecían nidos de jóvenes víboras anudadas. Los equinópsidos no eran más que una joroba, una excrescencia de pelo rojo, que traía a la mente algún insecto gigante enrollado en bola. Los nopales alzaban en árboles sus hojas carnosas, empolvadas de agujas enrojecidas, iguales a enjambres de abejas microscópicas, a bolsas llenas de parásitos y cuyas redecillas reventaban. Los gasteria estiraban patas de grandes arañas segador puestas boca arriba, de miembros negruzcos, punteados, estriados, adamascados. Los cactus columnares plantaban vegetaciones vergonzantes, enormes políperos, enfermedades de aquella tierra demasiado cálida, lujurias de una savia envenenada. Pero sobre todo los aloes esponjaban en masa sus corazones de plantas desmayadas; los había de todos los verdes, tiernos, pujantes, amarillentos, grisáceos, pardos salpicados de óxido, verdes oscuro ribeteados de oro pálido; los había de todas las formas, de hojas anchas recortadas como corazones, de hojas finas parecidas a puñales, las unas dentadas de espinas, las otras finamente orladas; enormes que llevaban apartado el alto bastón de sus flores, de donde colgaban collares de coral rosa; pequeños crecidos en montón en un solo tallo, tal que floraciones carnosas, que disparaban desde todas partes ágiles lenguas de culebra.

—Volvamos a la sombra —imploró Serge—. Tú te sentarás como antes, y yo me pondré de rodillas y te hablaré.

Llovían anchas gotas de sol. En aquel lugar, el astro triunfaba, tomaba a la tierra desnuda, la estrechaba contra la ardentía de su pecho. En la modorra del calor, Albine se tambaleó, se volvió hacia Serge.

—Tómame —dijo con voz muriente.

No bien se tocaron, se desplomaron, los labios en los labios, sin un grito. Les parecía que seguían cayendo, como si la roca se hubiese hundido debajo de ellos, indefinidamente. Sus manos errantes buscaban por el rostro, por la nuca, bajaban por la ropa. Pero era un acercamiento tan lleno de angustia que se volvieron a levantar casi inmediatamente, exasperados, sin poder ir más allá en la satisfacción de sus deseos. Y huyeron, cada uno por un sendero diferente. Serge corrió hasta el pabellón, se arrojó sobre su cama, con la cabeza en llamas, el corazón desesperado. Albine no regresó hasta la noche, tras haber llorado todas sus lágrimas en un rincón del jardín. Por primera vez, no volvían juntos, fatigados del gozo de los largos paseos. Durante tres días, no quisieron nada uno con el otro. Eran horriblemente infelices.

XIII

No obstante, a aquella hora, el parque entero era suyo. Habían tomado posesión de él, soberanamente. Ni un solo rincón de tierra que no les perteneciese. Para ellos florecía el bosque de rosas, para ellos tenía el parterre olores dulces, lánguidos, cuyas vaharadas los arrullaban, de noche, por sus ventanas abiertas. La huerta los alimentaba, llenaba de frutos las faldas de Albine, los refrescaba con la sombra almizclada de sus ramas, bajo las cuales era tan grato almorzar, tras la salida del sol. En las praderas, tenían las hierbas y las aguas: las hierbas que ensanchaban indefinidamente su reino, desplegando sin cesar ante ellos alfombras de seda; las aguas que eran el mejor de sus gozos, su gran pureza, su gran inocencia, el chorrear de frescor en el que gustaban de sumergir su juventud. Poseían el bosque, desde los robles enormes que no habrían podido abrazar diez hombres, hasta los delgados abedules que un niño habría partido con un solo esfuerzo; el bosque con todos sus árboles, toda su sombra, sus avenidas, sus claros, sus hondones de verdor, desconocidos hasta de los pájaros; el bosque del que disponían a su antojo, como de una carpa gigante, para guarecer en él, a la hora de mediodía, su ternura nacida aquel mismo amanecer. Reinaban por todas partes, incluso sobre las rocas, sobre los manantiales, sobre aquel suelo terrible, de plantas monstruosas, que se había estremecido bajo el peso de sus cuerpos, y que les gustaba, más que los otros lechos muelles del jardín, por el extraño escalofrío que en él habían saboreado. Así, ahora, enfrente, a la izquierda, a la derecha, eran ellos los amos, habían conquistado sus dominios, caminaban por medio de una naturaleza amiga, que los conocía, saludándolos con una risa al paso, ofreciéndose a sus placeres, como sierva sumisa. Y gozaban además del cielo, del ancho lienzo azul desplegado por encima de sus cabezas; las tapias no lo encerraban, pero era propiedad de sus ojos, entraba en su felicidad de vivir, el día con su sol triunfante, la noche con su cálida lluvia de estrellas. Los hechizaba en todos los minutos de la jornada, cambiante como una carne viva, más blanco por la mañana que una muchacha a su despertar, dorado a mediodía con un deseo de fecundidad, privado al atardecer, en la fatiga feliz de sus amores. Nunca tenía el mismo rostro. Todas las noches, sobre todo, los maravillaba, a la hora de la despedida. El sol que se escurría por el horizonte siempre encontraba una sonrisa nueva. A veces, se iba, en medio de una paz serena, sin una nube, anegado poco a poco en un baño de oro. Otras veces, estallaba en rayos de púrpura, reventaba su túnica de vapor, se escapaba en marejadas de llamas que tupían el cielo con colas de cometas gigantes, cuyas cabelleras incendiaban las copas de los altos oquedales. Después, eran, sobre playas de arena roja, sobre bancos tendidos de coral rosa, un poniente de astro enternecido, que exhalaba sus rayos uno a uno; o aún un poniente discreto, detrás de alguna gruesa nube, drapeado como una cortina de alcoba de seda gris, que tan sólo mostraba un arbol de lamparilla, al fondo de la creciente sombra; o aún un poniente apasionado, blancuras derribadas, poco a poco sangrantes

bajo el disco de ascuas que las mordía, que acababan por rodar con él detrás del horizonte, en medio de un caos de miembros retorcidos que se venía abajo envuelto en luz.

Las plantas eran las únicas que no habían efectuado su sumisión. Albine y Serge caminaban regiamente por entre la muchedumbre de los animales que les rendían pleitesía. Cuando atravesaban el parterre, se alzaban vuelos de mariposas para el placer de sus ojos, y los abanicaban con sus alas batientes, los seguían como el escalofrío vivo del sol, como flores echadas a volar que sacudían su perfume. En la huerta, se encontraban, en lo alto de los árboles, con los pájaros glotones; los gorriones, los pinzones, las oropéndolas, los pardillos, les indicaban los frutos más maduros, llenos de cicatrices de sus picotazos; y había allí un alboroto de colegiales en el recreo, una alegría turbulenta de rapiña, descaradas bandadas de pájaros que venían a robar cerezas a sus pies, mientras ellos almorzaban a horcajadas sobre las ramas. Albine se divertía más aún en las praderas, cogiendo las ranitas verdes acuclilladas a lo largo de los tallos de junco, con sus ojos de oro, su suavidad de animales contemplativos; mientras que, con ayuda de una paja seca, Serge hacía salir a los grillos de sus agujeros, les hacía cosquillas en el vientre a las cigarras para que empezaran a cantar, recogía insectos azules, insectos rosas, insectos amarillos, que luego paseaba por sus mangas, iguales a botones de zafiro, de rubí y de topacio; después, allí estaba la vida misteriosa de los ríos, los peces de lomo oscuro que se deslizaban por lo difuso del agua, las anguilas adivinadas en la ligera turbación de las hierbas, la freza dispersándose al mínimo ruido como una revolera de arena negruzca, las moscas subidas en grandes patines que rizaban la superficie muerta con anchas arandelas plateadas, todo aquel pulular silencioso que los retenía a lo largo de las orillas, les daba muchas veces el deseo de plantarse, con las piernas desnudas, en pleno centro de la corriente, para sentir el deslizarse sin fin de aquellos millones de existencias. Otros días, los días de languidez tierna, era bajo los árboles del bosque, en la sombra sonora, donde iban a escuchar las serenatas de sus músicos, la flauta de cristal de los ruiseñores, la pequeña trompeta argentina de los herrerillos, el acompañamiento lejano de los cuclillos; se maravillaban del vuelo brusco de los faisanes, cuya cola ponía como una raya de sol en medio de las ramas; se detenían, sonrientes, dejando pasar unos cuantos pasos más allá una banda juguetona de jóvenes corzos, o parejas de ciervos solemnes que aminoraban su trote para mirarlos. Otros días, aún, cuando ardía el cielo, subían a las rocas, se complacían en las nubes de saltamontes que sus pies levantaban de las landas de tomillo, con el crepitar de unas ascuas espantadas; las culebras desenrolladas en el borde de los matorrales resecos, los lagartos tendidos en las piedras calentadas al rojo vivo, los seguían con ojos amistosos; los flamencos rosas, que sumergían sus patas en el agua de los manantiales, no se volaban al acercarse ellos, tranquilizando con su solemnidad confiada a las pollas de agua amodorradas en el centro del estanque.

Aquella vida del parque, Albine y Serge no la sentían crecer a su alrededor más que desde el día en el que se habían sentido vivir ellos mismos en un beso. Ahora, por momentos, los ensordecía, les hablaba una lengua que no comprendían, les dirigía solicitudes a las que no sabían cómo ceder. Era aquella vida, todas aquellas voces y aquellas bramas de animales, todos aquellos olores y aquellas sombras de plantas, lo que los turbaba, hasta el punto de esquinarlos uno con el otro. Y, sin embargo, no encontraban en el parque sino una familiaridad afectuosa. Cada hierba, cada bichito, se les volvían amigos. El Paradou era una gran caricia. Antes de su venida, durante más de cien años, el único que había reinado allí era el sol, como amo libre, colgando su esplendor en todas las ramas. El jardín, por entonces, no conocía a nadie más que a él. Lo veía, todas las mañanas, saltar la tapia con sus rayos oblicuos, sentarse a plomo a mediodía sobre la tierra sin respiración, irse por la noche, por el otro extremo, en un beso de despedida que rozaba los follajes. Por eso mismo el jardín ya no sentía vergüenza, acogía a Albine y a Serge como durante tanto tiempo había acogido al sol, como niños buenos con los que uno no se cohíbe. Los animales, los árboles, las aguas, las piedras, seguían siendo de una extravagancia adorable, hablando en voz alta, viviendo desnudos, sin un secreto, exhibiendo el descaro inocente, la hermosa ternura de los primeros días del mundo. Aquel rincón de naturaleza reía discretamente de los miedos de Albine y de Serge, adoptaba maneras de mayor ternura, desplegaba bajo sus pies sus lechos de césped más blandos, juntaba los arbustos para hacerles veredas estrechas. Si aún no los había arrojado uno a los brazos del otro, era porque se complacía en pasear sus deseos, en gozarse en sus besos torpes, que sonaban bajo las umbrías como chillidos de pájaros irritados. Pero ellos, sufrientes por la gran voluptuosidad que les rodeaba, maldecían el jardín. Aquella tarde en la que Albine había llorado tanto, a resultas del paseo de ambos por las rocas, le había gritado al Paradou, al sentirlo tan vivo y tan ardiente alrededor de ella:

—Si eres amigo nuestro, ¿por qué nos afliges?

XIV

A PARTIR del día siguiente, Serge se atrincheró en su habitación. El olor del parterre lo exasperaba. Echó las cortinas de calicó para no ver más el parque, para impedirle que entrara en su cuarto. Tal vez recobraría la paz de la niñez lejos de aquellos verdores, cuya sombra era como un roce en la piel. Después, en sus largas horas de encuentro, Albine y él ya no volvieron a hablar ni de las rocas, ni de las aguas, ni de los árboles, ni del cielo. El Paradou ya no existía. Intentaban olvidarlo. Y a pesar de todo, lo sentían allí, omnipotente, enorme, detrás de los finos visillos; penetraban olores de hierba por las rendijas de los entrepaños de madera; voces prolongadas hacían resonar los cristales; toda la vida del exterior reía, susurraba, emboscada bajo las ventanas. Entonces, palidecientes, alzaban la voz, buscaban alguna distracción que les permitiese no oír.

—¿No has visto? —dijo Serge una mañana, en una de aquellas horas de turbación—; ahí, encima de la puerta, hay una mujer pintada que se parece a ti.

Reía ruidosamente. Y volvieron a las pinturas; arrastraron otra vez la mesa a lo largo de las paredes, procurando estar entretenidos.

—¡Oh! No —murmuró Albine—, es mucho más gruesa que yo. Además, no se puede saber: ¿está tumbada de una manera tan rara, con la cabeza para abajo!

Se callaron. De la pintura desteñida, comida por el tiempo, brotaba una escena que aún no habían visto nunca. Era una resurrección de carnes tiernas que emergía del gris del muro, una imagen reavivada cuyos detalles parecían reaparecer uno a uno, en el calor del verano. La mujer tumbada se arqueaba bajo el abrazo de un fauno con patas de macho cabrío. Se distinguían con nitidez los brazos echados hacia atrás, el torso abandonado, la cintura carnosa de aquella muchacha grande, desnuda, sorprendida sobre unos manojos de flores, segados por unos Amorcillos que, hoz en mano, añadían sin cesar al lecho nuevos puñados de rosas. Se distinguía también el empeño del fauno, su pecho afanoso que se inclinaba. Después, en el otro extremo, ya no quedaban más que los dos pies de la mujer, lanzados al aire, que alzaban el vuelo como dos palomas rosas.

—No —repitió Albine—, no se parece a mí... Es fea.

Serge no dijo nada. Miraba a la mujer, miraba a Albine, haciendo como que comparaba. Ésta se remangó una de las mangas hasta el hombro para mostrar que ella tenía el brazo más blanco. Y se callaron una segunda vez, volviendo a la pintura, teniendo en los labios preguntas que no querían hacerse. Los rasgados ojos azules de Albine se posaron un instante en los ojos grises de Serge, en los que relucía una llama.

—¿Es que has vuelto a pintar toda la habitación? —exclamó ella, saltando de la mesa—. Cualquiera diría que esa gente se está despertando.

Se echaron a reír, pero con una risa desazonada, lanzando ojeadas a los Amorcillos que jugueteaban traviosos y a las grandes desnudeces que exhibían

cuerpos casi enteros. Quisieron volver a verlo todo, por bravata, asombrándose en cada entrepaño, llamándose el uno al otro para mostrarse miembros de personajes que con toda seguridad no estaban allí el mes pasado. Eran talles cimbreños arqueados sobre brazos nervudos, piernas que se dibujaban hasta las caderas, mujeres reaparecidas en abrazos de hombres, cuyas manos tendidas no estrechaban antes otra cosa que el vacío. Los propios Amorcillos de yeso de la alcoba también parecían revolcarse con desvergüenza más libre. Y Albine ya no hablaba de niños que jugaban, Serge ya no aventuraba hipótesis en voz alta. Se ponían serios, se demoraban ante las escenas, deseando que la pintura recuperase de golpe todo su esplendor, lánguidos, y turbados en mayor medida por los últimos velos que ocultaban las escabrosidades de los cuadros. Aquellos aparecidos del placer estaban terminando de enseñarles la ciencia de amar.

Pero a Albine le entró miedo. Se escapó de Serge, cuyo aliento, más cálido, sentía en el cuello. Fue a sentarse en un extremo del sofá, murmurando:

—Me dan miedo, a fin de cuentas. Los hombres parecen bandidos, las mujeres tienen unos ojos moribundos de personas a las que están matando.

Serge se puso a unos pasos de ella, en un sillón, hablando de otra cosa. Estaban ambos muy fatigados, como si hubieran dado una larga caminata. Y experimentaban un malestar en creer que las pinturas los miraban. Los racimos de Amorcillos se propagaban hacia fuera de los artesonados, con un alboroto de carnes enamoradas, una desbandada de rapazuelos desvergonzados que les arrojaban sus flores, los amenazaban con atarlos juntos, con ayuda de los balduques azules con los que encadenaban estrechamente a dos amantes, en un rincón del techo. Las parejas cobraban vida, despleaban la historia de aquella gran muchacha desnuda amada por un fauno, que Albine y Serge podían reconstruir desde el acecho del fauno detrás de un macizo de rosas hasta el abandono de la gran muchacha en medio de las rosas deshojadas. ¿Acaso iban a bajar todos? ¿No eran ellos los que ya suspiraban, y cuyo aliento llenaba la habitación con el olor de una voluptuosidad antigua?

—Le falta a uno el aire, ¿verdad? —dijo Albine—. Por más que he ventilado, la habitación siempre ha oído a viejo.

—La otra noche —contó Serge— me despertó un perfume tan penetrante que te llamé, creyendo que acababas de entrar tú en la habitación. Se hubiera dicho la tibieza de tus cabellos, cuando te prendes en ellos ramitas de heliotropo... Los primeros días, me llegaba de lejos, como un recuerdo de olor. Pero ahora ya no puedo dormir, el olor crece hasta que me sofoca. Sobre todo al atardecer, la alcoba está tan cálida que acabaré por acostarme en el sofá.

Albine se puso un dedo en los labios, murmurando:

—Eso es la muerta, ya sabes, la que vivió aquí.

Fueron a olfatear la alcoba, por broma, muy serios en el fondo. Con toda seguridad, la alcoba jamás había exhalado un aroma tan turbador. Las paredes parecían aún estremecidas de un rozar de falda almizclada. El entarimado había

conservado la suavidad perfumada de dos chinelas de raso caídas delante del lecho. Y, encima del lecho mismo, contra la madera del cabecero, Serge pretendía que aún se notaba la impronta de una pequeña mano que había dejado allí su persistente perfume de violeta. De todos los muebles, a aquella hora, se alzaba el fragante fantasma de la muerta.

—¡Mira! Ése es el sillón en el que seguramente se sentaba —gritó Albine—. Se notan sus hombros en el respaldo.

Y se sentó ella misma, y le dijo a Serge que se pusiera de rodillas para besarle la mano.

—¿Te acuerdas, el día que te recibí diciéndote: «Buenas tardes, mi querido señor...»? Pero la cosa no quedaba ahí, ¿verdad? Él le besaba las manos, cuando habían cerrado la puerta... Aquí tienes mis manos. Son tuyas.

Entonces, intentaron reanudar sus antiguos juegos para olvidar el Paradou, cuya gran risa creciente oían, para no ver más las pinturas, para no ceder más a las languideces de la alcoba. Albine ponía caras, se arqueaba, se reía de la cara de tonto que tenía Serge a sus pies.

—Tontaina, cógeme de la cintura, dime cosas amables, ya que se supone que eres mi enamorado... ¿Es que no sabes amarme?

Pero, no bien él la asía, no bien la levantaba brutalmente, ella se debatía, se escapaba, enfadadísima.

—¡No, déjame, no quiero!... En esta habitación se muere uno.

A partir de aquel día, tuvieron miedo de la habitación, igual que tenían miedo del jardín. Su último asilo se convertía en un lugar temible, en donde no podían encontrarse juntos sin vigilarse con mirada furtiva. Albine ya casi ni entraba; se quedaba en el umbral, con la puerta abierta de par en par tras de sí, como para procurarse una huida rápida. Serge vivía solo en ella, en una ansiedad dolorosa, ahogándose más, acostándose en el sofá, tratando de escaparse de los suspiros del parque, de los olores de los viejos muebles. Por la noche, las desnudeces de las pinturas le daban sueños locos, de los que, al despertar, no conservaba más que una desazón nerviosa. Se creyó enfermo de nuevo; su salud tenía una última necesidad para restablecerse completamente, la necesidad de una plenitud suprema, de una satisfacción entera que no sabía dónde ir a buscar. De modo que se pasó los días taciturno, ojeroso, despertándose con un ligero sobresalto tan sólo en las horas en las que Albine venía a verlo. Permanecían uno frente al otro, mirándose con gravedad, con escasas palabras muy dulces que los consternaban. Los ojos de Albine estaban aún más ojerosos que los de Serge, y le imploraban.

Después, al cabo de una semana, Albine ya no se quedó más que unos minutos. Parecía evitarle. Llegaba, toda ansiosa, se quedaba de pie, tenía prisa por salir. Cuando él le preguntaba, reprochándole que ya no fuera amiga suya, ella volvía la cabeza para no tener que contestar. Nunca quería contarle en qué empleaba las mañanas que vivía lejos de él. Sacudía la cabeza con aire cohibido, decía que tenía

pereza. Si él la presionaba más, se retiraba de un salto, por las noches le dirigía un simple adiós desde fuera de la puerta. No obstante, de sobra veía él que seguramente lloraba con frecuencia. Seguía sobre su rostro las fases de una esperanza siempre decepcionada, la continua rebelión de un deseo obstinado en satisfacerse. Ciertos días, Albine estaba mortalmente triste, el rostro desanimado, con un andar lento que dudaba si intentar durante más tiempo la alegría de vivir. Otros días, tenía risas contenidas, el rostro radiante de un pensamiento de triunfo, del que aún no quería hablar, los pies inquietos, no pudiendo parar en el sitio, teniendo prisa de correr hacia una última certeza. Y al día siguiente, volvía a caer en sus desolaciones, para ponerse otra vez a esperar el día siguiente. Pero lo que pronto se le hizo imposible de ocultar fue un inmenso cansancio, una fatiga que le quebraba los miembros. Incluso en los instantes de confianza, flaqueaba, se deslizaba al sueño con los ojos abiertos.

Serge había dejado de hacerle preguntas, comprendiendo que no quería contestar. Ahora, en cuanto entraba, la miraba con ansiedad, temiendo que alguna tarde ya no tuviese fuerzas para volver hasta él. ¿Dónde podía cansarse de aquel modo? ¿Qué lucha de cada hora la ponía tan desolada y tan feliz? Una mañana, un leve paso que oyó bajo sus ventanas le hizo estremecerse. No podía ser una ardilla quien se aventurara de aquel modo. Conocía demasiado bien aquel andar rítmico por el que las hierbas no tenían que sufrir. Albine corría el Paradou sin él. Era del Paradou de donde le traía desánimos, de donde le traía esperanzas, todo aquel combate, toda aquella fatiga que le estaba costando la vida. Y de sobra se figuraba él lo que buscaba, sola, en el confín de los follajes, sin una palabra, con una obstinación muda de mujer que se ha jurado a sí misma encontrar. A partir de entonces, escuchó su paso. No se atrevía a levantar la cortina, a seguirla de lejos por entre las ramas; pero saboreaba una emoción singular, casi dolorosa, en saber si iba a izquierda o a derecha, si se adentraba en el parterre y hasta dónde forzaba sus caminatas. En medio de la vida ruidosa del parque, de la voz fragorosa de los árboles, del fluir de las aguas, de la canción continua de los animales, distinguía el ruidito de sus botines, con tanta claridad que habría podido decir si andaba por las graveras de los ríos, o por la tierra desmigada del bosque, o por las lastras de las rocas desnudas. Incluso llegó a reconocer, al regreso, las alegrías o las tristezas de Albine en el chocar nervioso de sus tacones. No bien ella subía la escalera, él se apartaba de la ventana, no le confesaba que la había acompañado así por todas partes. Pero ella había debido de adivinar su complicidad, porque le contaba sus búsquedas, a partir de aquel momento, con una mirada.

—Quédate, no salgas más —le dijo él con las manos juntas, una mañana que la veía sin aliento aún de la víspera—. Me desesperas.

Ella salió corriendo, irritada. Él empezaba a sufrir más por aquel jardín sonoro de los pasos de Albine. El ruidito de los botines era una voz más que lo llamaba, una voz dominante cuya vibración iba creciendo dentro de él. Se tapó los oídos, no quiso oír más, y aquel andar, a lo lejos, conservaba un eco en el latido de su corazón. Después,

al atardecer, cuando ella volvía, era todo el parque el que volvía detrás de ella, con los recuerdos de sus paseos, el lento despertar de sus ternuras, en medio de la naturaleza cómplice. Ella se le antojaba más alta, más solemne, como madurada por sus caminatas solitarias. Nada quedaba en ella de la niña juguetona, tanto que él a veces rechinaba los dientes, al mirarla, de verla tan deseable.

Un día, hacia mediodía, Serge oyó a Albine volver al galope. Se tenía prohibido escucharla cuando ella se había marchado. De ordinario, no volvía hasta tarde. Y quedó sorprendido de los saltos que debía de estar dando, yendo derecha hacia adelante, quebrando las ramas que cerraban los senderos. Abajo, bajo las ventanas, reía. Cuando estuvo en la escalera, resoplaba con tal fuerza que él creyó sentir el calor de su aliento sobre su rostro. Y abrió la puerta de par en par, gritó:

—¡Lo he encontrado!

Se había sentado, repetía suavemente, con una voz sofocada:

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!

Pero Serge le puso la mano en los labios, desesperado, balbuciendo:

—Te lo ruego, no me digas nada. No quiero saber nada. Me mataría que hablastes.

Entonces ella calló, con los ojos ardientes, apretando los labios para que no brotasen de ellos las palabras a su pesar. Y se quedó en la habitación hasta el atardecer, buscando la mirada de Serge, confiándole un poco de lo que sabía, en cuanto conseguía cruzarse con ella. Tenía como luz en el rostro. Olía tan bien, estaba tan sonora de vida, que él la respiraba, que ella se le metía dentro tanto por el oído como por la vista. Todos sus sentidos se la bebían. Y él se defendía desesperadamente contra aquella lenta posesión de su ser.

Al día siguiente, cuando hubo bajado, Albine se instaló igualmente en la habitación.

—¿No sales? —preguntó él, sintiéndose vencido si se quedaba.

Ella contestó que no, que no saldría más. A medida que cedía su cansancio, él la iba sintiendo más fuerte, más triunfante. Pronto podría tomarle por el meñique y llevarlo a aquel lecho de hierba, cuya suavidad contaba en voz tan alta su silencio. Aquel día, ella no habló aún, se conformó con atraerlo a sus pies, sentado en un cojín. Sólo al día siguiente se aventuró a decir:

—¿Por qué te encarcelas aquí? ¡Se está tan bien bajo los árboles!

Él se incorporó, con los brazos extendidos, suplicante. Pero ella reía.

—No, no, no iremos, ya que tú no quieres... ¡Esta habitación sí que tiene un olor singular! Estaríamos mejor en el jardín, más a gusto, más al resguardo. Haces mal en estar resentido con el jardín.

Él se había vuelto a colocar a sus pies, mudo, los párpados bajos, con escalofríos que le corrían por el rostro.

—No iremos —prosiguió ella—, no te enfades. Pero ¿no prefieres las hierbas del parque a estas pinturas? Supongo que recuerdas todo lo que hemos visto juntos... Son estas pinturas las que nos ponen tristes. Nos cohíben, siempre mirándonos.

Y como él se iba abandonando poco a poco contra ella, le echó un brazo al cuello, le volcó la cabeza sobre sus rodillas, murmurando aún, en voz más baja:

—Así sí que estaríamos bien en un rincón que conozco yo. Allí no nos turbaría nada. El aire libre te curaría la fiebre.

Calló, sintiendo que él se estremecía. Temía que una palabra demasiado viva lo devolviese a sus terrores. Lentamente, lo conquistaba, tan sólo con pasear por su rostro la caricia azul de su mirada. Él había alzado los párpados, reposaba sin sobresaltos nerviosos, abandonado a ella.

—¡Ah! ¡Si supieras! —le sopló ella suavemente en el oído.

Se envalentonó, al ver que él no dejaba de sonreír.

—Es mentira, no está prohibido —murmuró—. Tú eres un hombre, no debes tener miedo... Si fuéramos allí, y a mí me amenazase algún peligro, tú me defenderías, ¿a que sí? Sabrías llevarme de allí abrazada a tu cuello. Yo estoy tranquila cuando estoy contigo... Mira qué brazos tan fuertes tienes. ¿Acaso teme uno nada, cuando tiene unos brazos tan fuertes como los tuyos?

Con una mano, lo regalaba despaciosamente, por el pelo, por la nuca, por los hombros.

—No, no está prohibido —prosiguió—. Esa historia está bien para los tontos. A los que la propagaron, antaño, les interesaba que no fueran a molestarles en el lugar más delicioso del jardín... Convéncete de que, en cuanto estés sentado en esa alfombra de hierba, serás perfectamente feliz. Solamente entonces lo conoceremos todo, seremos los auténticos amos... Hazme caso, ven conmigo.

Él se negó con la cabeza, pero sin ira, como hombre al que divertía aquel juego. Después, al cabo de un silencio, desolado de verla contrariada, queriendo que lo acariciase más, abrió por fin los labios, preguntó:

—¿Dónde es?

Ella no contestó al principio. Parecía mirar a lo lejos.

—Es allí, murmuró. No te puedo indicar. Hay que seguir la avenida larga, luego se tuerce a la izquierda y otra vez a la izquierda. Hemos debido de pasar al lado veinte veces... Es igual, por más que buscases, no lo encontrarías si no te llevara yo hasta allí de la mano. Yo iría derecha, aunque me sea imposible enseñarte el camino.

—¿Y quién te ha conducido?

—No sé... Las plantas, esta mañana, parecían todas empujarme hacia ese lado. Las ramas largas me azotaban por detrás, las hierbas formaban cuevas abajo, los senderos se ofrecían espontáneamente. Y creo que los animales también tenían algo que ver, porque he visto un ciervo que galopaba delante de mí como para invitarme a seguirle, mientras que un vuelo de pardillos iba de árbol en árbol, advirtiéndome con grititos cuando yo estaba tentada de coger un camino que no era.

—¿Y es muy bonito?

De nuevo, ella no contestó. Un profundo éxtasis anegaba sus ojos. Y cuando pudo hablar:

—Bonito como no sabría decir... He quedado penetrada de tal hechizo que simplemente he tenido conciencia de un gozo sin nombre, que caía de las frondas, que dormía sobre las hierbas. Y he vuelto corriendo para llevarte conmigo, para no gozar sin ti la dicha de sentarme en esa sombra.

Volvió a tomarle el cuello entre sus brazos, suplicándole ardientemente, de muy cerca, los labios casi sobre sus labios.

—¡Oh! Vendrás —balbuceó—. Piensa que yo viviría desolada, si no vinieras... Es un antojo que tengo, una necesidad lejana, que ha ido creciendo todos los días, que ahora me hace sufrir. Tú no puedes querer que sufra... Y aunque hubieras de morir, aunque esa sombra nos matase a los dos, ¿acaso vacilarías, lo lamentarías en lo más mínimo? Nos quedaríamos tumbados juntos, al pie del árbol; dormiríamos para siempre, uno contra el otro. Sería muy grato, ¿verdad?

—Sí, sí —tartamudeó él, conquistado por la locura de aquella pasión toda vibrante de deseo.

—Pero no moriremos —continuó ella, alzando la voz con una risa de mujer victoriosa—; viviremos para amarnos... Es un árbol de vida, un árbol bajo el cual seremos más fuertes, más sanos, más perfectos. Ya verás, todo se nos volverá cómodo. Tú podrás tomarme, como soñabas con hacerlo, tan estrechamente que ni un trocito de mi cuerpo estará fuera de ti. Entonces, imagino algo celestial que bajará hasta dentro de nosotros... ¿Quieres?

Él palidecía, parpadeaba, como si le molestara una gran claridad.

—¿Quieres? ¿Quieres? —repitió ella, más ardiente, ya incorporada a medias.

Él se puso de pie, la siguió, tambaleándose primero, después atado a su cintura, no pudiendo separarse de ella. Él iba adonde iba ella, arrastrado en el aire caliente que chorreaba de su melena. Y, como venía un poco rezagado, ella se volvía a medias; tenía un rostro todo reluciente de amor, una boca y unos ojos de tentación, que lo llamaban, con tal imperio que él la habría acompañado así, por todas partes, como perro fiel.

XV

BAJARON, fueron andando por medio del jardín, sin que Serge dejase de sonreír. Tan sólo vio los verdes en los claros espejos de los ojos de Albine. El jardín, al verlos, había proferido como una risa prolongada, un murmullo satisfecho que volaba de hoja en hoja, hasta el extremo de las avenidas más profundas. Debía de llevar días esperándolos, así enlazados de la cintura, reconciliados con los árboles, buscando por los lechos de hierba su amor perdido. Un solemne siseo corrió bajo las ramas. El cielo de las dos de la tarde tenía un adormecerse de ascuas. Algunas plantas se aupaban para mirarlos pasar.

—¿Las oyes? —preguntaba Albine a media voz—. Se callan cuando nos acercamos. Pero, a lo lejos, nos esperan, se confían la una a la otra el camino que nos tienen que indicar... Ya te había dicho yo que no tendríamos que preocuparnos por los senderos. Son los árboles los que me enseñan el camino, con sus brazos tendidos.

En efecto, el parque entero los empujaba suavemente. Detrás de ellos, parecía que se erizase una barrera de matorrales para impedirles volver sobre sus pasos; mientras que, ante ellos, se desplegaba la alfombra de los céspedes, con tal comodidad que ni siquiera miraban ya a sus pies, abandonándose a las pendientes suaves de los terrenos.

—Y nos acompañan los pájaros —proseguía Albine—. Son herrerillos esta vez. ¿Los ves?... Van siguiendo los setos, se detienen en todos los recodos para velar por que no nos extraviemos. ¡Ah! Si comprendiéramos su canto, sabríamos que nos están invitando a darnos prisa.

Después, añadía:

—Todos los animales del parque vienen con nosotros. ¿No los sientes? Hay un gran rozar que nos sigue: son los pájaros en los árboles, los insectos en las hierbas, los corzos y los ciervos en los bosquecillos, y hasta los peces, cuyas aletas baten las aguas mudas... No te vuelvas, los espantarías; pero estoy segura de que llevamos un buen cortejo.

Mientras tanto, seguían andando, con un paso sin fatiga. Albine tan sólo hablaba para hechizar a Serge con la música de su voz. Serge obedecía a la mínima presión de la mano de Albine. Ignoraban el uno y la otra por dónde pasaban, seguros de ir derechos a donde querían ir. Y, a medida que avanzaban, el jardín se hacía más discreto, retenía el suspiro de sus umbrías, el parloteo de sus aguas, la vida ardiente de sus animales. Ya no había más que un gran silencio estremecido, una espera religiosa.

Entonces, instintivamente, Albine y Serge levantaron la cabeza. Enfrente de ellos se hallaba un follaje colosal. Y, al ver que vacilaban, un corzo, que los miraba con sus hermosos y dulces ojos, saltó y se metió de un brinco en el monte bajo.

—Es ahí —dijo Albine.

Se acercó la primera, con la cabeza vuelta de nuevo, tirando de Serge hacia ella; después, desaparecieron ambos detrás del escalofrío de las hojas removidas, y todo se calmó. Entraban en una paz deliciosa.

Era, en el centro, un árbol anegado de una sombra tan densa que no era posible distinguir su especie. Tenía una estatura gigantesca, un tronco que respiraba como un pecho, unas ramas que extendía a lo lejos, iguales a miembros protectores. Parecía bueno, robusto, poderoso, fecundo; era el decano del jardín, el padre del bosque, el orgullo de las hierbas, el amigo del sol que amanecía y se ponía todos los días sobre su copa. De su bóveda verde caía todo el gozo de la creación: aromas de flores, cantos de pájaros, gotas de luz, despertares lozanos de aurora, tibiezas dormidas de crepúsculo. Su savia tenía tal fuerza que chorreaba de la corteza; lo bañaba con un vaho de fecundación; hacía de él la virilidad misma de la tierra. Y bastaba él para el hechizo del claro. Los demás árboles, en derredor suyo, edificaban el muro impenetrable que lo aislaba en el fondo de un tabernáculo de silencio y de media luz; no había allí otra cosa que un verdor, sin un resquicio de cielo, sin una fuga de horizonte, otra cosa que una rotonda, entelada por todas partes con la seda enternecida de las hojas, tapizada en el suelo por el terciopelo satinado de los musgos. Se entraba allí como en el cristal puro de un manantial, en medio de una limpidez verdosa, manto de plata adormecido bajo un reflejar de carrizos. Colores, perfumes, sonoridades, escalofríos, todo permanecía difuso, transparente, innombrado, privado en una felicidad que iba hasta el desvanecerse de las cosas. Por la inmovilidad de las ramas, a las que no agitaba ni un hálito, flotaban una languidez de alcoba, un resplandor de noche de verano que muere sobre el hombro desnudo de una enamorada, un balbuceo de amor apenas nítido, que caía bruscamente en un gran espasmo mudo. Soledad nupcial, poblada entera de seres abrazados, cámara vacía, en la que se presentía en algún lugar, detrás de unas cortinas echadas, en una ardiente cópula, a la naturaleza saciada en los brazos del sol. Por momentos, crujía el talle del árbol; sus miembros se envaraban como los de una parturienta; el sudor de vida que chorreaba de su corteza llovía más ampliamente sobre los céspedes de alrededor, exhalando la blandura de un deseo, anegando el aire de abandono, empalideciendo el claro con un goce. El árbol entonces desfallecía con su sombra, sus alfombras de hierba, su cinturón de densos bosquecillos. Ya no era otra cosa que una pura voluptuosidad.

Albine y Serge permanecían embelesados. No bien los hubo tomado el árbol bajo la dulzura de sus ramas, se sintieron sanados de la intolerable ansiedad que habían padecido. Ya no experimentaban aquel miedo que les hacía huirse, aquellas luchas ardientes, desesperadas, en las que se laceraban, sin saber contra qué enemigo resistían tan furiosamente. Al contrario, los invadían una confianza absoluta, una serenidad suprema; se abandonaban uno al otro, deslizándose lentamente al placer de estar juntos, muy lejos, en el fondo de un retiro milagrosamente oculto. Sin figurarse aún lo que el jardín exigía de ellos, lo dejaban libre para disponer de su ternura;

esperaban, sin turbación, a que el árbol les hablase. El árbol los ponía en tal ceguera de amor que el claro desaparecía, inmenso, regio, sin conservar más que un acunar de aroma.

Se habían detenido, con un leve suspiro, sobrecogidos por aquel frescor almizclado.

—El aire sabe a fruta —dijo Albine.

Serge, a su vez, dijo muy bajo:

—La hierba está tan viva que creo estar pisando una punta de tu vestido.

Bajaban la voz por un sentimiento religioso. Ni siquiera tuvieron la curiosidad de mirar a lo alto para ver el árbol. Harto sentían el peso de su majestad sobre los hombros. Albine, con una mirada, preguntaba si había exagerado el hechizo de los verdes. Serge contestaba con dos lágrimas claras que le corrían por las mejillas. Su gozo de estar por fin allí seguía siendo indecible.

—Ven —dijo ella a su oído, con una voz más ligera que un soplo.

Y fue la primera a recostarse al pie mismo del árbol. Le tendió las manos con una sonrisa, mientras que él, de pie, sonreía también, dándole las suyas. Cuando las tuvo cogidas, ella lo atrajo hacia sí, lentamente. Cayó a su lado. La tomó inmediatamente contra su pecho. Aquel abrazo los dejó llenos de serenidad.

—¡Ah! ¿Te acuerdas —dijo él— de aquella pared que parecía separarnos?... Ahora te siento, ya no hay nada entre nosotros... ¿No sientes dolor?

—No, no —contestó ella—. Me es grato.

Guardaron silencio, sin soltarse. Los invadía una emoción deliciosa, sin sacudidas, suave como un manto de leche derramada. Después, Serge paseó las manos por el cuerpo de Albine. Repetía:

—Tu rostro es mío, tus ojos, tu boca, tus mejillas... Tus brazos son míos, desde tus uñas hasta tus hombros... tus pies son míos, tus rodillas son mías, toda tu persona es mía.

Y le besaba el rostro, en los ojos, en la boca, en las mejillas. Le besaba los brazos, a besitos rápidos que subían desde los dedos hasta los hombros. Le besaba los pies, le besaba las rodillas. La bañaba con una lluvia de besos, que caían en gotas anchas, tibias como las gotas de un chaparrón de verano, por todas partes, golpeándole el cuello, los senos, las caderas, los costados. Era una toma de posesión sin arrebatos, continua, que conquistaba las más pequeñas venas azules bajo la piel rosa.

—Si te tomo es para darme yo —prosiguió él—. Quiero darme a ti por entero, para siempre; porque, en este momento lo sé con certeza, eres mi dueña, mi soberana, aquélla a la que debo adorar de rodillas. No estoy aquí más que para obedecerte, para permanecer a tus pies, acechando tus voluntades, protegiéndote con mis brazos extendidos, apartando con mi aliento las hojas volanderas que perturbarían tu paz... ¡Oh! Dígnate permitir que desaparezca, que me suma en tu ser, que sea el agua que bebes, el pan que comes. Tú eres mi fin. Desde que me desperté en medio de este jardín, he caminado siendo tuyo, he crecido para ti. Siempre, como meta, como

recompensa, he visto tu gracia. Tú pasabas bañada de sol, con tu melena de oro; eras una promesa que me anunciaba que me darías a conocer, algún día, la necesidad de esta creación, de esta tierra, de estos árboles, de estas aguas, de este cielo, cuya palabra suprema aún se me escapa... Te pertenezco, soy tu esclavo, te escucharé, con los labios sobre tus pies.

Decía aquellas cosas plegado en el suelo, adorando a la mujer. Albine, orgullosa, se dejaba adorar. Tendía los dedos, los senos, los labios, a los besos devotos de Serge. Se sentía reina, al mirarlo tan fuerte y tan humilde delante de ella. Lo había vencido, lo tenía a su merced, podía con una sola palabra disponer de él. Y lo que la hacía omnipotente era que oía alrededor de ellos el jardín gozarse en su triunfo, ayudar a su logro con un clamor que se iba engrosando lentamente.

Serge ya no tenía más que balbuceos. Sus besos se extraviaban. Murmuró aún:

—¡Ah! Quisiera saber... Quisiera tomarte, guardarte, morir tal vez, o echar a volar contigo, no puedo decir...

Ambos, postrados, permanecieron mudos, perdiendo el aliento, con la cabeza oscilante. Albine tuvo fuerza para levantar un dedo, como para invitar a Serge a escuchar.

Era el jardín quien había querido la culpa. Durante semanas, se había prestado al lento aprendizaje de su ternura. Después, en el último día, acababa de conducirlos a la alcoba verde. Ahora era el tentador, todas cuyas voces enseñaban el amor. Del parterre llegaban olores de flores sin aliento, un largo susurrar que contaba las bodas de las rosas, las voluptuosidades de las violetas; y jamás habían tenido ardor más sensual las solicitudes de los heliotropos. De la huerta, lo que traía el viento eran bocanadas de fruta madura, un aroma carnal de fecundidad, la vainilla de los albaricoques, el almizcle de las naranjas. Las praderas elevaban una voz más profunda, hecha de los suspiros de los millones de hierbas que besaba el sol, ancho gemido de una multitud innumerable en celo, ablandada por las caricias frescas de los ríos, las desnudeces de las aguas corrientes, al borde de las cuales los sauces, en voz alta, soñaban deseo. El bosque susurraba la pasión gigantesca de los robles, los cantos de órgano de los altos oquedales, una música solemne, que acompañaba las bodas de los fresnos, de los abedules, de los ojaranzos, de los plátanos, al fondo de santuarios de fronda; mientras que los matorrales y los bosquecillos jóvenes estaban llenos de un adorable jugueteo, de un alboroto de amantes que se perseguían, que se arrojaban al borde de las cunetas, robándose el placer, en medio de un gran sacudir de ramas. Y, en aquel ayuntarse del parque entero, los abrazos más rudos se oían a lo lejos, en lo alto de las rocas, allí donde el calor reventaba las piedras henchidas de pasión, donde las plantas espinosas amaban de una manera trágica, sin que las fuentes vecinas pudieran aliviarlas, encendidas ellas también por el astro que bajaba a su lecho.

—¿Qué dicen? —murmuró Serge, desesperado—. ¿Qué quieren de nosotros, suplicándonos así?

Albine, sin hablar, lo estrechó contra ella.

Las voces se habían vuelto más nítidas. Los animales del jardín, a su vez, les gritaban que se amasen. Las cigarras cantaban de ternura hasta morir. Las mariposas esparcían besos en el palpitar de sus alas. Los gorriones tenían caprichos de un segundo, caricias de sultanes paseadas con ardor en medio de un harén. En las aguas claras, eran desmayos de peces que descargaban las huevas al sol, llamadas ardientes y melancólicas de ranas, toda una pasión misteriosa, monstruosamente saciada en la insulsez glauca de los cañaverales. En el fondo de los bosques, los ruiseñores lanzaban risas perladas de voluptuosidad; bramaban los ciervos, ebrios de tal concupiscencia que expiraban de fatiga al lado de las hembras casi reventadas. Y, en las lastras de las rocas, al borde de los flacos matorrales, las culebras, anudadas de dos en dos, silbaban con suavidad, mientras grandes lagartos empollaban sus huevos, con el espínazo vibrante de un ligero ronroneo de éxtasis. De los rincones más apartados, de las manchas de sol, de los hondones de sombra, subía un olor animal, cálido, de la brama universal. Toda aquella vida pululante tenía un escalofrío de parto. Bajo cada hoja, concebía un insecto; moscas volantes, pegadas una a otra, no esperaban a haberse posado para fecundarse. Las parcelas de vida invisibles que pueblan la materia, los átomos mismos de la materia, amaban, se acoplaban, daban al suelo un bamboleo voluptuoso, hacían del parque una gran fornicación.

Entonces, Albine y Serge comprendieron. Él no dijo nada, la enlazó con sus brazos, cada vez más estrechamente. La fatalidad de la generación los rodeaba. Cedieron a las exigencias del jardín. Fue el árbol quien confió al oído de Albine lo que las madres les susurran a las recién casadas, la noche de bodas.

Albine se entregó. Serge la poseyó.

Y el jardín entero se abismó con la pareja, en un último grito de pasión. Los troncos se plegaron como bajo un gran vendaval; las hierbas dejaron escapar un sollozo de embriaguez; las flores, desvanecidas, con los labios abiertos, exhalaban el alma; el propio cielo, abrasado entero por un ocaso de astro, tuvo nubes inmóviles, nubes sin respiración, de las que caía un hechizo sobrehumano. Y era una victoria para los animales, las plantas, las cosas, que habían querido el ingreso de aquellos dos niños en la eternidad de la vida. El parque aplaudía formidablemente.

XVI

CUANDO Albine y Serge despertaron del estupor de su felicidad, se sonrieron. Volvían de un país de luz. Bajaban de muy alto. Y se estrecharon las manos para darse las gracias. Se reconocieron y se dijeron:

—Te quiero, Albine.

—Serge, te quiero.

Y nunca aquella palabra: «Te quiero», había tenido para ellos un sentido tan soberano. Lo significaba todo, lo explicaba todo. Durante un tiempo que no pudieron medir, permanecieron allí, en una deliciosa quietud, estrechándose aún. Experimentaban una perfección absoluta de su ser. El gozo de la creación los inundaba, los igualaba a las potencias madres del mundo, hacía de ellos las fuerzas mismas de la tierra. Y había también, en su dicha, la certeza de una ley cumplida, la serenidad de la meta lógicamente alcanzada, paso a paso.

Serge decía, volviendo a tomarla en sus fornidos brazos:

—Mira, estoy curado; tú me has dado toda tu salud. Albine contestaba, abandonándose:

—Tómame entera, toma mi vida.

Una plenitud les ponía vida hasta en los labios. Serge acababa, en la posesión de Albine, de encontrar por fin su sexo de hombre, la energía de sus músculos, el arrojo de su corazón, la salud última que había faltado hasta aquel momento a su larga adolescencia. Ahora, se sentía completo. Tenía unos sentidos más nítidos, una inteligencia más amplia. Era como si, de repente, se hubiera despertado león, con el dominio regio de la llanura, la vista del cielo libre. Cuando se levantó, sus pies se asentaron firmemente en el suelo y su cuerpo se desplegó, orgulloso de sus miembros. Tomó las manos de Albine, a la que puso de pie a su vez. Se tambaleaba un poco, y tuvo que sostenerla.

—No temas —dijo—. Eres la mujer a la que amo.

Ahora era ella la sierva. Volcaba la cabeza sobre su hombro, mirándole con un aire de gratitud inquieta. ¿No le guardaría rencor en algún momento por haberlo llevado allí? ¿No le reprocharía algún día aquella hora de adoración en la que se había dicho su esclavo?

—¿No estás enfadado? —preguntó humildemente.

Él sonrió, recogéndole el pelo, acariciándola con la punta de los dedos como a una niña. Ella continuó:

—¡Oh! Ya verás, me haré pequeñita. Ni siquiera sabrás que estoy. Pero me dejarás así, ¿verdad?, en tus brazos, porque necesito que me enseñes a andar... Me parece, en esta hora, que ya no sé andar.

Después se puso muy seria.

—Tienes que amarme siempre, y yo seré obediente, me esforzaré en darte gusto, te lo abandonaré todo, hasta mis más secretas voluntades.

Serge tenía como un arreciar de pujanza, al verla tan sumisa y tan acariciadora. Le preguntó:

—¿Por qué tiemblos? Pues ¿qué tengo que reprocharte?

Ella no contestó. Miró casi con tristeza el árbol, los verdes, la hierba que habían hollado.

—¡Criatura! —prosiguió él con una risa—. ¿Acaso temes que te guarde rencor por el regalo que me has hecho? No, esto no puede ser un pecado. Nos hemos amado como debíamos amarnos... Quisiera besar las huellas que dejaron tus pasos cuando me trajiste aquí, al igual que beso tus labios que me tentaron, al igual que beso tus senos que acaban de rematar la cura, iniciada, ¿recuerdas?, por tus manitas frescas.

Ella sacudió la cabeza. Y, desviando los ojos, evitando ver el árbol de nuevo:

—Llévame de aquí —dijo en voz baja.

Serge se la llevó a pasos lentos. Él, despaciosamente, miró el árbol una última vez. Le daba las gracias. La sombra se volvía más negra en el claro; caía de los verdes un estremecerse de mujer sorprendida al acostar. Cuando volvieron a ver, al salir de las frondas, el sol, cuyo esplendor colmaba aún un rincón del horizonte, se tranquilizaron. Sobre todo Serge, que encontraba en cada ser, en cada planta, un sentido nuevo. Alrededor de él, todo se inclinaba, todo rendía homenaje a su amor. El jardín ya no era más que una dependencia de la belleza de Albine, parecía haber crecido, haberse embellecido, en el beso de sus dueños.

Pero la alegría de Albine seguía desazonada. Interrumpía sus risas para prestar oído, con sobresaltos bruscos.

—¿Qué tienes? —preguntaba Serge.

—Nada —respondía ella, con ojeadas arrojadas furtivamente a su espalda.

No sabían en qué rincón perdido del parque estaban. De ordinario, aquello los regocijaba, el ignorar adonde los empujaba su capricho. Esta vez experimentaban una turbación, una incomodidad singular. Poco a poco, fueron apresurando el paso. Se adentraban cada vez más, en medio de un laberinto de matorrales.

—¿No has oído? —dijo medrosamente Albine, que se detuvo sin aliento.

Y, al ver que él escuchaba, presa a su vez de la ansiedad que la muchacha ya no podía ocultar más:

—Los bosquecillos están llenos de voces —continuó ella—. Parece gente que se burla... Mira, ¿no es una risa lo que viene de ese árbol? Y allí, ¿no han soltado un murmullo esas hierbas, cuando las he rozado con el vestido?

—No, no —dijo él, queriendo tranquilizarla—; el jardín nos ama. Si hablase, no sería para asustarte. ¿No recuerdas todas las palabras amables susurradas entre las hojas?... Estás nerviosa, son imaginaciones tuyas.

Pero ella sacudió la cabeza, murmurando:

—De sobra sé que el jardín es amigo nuestro... Entonces, es que ha entrado alguien. Te aseguro que estoy oyendo a alguien. ¡Qué temblor! ¡Ah! Te lo suplico, llévame de aquí, escóndeme.

Reanudaron su marcha, vigilando los bosquecillos, creyendo ver rostros aparecer detrás de cada tronco. Albine juraba que un paso, a lo lejos, los buscaba.

—Escondámonos, escondámonos —repetía en tono suplicante.

Y se volvía toda rosa. Era un pudor naciente, una vergüenza que la invadía como una enfermedad, que mancillaba el candor de su piel, adonde hasta entonces no había aflorado una sola turbación de la sangre. Serge tuvo miedo, al verla así toda rosa, con las mejillas confusas, los ojos preñados de lágrimas. Quería recuperarla, calmarla con una caricia; pero ella se apartó y le dio a entender, con un gesto desesperado, que ya no estaban solos. Miraba, sonrojándose más, su ropa desceñida que mostraba su desnudez, sus brazos, su cuello, su seno. En sus hombros, los mechones locos de su melena ponían un escalofrío. Intentó rehacerse el moño; después, temió descubrir su nuca. Ahora, el roce de una rama, el ligero choque de un ala de insecto, el mínimo hálito del viento, la hacían estremecerse, como bajo el contacto deshonesto de una mano invisible.

—Tranquilízate —imploraba Serge—. No hay nadie... Estás roja de fiebre. Descansemos un instante, te lo suplico.

Ella no tenía fiebre ninguna, quería volver inmediatamente, para que nadie pudiese reír al mirarla. Y, apresurando el paso cada vez más, recogía, a lo largo de los setos, verdores con los que ocultaba su desnudez. Se anudó al pelo un ramo de morera; se enrolló por los brazos unas enredaderas, que ató a sus muñecas; se puso al cuello un collar, hecho de tallos de viburno, tan largos que le cubrían el pecho con un cendal de hojas.

—¿Vas al baile? —preguntó Serge, que intentaba hacerla reír.

Pero ella le arrojó las frondas que continuaba cogiendo. Le dijo en voz baja, con aire de alarma:

—¿No ves que estamos desnudos?

Y él sintió pudor a su vez, ciñó las frondas sobre sus ropas desaliñadas.

Mientras tanto, no lograban salir de los matorrales. De repente, al extremo de un sendero, se hallaron enfrente de un obstáculo, de una masa gris, alta, solemne. Era la tapia.

—¡Ven, ven! —gritó Albine.

Quería arrastrarlo. Pero no habían dado veinte pasos, cuando volvieron a tropezarse con el muro. Entonces, lo siguieron corriendo, presas del pánico. La tapia se mantenía oscura, sin una grieta al exterior. Después, al borde de un prado, pareció súbitamente venirse abajo. Una brecha abría sobre el valle vecino una ventana de luz. Debía de ser el boquete del que había hablado Albine un día, aquel boquete que decía haber tapado con zarzas y piedras; las zarzas estaban tiradas por el suelo, en trozos esparcidos como cuerdas cortadas, las piedras estaban arrojadas a lo lejos, el boquete parecía haber sido agrandado por alguna mano furiosa.

XVII

—¡**A**H! ¡Lo presentía! —dijo Albine, con un grito de desesperación suprema—. Te suplicaba que me llevaras... ¡Serge, por caridad, no mires!

Serge miraba, a su pesar, clavado en el umbral del boquete. Abajo, al fondo de la llanura, el sol poniente iluminaba con un manto de oro el pueblo de Los Artaud, igual a una visión que surgiera del crepúsculo en el que ya estaban anegados los campos vecinos. Se distinguían nítidamente las casuchas construidas como cayeron, siguiendo la carretera, los pequeños corrales llenos de estiércol, las estrechas huertas plantadas de verduras. Más arriba, el gran ciprés del cementerio erguía su perfil oscuro. Y las tejas rojas de la iglesia parecían unas ascuas, por encima de las cuales la campana, toda negra, componía como un rostro de un dibujo desvaído; mientras que la vieja casa rectoral, al lado, abría puertas y ventanas al aire de la atardecida.

—¡Por piedad —repetía Albine sollozando—, no mires, Serge!... Recuerda que me has prometido amarme siempre. ¡Ah! ¿Me querrás alguna vez lo suficiente, ahora?... Espera, déjame taparte los ojos con las manos. De sobra sabes que son mis manos las que te han curado... No me puedes rechazar.

Él la apartaba lentamente. Después, mientras ella se le abrazaba a las rodillas, se pasó las manos por la cara, como para expulsar de sus ojos y de su frente un residuo de sueño. Era aquél, pues, ese mundo desconocido, esa región extraña en la que nunca había pensado sin un miedo sordo. ¿Dónde había visto aquella región? ¿De qué sueño se despertaba, para sentir subirle de las entrañas una angustia tan punzante, que iba engrosándose poco a poco dentro de su pecho, hasta sofocarlo? El pueblo cobraba vida con el regreso de las tierras. Volvían los hombres, con la chaqueta echada al hombro, con un andar de animales reventados; las mujeres, en el umbral de las casas, hacían gestos de llamada; mientras que los niños, en grupos, perseguían las gallinas a pedradas. En el cementerio, se colaban dos pilluelos, un chico y una chica, que andaban a cuatro patas, siguiendo el murete, para que no los vieran. Se acostaban vuelos de gorriones bajo las tejas de la iglesia. Una falda de cotonada azul acababa de aparecer en la escalinata de la casa rectoral, tan ancha que tapaba la puerta.

—¡Ah! ¡Miseria! —balbuceaba Albine—, está mirando, está mirando... Escúchame. Antes jurabas obedecerme. Te lo suplico, date la vuelta, mira el jardín... ¿No has sido feliz en el jardín? Es él quien me ha entregado a ti. ¡Y cuántas jornadas felices nos tiene reservadas, qué larga dicha, ahora que conocemos toda la felicidad de la sombra!... En lugar de eso entrará la muerte por este agujero si no te escapas, si no me llevas. Mira, son los demás, es todo ese mundo el que se va a meter entre nosotros. ¡Estábamos tan solos, tan perdidos, tan guardados por los árboles!... El jardín es nuestro amor. Mira el jardín, te lo suplico de rodillas.

Pero Serge estaba sacudido por un sobresalto. Iba recordando. Resucitaba el pasado. A lo lejos, oía nítidamente vivir al pueblo. Aquellos campesinos, aquellas mujeres, aquellos niños eran el alcalde Bambousse, que volvía de su tierra de las

Olivettes, calculando en cifras la próxima vendimia; eran los Brichet, el hombre arrastrando los pies, la mujer gimiendo de miseria; era la Rosalie, detrás de una tapia, dejándose abrazar por Fortuné el alto. Reconocía también a los dos pilluelos del cementerio, ese granuja de Vincent y esa desvergonzada de Catherine, acechando a los grandes saltamontes voladores, en medio de las tumbas; incluso tenían consigo a Voriau, el perro negro, que los ayudaba, rebuscando por entre las hierbas secas, soplando en todas las grietas de las losas viejas. Bajo las tejas de la iglesia, los gorriones se peleaban antes de acostarse; los más osados volvían a bajar y entraban de un aletazo por los cristales rotos, tanto que, siguiéndolos con los ojos, recordaba su hermoso alboroto, en la parte baja del púlpito, en el peldaño de la tarima, en donde siempre había pan para ellos. Y, en el umbral de la rectoría, la Teuse, con un vestido de cotonada azul, parecía haber engordado más; tenía la cabeza vuelta, sonriéndole a Désirée, que volvía del corral con grandes risas, acompañada de todo un rebaño. Después desaparecieron las dos. Entonces Serge, desesperado, tendió los brazos.

—¡Es demasiado tarde, no hay nada que hacer! —murmuró Albine, dejándose caer en medio de los trozos de zarzas cortadas—. Nunca me querrás lo suficiente.

Sollozaba. Él, ardientemente, escuchaba, procurando captar los mínimos ruidos lejanos, esperando que una voz lo despertase por completo. La campana había dado un leve salto. Y, lentamente, en el aire dormido del atardecer, llegaron hasta el Paradou los tres toques del Ángelus. Eran soplos argentinos, llamadas muy dulces, regulares. Ahora, la campana parecía estar viva.

—¡Dios mío! —gritó Serge, caído de rodillas, derribado por los leves soplos de la campana.

Se prosternaba, sentía los tres toques del *Ángelus* pasarle por la nuca, resonarle hasta el corazón. La campana adquiría una voz más alta. Se repitió, implacable, durante unos minutos que le parecieron durar años. Evocaba toda su vida pasada, su infancia piadosa, sus gozos del seminario, sus primeras misas, en el valle abrasado de Los Artaud, en donde soñaba la soledad de los santos. Siempre le había hablado así. Recuperaba hasta las mínimas inflexiones de aquella voz de la iglesia, que sin cesar se había alzado hasta sus oídos, igual a una voz de madre grave y dulce. ¿Por qué ya no la había oído más? Otrora le prometía la venida de María. ¿Era María la que lo había llevado al fondo de aquellos verdores felices adonde no llegaba la voz de la campana? Él nunca habría olvidado si la campana no hubiera dejado de sonar. Y, como se plegaba más, la caricia de la barba sobre sus manos juntas le dio miedo. No se conocía aquel pelo largo, aquel cabello sedoso que le daba una belleza de animal. Se retorció la barba, se mesó los cabellos a dos manos, buscando la desnudez de la tonsura; pero sus cabellos habían crecido con brío, la tonsura estaba anegada bajo una oleada viril de grandes rizos echados hacia atrás desde la frente hasta la nuca. Toda su carne, antaño afeitada, tenía un erizamiento animal.

—¡Ah! Tenías razón —dijo, arrojando una mirada desesperada a Albine—; hemos pecado, merecemos algún castigo terrible... Yo te tranquilizaba, no oía las

amenazas que te llegaban a través de las ramas.

Albine intentó volver a tomarlo en sus brazos, murmurando:

—Levántate, huyamos juntos... Tal vez aún sea tiempo de amarnos.

—No, ya no tengo fuerzas, la mínima piedrecilla me haría caer... Escucha. Me espanto a mí mismo. No sé qué hombre está en mí. Me he matado, y tengo llenas las manos de mi propia sangre. Si tú te me llevaras, nunca más obtendrías de mis ojos otra cosa que lágrimas.

Ella besó sus ojos que lloraban. Prosiguió con arrebató:

—¡No importa! ¿Me quieres?

Él, aterrado, no pudo contestar. Un andar aplomado, detrás de la tapia, hacía rodar las piedras. Era como el acercarse lento de un gruñido de ira. Albine no se había engañado, había alguien allí, turbando la paz de los bosquecillos con un aliento celoso. Entonces, ambos quisieron esconderse detrás de un matorral, presas de un redoblar de vergüenza. Pero ya, de pie en el umbral del boquete, Fray Archangias los veía.

El Hermano permaneció un instante, con los puños cerrados, sin hablar. Miraba a la pareja, a Albine refugiada en el cuello de Serge, con un asco de hombre que se encuentra una inmundicia en el fondo de una zanja.

—Me lo figuraba —masculló entre dientes—. Habían debido de esconderle aquí.

Dio unos pasos, gritó:

—Os estoy viendo, sé que estáis desnudos... Esto es una abominación. ¿Es usted acaso un animal, para correr los bosques con esta hembra? ¡Bien lejos le ha llevado, oiga! Lo ha arrastrado por la podredumbre, y mire, ahora está cubierto entero de pelos, como un macho cabrío... ¡Vamos, arranque una rama para que se la parta en la cintura!

Albine, con voz ardiente, decía muy bajito:

—¿Me quieres? ¿Me quieres?

Serge, con la cabeza baja, callaba, sin rechazarla aún.

—Menos mal que le he encontrado —continuó Fray Archangias—. Había descubierto este boquete... Ha desobedecido usted a Dios, ha matado su paz interior. La tentación le morderá siempre con su diente de llama, y de aquí en adelante ya no tendrá usted su ignorancia para combatirla... Es esta piojosa la que le ha tentado, ¿verdad? ¿No ve usted la cola de la serpiente retorcerse entre los mechones de su cabello? Tiene unos hombros cuya sola vista da vómitos... Suéltela, no la toque más, que es el principio del infierno... ¡En el nombre de Dios, salga de este jardín!

—¿Me quieres? ¿Me quieres? —repetía Albine.

Pero Serge se había apartado de ella, como verdaderamente herido por sus brazos desnudos, por sus hombros desnudos.

—¡En el nombre de Dios! ¡En el nombre de Dios! —gritaba el Hermano con voz atronadora.

Serge, invenciblemente, caminaba hacia el boquete. Cuando Fray Archangias, con un gesto brutal, lo hubo sacado fuera del Paradou, Albine, caída al suelo, con las manos locamente tendidas hacia su amor que se iba, se levantó, con el seno quebrado de sollozos. Huyó, desapareció por entre los árboles, cuyos troncos azotaba con sus cabellos sueltos.

LIBRO TERCERO

I

DESPUÉS del *Paternoster*, el abate Mouret, tras haberse inclinado delante del altar, se dirigió hacia el lado de la Epístola. A continuación, bajó y fue a hacer una señal de la cruz sobre Fortuné el alto y sobre la Rosalie, arrodillados uno junto al otro al borde de la tarima.

—*Ego conjugo vos in matrimonium; in nomine Patris et Filii et Spiritus sancti.*

—*Amén* —contestó Vincent, que ayudaba a misa, mirando la cara que ponía su hermano mayor, con curiosidad, por el rabillo del ojo.

Fortuné y Rosalie bajaban la barbilla, un poco emocionados, aunque se hubiesen dado de codazos al arrodillarse, para hacerse reír. Mientras tanto, Vincent había ido a buscar la bandeja y el aspersorio. Fortuné puso la alianza en la bandeja, un grueso anillo de plata lisa. Cuando el sacerdote lo hubo bendecido, rociándolo en forma de cruz, se lo entregó a Fortuné, quien lo puso en el anular de Rosalie, cuya mano seguía verdosa de manchas de hierba que el jabón no había podido quitar.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus sancti* —murmuró de nuevo el abate Mouret, dándoles una última bendición.

—*Amén* —respondió Vincent.

Era muy temprano. El sol aún no entraba por las anchas ventanas de la iglesia. En el exterior, en las ramas del serbal, cuyo verdor parecía haber reventado los cristales, se oía el ruidoso despertar de los gorriones. La Teuse, que no había tenido tiempo de arreglarle la casa a Dios Nuestro Señor, desempolvaba los altares, se aupaba sobre su pierna buena para pasar un paño a los pies del Cristo embadurnado de ocre y de laca; ordenaba las sillas con la mayor discreción posible, inclinándose, persignándose, golpeándose el pecho, siguiendo la misa, sin perder un solo plumerazo. Al pie del púlpito, a unos pasos de los novios, la tía Brichet era la única que asistía a la boda; rezaba de una manera exagerada; permanecía de rodillas, con un balbuceo tan fuerte que la nave estaba como llena de un volar de moscas. Y en el otro extremo, al lado del confesonario, Catherine llevaba en brazos un niño en mantillas; como el niño se había puesto a llorar, había tenido que volverse de espaldas al altar, haciéndole dar saltos, entreteniéndolo con la cuerda de la campana que le colgaba justo encima de la nariz.

—*Dominus vobiscum* —dijo el sacerdote, volviéndose, con las manos extendidas.

—*Et cum spiritu tuo* —contestó Vincent.

En aquel momento, entraron tres muchachas mayores. Se empujaban unas a otras, para ver, sin atreverse, no obstante, a avanzar demasiado. Eran tres amigas de la Rosalie, que, de camino a las tierras, acababan de escaparse, curiosas de oír lo que les diría el señor cura a los novios. Llevaban grandes tijeras colgadas de la cintura. Acabaron por esconderse detrás del baptisterio, pellizcándose, retorciéndose con contoneos de buenas piezas, sofocando risas en sus puños cerrados.

—¡Bueno! —dijo a media voz la Rousse, una muchacha soberbia, que tenía unos cabellos y una piel de cobre—, ¡no va a haber tortas al salir!

—¡Anda!, el tío Bambousse tiene razón —murmuró Lisa, bajita, renegrida, con unos ojos de llama—; el que tiene viñas, las cuida... Ya que el señor cura se ha empeñado en casar a Rosalie a toda costa, bien la puede casar él solo.

La otra, Babet, jorobada, con los huesos demasiado anchos, se reía burlonamente.

—La tía Brichet sí que no falta —dijo—. Ésa es devota por toda la familia... ¿Eh? ¿La oís, el runrún que se trae? Con esto ya ha hecho el día. ¡Desde luego, sabe lo que se hace!

—Tocar el órgano —prosiguió la Rousse.

Y se echaron a reír las tres. La Teuse, de lejos, las amenazó con el plumero. En el altar, el abate Mouret estaba comulgando. Cuando fue hacia el lado de la Epístola a que Vincent le vertiera, sobre el pulgar y el índice, el vino y el agua de la ablución, Lisa dijo más bajito:

—Ya está terminando. Ahora les hablará.

—Así —hizo notar la Rousse—, Fortuné el alto todavía podrá ir a su tierra, y la Rosalie no habrá perdido su jornada de vendimia. Es cómodo casarse temprano... Pues Fortuné el alto tiene cara de tonto.

—¡Toma, claro! —murmuró Babet—, es que le fastidia, al muchacho, eso de estar tanto rato de rodillas. Seguro que no le había vuelto a pasar desde la primera comunión.

Pero de pronto fueron distraídas por el crío, al que entretenía Catherine. Quería la cuerda de la campana, tendía las manos, morado de ira, atragantándose de gritar.

—¡Anda!, si está ahí el crío —dijo la Rousse.

El niño lloraba más alto, se debatía como un diablo.

—Ponle boca abajo, dale de mamar —sopló Babet a Catherine.

Ésta, con su desvergüenza de bribonzuela de diez años, levantó la cabeza y se echó a reír.

—Pues vaya diversión —dijo sacudiendo al niño—. ¿Te quieres callar, cacho cerdo?... Mi hermana me lo ha soltado en las rodillas.

—Ya me figuro —prosiguió malévolamente Babet—. ¡No se lo iba a dar a guardar al señor cura, digo yo!

Esta vez, la Rousse casi se cayó de culo, de la carcajada que soltó. Se dejó caer contra la pared, con los puños en las costillas, riéndose que se reventaba. Lisa se había arrojado contra ella, cogiéndole en los hombros y en el talle pellizcos de carne, por mejor desahogo. Babet tenía una risa de jorobada que le pasaba por entre los labios apretados con un ruido de sierra.

—Si no es por el niño —continuó—, el señor cura habría desperdiciado el agua bendita... el tío Bambousse estaba decidido a casar a Rosalie con el hijo de los Laurent, del barrio de las Figuières.

—Sí —dijo la Rousse entre risa y risa—, ¿sabéis lo que hacía el tío Bambousse? Le tiraba terrones a la espalda a Rosalie, para que no viniera el niño.

—Pues está un rato hermoso, con todo —murmuró Lisa—. Le han aprovechado los terrones.

Con esto, la emprendían a mordiscos las tres, en un ataque de hilaridad loca, cuando se acercó la Teuse cojeando furiosamente. Había ido a coger la escoba de detrás del altar. Las tres muchachas se asustaron, retrocedieron, se comportaron.

—¡Bribonas! —tartamudeó la Teuse—. ¡Y todavía venís a decir aquí vuestras porquerías...! Tú, Rousse, ¿no te da vergüenza? Allí tendrías que estar, de rodillas delante del altar, como la Rosalie... Os echo fuera, ¿me oís?, como os mováis.

A las mejillas cobrizas de la Rousse asomó un ligero rubor, mientras Babet le miraba la cintura, con una risa burlona.

—Y tú —continuó la Teuse volviéndose hacia Catherine—, ¿quieres dejar en paz a ese niño? Le estás pellizcando tú para que grite. ¡No digas que no!... Trae aquí.

Lo cogió, lo acunó un momento y lo dejó en una silla, en donde se durmió, con una paz de querubín. La iglesia volvió a la serenidad triste que cortaban solamente los gritos de los gorriones en el serbal. En el altar, Vincent había vuelto a llevar el misal a la derecha, el abate Mouret acababa de plegar el corporal y de meterlo en la bolsa. Ahora estaba diciendo las últimas oraciones, con un recogimiento solemne, que no habían podido turbar ni los llantos del niño ni las risas de las muchachas. Parecía no oír nada, estar totalmente absorto en los votos que dirigía al cielo por la pareja cuya unión había bendecido. Aquella mañana, el cielo permanecía gris con un polvillo de calor que anegaba el sol. Por los cristales rotos no entraba más que un vaho rojizo, que anunciaba un día de tormenta. A lo largo de las paredes, los grabados violentamente iluminados del vía crucis desplegaban la brutalidad ensombrecida de sus manchas amarillas, azules y rojas. Al fondo de la nave, crujían los entablados resacos de la tribuna; mientras que las hierbas de la escalera, que se habían hecho gigantes, colaban bajo el portón largos tallos de paja madura, poblados de pequeños saltamontes pardos. El reloj, en su caja de madera, emitió un desgarró de maquinaria tísica, como para aclararse la voz, y dio sordamente la campanada de las seis y media.

—*Ite, missa est* —dijo el sacerdote, volviéndose hacia la iglesia.

—*Deo gratias* —contestó Vincent.

Después, tras haber besado el altar, el abate Mouret se volvió de nuevo, murmurando, por encima de la nuca inclinada de los esposos, la oración final:

—*Deus Abraham, Deus Isaac et Deus Jacob vobiscum sit...*

Su voz se perdía en una suavidad monótona.

—Ya está, les va a hablar —susurró Babet a sus dos amigas.

—Está muy pálido —hizo notar Lisa—. No es como el señor Caffin, con aquella cara gordota que siempre parecía estarse riendo... Mi hermana pequeña Rose me ha contado que a éste no se atreve a decirle nada, cuando se confiesa.

—Da igual —murmuró la Rouse—, no es mal hombre. La enfermedad le ha envejecido un poco, pero le sienta bien. Tiene unos ojos más grandes, con dos pliegues en las comisuras de la boca que le hacen parecer un hombre... Antes de la fiebre ésa, era demasiado niña.

—Yo creo que sufre por algo —prosiguió Babet—. Cualquiera diría que se está consumiendo. Su rostro parece muerto, pero le relucen los ojos, ¡ya ves! ¿No lo veis, cuando baja despacito los párpados, como para apagar sus ojos?

La Teuse agitó la escoba.

—¡Ssssh! —silbó, tan enérgicamente, que pareció haberse engolfado en la iglesia una ráfaga de viento.

El abate Mouret se había recogido. Empezó en voz casi baja:

—Mi querido hermano, mi querida hermana, estáis unidos en Jesús. La institución del matrimonio es el trasunto de la unión sagrada de Jesús y de su Iglesia. Es un vínculo que nada puede romper, que Dios quiere eterno, para que el hombre no separe lo que el cielo ha unido. Haciéndoos huesos de vuestros huesos, Dios os ha enseñado que tenéis el deber de caminar uno al lado del otro, como una pareja fiel, siguiendo las vías prevenidas por su omnipotencia. Y debéis amaros en el amor mismo de Dios. La mínima amargura entre vosotros sería una desobediencia al Creador que os ha sacado de un solo cuerpo. Permaneced, pues, unidos para siempre, a imagen de la Iglesia con la que Jesús se desposó, dándonos a todos su carne y su sangre.

Fortuné el alto y la Rosalie, con la nariz curiosamente levantada, escuchaban.

—¿Qué dice? —preguntó Lisa, que oía mal.

—¡Diantre! Ha dicho lo que se dice siempre —contestó la Rouse—. Tiene la lengua bien puesta, como todos los curas.

Mientras tanto, el abate Mouret continuaba recitando, con los ojos vacíos, mirando, por encima de la cabeza de los esposos, un rincón perdido de la iglesia. Y poco a poco su voz se ablandaba, él ponía un enternecerse en aquellas palabras, que antaño se había aprendido con ayuda de un manual destinado a los curas jóvenes. Se había girado ligeramente hacia la Rosalie; decía, añadiendo frases emocionadas, cuando le fallaba la memoria:

—Mi querida hermana, sométase usted a su marido, como la Iglesia está sometida a Jesús. Recuerde que debe abandonarlo todo para seguirle, como sierva fiel. Abandonará usted a su padre y a su madre, se unirá a su esposo, le obedecerá, con el fin de obedecer al propio Dios. Y su yugo será un yugo de amor y de paz. Sea usted su descanso, su felicidad, el perfume de sus buenas obras, la salvación de sus horas de desfallecimiento. Que él la encuentre constantemente a su lado, igual que una bendición. Que no tenga más que extender la mano para encontrar la suya. Así es como caminarán los dos, sin extraviarse nunca, y como encontrarán la felicidad en el cumplimiento de las leyes divinas. ¡Oh!, mi querida hermana, mi querida hija, su humildad está llena a rebosar de frutos dulces; hará crecer en su casa las virtudes

domésticas, los gozos del hogar, las prosperidades de las familias piadosas. Tenga para con su marido la ternura de Raquel, tenga la prudencia de Rebeca, la larga fidelidad de Sara. Convéznase de que una vida pura conduce al logro de todos los bienes. Pídale a Dios todas las mañanas la fuerza de vivir como mujer que respeta sus obligaciones, porque el castigo sería terrible, perdería usted su amor. ¡Oh! ¡Vivir sin amor, arrancarse la carne de su propia carne, dejar de ser de aquel que es la mitad de usted misma, agonizar lejos de aquello que uno ha amado! Usted tendería los brazos y él se apartaría de usted. Buscaría sus gozos, y no encontraría sino vergüenza en el fondo de su corazón. Óigame, hija mía, es en usted, en la sumisión, en la pureza, en el amor, donde Dios ha puesto la fuerza de su unión.

En aquel momento, hubo una risa en el otro extremo de la iglesia. El niño se acababa de despertar encima de la silla en la que lo había acostado la Teuse. Pero ya no estaba enfurruñado; se reía él solo, tras haber abierto una brecha en su mantilla, dejando asomar unos piecitos rosas que agitaba en el aire. Y eran sus piecitos los que le daban risa.

Rosalie, a la que aburría la alocución del sacerdote, giró la cabeza con premura, sonriendo al niño. Pero cuando lo vio pataleando encima de la silla le dio miedo; lanzó una mirada terrible a Catherine.

—Sí, mírame lo que quieras —murmuró ésta—. Yo no lo vuelvo a coger... ¡Para que siga gritando!

Y fue, bajo la tribuna, a acechar un hormiguero, en la esquina partida de una losa.

—El señor Caffin no se enrollaba tanto —dijo la Rousse—. Cuando casó a Miette la guapa, no le dio más que un par de cachetes en la mejilla, diciéndole que fuera buena.

—Mi querido hermano —prosiguió el abate Mouret, medio girado hacia Fortuné el alto—, es Dios quien le otorga hoy una compañera; porque no quiso que el hombre viviese solitario. Pero, si bien decidió que ella sería su sierva, exige de usted que sea un amo lleno de dulzura y de afecto. Usted la amará, porque ella es su propia carne, su sangre y sus huesos. La protegerá, porque Dios tan sólo le ha dado sus brazos fuertes para extenderlos por encima de su cabeza, en las horas de peligro. Recuerde que ella le está confiada; ella es la sumisión y la debilidad de la que usted no podría abusar sin delito. ¡Oh! ¡Mi querido hermano, qué orgullo tan feliz ha de ser el suyo! A partir de ahora, ya no vivirá en el egoísmo de la soledad. En todo momento, tendrá un deber adorable. Nada hay mejor que amar, a no ser proteger a aquéllos a los que uno ama. Su corazón en ello se ensanchará, sus fuerzas de hombre se centuplicarán. ¡Oh! Ser un apoyo, recibir un afecto en custodia, ver a una niña anularse en usted, diciendo: «¡Tómame, haz conmigo lo que te plazca, tengo confianza en tu lealtad!». ¡Y caiga la condenación sobre usted, si algún día llegara a dejarla de lado! Sería el más cobarde abandono que tuviese Dios que castigar. Desde el momento en que ella se ha entregado, es suya para siempre. Mejor, llévela entre sus brazos, no la deposite

en el suelo más que cuando en él se encuentre segura. Abandónelo todo, mi querido hermano...

El abate Mouret, con la voz profundamente alterada, no dejó oír ya más que un murmullo indistinto. Había bajado completamente los párpados, con la cara toda blanca, hablando con una emoción tan dolorida que el propio Fortuné el alto lloraba sin entender.

—Todavía no está recuperado —dijo Lisa—. Hace mal en fatigarse... ¡Atiza! ¡Fortuné llorando!

—Los hombres, es que son más tiernos que las mujeres —murmuró Babet...

—Pues, con todo, ha hablado bien —concluyó la Rouse—. Los curas estos se sacan de la manga un montón de cosas que no se le ocurren a nadie.

—¡Ssshh! —gritó la Teuse, que ya se disponía a apagar las velas.

Pero el abate Mouret balbuceaba, intentaba encontrar las frases finales.

—Por eso, mi querido hermano, mi querida hermana, deben vivir en la fe católica, que es la única que puede garantizar la paz de su hogar. Sus familias seguro que les han enseñado a amar a Dios, a rezarle mañana y noche, a no contar más que con los dones de su misericordia...

No terminó. Se giró para coger el cáliz de encima del altar y regresó a la sacristía, con la cabeza inclinada, precedido por Vincent, que a punto estuvo de dejar caer las vinajeras y el cornijal, intentando ver lo que hacía Catherine en el fondo de la iglesia.

—¡Oh! ¡La muy desalmada! —dijo Rosalie, que dejó plantado a su marido para ir a coger a su niño entre los brazos.

El niño reía. Rosalie lo besó, le recompuso las mantillas, mientras amenazaba a Catherine con el puño.

—Si se llega a caer, menudo par de cachetes te suelto.

Fortuné el alto llegaba, contoneándose. Las tres muchachas se habían acercado, pellizcándose los labios.

—Todo orgulloso que está ahora —murmuró Babet al oído de las otras dos—. Este piojoso se ha ganado los escudos del tío Bambousse en el heno, detrás del molino... Todas las tardes lo veía yo irse con Rosalie, a cuatro patas, siguiendo el murete.

Rieron con sorna. Fortuné el alto, de pie ante ellas, rió con más intensidad. Pellizcó a la Rouse, dejó que Lisa lo tratase de tonto. Era un muchacho recio y que se ponía a la gente por montera. El cura le había aburrido.

—¡Eh! ¡Madre! —llamó con su gruesa voz.

Pero la vieja Brichet mendigaba a la puerta de la sacristía. Allí estaba, toda llorosa, toda flaca, ante la Teuse, que le metía unos huevos en los bolsillos del delantal. Fortuné no sintió la menor vergüenza. Guiñó los ojos, diciendo:

—¡Vaya espabilo se gasta mi madre!... ¡Toma! ¡Si el cura quiere gente en su iglesia!

Mientras tanto, Rosalie se había serenado. Antes de irse, le preguntó a Fortuné si le había rogado al señor cura que fuese aquella noche a bendecir su dormitorio, según la costumbre de la región. Entonces, Fortuné corrió a la sacristía, cruzando la nave a taconazo limpio, igual que habría cruzado una tierra. Y volvió a aparecer, gritando que el cura iría. La Teuse, escandalizada del alboroto de aquella gente, que parecía creerse en un camino real, daba leves palmadas, los empujaba hacia la puerta.

—Se acabó —decía—, retírense, vayan al trabajo.

Y los creía a todos afuera, cuando vio a Catherine, con quien Vincent había ido a reunirse. Ambos se inclinaban ansiosamente encima del hormiguero. Catherine, con una paja larga, hurgaba en el agujero, con tal violencia que por la losa corría una marea de hormigas espantadas. Y Vincent decía que había que llegar hasta el fondo para encontrar a la reina.

—¡Ah! ¡Eos muy tunantes! —gritó la Teuse—. ¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Queréis dejar en paz a esos animalitos?... Ése es el hormiguero de la señorita Désirée. Contenta se iba a poner como os viera.

Los niños salieron corriendo.

II

EL abate Mouret, en sotana, destocado, había regresado para arrodillarse al pie del altar. En la claridad gris que caía de las ventanas, la tonsura le agujereaba los cabellos con una mancha pálida, muy ancha, y el ligero escalofrío que le plegaba la nuca parecía venir del frío que debía de estar sintiendo en ese lugar. Rezaba ardientemente, con las manos juntas, tan perdido en el fondo de sus súplicas, que en absoluto oía los pesados pasos de la Teuse, quien daba vueltas a su alrededor sin atreverse a interrumpirlo. Parecía sufrir, al verlo aplastado de aquel modo, con las rodillas quebradas. Por un momento, creyó que lloraba. Entonces, se metió detrás del altar para acecharle. Desde su regreso, ya no quería dejarlo solo en la iglesia, tras habérselo encontrado una noche desvanecido en el suelo, con los dientes apretados, las mejillas heladas, como muerto.

—Venga usted, señorita —le dijo a Désirée, que alargaba la cabeza por la puerta de la sacristía—. Ahí está otra vez, haciéndose daño... Ya sabe que no escucha a nadie más que a usted. Désirée sonreía.

—¡Pues claro!, hay que desayunar —murmuró—. Tengo mucha hambre.

Y se acercó al sacerdote, de puntillas. Cuando estuvo al lado, lo cogió del cuello, le dio un beso.

—Buenos días, hermano —dijo—. ¿Es que me quieres matar de hambre hoy?

Él levantó un rostro tan doliente que ella le volvió a besar, en las dos mejillas; salía de una agonía. Después, la reconoció, intentó apartarla suavemente; pero ella le tenía cogida una de las manos y no la soltaba. Apenas si le permitió santiguarse. Se lo llevaba a rastras.

—Que tengo hambre, ven. Tú también tienes hambre.

La Teuse había preparado el desayuno, al fondo del huertecillo, bajo dos grandes moreras cuyas ramas desplegadas ponían en él una techumbre de follaje. El sol, vencedor por fin de los vahos tempestuosos del amanecer, calentaba los cuadrados de verduras, mientras que la morera arrojaba un ancho lienzo de sombra sobre la mesa coja, en la que estaban servidas dos tazas de leche, acompañadas de gruesas rebanadas de pan.

—Ya ves, qué agradable —dijo Désirée, encantada de comer al aire libre.

Ya estaba cortando enormes sopas, que mordía con soberbio apetito. Como la Teuse permanecía de pie delante de ellos:

—¿Qué pasa, tú no comes? —preguntó.

—Ahora —contestó la anciana sirvienta—. Tengo puestas mis sopas a calentar.

Y, al cabo de un silencio, maravillada por las dentelladas de aquella niña grande, prosiguió, dirigiéndose al sacerdote:

—Es un placer, por lo menos... ¿No le da hambre verla, señor cura? Tiene usted que obligarse.

El abate Mouret sonreía, mirando a su hermana.

—¡Oh! Goza de buena salud —murmuró—. Todos los días engorda.

—¡Toma! ¡Porque como! —exclamó ella—. Tú, si comieras, te pondrías muy gordo... ¿Es que estás enfermo otra vez? Pareces muy triste... No quiero que vuelva a pasar, ¿me oyes? Me aburrí muchísimo mientras que se te llevaron para curarte.

—Tiene razón —dijo la Teuse—. No tiene usted sentido común, señor cura; esto no es vida, sustentarse con dos o tres migajas al día, como un pajarito. ¡Ya no se le renueva la sangre, diantres! Eso es lo que le tiene así de pálido... ¿No le da vergüenza estar más flaco que un clavo, cuando nosotras, que no somos más que mujeres, estamos tan gordas? La gente se debe de creer que no le dejamos nada en las fuentes.

Y las dos, reventando de salud, lo reñían amigablemente. Él tenía unos ojos muy grandes, muy claros, detrás de los cuales se veía como un vacío. Seguía sonriendo.

—No estoy enfermo —contestó—. Casi me he terminado la leche.

Había bebido dos sorbitos, sin tocar las rebanadas de pan.

—Los animales —dijo Désirée pensativa— tienen mejor salud que la gente.

—¡Vaya! ¡En buen sitio nos deja esa ocurrencia que ha tenido! —exclamó la Teuse riendo.

Pero aquella pobrecilla inocente de veinte años no tenía malicia alguna.

Claro que sí —continuó—. A las gallinas no les duele la cabeza, ¿a que no? A los conejos, los ceba uno todo lo que quiere. Y mi cerdo, no puedes decir que parezca nunca que está triste.

Después, volviéndose hacia su hermano, con aire encantado:

—Le he llamado Mathieu, porque se parece a ese señor gordo que trae las cartas; se ha puesto la mar de fuerte... No eres nada amable al negarte siempre a verlo. Un día de éstos me dejás que te lo enseñe, anda.

Mientras se ponía mimosa, había cogido las rebanadas de su hermano, que mordía a buenas dentelladas. Se había terminado una y estaba empezando la segunda, cuando la Teuse se dio cuenta.

—¡Pero que ese pan no es suyo! ¡Ahora resulta que le quita los bocados de la boca!

Deje usted —dijo el abate Mouret suavemente—, yo no las habría tocado... Come, cómetelo todo, bonita mía.

Désirée se había quedado un instante confusa, mirando el pan, conteniéndose para no llorar. Después, se echó a reír, acabándose la rebanada. Y continuaba:

—Mi vaca tampoco está triste como tú... No estabas cuando me la regaló el tío Pascal, haciéndome prometer que me portaría bien. Si no, habrías visto lo contenta que se puso cuando la abracé la primera vez.

Prestó oídos. Venía del corral un canto de gallo, crecía un alboroto, aleteos, gruñidos, gritos roncós, todo un pánico de animales espantados.

—¡Ah!, no sabes —prosiguió bruscamente batiendo palmas—, debe de estar preñada... La llevé al toro, a tres leguas de aquí, al Béage. ¡Toma! ¡Es que en todas

partes no hay toros!... Y luego, mientras estaba con él, me quise quedar, para verlo.

La Teuse se encogía de hombros, mirando al sacerdote, con aire contrariado.

—Haría usted mejor, señorita, en ir a poner paz entre sus gallinas... Toda su gente se está asesinando ahí.

Pero Désirée tenía empeño en su historia.

—Se subió encima de ella, y la cogió entre sus patas... La gente se reía. Pues no hay de qué reírse; es natural. Las madres tendrán que parir crías, ¿no?... Oye, ¿tú crees que tendrá una cría?

El abate Mouret hizo un gesto indefinido. Sus párpados se habían quebrado ante las miradas claras de la muchacha.

—¡Eh! ¡Corra! —gritó la Teuse—. Se están devorando.

La disputa se volvía tan violenta, en el corral, que Désirée se marchaba con un gran ruido de faldas, cuando el sacerdote la requirió.

—¿Y la leche, corazón, no te has terminado la leche?

Le tendía su taza, que apenas había tocado.

Ella volvió y se bebió la leche sin el menor escrúpulo, a pesar de los ojos irritados de la Teuse. Después tomó impulso de nuevo y corrió al corral, donde se la oyó poner paz. Debía de haberse sentado en medio de sus animales; canturreaba bajito, como para acunarlos.

III

— **A** HORA queman las sopas —rezongó la Teuse, que volvía de la cocina con una escudilla, en la, que venía hincada una cuchara de madera.

Se quedó de pie delante del abate Mouret, empezando a comer en la punta de la cuchara, con precaución. Esperaba alegrarlo, sacarlo del silencio postrado en el que lo veía. Desde que había vuelto del Paradou, se decía curado, no se quejaba nunca; muchas veces, incluso, sonreía de un modo tan tierno que la enfermedad, según las gentes de Los Artaud, parecía haber duplicado su santidad. Pero, por momentos, se sumía en crisis de silencio; parecía debatirse en una tortura que empleaba todas sus fuerzas en no confesar; y era una agonía muda que lo quebraba, que lo mantenía alhelado durante horas, presa de alguna abominable lucha interior, cuya violencia tan sólo se adivinaba en el trasudor de angustia de su rostro. La Teuse entonces ya no se separaba de él, aturdiéndolo con una marea de palabras, hasta que poco a poco hubiera recuperado su aspecto dulce, como vencedor de la rebelión de su sangre. Aquella mañana, la anciana sirvienta presentía un ataque aún más recio que las otras. Se puso a hablar con profusión, mientras seguía desconfiando de la cuchara que le quemaba la lengua.

—De verdad, hay que vivir en el fondo de una tierra de lobos para ver cosas semejantes. A ver, ¿se casa la gente a la luz de las velas en los pueblos honrados? De sobra se ve con eso que todos estos Artaud son unos don nadie... Yo, en Normandía, tengo vistas bodas que ponían a la gente en danza en dos leguas a la redonda. Nos pasábamos tres días comiendo. Asistía el cura; el alcalde también; en la boda de una prima mía, vinieron hasta los bomberos. ¡Y anda que nos divertíamos!... Pero levantar a un sacerdote antes que amanezca Dios para casarse a una hora que todavía están acostadas hasta las gallinas, ¡qué poco juicio! Yo en su lugar, señor cura, me habría negado... ¡Pues claro! No ha dormido usted bastante, igual ha cogido frío en la iglesia. Eso es lo que le ha puesto mal cuerpo. Y añádale a eso que más le gustaría a uno casar animales que a esa Rosalie y su piojoso, con el crío que se me ha hecho pis en una silla... Hace usted mal en no decirme dónde siente malestar. Le haría algo caliente... ¿Eh? Señor cura, contésteme.

Él contestó débilmente que estaba bien, que tan sólo necesitaba un poco de aire. Acababa de respaldarse en una de las moreras, con la respiración corta, abandonándose.

—¡Bien, bien! Haga usted lo que se le antoje —prosiguió la Teuse—. Case a la gente cuando no tiene fuerzas para hacerlo y cuando eso le va a costar la salud. Me lo veía yo venir, ya lo había dicho ayer... Lo mismo, si me escuchase no se quedaría ahí, ya que el olor del corral le incomoda. Apesta un rato, en este momento. No sé lo que puede estar removiendo ahora la señorita Désirée. Ella canta, a ella le trae al fresco, le salen colores con esas cosas... ¡Ah! Quería decirle. Sabrá que hice de todo para impedirle que se quedase cuando el toro montó a la vaca. Pero se parece a usted,

¡es de tozuda! Menos mal que, con ella, esas cosas no tienen importancia. Le dan la vida los animales con las crias... A ver, señor cura, sea usted razonable. Déjeme llevarle a su cuarto. Se echa usted, descansa un poco... ¿No, no quiere? ¡Bueno! ¡Pues allá usted si sufre! ¡Uno no se guarda su dolor en la conciencia hasta que se ahoga!

Y, de rabia, tragó una gran cucharada de sopas, a riesgo de desollarse la garganta. Daba golpes con el mango de la cuchara en la escudilla, gruñendo, hablándose a sí misma.

—Habrase visto, hombre como éste. Antes reventaría que soltar una palabra... ¡Ah! Por mí, que se calle. Bastante sé yo. No hay que afinar mucho para adivinar lo demás... Sí, sí, que se calle. Mejor será.

La Teuse estaba celosa. El doctor Pascal había librado con ella un auténtico combate para quitarle a su enfermo cuando había juzgado perdido al joven sacerdote si lo dejaba en la casa rectoral. Tuvo que explicarle que la campana le aumentaba la fiebre, que las imágenes de santidad, de las que estaba llena su habitación, atormentaban su cerebro con alucinaciones; que precisaba, finalmente, un olvido completo, un medio diferente, en el que pudiera renacer, en la paz de una existencia nueva. Y ella sacudía la cabeza, decía que en ningún sitio encontraría «aquella criatura» una enfermera mejor que ella. No obstante, había acabado consintiendo; incluso se había resignado a verlo ir al Paradou, sin dejar de protestar contra aquella decisión del doctor, que la confundía. Pero conservaba una firme inquina contra el Paradou. Se sentía sobre todo herida por el silencio del abate Mouret sobre el tiempo que había vivido en él. Muchas veces se las había ingeniado en vano para hacerle hablar. Aquella mañana, exasperada de verlo tan pálido, obstinándose en sufrir sin una queja, acabó por blandir su cuchara como un palo, gritó:

—Pues si tan bien estaba usted allí, señor cura, vuélvase allí... Allí hay una persona que seguramente le cuidará mejor que yo.

Era la primera vez que aventuraba una alusión directa. El golpe fue tan cruel que el sacerdote dejó escapar un leve grito, alzando su rostro dolorido. A la buena de la Teuse le pesó.

—Además —murmuró—, la culpa es de su tío Pascal. Bastante le dije, por cierto. Pero estos sabios, no hay manera de sacarlos de sus ideas. Los hay que te dejan morir para luego mirarte por dentro del cuerpo... A mí aquello me puso tan rabiosa que no quise comentarlo con nadie. Sí, señor, fue gracias a mí si no supo nadie dónde estaba usted, de tan abominable como me parecía. Cuando el abate Guyot, de Saint-Eutrope, que le sustituyó durante su ausencia, venía a decir misa aquí, los domingos, yo le contaba cuentos, le juraba que estaba usted en Suiza. Ni siquiera sé dónde está eso de Suiza... Desde luego, yo no quiero causarle dolor, pero por seguro que es allí donde cogió usted su mal. Valiente curación la suya. Mejor habrían hecho en dejarle conmigo, que no se me hubiera ocurrido volverle la cabeza como un guante.

El abate Mouret, con la frente de nuevo inclinada, no la interrumpía. Ella se había sentado en el suelo, a unos pasos de él, para intentar verle los ojos. Prosiguió maternalmente, encantada con la complacencia que él parecía poner en escucharla.

—Nunca ha querido usted conocer la historia del abate Caffin. En cuanto me pongo a hablar, me manda callar... ¡Bueno! Pues el abate Caffin, en nuestra tierra, en Canteleu, se había metido en líos. Y, con todo, era un hombre muy santo, y que poseía un carácter de oro. Pero, fíjese, era muy de agasajos, le gustaban las cosas finas. Tanto, que le rondaba una señorita, la hija de un molinero, a la que sus padres habían metido interna. Resumiendo, pasó lo que tenía que pasar, me entiende usted, ¿verdad?... Total, cuando la cosa se supo, toda la región se enfureció contra el abate. Lo buscaban para matarlo a pedradas. Se escapó a Rouen y fue a llorarle al arzobispo. Y lo mandaron aquí. El pobre hombre, bastante castigo tuvo con vivir en este agujero... Más tarde supe de la chica. Se casó con un tratante en bueyes. Le va muy bien.

La Teuse, encantada de haber colocado su historia, vio una incitación en la inmovilidad del sacerdote. Se acercó, continuó:

—¡Bendito padre Caffin! No era orgulloso conmigo, muchas veces me hablaba de su pecado. ¡Eso no le priva de estar en el cielo, se lo digo yo! Puede dormir tranquilo, ahí al lado, bajo la hierba, porque nunca le hizo daño a nadie... Yo no entiendo que le cojan a un sacerdote tanta inquina cuando se extravía. ¡Cosa más natural! No está bien hecho, claro, es una cochinado que a Dios seguramente le irrita. Pero aún es mejor hacer eso que ir a robar. ¡Se confiesa uno, y listo!... ¿Verdad, señor cura, que cuando uno se arrepiente de verdad, logra la salvación igual?

El abate Mouret se había incorporado lentamente. Con un esfuerzo supremo, acababa de domeñar su angustia. Pálido aún, dijo con voz firme:

—No hay que pecar nunca, ¡nunca, nunca!

—¡Ah! Mire usted —exclamó la anciana sirvienta—, ¡es demasiado orgulloso, padre! ¡Tampoco es bueno el orgullo!... Yo que usted, no me pondría tan tieso. Uno cuenta lo que le pasa, no se corta uno el corazón en cuatro de repente, ¡en fin, uno se va acostumbrando a la separación! Poco a poco se va pasando... Salvo que usted, mire que hasta evita pronunciar el nombre de esa gente. Prohíbe que se hable de ellos, son como si se hubieran muerto. Desde que volvió, no me he atrevido a darle ni la menor noticia. ¡Pues bien!, ahora pienso hablar y decir lo que sepa, porque de sobra veo que es todo este silencio lo que le da vueltas por el corazón.

Él la miraba severamente, alzando un dedo para mandarle callar.

—Sí, sí —continuó ella—, tengo noticias de allí, y hasta con mucha frecuencia, y se las pienso dar... Para empezar, esa persona no está más feliz que usted.

—¡Cállese! —dijo el abate Mouret, que sacó fuerzas para ponerse de pie y poder alejarse.

La Teuse se levantó también, cortándole el paso con su masa enorme. Se enfadaba, gritaba:

—¡Hala, ya estamos!... Pero me va a escuchar. Usted sabe lo poco que me gusta esa gente de allí, ¿verdad? Si le hablo de ellos, es por su bien... Hay quien dice que estoy celosa. Pues mire, sueño con llevarle allí algún día. Estaría conmigo, no temería obrar mal... ¿Quiere?

Él la apartó con el gesto, el rostro calmo, diciendo:

—No quiero nada, no sé nada... Mañana tenemos misa mayor. Habrá que preparar el altar.

Después, tras haber echado a andar, añadió con una sonrisa:

—No se preocupe, mi buena Teuse. Soy más fuerte de lo que usted cree. Me curaré solo.

Y se alejó, con aire firme, la cabeza erguida, habiendo vencido. Su sotana, a lo largo de los ribetes de tomillo, tenía un rozar muy suave. La Teuse, que se había quedado plantada en el mismo sitio, recogió su escudilla y su cuchara de madera, refunfuñando. Mascaba entre dientes unas palabras que acompañaba encogiéndose repetidamente de hombros.

—Se hace el valiente, se cree hecho de otra pasta que los demás hombres, porque es cura... La verdad es que éste es un rato duro. Otros he conocido yo que no hacía falta hacerles cosquillas tanto tiempo. Y es capaz de aplastarse el corazón como quien aplasta una pulga. Su Dios es el que le da esa fuerza.

Volvía a la cocina cuando vio al abate Mouret, de pie, ante la puerta con ventano del corral. Désirée le había parado para darle a sopesar un capón que venía cebando desde hacía unas semanas. Él decía complacientemente que pesaba mucho, cosa que hacía reír de gusto a aquella niña grande.

—Los capones también se aplastan el corazón como una pulga —tartamudeó la Teuse, absolutamente furiosa—. Razones no les faltan. De modo que no hay gloria alguna en vivir bien.

IV

EL abate Mouret se pasaba los días en la casa rectoral. Evitaba los largos paseos que daba antes de su enfermedad. Las tierras abrasadas de Los Artaud, los ardores de aquel valle en el que no crecían más que cepas retorcidas, lo desazonaban. Por dos veces había intentado salir, de mañana, para leer su breviario al hilo de los caminos; pero no había llegado ni a rebasar el pueblo, se había vuelto, turbado por los olores, el pleno sol, la amplitud del horizonte. Tan sólo a última hora, en el frescor de la noche que caía, aventuraba unos pasos delante de la iglesia, por la explanada que se extendía hasta el cementerio. Después de comer, para mantenerse ocupado, presa de una necesidad de actividad que no sabía cómo satisfacer, se había impuesto la tarea de pegar vidrios de papel en los cristales rotos de la nave. Aquello lo había tenido, durante ocho días, subido a una escalera, muy atento a colocar convenientemente los cristales, recortando el papel con delicadezas de bordado, extendiendo la cola de modo que no quedase rebaba. La Teuse velaba al pie de la escalera. Désirée gritaba que no tapase todos los cristales, con el fin de que pudiesen entrar los gorriones; y, para no hacerla llorar, el sacerdote se olvidaba dos o tres en cada ventana. Después, acabada aquella reparación, le había nacido la ambición de embellecer la iglesia, sin llamar ni a albañil, ni a carpintero, ni a pintor. Lo haría todo él mismo. Aquellas ocupaciones manuales, decía, lo entretenían, le devolvían las fuerzas. El tío Pascal, cada vez que pasaba por la rectoría, lo animaba, asegurando que ese cansancio era de más provecho que todas las drogas del mundo. A partir de aquel momento, el abate Mouret tapó los agujeros de las paredes con puñados de yeso, claveteó los altares a grandes martillazos, machacó colores para dar una mano de pintura al púlpito y al confesonario. Fue un acontecimiento en la región. Se hablaba de ello a dos leguas. Venían campesinos, con las manos a la espalda, a ver trabajar al señor cura. Él, con un mandil azul ceñido a la cintura, con las muñecas doloridas, se absorbía en aquella áspera tarea, tenía un pretexto para no salir más. Vivía sus jornadas en medio de los cascotes, más tranquilo, casi sonriente, olvidando el exterior, los árboles, el sol, los vientos tibios, que lo turbaban.

—El señor cura es muy dueño, siendo que eso al concejo no le cuesta nada — decía el tío Bambousse con una risa sarcástica, al entrar todas las tardes para comprobar qué tal iban las obras.

El abate Mouret se gastó en aquello sus ahorros del seminario. Eran, por otro lado, unas mejoras cuya torpe ingenuidad habría provocado la sonrisa. Poco tardó en hartarse de la albañilería. Se conformó con revocar el contorno de la iglesia, a la altura de un hombre. La Teuse amasaba el yeso. Cuando ésta habló de reparar también la casa rectoral, a la que siempre temía, decía, ver caer sobre sus cabezas, él le explicó que no sabría hacerlo, que haría falta un operario; cosa que provocó una terrible disputa entre ellos. Ella gritaba que no era razonable poner tan bonita una iglesia en la que no dormía nadie cuando al lado había habitaciones en las que

seguramente se los encontrarían muertos una mañana de aquéllas, aplastados por los techos.

—Yo, para empezar —gruñía—, acabaré por venir a hacerme aquí la cama, detrás del altar. Paso demasiado miedo por las noches.

Al ver que escaseaba el yeso, ya no volvió a mencionar la casa rectoral. Después, la vista de las pinturas que ejecutaba el señor cura la arrebatava. Fue ése el gran encanto de toda aquella tarea. El abate, que había puesto trozos de tabla por todas partes, se complacía en extender sobre los revestimientos de madera un bonito color amarillo, con un pincel grueso. Había, en el pincel, un vaivén muy suave, cuyo acunar lo adormecía un poco, lo dejaba sin pensamiento durante horas, siguiendo las carnosas estelas de la pintura. Cuando todo estuvo amarillo, el confesonario, el púlpito, la tarima, hasta la caja del reloj, se aventuró a hacer unos retoques de mármol falso para adecentar el altar mayor. Y, envalentonándose, lo repintó entero. Vino en procesión para verlo gente que llevaba cincuenta años sin asistir a una misa.

Las pinturas, ahora, estaban secas. Al abate Mouret ya no le quedaba más que enmarcar los tableros con un filo marrón. De modo que, nada más comer, se puso a la tarea, queriendo que todo estuviese terminado aquella misma noche, porque el día siguiente era un día de misa mayor, como le había recordado a la Teuse. Ésta esperaba para asear el altar; ya había colocado en la credencia los candelabros y la cruz de plata, los jarrones de porcelana llenos de rosas artificiales, la sabanilla ribeteada de encaje de las fiestas mayores. Pero los filos fueron tan delicados de hacer limpiamente que él se demoró hasta la noche. Caía el día en el momento en que él remataba el último tablero.

—Será demasiado bonito —dijo una voz áspera, salida del polvo gris del crepúsculo del que se iba llenando la iglesia.

La Teuse, que se había arrodillado para seguir mejor el pincel a lo largo de la regla, dio un respingo del susto.

—¡Ah!, es Fray Archangias —dijo volviendo la cabeza—; ¿ha entrado usted por la sacristía?... Se me ha helado la sangre. He creído que la voz salía de debajo de las losas.

El abate Mouret había vuelto al trabajo, tras saludar al Hermano con un leve signo de cabeza. Éste se mantuvo de pie, silencioso, con sus gruesas manos anudadas delante de la sotana. Después, tras encogerse de hombros, viendo el esmero que ponía el sacerdote en que los filos estuviesen bien derechos, repitió:

—Será demasiado bonito.

La Teuse, en éxtasis, se sobresaltó una segunda vez.

—¡Bueno —gritó—, ya se me había olvidado que estaba usted ahí! Ya podría toser antes de hablar. Tiene usted una voz que sale bruscamente, como la de un muerto.

Se había levantado, retrocedía para admirar.

—¿Por qué demasiado bonito? —prosiguió—. No hay nada demasiado bonito cuando se trata de Dios Nuestro Señor... ¡Si el señor cura hubiera tenido oro, pues oro habría puesto!

Una vez hubo terminado el sacerdote, se apresuró a cambiar la sabanilla, teniendo buen cuidado de no tapar los filos. Después, dispuso simétricamente la cruz, los candelabros y los jarrones. El abate Mouret había ido a respaldarse al lado de Fray Archangias, contra la barandilla de madera que separaba el coro de la nave. No intercambiaron ni una palabra. Miraban la cruz de plata, que, en la sombra creciente, conservaba unas gotas de luz, en las patas, a lo largo del costado izquierdo y en la sien derecha del crucificado. Cuando la Teuse hubo acabado, se adelantó triunfante:

—¡Eh! —dijo—, qué bien queda. ¡Ya verá la de gente, mañana en misa! Estos paganos sólo vienen a la casa de Dios cuando le creen rico... Ahora, señor cura, habrá que hacer otro tanto en el altar de la Virgen.

—Dinero tirado —rezongó Fray Archangias.

Pero la Teuse se enfadó. Y, como el abate Mouret seguía callando, se los llevó a ambos ante el altar de la Virgen, empujándolos, tirándoles de la sotana.

—¡Pero miren ustedes! Queda fatal, ahora que está limpio el altar mayor. Ya ni se nota si ha habido pinturas. Por más que limpio por las mañanas, la madera se queda todo el polvo. Está negro, está feo... ¿No sabe usted lo que va a decir la gente, señor cura? Dirán que ya no ama a la santísima Virgen, ea.

—¿Y qué más? —preguntó Fray Archangias.

La Teuse quedó toda sofocada.

—Pues —murmuró— que sería un pecado, ¡ya lo creo...! El altar está como una de esas tumbas que deja la gente abandonadas en los cementerios. De no ser por mí, las arañas lo llenarían de telas, le crecería musgo. De vez en cuando, cuando puedo separar un ramo, se lo pongo a la Virgen... Antes, todas las flores de nuestro jardín eran para ella.

Había subido al frente del altar, había cogido dos ramos secos, olvidados en las gradillas.

—Ya ve usted que está como en los cementerios —añadió, arrojándolos a los pies del abate Mouret.

Éste los recogió, sin contestar. Había caído la noche del todo. Fray Archangias se hizo un barullo por entre las sillas, a punto estuvo de caer. Juraba, mascullaba frases sordas, en las que aparecían repetidamente los nombres de Jesús y de María. Cuando la Teuse, que había ido a buscar una lámpara, volvió a entrar en la iglesia, preguntó con sencillez al sacerdote:

—Entonces, ¿me puedo llevar los botes y las brochas al desván?

—Sí —contestó él—, se acabó. Ya veremos más tarde lo del resto.

Ella echó a andar delante de ellos, llevándose todo, callándose, por miedo a hablar de más. Y, como el abate Mouret se había quedado con los dos ramos secos en la mano, Fray Archangias le gritó, al pasar por delante del corral:

—¡Tire usted eso, hombre!

El abate dio aún unos pasos, con la cabeza inclinada; después, arrojó las flores al hoyo del estiércol, por encima del ventano.

V

EL Hermano, que ya había cenado, se quedó allí, a horcajadas sobre una silla dada la vuelta, durante la cena del sacerdote. Desde que éste estaba de regreso en Los Artaud, venía así casi todas las noches a instalarse en la rectoría. Nunca se había impuesto en la casa con más rudeza. Sus zapatones aplastaban las baldosas, su voz atronaba, sus puños se descargaban sobre los muebles, mientras relataba las azotainas dadas por la mañana a las niñas, o resumía su moral en fórmulas recias como bastonazos. Después, como se aburría, tenía pensado jugar a las cartas con la Teuse. Jugaban «a la guerrilla», interminablemente, porque la Teuse nunca había conseguido aprender otro juego. El abate Mouret, que sonreía ante los primeros naipes tirados con rabia sobre la mesa, iba cayendo poco a poco en una profunda ensoñación; y, durante horas, se dejaba ir, se escapaba, bajo las ojeadas desafiantes de Fray Archangias.

Aquella noche, la Teuse estaba de tal humor que empezó a decir que se iba a acostar, no bien se levantó el mantel. Pero el Hermano quería jugar. Le empezó a dar papirotazos en los hombros, acabó por sentarla, y con tal violencia que crujió la silla. Ya barajaba las cartas. Désirée, que lo detestaba, había desaparecido con su postre, que casi todas las noches subía a comerse en la cama.

—Yo quiero las rojas —dijo la Teuse.

Y se entabló la lucha. La Teuse le quitó para empezar unas cuantas cartas buenas al Hermano. Después, dos ases cayeron al mismo tiempo sobre la mesa.

—¡Guerrilla! —gritó con una emoción extraordinaria.

Arrojó un nueve, cosa que la consternó; pero como el Hermano sólo había arrojado un siete, recogió las cartas, triunfante. Al cabo de media hora, se había quedado otra vez con sólo dos ases; las probabilidades se encontraban restablecidas. Y, hacia el tercer cuarto de hora, era ella la que perdía un as. El vaivén de las sotas, de las damas y de los reyes tenía toda la furia de una degollina.

—¿Eh? ¡Qué partida más estupenda! —dijo Fray Archangias volviéndose hacia el abate Mouret.

Pero lo vio tan perdido, tan lejos, con una sonrisa tan inconsciente en los labios, que alzó brutalmente la voz.

—¡Pero bueno! Señor cura, ¿es que no nos está mirando? Qué poca educación... Si estamos jugando es sólo por usted. Estamos intentando alegrarle... Vamos, atienda al juego. Más le valdrá eso que andar perdido en ensoñaciones. ¿Dónde estaba, otra vez?

El sacerdote había tenido un sobresalto. No contestó, se esforzó por seguir el juego, con los párpados palpitantes. La partida continuaba con saña. La Teuse volvió a ganar su as y luego lo perdió otra vez. Algunas noches, se disputaban así los ases durante cuatro horas; y muchas veces incluso se iban a acostar, furibundos, sin haber podido vencerse uno al otro.

—¡Pero, ahora que me acuerdo! —gritó de repente la Teuse, que tenía mucho miedo de perder—, si el señor cura tenía que salir esta noche. Les ha prometido a Fortuné el alto y a la Rosalie ir a bendecir su cuarto, como es costumbre... ¡Dese prisa, señor cura! El Hermano le acompañará.

El abate Mouret estaba ya de pie, buscando su sombrero. Pero Fray Archangias, sin soltar sus cartas, se enfadaba.

—¡Quite usted! ¿Acaso necesita que la bendigan esa porqueriza inmunda? ¡Para las cosas limpias que van a hacer en su habitación!... Ésa es otra costumbre que debería usted derogar. Un sacerdote no tiene por qué meter la nariz en las sábanas de los recién casados... Quédese. Acabemos la partida. Será mejor.

—No —dijo el sacerdote—, lo he prometido. Esas buenas gentes podrían sentirse heridas... Quédese usted. Acabe la partida en lo que vuelvo.

La Teuse, muy preocupada, miraba a Fray Archangias.

—¡Pues bueno! Sí, me quedo —gritó éste—. ¡Qué tontería!

Pero el abate Mouret no había abierto la puerta cuando ya se levantaba para seguirlo, arrojando violentamente sus cartas. Volvió, dijo a la Teuse:

—Iba a ganar yo... Deje los montones como están. Continuaremos la partida mañana.

—Pues sí que... ahora está todo revuelto —contestó la anciana sirvienta, que se había apresurado a mezclar los naipes—. ¡Si se cree usted que le voy a meter su montón en un fanal! Y además podía ganar yo, todavía me quedaba un as.

Fray Archangias, en unas zancadas, se reunió con el abate Mouret, quien bajaba el estrecho sendero que llevaba a Los Artaud. Se había impuesto la tarea de velar por él. Lo rodeaba de un espionaje de todas las horas, acompañándolo por todas partes, haciéndole seguir por un chiquillo de su escuela cuando no podía cumplir él mismo con aquel cuidado. Decía, con su risa terrible, que era «el gendarme de Dios». Y, a decir verdad, el sacerdote parecía un culpable encarcelado en la sombra negra de la sotana del Hermano, un culpable del que uno no se fía, al que se juzga lo bastante débil como para volver a su pecado si se le quitaran los ojos un minuto. Era una aspereza de solterona celosa, un cuidado minucioso de carcelero que lleva su deber hasta a ocultar los rincones de cielo atisbados por los tragaluces. Fray Archangias estaba siempre ahí, tapando el sol, impidiendo que entrase un aroma, tapiando el calabozo de modo tan completo que ya nada de fuera penetraba en él. Acechaba las mínimas debilidades del abate; reconociendo, en la claridad de su mirada, los pensamientos tiernos, los aplastaba con una sola palabra, sin piedad, como a animales dañinos. Los silencios, las sonrisas, las palideces de la frente, los escalofríos de sus miembros, todo le pertenecía. Por otro lado, evitaba hablar con claridad de la culpa. Su sola presencia era un reproche. La manera en que pronunciaba ciertas frases le daba la violencia de un latigazo. Ponía en un gesto toda la inmundicia que escupía sobre el pecado. Como esos maridos engañados que doblegan a sus mujeres bajo alusiones sangrantes cuya crueldad saborean ellos solos, no volvía a hablar de la

escena del Paradou, se conformaba con evocarla con una sola palabra, para aniquilar, en las horas de crisis, aquella carne rebelde. Él también había sido engañado por aquel sacerdote, mancillado entero por su adulterio divino, que había traicionado sus juramentos, trayendo en su cuerpo caricias prohibidas, cuyo aroma lejano bastaba para exasperar su continencia de macho cabrío que nunca se había satisfecho.

Eran cerca de las diez. El pueblo dormía; pero, en el otro extremo, por el lado del molino, subía un alboroto de una de las casuchas, intensamente iluminada. El tío Bambousse les había cedido a su hija y a su yerno un rincón de la casa, reservándose para sí las habitaciones más lucidas. Estaban tomando allí un último chato, mientras venía el cura.

—Están borrachos —refunfuñó Fray Archangias—. ¿Los oye revolcarse?

El abate Mouret no contestó. La noche era soberbia, toda azul de un claro de luna que convertía a lo lejos el valle en un lago durmiente. Y aminoraba su paso, como bañado de un bienestar por aquellas claridades suaves; se detenía incluso ante ciertos mantos de luz, con ese delicioso escalofrío que da la proximidad de un agua fresca. El Hermano continuaba sus grandes zancadas, reprendiéndolo, llamándolo.

—Vamos, venga... No es sano correr los campos a estas horas. Mejor estaría usted en la cama.

Pero, bruscamente, a la entrada del pueblo, se quedó parado en medio del camino. Miraba hacia las alturas, donde las líneas blancas de las rodadas se perdían en las manchas negras de los bosquecillos de pinos. Le salía un gruñido de perro que barrunta un peligro.

—¿Quién baja de allá arriba, tan tarde? —murmuró.

El sacerdote, que no oía nada, que no veía nada, quiso a su vez forzarle a apretar el paso.

—Deje usted, aquí viene —prosiguió vivazmente Fray Archangias—. Acaba de doblar el recodo. Mire, la luna le ilumina. Ahora sí que lo ve usted... Es uno alto, trae un palo.

Después, al cabo de un silencio, prosiguió, con voz ronca, sofocada por el furor.

—¡Es él, es ese piojoso!... Lo presentía.

Entonces, cuando el recién llegado estuvo abajo de la cuesta, el abate Mouret reconoció a Jeanbernat. A pesar de sus ochenta años, el anciano golpeaba tan recio con los talones que sus gruesos zapatos herrados sacaban chispas de los pedernales del camino. Andaba derecho como un roble, sin servirse siquiera de su bastón, que llevaba al hombro, a modo de fusil.

—¡Ah! ¡El condenado! —tartamudeó el Hermano clavado en el sitio, de muestra, como un perro—. El diablo le arroja toda la brasa del infierno bajo los pies.

El sacerdote, muy turbado, desesperando de lograr que su compañero soltase presa, volvió la espalda para proseguir su camino, esperando aún evitar a Jeanbernat, apresurándose a alcanzar la casa de los Bambousse. Pero no había dado cinco pasos, cuando la voz burlona del viejo se alzó, casi a su espalda.

—¡Eh! Cura, espéreme. ¿Es que le doy miedo?

Y, habiéndose detenido el abate Mouret, se acercó, continuó:

—¡Hombre! Esas sotanas que llevan no son cómodas, no dejan correr. Además, por más que sea de noche, se les reconoce de lejos... Desde lo alto de la cuesta, me he dicho: «¡Anda! Ese que está ahí es el curita». ¡Oh! Aún tengo buenos ojos... ¿Así que ya no viene a vernos?

—He tenido tantas ocupaciones —murmuró el sacerdote, muy pálido.

—Bien, bien, todo el mundo es libre. Esto que le digo es para mostrarle que no le guardo rencor por ser cura. Ni siquiera hablaríamos de ese Dios suyo, a mí eso me es igual... La niña cree que soy yo el que le priva a usted de volver. Le he contestado: «El cura es un animal». Y eso, lo pienso. ¿Acaso me lo comí durante su enfermedad? Ni siquiera subí a verle... Todo el mundo es libre.

Hablaba con su hermosa indiferencia, fingiendo no advertir la presencia de Fray Archangias. Pero, al haber lanzado éste un gruñido más amenazante, prosiguió:

—¡Eh! Cura, ¿es que ha sacado a pasear al cerdo?

—¡Espera, bribón! —aulló el Hermano, con los puños cerrados.

Jeanbernat, con el bastón levantado, fingió reconocerlo.

—¡Abajo esas patas! —gritó—. ¡Ah! ¡Eres tú, meapilas! Habría debido barruntarte por el olor de tu pellejo... Tenemos una cuenta que saldar tú y yo. He jurado ir a cortarte las orejas en medio de tu clase. Así se divertirán esos críos a los que envenenas.

El Hermano, ante el bastón, retrocedió, con la garganta llena de injurias. Balbuceaba, ya no le venían las palabras.

—¡Te mandaré a los gendarmes, asesino! ¡Has escupido a la iglesia, yo te he visto! Enfermas de muerte a la pobre gente, sólo con pasar por delante de las puertas. En Saint-Eutrope hiciste abortar a una chica obligándola a masticar una hostia consagrada que robaste. En el Béage, fuiste a desenterrar a unos niños que te llevaste a la espalda para tus abominaciones... ¡Todo el mundo lo sabe, miserable! Eres el escándalo de la región. El que te estrangulase ganaría el paraíso inmediatamente.

El viejo escuchaba, riéndose sarcásticamente, haciendo el molinete con su bastón. Entre insulto e insulto del otro, repetía a media voz:

—¡Eso, eso, alíviate, serpiente! Luego te partiré el espinazo.

El abate Mouret quiso intervenir. Pero Fray Archangias lo rechazó, gritando:

—¡Está usted con él! ¡No le habrá obligado a pisar la cruz, ande, niéguelo!

Y volviéndose de nuevo hacia Jeanbernat:

—¡Ah! ¡Satanás, bien que debiste reírte cuando pudiste hacerte con un sacerdote! ¡Que el cielo aplaste a los que te ayudaron a ese sacrilegio!... ¿Qué hacías tú por la noche, mientras él dormía? Venías con tu saliva, ¿a que sí?, a mojarle la tonsura para que le creciera el pelo más deprisa. Le soplabas en la barbilla y en las mejillas para que le creciese la barba un dedo en una noche. Le frotabas todo el cuerpo con tus

maleficios, le soplabas en la boca la rabia de un perro, le ponías en celo... ¡Y así fue como lo transformaste en animal, Satanás!

—Será imbécil —dijo Jeanbernat descansando el bastón en el hombro—. Me aburre.

El Hermano, envalentonado, vino a estirarle los dos puños bajo la nariz.

—¡Y tu piojosa! —gritó—. ¡Tú fuiste quien la metió desnuda en la cama del sacerdote!

Pero lanzó un alarido, dando un brinco hacia atrás. El bastón del viejo, lanzado al vuelo, acababa de partírsele en el espinazo. Retrocedió aún más, recogió de un montón de piedras, al borde de la carretera, un pedernal del tamaño de los dos puños, que lanzó a la cabeza de Jeanbernat. Éste, de no haberse agachado, habría acabado con una brecha en la frente. Corrió al montón de guijarros contiguo, se puso a cubierto, cogió unas cuantas piedras. Y, de un montón al otro, se trabó un terrible combate. Granizaban los sílex. La luna, muy clara, recortaba nítidamente las sombras.

—¡Sí, se la metiste en la cama! —repetía el Hermano enloquecido—. ¡Y habías metido un Cristo debajo del colchón, para que la inmundicia cayese sobre él!... ¡Ja! ¡Ja! Te extraña que lo sepa todo. Esperas algún monstruo de esa cópula. Todas las mañanas haces los trece signos del infierno sobre el vientre de tu piojosa, para que alumbre al Anticristo. ¡Quieres el Anticristo, bandido!... ¡Toma, así te deje tuerto esta piedra!

—¡Y así ésta te cierre a ti la boca, chupacirios! —contestó Jeanbernat, otra vez muy tranquilo—. ¡Será tonto, este animal, con sus historias!... ¿Te voy a tener que partir la cabeza para continuar mi camino? ¿Es que se te ha revirado el catecismo en la mollera?

—¿El catecismo? ¿Quieres conocer el catecismo que se les enseña a los condenados de tu especie? Sí, yo te enseñaré a hacer la señal de la cruz... Ésta por el Padre, y ésta por el Hijo, y ésta por el Espíritu Santo... ¡Ah! Todavía estás de pie. ¡Espera, espera!... ¡Así sea!

Le arrojó una andanada de piedrecillas a modo de metralla. Jeanbernat, alcanzado en el hombro, soltó las piedras que sostenía y se adelantó tranquilamente, mientras que Fray Archangias tomaba del montón dos nuevos puñados, tartamudeando:

—Te voy a exterminar. Es Dios quien lo quiere. Dios está en mi brazo.

—¿Te vas a callar? —dijo el anciano empuñándolo por la nuca.

Entonces, hubo una corta lucha en el polvo del camino, azulado por la luna. El Hermano, viéndose el más débil, procuraba morder. Los miembros secos de Jeanbernat eran como mazos de cuerdas que lo amarraban, tan prietas que sentía sus nudos penetrarle en la carne. Se callaba, ahogándose, soñando alguna traición. Cuando lo tuvo debajo de sí, el viejo prosiguió burlón:

—Ganas me dan de romperte un brazo para romper a tu Dios... Ya ves que no es tu Dios el más fuerte... Soy yo quien te va a exterminar... Ahora, te voy a cortar las

orejas. Me has fastidiado en demasía.

Y sacaba apaciblemente una navaja del bolsillo. El abate Mouret, que, en varias ocasiones, se había arrojado en vano entre los combatientes, se interpuso con tal ímpetu, que Jeanbernat acabó por consentir en aplazar aquella operación para más tarde.

—Se equivoca usted, cura —murmuró—. A este buen mozo le hace falta una sangría. En fin, ya que a usted le contraría, esperaré. Ya me lo volveré a encontrar en algún rinconcillo.

Tras lanzar el Hermano un gruñido, se interrumpió para gritarle:

—No te muevas o te las corto ahora mismo.

—Pero —dijo el sacerdote— está usted sentado en su pecho. Quítese de ahí para que pueda respirar.

—No, no, volvería con sus bromas. Lo soltaré cuando me vaya... De modo que le decía, cura, cuando este bribón se arrojó entre nosotros, que sería usted bienvenido allá. La pequeña es el ama, sabe usted. No la contraría más que a mis lechugas. Todo crece... Los imbéciles como este meapilas se pintan solos para ver el mal... ¿Dónde has visto el mal, tunante? ¡Eres tú quien se ha inventado el mal, so bestia!

Sacudía al Hermano de nuevo.

—Déjele levantarse —suplicó el abate Mouret.

—Ahora... La pequeña lleva algún tiempo desazonada. Yo ni me daba cuenta. Pero me lo dijo ella. Así que voy a avisar a su tío Pascal, a Plassans. Por la noche va uno tranquilo, no se encuentra con nadie... Sí, sí, la pequeña no se encuentra bien.

El sacerdote no fue capaz de articular una sola palabra. Se tambaleaba, con la cabeza baja.

—Estaba tan contenta de cuidarle —continuó el viejo—. Mientras fumaba mi pipa, la oía reír. Aquello me bastaba. Las muchachas son como los majuelos: cuando dan flores, dan todo lo que tienen... En fin, ya vendrá usted, si le apetece. Tal vez eso distrajera a la pequeña... Buenas noches, cura.

Se había levantado con lentitud, apretando los puños del Hermano, desconfiando de un mal golpe. Y se alejó sin volver la cabeza, recuperando su paso recio y extendido. El Hermano, en silencio, reptó hasta un montón de piedras. Esperó a que el viejo estuviera a alguna distancia. Después, a dos manos, volvió a empezar, furiosamente. Pero las piedras rodaban por el polvo del camino. Jeanbernat, no dignándose volverse a enfadar, se iba, derecho como un árbol, hacia el fondo de la noche serena.

—¡Maldito! ¡Le empuja Satanás! —balbuceó Fray Archangias, haciendo silbar una última piedra—. ¡Un viejo al que podría quebrar un papirotazo! A ése lo cocieron en el fuego del infierno. He sentido sus garras.

Su rabia impotente iba y venía pisoteando los guijarros esparcidos. Bruscamente, se volvió contra el abate Mouret.

—¡La culpa es de usted! —gritó—. Habría debido ayudarme, y entre los dos lo habríamos estrangulado.

En el otro extremo del pueblo, el alboroto había crecido en la casa de Bambousse. Se oían distintamente los culos de los vasos golpeados a compás encima de la mesa. El sacerdote había vuelto a echar a andar, sin levantar la cabeza, dirigiéndose hacia la gran claridad que arrojaba la ventana, igual al llamear de un fuego de sarmientos. El Hermano le siguió, sombrío, con la sotana manchada de polvo, una mejilla sangrando por el roce de un guijarro. Después, con su voz dura, tras un silencio:

—¿Piensa ir? —preguntó.

Y, como el abate Mouret no contestaba, continuó:

—¡Ándese con ojo! Vuelve usted al pecado... Ha bastado que pasara ese hombre para que toda su carne tuviera un sobresalto. Le he visto bajo la luna, pálido como una chica... ¡Tenga cuidado, me oye! Esta vez Dios no perdonaría. Caería usted en la más baja podredumbre... ¡Ah! ¡Barro miserable, es la suciedad la que se le lleva!

Entonces, el sacerdote levantó por fin la cara. Lloraba a lágrima viva, silenciosamente. Dijo con una suavidad consternada:

—¿Por qué me habla así?... Usted está siempre conmigo, conoce mis luchas constantes. No dude de mí, concédame la fortaleza de vencerme.

Aquellas palabras tan sencillas, bañadas de lágrimas mudas, adquirían en la noche tal carácter de dolor sublime que el propio Fray Archangias, a pesar de su aspereza, se sintió turbado. No añadió una palabra, sacudiéndose la sotana, secándose la mejilla sangrante. Cuando estuvieron delante de la casa de los Bambousse, se negó a entrar. Se sentó, a unos pasos, en la caja volcada de una carreta vieja, en donde esperó con paciencia de dogo.

—¡Ya está aquí el señor cura! —gritaron todos los Bambousse y todos los Brichet sentados a la mesa.

Y llenaron de nuevo los vasos. El abate Mouret tuvo que coger uno. No había habido festejo. Tan sólo por la noche, después de cenar, habían colocado en la mesa una damajuana de unos cincuenta litros, y la cosa era vaciarla antes de ir a meterse en la cama. Eran diez, y ya el tío Bambousse volcaba con una sola mano la damajuana, de la que no corría más que un delgado hilillo rojo. La Rosalie, muy alegre, le metía al niño la barbilla en su vaso, mientras que Fortuné el alto daba vueltas y levantaba sillas con los dientes. Todo el mundo se metió en la habitación. La costumbre exigía que el cura se bebiese en ella el vino que le habían vertido. Era eso lo que llamaban bendecir la habitación. Aquello daba suerte, impedía que la pareja se pelease. En tiempos del señor Caffin, las cosas transcurrían alegremente, ya que al anciano sacerdote le gustaba reír; incluso era reputado por el modo como vaciaba el vaso, sin dejar ni una gota en el fondo; tanto más que las mujeres, en Los Artaud, pretendían que cada gota dejada era un año de amor de menos para los esposos. Con el abate Mouret, se bromeaba menos alto. No obstante, bebió de un trago, lo que pareció halagar mucho al tío Bambousse. La vieja Brichet miró con una mueca el fondo del

vaso, en donde quedaba un poco de vino. Ante la cama, un tío, que era guarda forestal, aventuraba chocarrerías muy gruesas, de las que se reía la Rosalie, a la que Fortuné el alto ya había tirado boca abajo de un empujón en el borde de los colchones, a modo de caricia. Y cuando todos hubieron dicho su palabra atrevida, volvieron a la sala. Vincent y Catherine se habían quedado solos en ella. Vincent, subido a una silla, inclinando la enorme damajuana entre sus brazos, estaba acabando de vaciarla en la boca abierta de Catherine.

—Gracias, señor cura —grito Bambousse acompañando al sacerdote—. ¡Bueno! Pues ya están casados, ya estará usted contento. ¡Ah! ¡Qué bribones! Si cree usted que dentro de un rato van a decir *Paternosters* y *Avemarias*... Buenas noches, que duerma bien, señor cura.

Fray Archangias había abandonado lentamente el fondo de la carreta en el que se había sentado.

—¡Que el diablo —murmuró— arroje paletadas de carbones entre la piel de los dos, y así revienten!

Ya no abrió más los labios, acompañó al abate Mouret hasta la casa rectoral. Allí, esperó a que hubiera cerrado la puerta antes de retirarse; incluso se volvió, por dos veces, para cerciorarse de que no volvía a salir. Cuando el sacerdote estuvo en su habitación, se arrojó vestido sobre la cama, con las manos en los oídos, la cara contra la almohada, para no oír más, para no ver más. Quedó inerte, se durmió con un sueño mortal.

VI

EL día siguiente era domingo. Al caer la Exaltación de la Santa Cruz en un día de misa mayor, el abate Mouret había querido celebrar esta fiesta religiosa con particular brillantez. Se había poseído de una devoción extraordinaria por la Cruz, había sustituido en su habitación la estatuilla de la Inmaculada Concepción por un gran crucifijo de madera negra, ante el cual pasaba largas horas de adoración. Exaltar la Cruz, plantarla delante de él, por encima de todas las cosas, en una gloria, como la meta única de su vida, le daba fuerza para sufrir y para luchar. Soñaba con clavarse en ella en el lugar de Jesús, con estar coronado de espinas, con tener los miembros taladrados, el costado abierto. ¿Qué clase de cobarde era él, pues, para atreverse a quejarse de una herida mendaz, cuando su Dios sangraba allí por todo su cuerpo, con la sonrisa de la Redención en los labios? Y, por muy miserable que ésta fuera, ofrecía su herida en holocausto, acababa por deslizarse al éxtasis, por creer que la sangre le chorreaba realmente de la frente, de los miembros, del pecho. Eran horas de consuelo, todas sus impurezas se vertían por sus llagas. Se erguía con heroísmos de mártir, anhelaba torturas espantosas para soportarlas sin un solo estremecimiento de su carne.

No bien amaneció, se arrodilló ante el crucifijo. Y llegó la gracia, abundante como rocío. No hizo esfuerzo ninguno, no tuvo más que doblar las rodillas, para recibirla sobre el corazón, para quedar empapado de ella hasta los huesos, de una manera deliciosamente dulce. La víspera, había agonizado sin que bajara. Permanecía mucho tiempo sorda a sus lamentaciones de condenado; y lo socorría muchas veces cuando, con un gesto de niño, ya no sabía hacer otra cosa que juntar las manos. Fue, aquella mañana, una bendición, un descanso absoluto, una fe completa. Olvidó sus angustias de los días precedentes. Se entregó por entero a la alegría triunfal de la Cruz. Una armadura le subía a los hombros, tan impenetrable que el mundo se hacía espuma sobre ella. Cuando bajó, caminaba inmerso en un aire de victoria y de serenidad. La Teuse, maravillada, fue a buscar a Désirée, para que la abrazase. Ambas batían palmas, gritando que hacía seis meses que no tenía tan buena cara.

En la iglesia, durante la misa mayor, el sacerdote acabó de reencontrar a Dios. Hacía mucho que no se había acercado al altar con tal enternecimiento. Tuvo que contenerse para no romper a llorar, con la boca pegada a la sabanilla. Era una misa mayor solemne. El tío de la Rosalie, el guarda forestal, cantaba en el atril, con una voz de bajo cuyo retumbar llenaba con un canto de órgano la bóveda aplastada. Vincent, vestido con una sobrepelliz demasiado ancha, que había pertenecido al abate Caffin, balanceaba un viejo incensario de plata, prodigiosamente entretenido por el ruido de las cadenillas, incensando muy alto para que saliera mucho humo, mirando detrás de él si aquello no daba tos a nadie. La iglesia estaba casi llena. Habían querido ver las pinturas del señor cura. Reían unas campesinas, porque olía bien; mientras que los hombres, al fondo, de pie bajo la tribuna, sacudían la cabeza, a cada

nota más hueca del chantre. Por las ventanas entraba a raudales el sol de las diez, que tamizaban los cristales de papel, desplegando sobre las paredes revocadas grandes tornasoles muy alegres, en los que la sombra de los sombreros de mujer ponía vuelos de grandes mariposas. Y los ramos artificiales, colocados en las gradillas del altar, tenían ellos también una alegría húmeda de flores naturales, recién cogidas. Cuando el sacerdote se dio la vuelta para bendecir a los asistentes, experimentó un enternecimiento aún más vivo, de ver la iglesia tan limpia, tan llena, tan empapada de música, de incienso y de luz.

Después del Ofertorio, corrió un murmullo por entre las campesinas. Vincent, que había levantado curiosamente la cabeza, estuvo a punto de mandar toda la brasa de su incensario a la casulla del sacerdote. Y como éste lo miraba severamente, quiso disculparse, murmuró:

—Es que acaba de entrar el tío del señor cura.

Al fondo de la iglesia, contra una de las finas columnillas de madera que sostenían la tribuna, el abate Mouret distinguió al doctor Pascal. Éste no tenía su buena cara sonriente, ligeramente burlona. Se había destocado, serio, enfadado, siguiendo la misa con visible impaciencia. El espectáculo del sacerdote en el altar, su recogimiento, sus gestos demorados, la serenidad perfecta de su rostro, parecieron poco a poco irritarle más. No pudo esperar al final de la misa. Salió, fue a dar vueltas alrededor de su cabriolé y de su caballo, que había atado a uno de los postigos de la casa rectoral.

—¡Hay que ver!, ¿es que no va a terminar nunca de echarse incienso encima ese buen mozo? —preguntó a la Teuse, que volvía de la sacristía.

—Ya se ha terminado —contestó ella—. Pase usted a la sala... El señor cura se está desvistiendo. Sabe que está usted aquí.

—¡Pues claro!, a menos que sea ciego —murmuró el doctor, siguiéndola hasta la fría estancia, de muebles severos, a la que ella llamaba pomposamente la sala.

Se paseó unos minutos, de allá para acá. La estancia, de una tristeza gris, duplicaba su mal humor. Mientras andaba, daba golpecitos con la punta de su bastón en la esterilla raída de los sillones, que tenían el sonido quebradizo de la piedra. Después, cansado, se detuvo ante la chimenea, en la que un gran San José, pintarrajeado de un modo abominable, hacía las veces de reloj de péndulo.

—¡Ah! ¡Menos mal! —dijo, cuando oyó el ruido de la puerta.

Y avanzando hacia el abate:

—¿Sabes que me has hecho tragarme la mitad de una misa? Hace mucho que no me pasaba... En fin, quería verte hoy como fuera. Quería charlar contigo.

No acabó. Miraba al sacerdote con sorpresa. Hubo un silencio.

—¿Estás bien de salud? —prosiguió por fin con una voz cambiada.

—Sí, estoy mucho mejor —dijo el abate Mouret sonriendo—. No le esperaba hasta el jueves. El domingo no es el día de usted... ¿Tiene algún recado que darme?

Pero el tío Pascal no contestó en el acto. Seguía examinando al abate. Éste estaba aún empapado de las tibiezas de la iglesia; traía en el pelo el olor del incienso; conservaba en el fondo de sus ojos el gozo de la Cruz. El tío sacudió la cabeza frente a aquella paz triunfante.

—Vengo derecho del Paradou —dijo bruscamente—. Jeanbernat ha venido a buscarme esta noche... He visto a Albine. Me tiene preocupado. Necesita muchas atenciones.

Seguía estudiando al sacerdote mientras hablaba. Ni siquiera vio palpar sus párpados.

—En fin, ella te cuidó —añadió con más aspereza—. De no ser por ella, muchacho, quizá a estas horas estarías en una loquera de las Tulettes, con la camisa de fuerza encima... ¡Bueno! He prometido que irías a verla. Te llevo conmigo. Es una despedida. Se quiere ir de aquí.

—Lo único que puedo hacer por esa persona de la que habla usted es rezar —dijo el abate Mouret con suavidad.

Y al ver que el doctor se arrebatava, largando un gran bastonazo al sofá:

—Soy sacerdote, lo único que tengo son oraciones —remató sencillamente, con una voz muy firme.

—¡Ah! ¡Mira, tienes razón! —gritó el tío Pascal, dejándose caer en un sillón, con las piernas quebradas—. Soy yo el que soy un viejo loco. Sí, he llorado en mi cabriolé mientras venía aquí, solo, igual que un niño... Esto es lo que tiene vivir entre los libros. Uno hace experimentos estupendos, pero se comporta como un hombre deshonesto... ¿Cómo iba yo a figurarme que todo aquello se torcería tanto?

Se levantó, se puso a andar otra vez, desesperado.

—Sí, sí, me lo habría debido figurar. Era lógico. Y contigo se volvía algo abominable. Tú no eres un hombre como los demás... Pero, escucha, te aseguro que estabas perdido. El aire con el que ella te rodeó era lo único que te podía salvar de la locura. En fin, ya me entiendes, no necesito decirte en qué punto te encontrabas. Es una de mis curaciones más hermosas. ¡Y no estoy orgulloso, fíjate!, porque, ahora, ¡resulta que a la pobre muchacha le está costando la vida!

El abate Mouret había permanecido de pie, muy sereno, con su tranquilo irradiar de mártir al que ya no puede derribar nada de lo humano.

—Dios tendrá misericordia de ella —dijo.

—¡Dios! ¡Dios! —murmuró sordamente el doctor—, mejor haría con no ponernos zancadillas. Arreglaríamos el asunto.

Después, alzando la voz, prosiguió:

—Lo tenía todo calculado. ¡Eso es lo más sangrante! ¡Oh! ¡Qué imbécil!... Tú te pasabas un mes en convalecencia. La sombra de los árboles, el aliento fresco de la niña, toda esa juventud te volvía a enderezar. Por otro lado, la niña perdía su asilvestramiento, tú la humanizabas, entre los dos la convertíamos en una señorita a la que habríamos casado en algún sitio. Era perfecto... Y además, ¿podía yo

imaginarme que ese viejo filósofo de Jeanbernat no se separaría una pulgada de sus lechugas? Es verdad que yo tampoco me moví de mi laboratorio. Tenía unos estudios en marcha... ¡Y la culpa la tengo yo! ¡Soy un hombre deshonesto!

Se ahogaba, quería salir. Buscó por todas partes el sombrero, que llevaba puesto.

—Adiós —balbuceó—, me voy... Entonces, ¿te niegas a venir? Vamos, hazlo por mí; ya ves lo mal que lo estoy pasando. Te juro que ella luego se marchará. Está convenido... He traído el cabriolé. En una hora estarás de regreso... Ven, te lo ruego.

El sacerdote hizo un gesto amplio, uno de esos gestos que el doctor le había visto hacer en el altar.

—No —dijo—, no puedo.

Mientras acompañaba a su tío, añadió:

—Dígale que se arrodille y que implore a Dios... Dios la escuchará como me ha escuchado a mí; la consolará como me ha consolado a mí. No hay otra salvación.

El doctor lo miró de frente y se encogió de hombros de un modo terrible.

—Adiós —repitió—. Estás sano. Ya no me necesitas.

Pero, según estaba desatando el caballo, llegó corriendo Désirée, que acababa de oír su voz. Adoraba al tío. Cuando era más pequeña, él escuchaba su parloteo de chiquilla durante horas, sin cansarse. Ahora aún la mimaba, le preguntaba por su corral, no le costaba nada quedarse a pasar una tarde con ella, en medio de las gallinas y de los patos, sonriéndole con sus agudos ojos de sabio. La llamaba «el animalote», con un tono de admiración acariciadora. Parecía ponerla muy por encima de las demás muchachas. De modo que ella se le arrojó al cuello, en un impulso de cariño. Gritó:

—¿Te quedas? ¿Almuerzas?

Pero él la abrazó, negándose, liberándose de su abrazo con aire desabrido. Ella tenía una risa clara; se volvió a colgar otra vez de sus hombros.

—Pues tú te lo pierdes —prosiguió—. Tengo huevos recién puestos. He estado acechando las gallinas. Han puesto catorce esta mañana... Y nos habríamos comido un pollo, el blanco, el que pega a los demás. Tú estabas aquí el jueves, cuando le sacó un ojo al moteado grande.

El tío seguía enfadado. Se irritaba contra el nudo de la brida, que no lograba deshacer. Entonces, ella se puso a dar saltos alrededor de él, batiendo palmas, canturreando, con melodía de flauta:

—Sí, sí, te quedas... ¡Nos lo comeremos, nos lo comeremos!

Y la ira del tío ya no pudo mantenerse más tiempo. Alzó la cabeza, sonrió. Désirée era demasiado sana, demasiado viva, demasiado auténtica. Tenía una alegría demasiado amplia, natural y franca como el manto de sol que doraba su carne desnuda.

—¡Animalote! —murmuró, encantado.

Después, tomándola de las muñecas, mientras ella continuaba saltando:

—Escucha, hoy no. Tengo una pobre muchacha que está enferma. Pero volveré otra mañana... Te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿El jueves? —insistió ella—. ¿Sabes?, la vaca está preñada. Lleva dos días que parece estar con desazón... Tú eres médico, a lo mejor le puedes dar una medicina.

El abate Mouret, que se había quedado allí, apacible, no pudo retener una leve risa. El doctor subió alegremente a su cabriolé, diciendo:

—Eso es, atenderé a la vaca... ¡Acércate que te dé un beso, animalote! Hueles bien, hueles a salud. Y vales más que todo el mundo. Si todo el mundo fuera como mi animalote, la tierra sería más que preciosa.

Dirigió al caballo un ligero chasquido de la lengua, y siguió hablando solo, mientras el cabriolé bajaba la cuesta.

—Sí, bestias, no tendría que haber más que bestias. Seríamos guapos, seríamos alegres, seríamos fuertes. ¡Ah! ¡Un sueño!... Lo bueno se lo ha llevado la muchacha, que es igual de feliz que su vaca. Lo malo se lo ha llevado el chico, que agoniza metido en su sotana. Un poco más de sangre, un poco más de nervios, ¡vete a paseo! Uno no aprovecha su vida... Estos niños... ¡Auténticos Rougon y auténticos Macquart! La cola de la tribu, la degeneración final.

Y azuzando al caballo, subió al trote el otero que conducía al Paradou.

VII

EL domingo era un día de gran ocupación para el abate Mouret. Tenía las vísperas, que solía decir ante las sillas vacías, porque ni siquiera la propia Brichet estiraba la devoción hasta el punto de volver a la iglesia después de comer. Luego, a las cuatro, Fray Archangias traía a los pilluelos de su escuela para que el señor cura les tomase su lección de catecismo. Aquel recitado se prolongaba a veces hasta muy tarde. Cuando los niños se mostraban en exceso indomables, llamaban a la Teuse, que los asustaba con la escoba.

Aquel domingo, hacia las cuatro, Désirée se encontró sola en la casa rectoral. Como se aburría, fue a arrancar hierba para sus conejos en el cementerio, en donde crecían unas amapolas soberbias que a los conejos les encantaban. Se arrastraba de rodillas por entre las tumbas, traía delantales llenos de verdores feraces, sobre los que se arrojaban los animales con voracidad.

—¡Oh! ¡Qué llantenes tan hermosos! —murmuró acucillándose ante la losa del abate Caffin, encantada con su hallazgo.

Allí, en efecto, en la propia fisura de la piedra, despleaban sus anchas hojas unos llantenes magníficos. Había acabado de llenarse el delantal cuando creyó oír un ruido singular. Un crujir de ramas, un deslizarse de piedrecillas subían del barranco que bordeaba uno de los lados del cementerio, y por cuyo fondo corría el Mascle, un torrente que bajaba de los altos del Paradou. La pendiente era tan recia, tan impracticable, que Désirée pensó en algún perro perdido, en alguna cabra escapada. Se adelantó con presteza. Y, según se asomaba, quedó estupefacta al distinguir en medio de las zarzas a una muchacha que se ayudaba de las mínimas concavidades de la roca con extraordinaria agilidad.

—Espere que le doy la mano —le gritó—. Esto está como para partirse el cuello.

La muchacha, al verse descubierta, dio un salto de miedo, como si fuera a bajar otra vez. Pero levantó la cabeza y se envalentonó hasta aceptar la mano que se le tendía.

—¡Oh! La reconozco —prosiguió Désirée, feliz, soltando su delantal para cogerla de la cintura, con su mimo de niña grande—. Me regaló usted unos mirlos. Se murieron, los pobrecillos. Me dio más pena... Espere, que me sé su nombre, lo he oído. La Teuse lo suele decir, cuando no está Serge. Me tiene prohibido repetirlo... Espere, que enseguida me acuerdo.

Hacía esfuerzos de memoria, que la ponían muy seria. Después, habiéndolo recordado, se volvió a poner muy alegre, saboreó repetidas veces la música del nombre.

—¡Albine! ¡Albine!... Es muy dulce. Al principio creí que era usted un herrerillo, porque una vez tuve un herrerillo al que llamaba más o menos así, ya no me acuerdo bien.

Albine no sonrió. Estaba toda blanca, con una llama de fiebre en los ojos. Le corrían por las manos unas gotas de sangre. Cuando hubo recuperado el aliento, dijo rápidamente:

—No, deje. Si me limpia va a ensuciar el pañuelo. No es nada, unos pinchazos... No he querido venir por el camino, me habrían visto. He preferido bajar por el torrente... ¿Está Serge?

Aquel nombre, pronunciado familiarmente, con un ardor sordo, no chocó en absoluto a Désirée. Contestó que estaba ahí, en la iglesia, dando la catequesis.

—No debemos hablar alto —añadió poniéndose un dedo sobre los labios—. Serge me tiene prohibido hablar alto cuando da la catequesis. Si no, vendrían a regañarnos... Vamos a meternos en la cuadra, ¿quiere? Estaremos cómodas; charlaremos.

—Quiero ver a Serge —dijo sencillamente Albine.

La niña grande bajó otra vez la voz. Echaba ojeadas furtivas a la iglesia, murmurando:

—Sí, sí... Serge no se podrá escapar. Venga conmigo. Nos esconderemos, no haremos ruido. ¡Oh! ¡Qué divertido!

Había recogido el montón de hierbas deslizado de su delantal. Salió del cementerio, volvió a la casa rectoral, con precauciones infinitas, encareciéndole mucho a Albine que se escondiera detrás de ella, que se hiciera pequeñita. Según se refugiaban las dos corriendo en el corral, vieron a la Teuse, que atravesaba la sacristía y que no pareció verlas.

—¡Sssh! ¡Sssh! —repetía Désirée, encantada, cuando se hubieron acurrucado al fondo de la cuadra—. Ahora ya no nos encontrará nadie... Hay paja. Recuéstese, mujer.

Albine tuvo que sentarse en una bala de paja.

—¿Y Serge? —preguntó, con la terquedad de la idea fija.

—Mire, se oye su voz... Cuando dé una palmada, se habrá terminado, los niños se irán... Escuche, les está contando una historia.

La voz del abate Mouret llegaba, en efecto, muy amortiguada, por la puerta de la sacristía, que la Teuse, seguramente, acababa de abrir. Fue como una vaharada religiosa, un murmullo en el que apareció tres veces el nombre de Jesús. Albine se estremeció. Se levantaba para correr hacia aquella voz amada, cuya caricia reconocía, cuando el sonido pareció volarse, sofocado por la puerta, que se había vuelto a cerrar. Entonces se sentó otra vez, pareció esperar, las manos apretadas una contra la otra, sumida en el pensamiento que ardía en el fondo de sus ojos claros. Désirée, tumbada a sus pies, la miraba con ingenua admiración.

—¡Oh! Es usted muy guapa —murmuró—. Se parece a una imagen que tenía Serge en su cuarto. Era toda blanca como usted. Tenía grandes rizos que le flotaban por el cuello. Y mostraba su corazón rojo, ahí, en el lugar en donde siento latir el de usted... No me escucha, está triste. Vamos a jugar, ¿quiere?

Pero se interrumpió, gritando entre dientes, conteniendo su voz:

—¡Bribones! Por su culpa nos van a sorprender.

No había soltado su delantal de hierbas, y sus animales la tomaban al asalto. Había acudido una bandada de gallinas, cloqueando, llamándose, picoteando los tallos verdes que colgaban. La cabra le metía socarronamente la cabeza por debajo del brazo y mordía las hojas anchas. La propia vaca, atada al muro, tiraba de su cuerda, extendía el hocico, soplaba su aliento cálido.

—¡Ah! ¡Las muy ladronas! —repetía Désirée—. ¡Que es para los conejos!... ¡Me queréis dejar en paz! Tú te vas a ganar un pescozón. Y tú, si te vuelvo a pillar, te retuerzo la cola... ¡Qué asquerosas! ¡Antes se me comerían las manos!

Abofeteaba a la cabra, dispersaba las gallinas a patadas, daba golpes con toda la fuerza de sus puños en el hocico de la vaca. Pero los animales se sacudían, volvían más glotones, saltaban sobre ella, la invadían, le arrancaban el delantal. Y guiñando los ojos, murmuraba al oído de Albine, como si los animales hubieran podido entenderla:

—¡Qué graciosos son, qué cielos! Espere, los va a ver comer.

Albine miraba con su aire grave.

—A ver, portaos bien —prosiguió Désirée—. Habrá para todos. Pero cada uno cuando le toque... La primera, Lise la grandota. ¡Eh! ¡A ti te gusta un rato el llantén!

Lise la grandota era la vaca. Molió lentamente un puñado de las hojas carnosas crecidas sobre la tumba del abate Caffin. Un ligero hilillo de baba le colgaba del hocico. Sus grandes ojos pardos tenían una suavidad glotona.

—Ahora a ti —continuó Désirée, volviéndose hacia la cabra—. ¡Oh! Ya sé que quieres amapolas. Y las prefieres floridas, ¿a que sí? Con capullos que te estallan entre las muelas como muñequillas de brasa roja... Mira, aquí hay unas la mar de hermosas. Son del rincón de la izquierda, donde se enterraba el año pasado.

Y, mientras hablaba, le presentaba a la cabra un ramillete de flores sangrantes, que el animal pacía. Cuando no le quedaron en las manos más que los tallos, se los metió entre los dientes. Por detrás, las gallinas furiosas le hacían jirones las faldas. Les arrojó achicorias silvestres y dientes de león, que había recogido alrededor de las losas viejas alineadas siguiendo la pared de la iglesia. Las gallinas se disputaron sobre todo los dientes de león, con tal voracidad, tal saña de alas y de espolones que los demás animales del corral comprendieron. Entonces, fue una invasión. El gran gallo salvaje, Alexandre, apareció el primero. Picó un diente de león y lo cortó en dos, sin mellarlo. Cacareaba, llamando a las gallinas que se habían quedado fuera, retrocediendo para invitarlas a comer. Y entró una gallina blanca, luego una gallina negra, luego toda una fila de gallinas, que se atropellaban, se subían unas a la cola de otras, acababan por caer como una charca de plumas locas. Detrás de las gallinas vinieron las palomas, y los patos, y las ocas, finalmente las pavas. Désirée reía en medio de aquella marea viviente, anegada, perdida, repitiendo:

—Todas las veces que traigo hierba del cementerio pasa esto. Se matarían para comerla... La hierba debe de estar muy rica.

Y se debatía, alzando los últimos puñados de verdor, con el fin de salvarlos de aquellos picos glotones que se aupaban hacia ella, repitiendo que había que guardar para los conejos, que se iba a enfadar, que los iba a poner a todos a pan y agua. Pero cedía. Las ocas le tiraban de las puntas del delantal, con tal rudeza que por poco no cayó de rodillas. Los patos le devoraban los tobillos. Dos palomas se le habían volado a la cabeza. Subían gallinas hasta sus hombros. Era una furia de animales que olían la carne, los feraces llantenes, las amapolas sanguinas, los dientes de león rebosantes de savia, en los que había un poco de la vida de los muertos. Ella reía con toda su alma, y se sentía a punto de dejarse caer, de soltar los dos últimos puñados, cuando un terrible gruñido vino a sembrar el pánico a su alrededor.

—Eres tú, gordito mío —dijo, encantada—. Cómetelos, libérame.

Entraba el cerdo. Ya no era el cerdito rosa como un juguete recién pintado, con una cola semejante a un cabo de cuerda plantada en el trasero; sino un cerdo grande, bueno ya para matar, orondo como una barriga de chantre, con el espinazo cubierto de cerdas recias que rezumaban grasa. Tenía el vientre color de ámbar, por haber dormido en el estiércol. Con el morro adelantado, balanceándose sobre sus patas, se arrojó al medio de los animales, lo cual permitió a Désirée escaparse y correr a darles a los conejos las pocas hierbas que con tanto arrojo había defendido. Cuando volvió, se había hecho la paz. Las ocas balanceaban el cuello blandamente, aleladas, beatíficas; los patos y las pavas se marchaban pared adelante, con prudentes contoneos de animales lisiados; las gallinas cacareaban en voz baja, picando un grano invisible en el duro suelo de la cuadra; mientras que el cerdo, la cabra y la gran vaca, como poco a poco soñolientos, guiñaban los ojos. Afuera, empezaba a caer una lluvia de tormenta.

—¡Bueno está! Un chaparrón —dijo Désirée, que se volvió a sentar en la paja con un escalofrío—. Haréis bien en quedaros aquí, amores, si no os queréis empapar.

Se volvió hacia Albine, añadiendo:

—¡Eh! ¿A que parecen bobos? ¡Estos animales no se despiertan más que para arrojarse sobre la comida!

Albine había permanecido silenciosa. Las risas de la hermosa muchacha debatiéndose en medio de aquellos cuellos voraces, de aquellos picos glotones, que le hacían cosquillas, que la besaban, que parecían querer comérsele las carnes, la habían puesto más blanca. Tanta alegría, tanta salud, tanta vida la desesperaba. Apretaba sus brazos febriles, oprimía el vacío sobre su pecho, seco de abandono.

—¿Y Serge? —preguntó con su misma voz, clara y obstinada.

—¡Ssssh! —dijo Désirée—, acabo de oírle, no ha terminado... Antes hemos hecho la mar de ruido. La Teuse tiene que estar sorda esta tarde... Ahora quedémonos tranquilas. Es agradable oír caer la lluvia.

El chaparrón entraba por la puerta que había quedado abierta, azotaba el umbral con anchas gotas. Unas gallinas, inquietas, tras haberse aventurado, habían retrocedido hasta el fondo de la cuadra. Todos los animales se refugiaban allí, alrededor de las faldas de las dos muchachas, salvo tres patos, que se habían ido bajo la lluvia a pasearse tranquilamente. El frescor del agua, que jarreaba en el exterior, parecía rebufar hacia el interior los vahos ardientes del corral. Hacía mucho calor entre la paja. Désirée tiró de dos grandes balas, se recostó en ellas como en unas almohadas, se abandonó. Estaba a gusto, gozaba por todo su cuerpo.

—Qué bien, qué bien —murmuró—. Vamos, tumbese igual que yo. Me hundo, estoy apoyada por todos los lados, la paja me hace cosquillitas por el cuello... Y cuando te restriegas, te corre por todos los miembros, cualquiera diría que te andan ratones por dentro del vestido.

Se restregaba, reía ella sola, dando manotazos a diestra y siniestra, como para defenderse contra los ratones. Después, se quedaba cabeza abajo, con las rodillas en alto, prosiguiendo:

—¿Usted se revuelca en la paja en su casa? Yo no conozco nada mejor... Algunas veces me hago cosquillas debajo de los pies. También es muy divertido... Diga, ¿usted se hace cosquillas?

Pero el gran gallo salvaje, que se había acercado solemnemente, al verla revolcada, le acababa de saltar al seno.

—¿Te quieres ir, Alexandre? —gritó ella—. ¡Será tonto, este animal! No me puedo tumbar sin que se me plante ahí... ¡Que me aprietas mucho, que me haces daño con las uñas, me oyes!... No me importa que te quedes, pero te portas bien, no me piques el pelo, ¿eh?

Y ya no se volvió a preocupar. El gallo se mantenía firme en su corpiño, pareciendo mirarla por momentos bajo la barbilla, con ojo de brasa. Los demás animales se acercaban a sus faldas. Tras revolcarse otra vez, había acabado por quedarse privada, en una postura feliz, con los miembros separados, la cabeza echada hacia atrás. Continuó:

—¡Ah! Es demasiado agradable, enseguida me canso. La paja da sueño, ¿verdad? ... A Serge no le gusta. A usted tampoco, a lo mejor. Entonces, ¿qué le puede gustar? ... Cuénteme, a ver, que yo me entere.

Se amodorraba lentamente. Por un instante, mantuvo los ojos muy abiertos, pareciendo buscar qué placer ignoraba. Después, bajó los párpados, con una sonrisa tranquila, como plenamente satisfecha. Parecía dormir cuando, al cabo de unos minutos, volvió a abrir los ojos, diciendo:

—La vaca va a tener una cría... Eso también es agradable. Eso me divertirá más que nada.

Y se deslizó a un sueño profundo. Los animales habían acabado por subírsele encima. Era una oleada de plumas vivas que la arropaba. Unas gallinas parecían estarle empollando los pies. Las ocas le ponían el plumón de su cuello a lo largo de

los muslos. A la izquierda, el cerdo le calentaba el costado, mientras que la cabra, a la derecha, estiraba la cabeza barbuda hasta metérsela bajo la axila. Por todas partes, sin orden, anidaban palomas, en sus manos abiertas, en el vano de su cintura, detrás de sus hombros que colgaban. Y ella estaba toda rosa, durmiendo, acariciada por el soplo más intenso de la vaca, ahogada bajo el peso del gran gallo acuclillado, que había bajado más abajo del seno, con las alas palpitantes, la cresta encendida, y cuyo vientre animal la abrasaba con una caricia de llama, a través de las faldas.

La lluvia, en el exterior, caía más fina. Un manto de sol, escapado de la punta de una nube, empapaba de oro el polvo de agua volandero. Albine, que había permanecido inmóvil, miraba dormir a Désirée, aquella hermosa muchacha que satisfacía su carne revolcándose en la paja. Ella anhelaba estar así fatigada y privada, dormida de placer, por unas cuantas briznas de paja que le hubieran hecho cosquillas en la nuca. Envidiaba aquellos brazos fuertes, aquel pecho duro, aquella vida totalmente carnal en el calor fecundante de un rebaño de animales, aquel esponjarse puramente animal que convertía a la carnal muchacha en hermana tranquila de la gran vaca blanca y rojiza. Soñaba con ser amada del gallo salvaje y con amar ella también igual que crecen los árboles, de modo natural, sin vergüenza, abriendo cada una de sus venas a los envites de la savia. Era la tierra la que saciaba a Désirée cuando se revolcaba boca arriba. Mientras tanto, la lluvia había cesado por completo. Los tres gatos de la casa, uno tras otro, se deslizaban hacia el corral, siguiendo la pared, tomando infinitas precauciones para no mojarse. Estiraron el cuello para mirar al interior de la cuadra y vinieron derechos hacia la durmiente, ronroneando, tumbándose contra ella, con las patas sobre un trocito de su piel. Moumou, el gran gato negro, acurrucado junto a una de sus mejillas, se puso a lamerle la barbilla con suavidad.

—¿Y Serge? —murmuró maquinalmente Albine.

¿Dónde estaba, pues, el obstáculo? ¿Quién le impedía satisfacerse así, feliz, en plena naturaleza? ¿Por qué no amaba, por qué no era amada, a pleno sol, libremente, igual que crecen los árboles? No sabía, se sentía abandonada, lacerada para siempre. Y tenía una obstinación arisca, una necesidad de volver a tomar a su bien entre sus brazos, de esconderlo, de gozar otra vez de él. Entonces se levantó. La puerta de la sacristía acababa de ser abierta de nuevo; se dejó oír un ligero chasquido de manos, seguido del alboroto de una bandada de niños que golpeaban sus zuecos por las losas; la catequesis había terminado. Salió despacito de la cuadra, en la que llevaba esperando desde hacía una hora, en el cálido vaho del corral. Según se deslizaba siguiendo el pasillo de la sacristía, distinguió la espalda de la Teuse, que regresó a su cocina sin volver la cabeza. Y, segura de no ser vista, empujó la puerta, acompañándola con la mano para que se cerrara sin ruido. Estaba dentro de la iglesia.

VIII

AL principio, no vio a nadie. Afuera, caía la lluvia de nuevo, una lluvia fina, persistente. La iglesia se le antojó toda gris. Se metió por detrás del altar mayor, avanzó hasta el púlpito. No había, en el medio de la nave, más que unos bancos dejados al retortero por los rapazuelos de la catequesis. La péndola del reloj latía sordamente, en todo aquel vacío. De modo que bajó para ir a llamar golpeando la madera del confesonario, que distinguía en el otro extremo. Pero, según pasaba por delante de la capilla de los Muertos, encontró al abate Mouret prosternado al pie del gran Cristo sangrante. No se movía, debía de creer que era la Teuse, que estaba colocando los bancos detrás de él. Albine le puso la mano en el hombro.

—Serge —dijo—, vengo a buscarte.

El sacerdote levantó la cabeza, muy pálido, con un sobresalto. Se quedó de rodillas, se santiguó, con los labios balbucientes aún de su oración.

—He estado esperando —continuó ella—. Todas las mañanas, todas las tardes, miraba si llegabas. Estuve contando los días, y después ya no conté más. Hace semanas... Así que, cuando he sabido que no vendrías, he venido yo. Me he dicho: «Voy a por él...». Dame las manos, vámonos.

Y le tendía las manos, como para ayudarlo a levantarse. Él se volvió a santiguar. Seguía rezando mientras la miraba. Había calmado el primer escalofrío de su carne. De la gracia que lo inundaba desde el amanecer, extraía fuerzas sobrehumanas.

—Este lugar no es para usted —dijo con seriedad—. Retírese... Así agrava usted sus sufrimientos.

—Ya no sufro —prosiguió ella con una sonrisa—. Me encuentro mejor, estoy curada, puesto que te veo... Escucha, me hacía más enferma de lo que estaba para que vinieran a buscarte. Ahora no me importa reconocerlo. Es como esa promesa de marcharme, de abandonar esta tierra tras haberte encontrado, ni te imaginarás que la habría mantenido. ¡Pues sí que...! Antes te me hubiera llevado a hombros... Los demás no lo saben, pero tú sí sabes que ahora no puedo vivir en otro sitio que abrazada a tu cuello.

Se volvía a sentir feliz, se acercaba con caricias de criatura libre, sin ver la fría rigidez del sacerdote. Se impacientó, empezó a dar palmas alegremente, gritando:

—¡Vamos, decídete, Serge! ¡El tiempo que estamos perdiendo por tu culpa! No hay necesidad de tantas reflexiones. ¡Te llevo conmigo, ya lo creo!, es sencillo... Si deseas que no te vean, nos iremos por el Mascle. El camino no es cómodo, pero he venido por él yo sola, nos ayudaremos al ser dos... Conoces el camino, ¿verdad? Atravesamos el cementerio, bajamos al borde del torrente y luego ya no tenemos más que seguirlo hasta el jardín. ¡Y uno allí, en el fondo, se siente como en casa! ¡No hay nadie, figúrate! Nada más que maleza y unas piedras redondas muy bonitas. El lecho está casi seco. Mientras venía, pensaba: «Cuando él esté conmigo, dentro de un rato,

caminares despacito, besándonos...». Vamos, date prisa. Te estoy esperando, Serge.

El sacerdote parecía no oír ya. Se había vuelto a poner en oración, pidiendo al cielo la valentía de los santos. Antes de entablar la lucha suprema, se armaba con las espadas llameantes de la fe. Por un instante, temió flaquear. Le había hecho falta un heroísmo de mártir para dejar las rodillas pegadas a la losa, mientras que cada palabra de Albine lo llamaba: su corazón iba hacia ella, toda su sangre se sublevaba, lo arrojaba a sus brazos, con el irresistible deseo de besar sus cabellos. Ella, con el solo aroma de su aliento, había despertado y hecho desfilar en un segundo los recuerdos de su ternura, el gran jardín, los paseos bajo los árboles, el gozo de su unión. Pero la gracia lo empapó con su rocío más abundante; no fue más que la tortura de un momento, que vació la sangre de sus venas; y nada humano quedó en él. No era más que la cosa de Dios.

Albine tuvo que tocarle de nuevo en el hombro. Se preocupaba, se irritaba poco a poco.

—¿Por qué no contestas? No te puedes negar, me vas a seguir... Piensa que me moriría si te negaras. Pero no, eso no es posible. Acuérdate. Estábamos juntos, nunca nos íbamos a separar. Y te entregaste veinte veces. Me decías que te tomara entero, que tomara tus miembros, que tomara tu aliento, que tomara tu vida... No me dirás que lo he soñado yo. No hay un solo lugar de tu cuerpo que no me hayas entregado, ni uno sólo de tus cabellos de los que yo no sea dueña. Tienes una marca en el hombro izquierdo, la he besado, es mía. Tus manos son mías, las he tenido días enteros estrechadas entre las mías. Y tu rostro, tus labios, tus ojos, tu frente, todo eso es mío, he dispuesto de ello para amarlo... ¿Oyes, Serge?

Se alzaba ante él, soberana, tendiendo los brazos. Repitió con voz más alta:

—¿Oyes, Serge? ¡Eres mío!

Entonces, lentamente, el abate Mouret se levantó. Se respaldó en el altar, diciendo:

—No; se equivoca, soy de Dios.

Estaba lleno de serenidad. Su rostro desnudo se asemejaba al de un santo de piedra, a quien no turba calor alguno procedente de las entrañas. Su sotana caía en pliegues rectos, igual a un sudario negro, sin dejar traslucir nada de su cuerpo. Albine retrocedió a la vista del sombrío fantasma de su amor. Ya no encontraba su barba libre, su melena libre. Ahora, en medio de sus cabellos cortados, distinguía una mancha pálida, la tonsura, que la desazonaba como un mal desconocido, alguna llaga pernicioso, crecida allí para comerse la memoria de los días felices. No reconocía ni sus manos antaño tibias de caricias, ni su cuello cimbreño sonoro de risas, ni sus pies nervudos cuyo galope se la llevaba al fondo de los verdes. ¿Era aquél el muchacho de músculos fuertes, con el cuello desabrochado que mostraba la pelusilla del pecho, con la piel florecida por el sol, con el talle vibrante de vida, en cuyo abrazo había vivido una estación? A aquella hora, ya no parecía tener carne, el vello se le había

caído vergonzosamente, toda su virilidad se secaba bajo aquel vestido de mujer que lo dejaba sin sexo.

—¡Oh! —murmuró—, me das miedo... ¿Es que me has creído muerta y te has puesto de luto? Quitate ese negro, ponte una blusa. Te remangarás, volveremos a pescar cangrejos... Tus brazos eran tan rubios como los míos.

Había echado mano a la sotana, como para arrancar su tela. Él la rechazó con el gesto, sin tocarla. La miraba, se hacía firme contra la tentación, sin apartarle los ojos. Se le antojaba más crecida. Ya no era la chiquilla de los ramilletes silvestres que arrojaba al viento sus risas de gitanilla, ni la enamorada vestida con faldas blancas, que plegaba su breve cintura, que demoraba su enternecido caminar detrás de los setos. Ahora, una pelusilla de fruta le doraba el labio, sus caderas se afirmaban libremente, su pecho tenía un esponjarse de flor carnosa. Era mujer, con su rostro largo, que le daba un gran aire de fecundidad. En sus costados ensanchados, dormía la vida. A sus mejillas, a flor de piel, asomaba la adorable madurez de su carne. Y el sacerdote, envuelto en su olor apasionado de mujer cumplida, extraía un amargo gozo de desafiar la caricia de su boca roja, la risa de sus ojos, la llamada de su seno, la embriaguez que chorreaba de ella al menor movimiento. Llevaba la temeridad hasta a buscar en ella los lugares que antaño había besado locamente, las comisuras de los ojos, las comisuras de los labios, las sienes estrechas, suaves como raso, la nuca de ámbar, sedosa como terciopelo. Nunca, ni siquiera en el cuello de Albine, había saboreado las dichas que experimentaba en martirizarse, mirando de frente aquella pasión que rechazaba. Después, temió estar cediendo a alguna nueva trampa de la carne. Bajó los ojos, dijo con suavidad:

—No puedo escucharla aquí. Salgamos, si se empeña en aumentar los pesares de los dos... Nuestra presencia en este lugar es un escándalo. Estamos en la casa de Dios.

—¿Qué Dios? —gritó Albine enloquecida, convertida otra vez en la gran muchacha suelta en plena naturaleza—. Yo no conozco a tu Dios, no quiero conocerlo, si te roba de mí, que nunca le he hecho nada. O sea, que mi tío Jeanbernat tiene razón en decir que tu Dios es una invención de maldad, una manera de asustar a la gente y de hacerla llorar... Mientes, ya no me quieres, tu Dios no existe.

—Está usted en su casa —repitió el abate Mouret con fuerza—. Está blasfemando. De un soplo, él podría reducirla a polvo.

Ella soltó una risa soberbia. Levantaba los brazos, desafiaba al cielo.

—¡Entonces —dijo—, prefieres a tu Dios antes que a mí! Le crees más fuerte que yo. Te imaginas que te amará mejor que yo... ¡Fíjate! Eres un niño. Vamos, deja esas tonterías. Vamos a volver al jardín juntos, y a amarnos, y a ser felices, y a ser libres. Es ley de vida.

Esta vez, había conseguido cogerlo de la cintura. Lo arrastraba. Pero él se desprendió, estremecido, de su abrazo; volvió a respaldarse en el altar, abandonándose, tuteándola como antaño.

—Vete —balbuceó—. Si todavía me quieres, vete... ¡Oh! Señor, perdonadla, perdonadme por ensuciar vuestra casa. Si pasara esa puerta detrás de ella, tal vez la siguiera. Aquí, en vuestra casa, soy fuerte. Permitidme que me quede aquí para defenderos.

Albine permaneció un instante silenciosa. Después, con una voz calmada:

—Está bien, quedémonos aquí... Quiero hablar contigo. Tú no puedes ser malo. Me escucharás. No me dejarás marcharme sola... No, no te defiendas. No te volveré a agarrar, ya que te hace daño. Ya ves, estoy muy tranquila. Vamos a charlar despacio, como cuando nos perdíamos y no buscábamos el camino para charlar más tiempo.

Sonreía, continuó:

—Yo no sé. El tío Jeanbernat me prohibía venir a la iglesia. Me decía: «Tonta, si tienes un jardín, ¿a qué vas a ir a meterte en una casucha en la que se ahoga uno?...». Crecí muy contenta. Miraba en el interior de los nidos sin robar los huevos. Ni siquiera cogía las flores, por miedo a hacer sangrar las plantas. Tú sabes que nunca he cogido un insecto para atormentarlo... Entonces, ¿por qué iba a estar Dios irritado contra mí?

—Hay que conocerlo, rezarle, rendirle en todo momento los homenajes que le son debidos —contestó el sacerdote.

—Eso te contentaría, ¿verdad? —prosiguió ella—. ¿Me perdonarías, me seguirías amando?... ¡Bueno! Pues yo quiero todo lo que tú quieres. Háblame de Dios, creeré en él, lo adoraré. Cada una de tus palabras será una verdad que escucharé de rodillas. ¿Acaso he tenido nunca un pensamiento que no fuera el tuyo?... Reanudaremos nuestros largos paseos, tú me instruirás, harás de mí lo que te plazca. ¡Oh! ¡Consiente, te lo ruego!

El abate Mouret señaló su sotana.

—No puedo —dijo con sencillez—; soy sacerdote.

—¡Sacerdote! —repitió ella dejando de sonreír—. Sí, el tío dice que los sacerdotes no tienen ni mujer, ni hermana, ni madre. Entonces, eso es verdad... Pero ¿por qué viniste? Fuiste tú quien me tomaste por tu hermana, por tu mujer. ¿Es que mentías?

Él levantó su pálida faz, en la que perlaban un trasudor de angustia.

—Pequé —murmuró.

—Yo —continuó ella—, cuando te vi tan libre, creí que ya no eras sacerdote. Pensé que eso ya se había acabado, que te quedarías para siempre allí, para mí, conmigo... Y ahora, ¿qué quieres que haga, si te llevas toda mi vida?

—Lo que hago yo —contestó él—: arrodillarse, morir de rodillas, no volverse a levantar antes de que Dios perdone.

—¿O sea, que eres un cobarde? —dijo ella aún, presa de ira otra vez, con los labios despectivos.

Él se tambaleó, permaneció en silencio. Un sufrimiento abominable le atenazaba la garganta; pero seguía siendo más fuerte que el dolor. Mantenía la cabeza erguida,

casi sonreía con las comisuras de su boca temblorosa. Albine, con su mirada fija, lo desafió un instante. Después, con un nuevo arrebato:

—¡Vamos! Contesta, acúsame, di que soy yo la que te fue a tentar. Será el colmo... Bueno, te permito que te disculpes. Pégame si quieres, preferiría tus golpes a tu rigidez de cadáver. ¿No te queda sangre? ¿No oyes que te estoy llamando cobarde? Sí, eres un cobarde, mejor no me hubieras amado, ya que no puedes ser un hombre... ¿Es ese vestido negro lo que te cohíbe? Arráncatelo. Cuando estés desnudo, a lo mejor te acuerdas.

El sacerdote, lentamente, repitió las mismas palabras:

—He pecado, no tengo disculpa. Hago penitencia de mi pecado, sin esperar perdón. Si me arrancase esta ropa, me arrancarían la carne, porque me he entregado a Dios por entero, mi alma, mis huesos. Soy sacerdote.

—¿Y yo? ¿Y yo? —gritó una última vez Albine.

Él no bajó la cabeza.

—¡Que sus sufrimientos me sean contados como otros tantos crímenes! ¡Sufra yo castigo eterno por el abandono en el que debo dejarla! Será justo... Aun con todo lo indigno que soy, rezo por usted todas las noches.

Ella se encogió de hombros, con un inmenso desaliento. Su ira decaía. Casi le había entrado compasión.

—Estás loco —murmuró—. Guárdate tus oraciones. Lo que yo quiero es a ti... Nunca lo entenderás. ¡Tenía tantas cosas que decirte! Y estás ahí, sin hacer más que ponerme furiosa, con tus historias del otro mundo... A ver, seamos razonables los dos. Esperemos a estar más serenos. Luego seguimos hablando... No es posible que me vaya así. No puedo dejarte aquí. Si estás como muerto, con la piel tan fría que no me atrevo a tocarlo, es porque estás aquí... No hablemos más. Esperemos.

Se calló, dio unos pasos. Examinaba la pequeña iglesia. La lluvia continuaba poniendo en los cristales su chorrear de ceniza fina. Una luz fría, empapada de humedad, parecía calar las paredes. Desde fuera, no venía ningún ruido más que el fragor monótono del aguacero. Los gorriones debían de haberse acurrucado bajo las tejas, el serbal alzaba unas ramas difusas, anegadas en el polvo de agua. Dieron las cinco, arrancadas campanada a campanada del pecho agrietado del reloj; después volvió a crecer el silencio, más sordo, más ciego, más desesperado. Las pinturas, apenas secas, daban al altar mayor y a las maderas una limpieza triste, el aire de una capilla de convento en la que no entra el sol. Llenaba la nave una agonía lamentable, salpicada de la sangre que chorreaba de los miembros del gran Cristo; mientras que, a lo largo de las paredes, las catorce imágenes de la Pasión desplegaban su drama atroz, embadurnado de amarillo y de rojo, que destilaba el horror. Era la vida la que agonizaba allí, en aquel escalofrío de muerte, sobre aquellos altares iguales a tumbas, en medio de aquella desnudez de panteón. Todo hablaba de degollinas, de noche, de terror, de aplastamiento, de aniquilación. Flotaba un último aliento de incienso, igual al último hálito enternecido de alguna difunta, celosamente sofocado bajo las losas.

—¡Ah! —dijo por fin Albine—, qué bien se estaba al sol, ¿te acuerdas?... Una mañana, era a la izquierda del parterre, íbamos andando siguiendo un seto de rosales grandes. Me acuerdo del color de la hierba; era casi azul, con tornasoles verdes. Cuando llegamos al extremo del seto, volvimos sobre nuestros pasos, del olor tan dulce que tenía el sol allí.

Y ése fue todo nuestro paseo, aquella mañana, veinte pasos adelante, veinte pasos atrás, un rincón de felicidad del que tú ya no querías salir. Zumbaban las abejas; un herrerillo no se separó de nosotros, saltando de rama en rama; alrededor de nosotros, había procesiones de animales que iban a sus cosas. Tú murmurabas: «¡Qué grata es la vida!». La vida eran las hierbas, los árboles, las aguas, el cielo, el sol, dentro de él éramos rubios, con cabellos de oro.

Soñó aún un instante, y reanudó:

—La vida era el Paradou. ¡Qué grande nos parecía! Nunca acertábamos a encontrarle el final. Las frondas en él se cimbreaban hasta el horizonte, libremente, con un ruido de olas. ¡Y cuánto azul sobre nuestras cabezas! Podíamos crecer, echar a volar, correr como las nubes, sin encontrar más obstáculos que ellas. El aire era nuestro.

Se detuvo, señaló con un gesto los muros aplastados de la iglesia.

—Y aquí, estás metido en una fosa. No podrías extender los brazos sin desollarte las manos en la piedra. La bóveda te oculta el cielo, te roba tu porción de sol. Esto es tan pequeño que los miembros se te envaran, como si estuvieras tumbado vivo dentro de la tierra.

—No —dijo el sacerdote—, la iglesia es tan grande como el mundo. En ella cabe Dios entero.

Con un nuevo gesto, ella designó las cruces, los Cristos moribundos, los suplicios de la Pasión.

—Y vives en medio de la muerte. Las hierbas, los árboles, las aguas, el sol, el cielo, todo agoniza a tu alrededor.

—No, todo revive, todo se depura, todo sube hacia la fuente de luz.

Se había erguido, con una llama en los ojos. Se separó del altar, invencible a partir de aquel momento, abrasado por una fe tal que despreciaba los peligros de la tentación.

Y tomó la mano de Albine, la tuteó como a una hermana, la llevó ante las dolorosas imágenes del vía crucis.

—Mira —dijo—, aquí tienes lo que sufrió mi Dios... Jesús es azotado. Ya ves, tiene los hombros desnudos, la carne desgarrada, le chorrea la sangre hasta la cintura... Jesús es coronado de espinas. Ruedan lágrimas rojas de su frente horadada. Un gran desgarrón le ha hendido la sien... Jesús es insultado por los soldados. Sus verdugos le han arrojado por mofa un andrajo de púrpura al cuello, y le cubren la cara de salivazos, lo abofetean, le clavan a cañazos la corona en la frente...

Albine volvía la cabeza para no ver las imágenes, violentamente coloreadas, en las que cuchilladas de laca cortaban las carnes de ocre de Jesús. El manto de púrpura parecía, en su cuello, un jirón de su piel desgarrada.

—¿Para qué sufrir, para qué morir? —contestó ella—. ¡Oh, Serge! ¡Si te acordaras!... Me decías, aquel día, que estabas cansado. Y de sobra sabía yo que mentías, porque el tiempo estaba fresco y no habíamos andado más de un cuarto de hora. Pero querías sentarte para tomarme en tus brazos. Había, te acordarás, en el fondo de la huerta, un cerezo plantado en el borde de un arroyo, ante el cual no podías pasar sin sentir la necesidad de besarme las manos, con besos menuditos que me subían por los hombros hasta los labios. Se había pasado el tiempo de las cerezas, y te comías mis labios... Las flores que se marchitaban nos hacían llorar. Un día que encontraste una curruca muerta en la hierba, te pusiste todo pálido, me estrechaste contra tu pecho, como para impedirle a la tierra que se me llevara.

El sacerdote la arrastraba ante las otras estaciones.

—¡Cállate! —gritó—, sigue mirando, sigue escuchando. Es menester que te prosternes de dolor y de compasión... Jesús sucumbe bajo el peso de su cruz. La subida al Calvario es recia. Ha caído de rodillas. Ni siquiera se enjuga el sudor del rostro, y se levanta, continúa su caminar... Jesús, de nuevo, sucumbe bajo el peso de la cruz. A cada paso, se tambalea. Esta vez ha caído sobre un costado, con tal violencia que se queda un rato sin aliento. Sus manos desgarradas han soltado la cruz. Sus pies doloridos dejan detrás de él huellas sanguinolentas. Lo aplasta una fatiga abominable, porque lleva en sus hombros los pecados del mundo...

Albine había mirado a Jesús, con una falda azul, extendido bajo la cruz desmesurada, cuyo color negro desteñía y manchaba el oro de su aureola. Después, con la mirada perdida, murmuró:

—¡Oh! ¡Los senderos de las praderas!... ¿Es que ya no tienes memoria, Serge? ¿Ya no conoces los caminos de hierba fina que van por los prados a través, entre grandes estanques de verdor?... La tarde de la que te hablo, habíamos salido sólo para una hora. Después, echamos a andar siempre hacia adelante, tanto que salían las estrellas y aún estábamos andando. ¡Era tan suave, aquella alfombra sin fin, flexible como seda! Nuestros pies no se encontraban ni una gravilla. Se hubiese dicho un mar verde, cuya agua espumosa nos acunaba. Y de sobra sabíamos adonde nos conducían aquellos senderos tan tiernos que no llevaban a ninguna parte. Nos conducían a nuestro amor, al gozo de vivir enlazados de la cintura, a la certeza de una jornada de felicidad... Volvimos sin cansancio. Tú estabas más ligero que al partir, porque me habías dado tus caricias y yo no había podido devolvértelas todas.

Con sus manos temblorosas de angustia, el abate Mouret indicaba las últimas imágenes. Balbuceaba:

—Y Jesús es clavado en la cruz. A martillazos, penetran los clavos en sus manos abiertas. Un único clavo basta para sus pies, cuyos huesos crujen. Él, mientras su carne se estremece, sonrío, con los ojos puestos en el cielo... Jesús está entre los dos

ladrones. El peso de su cuerpo agranda horriblemente sus heridas. De su frente, de sus miembros, chorrea un sudor de sangre. Los dos ladrones le insultan, los que pasan se mofan de él, los soldados se reparten sus ropas. Y se propagan las tinieblas, y se oculta el sol... Jesús muere en la cruz. Profiere un gran grito, entrega el alma. ¡Oh, muerte terrible! El velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo; la tierra tembló, se hendieron las piedras, se abrieron los sepulcros...

Había caído de rodillas, con la voz entrecortada de sollozos, los ojos sobre las tres cruces del Calvario, en las que se retorcían los cuerpos macilentos de los ajusticiados, a los que el grosero dibujo descarnaba de modo horroroso. Albine se puso delante de las imágenes para que no las viera más.

—Una tarde —dijo—, en un largo crepúsculo, yo tenía apoyada la cabeza en tus rodillas... Era en el bosque, al final de aquella avenida grande de castaños, que el sol poniente enfilaba con un último rayo. ¡Ah! ¡Qué despedida tan acariciadora! El sol se demoraba a nuestros pies, con una grata sonrisa amiga, diciéndonos adiós. El cielo palidecía lentamente. Yo te contaba riendo que se estaba quitando el vestido azul, que se ponía el vestido negro de flores de oro para irse de fiesta. Tú acechabas la sombra, impaciente por estar solo, sin el sol que nos cohibía. Y no era la noche lo que venía, era una suavidad discreta, una ternura velada, un rincón de misterio, igual a uno de esos senderos muy oscuros, bajo las hojas, en los que uno se adentra para ocultarse un momento, con la certeza de recuperar, en el otro extremo, el gozo del pleno día. Aquella tarde, el crepúsculo traía, en su serena palidez, la promesa de una mañana espléndida... Entonces yo fingí dormirme, viendo que el día no se iba con bastante rapidez para tu gusto. Ahora lo puedo decir, no dormía, mientras que tú me besabas en los ojos. Saboreaba tus besos. Me contenía para no reír. Yo tenía un aliento regular que tú te bebías. Después, cuando estuvo oscuro, fue como un largo acunar. Los árboles, fíjate, no dormían más que yo... Por la noche, ¿recuerdas?, las flores tenían un olor más fuerte.

Y, como él permanecía de rodillas, con el rostro inundado de lágrimas, le asió las muñecas, lo levantó, reanudando con pasión:

—¡Oh! Si te acordaras, me dirías que te llevase, me enlazarías los brazos al cuello para que no pudiera irme sin ti... Ayer quise volver a ver el jardín. Está más grande, más hondo, más insondable. He encontrado en él olores nuevos, tan suaves que me han hecho llorar. He encontrado en las calles lluvias de sol que me empapaban con un escalofrío de deseo. Las rosas me han hablado de ti. Los pardillos se extrañaban de verme sola. Todo el jardín suspiraba... ¡Oh! Ven, nunca las hierbas han desplegado lechos más dulces. He marcado con una flor el rincón perdido al que quiero conducirte. Es, en el fondo de un matorral, un hondón de verdor de la anchura de un lecho grande. Desde allí, se oye al jardín vivir, con sus árboles, sus aguas, su cielo. La propia respiración de la tierra nos mecerá. ¡Oh! Ven, nos amaremos en el amor de todo.

Pero él la rechazó. Había vuelto ante la capilla de los Muertos, frente al gran Cristo de cartón pintado, del tamaño de un niño de diez años, que agonizaba con una verdad tan espantosa. Los clavos imitaban el hierro, las heridas permanecían abiertas, atrozmente desgarradas.

—¡Jesús que habéis muerto por nosotros —gritó—, decidle vos la nada que somos! ¡Decidle que somos polvo, inmundicia, condenación! ¡Ah! ¡Esperad! Permitid que me cubra la cabeza con un cilicio, que apoye la frente en vuestros pies, que permanezca aquí, inmóvil, hasta que me pudra la muerte. La tierra ya no existirá. El sol estará apagado. No veré más, no sentiré más, no oiré más. Nada de este mundo miserable vendrá a distraer mi alma de vuestra adoración.

Se exaltaba cada vez más. Echó a andar hacia Albine, con las manos levantadas.

—Tenías razón, es la muerte lo que está aquí, es la muerte lo que quiero, la muerte que libera, que salva de todas las podredumbres... ¿Oyes? Niego la vida, la rechazo, le escupo encima. Tus flores apestan, tu sol ciega, tu hierba le da la lepra a quien se tumba en ella, tu jardín es un pudridero en el que se descomponen los cadáveres de las cosas. La tierra rezuma la abominación. Mientes cuando hablas de amor, de luz, de vida bienaventurada en el fondo de tu palacio de verdor. En donde tú vives no hay más que tinieblas. Tus árboles destilan una ponzoña que transforma a los hombres en animales; tus bosquecillos están negros del veneno de las víboras; tus ríos arrastran la peste bajo sus aguas azules. Si le arrancase a tu naturaleza su falda de sol, su cinturón de follaje, la verías horripilante como una arpía, con costillas de esqueleto, toda roída de vicios... E incluso aunque estuvieras diciendo la verdad, aunque tuvieras las manos llenas de placeres, aunque me llevaras a un lecho de rosas para darme en él el sueño del paraíso, me defendería aún más desesperadamente contra tu abrazo. Es la guerra entre nosotros, secular, implacable. Ya ves, la iglesia es muy pequeña; es pobre, es fea, tiene un confesonario y un púlpito de pino, un baptisterio de yeso, unos altares hechos con cuatro tablas, que he repintado yo mismo. ¿Qué importa? Es más grande que tu jardín, que el valle, que toda la tierra. Es una fortaleza temible que nada derribará. Por más veces que la ataquen los vientos, y el sol, y los bosques, y los mares, todo lo que vive, permanecerá de pie, sin siquiera sufrir una sacudida. ¡Sí, aunque crezcan las malezas, aunque sacudan los muros con sus brazos espinosos y aunque salga un pulular de insectos de las rendijas del suelo para venir a roer las paredes, la iglesia, por muy en ruinas que esté, jamás será arrastrada en ese desbordar de la vida! Ella es la muerte inexpugnable... Y ¿quieres saber lo que ocurrirá, un día? Esta pequeña iglesia se volverá tan colosal, proyectará tal sombra que toda tu naturaleza reventará. ¡Ah! ¡La muerte, la muerte de todo, con el cielo abierto para recibir nuestras almas, por encima de los restos abominables de este mundo!

Gritaba, empujaba a Albine violentamente hacia la puerta. Ésta, muy pálida, retrocedía paso a paso. Cuando él calló, con la voz ahogada, dijo con seriedad:

—¿O sea, que se acabó, me echas?... A pesar de todo, soy tu mujer. Tú me hiciste. Dios, después de haber permitido eso, no puede castigarnos tanto.

Estaba en el umbral. Añadió:

—Escucha, todos los días, cuando se pone el sol, voy al extremo del jardín, al sitio donde está derrumbada la tapia... Te espero.

Y se fue. La puerta de la sacristía se cerró con un suspiro ahogado.

IX

LA iglesia estaba silenciosa. Tan sólo la lluvia, que arreciaba, ponía bajo la nave un escalofrío de órgano. En aquella brusca calma, la ira del sacerdote se desplomó; se sintió presa de un enternecimiento. Y, con el rostro bañado de lágrimas, los hombros sacudidos por los sollozos, regresó a arrojarse de hinojos ante el gran Cristo. Una ardiente acción de gracias se escapaba de sus labios.

—¡Oh! Gracias, Dios mío, por el socorro que habéis tenido a bien enviarme. Sin vuestra gracia, habría escuchado la voz de mi carne, habría vuelto miserablemente a mi pecado. Vuestra gracia me ceñía el talle como un cinturón de combate; vuestra gracia era mi armadura, mi valor, el sostén interior que me mantenía de pie, sin una sola flaqueza. Oh, Dios mío, estabais vos en mí; erais vos quien hablabais en mí, porque yo ya no reconocía mi cobardía de criatura, me sentía fuerte como para cercenar todos los vínculos de mi corazón. Y aquí tenéis mi corazón sangrante; ya no es de nadie, es vuestro. Para vos lo he arrancado del mundo. Pero no creáis, oh, Dios mío, que saco vanidad alguna de esta victoria. Sé que no soy nada sin vos. Me abismo a vuestros pies, en mi humildad.

Se había desplomado, sentado a medias en el peldaño del altar, sin que le vinieran más palabras, dejando que su aliento humease como un incienso, por entre sus labios entreabiertos. La abundancia de la gracia lo bañaba con un éxtasis inefable. Se replegaba sobre sí mismo, buscaba a Jesús en el fondo de su ser, en el santuario de amor que preparaba a cada minuto para recibirlo dignamente. Y Jesús estaba presente, él lo sentía allí, en la extraordinaria dulzura que lo inundaba. Entonces, inició con Jesús una de esas conversaciones interiores, durante las cuales era arrebatado de la tierra, charlando de tú a tú con su Dios. Balbuceaba el versículo del cantar: «Mi amado es mío y yo soy de él; reposa entre las azucenas hasta que se levanta la aurora y declinan las sombras. —Meditaba las palabras de la *Imitación*—: Es un gran arte saber charlar con Jesús, y una gran prudencia saber retenerlo junto a sí». Después, venía una familiaridad adorable. Jesús se rebajaba hasta él, conversaba con él durante horas de sus necesidades, de sus dichas, de sus esperanzas. Y no se hacen confidencias tan enternecidas dos amigos que, tras una separación, se reencuentran y se van aparte, a la orilla de algún río solitario; porque Jesús, en aquellas horas de abandono divino, se dignaba ser su amigo, el mejor, el más fiel, aquel que nunca lo traicionaba, el que le entregaba, a cambio de un poco de afecto, todos los tesoros de la vida eterna. Esta vez, sobre todo, quiso el sacerdote poseerlo mucho tiempo. Daban las seis en la iglesia muda, y él seguía escuchándole aún, en medio del silencio de las criaturas.

Confesión del ser entero, conversación libre, sin el estorbo de la lengua, efusión natural del corazón, que echaba a volar antes que el propio pensamiento. El abate Mouret se lo decía todo a Jesús, como a un Dios acudido a la intimidad de su ternura, y que puede escucharlo todo. Reconocía que seguía queriendo a Albine; se extrañaba

de haber podido maltratarla, echarla, sin que sus entrañas se hubiesen sublevado; aquello lo maravillaba, sonreía de modo sereno, como puesto en presencia de un acto milagrosamente fuerte, realizado por otro. Y Jesús contestaba que eso no debía extrañarle, que los santos más grandes muchas veces eran armas inconscientes en las manos de Dios. Entonces, el abate expresaba una duda: ¿no había tenido él menos mérito al refugiarse al pie del altar, y hasta en la Pasión de su Señor?, ¿no era aún de valentía débil, puesto que no se atrevía a combatir solo? Pero Jesús se mostraba tolerante; explicaba que la debilidad del hombre es el quehacer continuo de Dios, decía preferir las almas sufrientes, en las que venía a sentarse como un amigo a la cabecera de un amigo. ¿Era una condenación amar a Albine? No, si ese amor iba más allá de la carne, si añadía una esperanza al deseo de la otra vida. Y, ¿cómo había que amarla? Sin una palabra, sin un paso hacia ella, dejando que aquella ternura purísima se exhalase igual que un buen olor, agradable al cielo. Para entonces, Jesús mostraba una leve risa de benevolencia, acercándose, alentando las confesiones, tanto que el sacerdote, poco a poco, se iba atreviendo a detallarle la belleza de Albine. Tenía los cabellos rubios de los ángeles. Era toda blanca, con ojos grandes y dulces, igual a las santas que tienen aureola. Jesús callaba, pero seguía riendo. ¡Y cuánto había crecido! Parecía una reina, ahora, con su cintura redonda, sus hombros soberbios. ¡Oh! ¡Cogerla por la cintura, aunque sólo fuera un segundo, y sentir sus hombros volcarse bajo aquel abrazo! La risa de Jesús palidecía, moría como un rayo de astro en el borde del horizonte. El abate Mouret, ahora, hablaba solo. Realmente, se había mostrado demasiado duro. ¿Por qué haber echado a Albine sin una palabra de ternura, ya que el cielo permitía amar?

—¡La quiero, la quiero! —gritó en alto, con una voz desesperada que llenó la iglesia.

La veía aún allí. Le tendía los brazos, estaba deseable como para obligarle a quebrar todos sus juramentos. Y él se arrojaba a su seno, sin respeto por la iglesia; le tomaba los miembros, la poseía bajo una lluvia de besos. Era ante ella ante quien se ponía de rodillas, implorando su misericordia, pidiéndole perdón por sus brutalidades. Explicaba que, en ciertas horas, había dentro de él una voz que no era la suya. ¿La hubiera él maltratado nunca? Esa voz ajena era la única que había hablado. No podía ser él, que no habría tocado uno solo de sus cabellos sin estremecerse. ¡Y la había echado, la iglesia, en efecto, estaba vacía! ¿Adónde debía correr para reunirse con ella, para traerla de nuevo, enjugando sus lágrimas con caricias? La lluvia caía con más fuerza. Los caminos eran charcas de lodo. Se la imaginaba azotada por el aguacero, tambaleándose por los barrancos, con unas faldas empapadas, pegadas a su piel. No, no, no era él, era el otro, la voz celosa, quien había tenido aquella crueldad de querer la muerte de su amor.

—¡Oh, Jesús! —gritó con más desesperación—, sed bueno, devolvédmela.

Pero Jesús ya no estaba... Entonces, el abate Mouret, despertándose como sobresaltado, se puso horriblemente pálido. Comprendía. No había sabido conservar a

Jesús. Perdía a su amigo, se quedaba sin defensa contra el mal. En lugar de aquella claridad interior, por la que estaba iluminado entero, y en la que había recibido a su Dios, ya no encontraba dentro de sí más que tinieblas, un vapor maligno, que exasperaba su carne. Jesús, al retirarse, se había llevado consigo la gracia. Él, tan fuerte desde el amanecer por el auxilio del cielo, se sentía de repente miserable, abandonado, de una debilidad de niño. ¡Y qué atroz caída, qué inmensa amargura! ¡Haber luchado heroicamente, haber permanecido en pie, invencible, implacable, mientras estaba allí la tentación, viva, con su cintura redonda, sus hombros soberbios, su olor de mujer apasionada; y después, sucumbir vergonzosamente, jadear de un deseo abominable, cuando la tentación se alejaba, sin dejar tras de sí más que un crujir de faldas, un perfume volado de nuca rubia! Ahora, tan sólo con los recuerdos, volvía omnipotente, invadía la iglesia.

—¡Jesús! ¡Jesús! —gritó una última vez el sacerdote—, ¡volved, entrad otra vez en mí, seguidme hablando!

Jesús permanecía sordo. Por un instante, el abate Mouret imploró al cielo con sus brazos desesperadamente alzados. Crujían sus hombros por el impulso extraordinario de sus súplicas. Y pronto volvieron a caer sus manos, desalentadas. Había en el cielo uno de esos silencios sin esperanza que conocen los devotos. Entonces, se sentó de nuevo en el peldaño del altar, aplastado, con el rostro terroso, apretándose los costados con los codos, como para menguar su carne. Se encogía bajo el diente de la tentación.

—¡Dios mío! Me abandonáis —murmuró—. ¡Hágase vuestra voluntad!

Y ya no pronunció una palabra más, resoplando fuertemente, igual a un animal acosado, inmóvil en el miedo de las dentelladas. Desde su culpa, era así el juguete de los caprichos de la gracia. Se negaba a las llamadas más ardientes; y llegaba, imprevista, encantadora, cuando él ya no esperaba poseerla antes de años. Las primeras veces, se había rebelado, hablando como amante traicionado, exigiendo el regreso inmediato de aquella consoladora, cuyo beso le hacía tan fuerte. Luego, después de estériles crisis de ira, había comprendido que la humildad lo laceraba menos y era la única que podía ayudarle a soportar su abandono. Entonces, durante horas, durante días, se humillaba, en la espera de un consuelo que no venía. Le era inútil ponerse en las manos de Dios, anularse ante él, repetir hasta la saciedad las oraciones más eficaces: ya no sentía a Dios; su carne, insumisa, se sublevaba de deseo; las oraciones, embarullándose en sus labios, se remataban en un balbuceo indecente. Agonía lenta de la tentación, en la que las armas de la fe caían, una a una, de sus manos desfallecientes, en la que él ya no era más que una cosa inerte entre las zarpas de las pasiones, en la que asistía, espantado, a su propia ignominia, sin tener valor ni para levantar el dedo meñique y expulsar el pecado. Tal era su vida ahora. Conocía todos los ataques del pecado. Ni un solo día transcurría sin que fuese sometido a prueba. El pecado adoptaba mil formas, se le entraba por los ojos, por los oídos, le asía de frente la garganta, le saltaba traidoramente a los hombros, lo

torturaba hasta en sus huesos. La culpa siempre estaba presente, la desnudez de Albine, resplandeciente como un sol, iluminando los verdes del Paradou. No dejó de verla salvo en los escasos instantes en los que la gracia tenía a bien cerrarle los párpados con sus frescas caricias. Y él ocultaba su mal igual que un mal vergonzoso. Se encerraba en aquellos silencios lívidos que nadie sabía como obligarle a romper, llenando la casa rectoral de su martirio y de su resignación, exasperando a la Teuse, que, por detrás de él, amenazaba al cielo con el puño.

Esta vez estaba solo, podía agonizar sin vergüenza. El pecado acababa de derribarlo con tal golpe que no tenía fuerzas para abandonar el peldaño del altar, en el que había caído. Continuaba jadeando en él con un hálito intenso, abrasado por la angustia, sin ser capaz de derramar una sola lágrima. Y pensaba en su vida serena de antaño. ¡Ah! ¡Qué paz, qué confianza, cuando su llegada a Los Artaud! La salvación se le antojaba un camino grato. Por aquel entonces, se reía cuando la gente hablaba de la tentación. Vivía en medio del mal sin conocerlo, sin temerlo, con la certeza de desanimarlo. Era un sacerdote perfecto, tan casto, tan ignorante ante Dios, que Dios lo llevaba de la mano, como a un niño pequeño. Ahora toda esa puerilidad había muerto. Dios lo visitaba por las mañanas, e inmediatamente lo sometía a prueba. La tentación se convertía en su vida sobre la tierra. Con los años, con la culpa, él ingresaba en el combate eterno. ¿Sería acaso que Dios lo amaba más, en esta hora? Los grandes santos, todos, han dejado jirones de su cuerpo en las espinas de la vía dolorosa. Él intentaba componerse un consuelo con esa creencia. A cada desgarrón de su carne, a cada crujido de sus huesos, se prometía recompensas extraordinarias. Nunca lo golpearía suficientemente el cielo. Llegaba hasta a despreciar su antigua serenidad, su fácil fervor, que lo arrodillaba en un arrobo de muchacha, sin que sintiese ni siquiera la laceración del suelo en sus rodillas. Se las ingeniaba en encontrar un placer físico en el fondo del sufrimiento, en tumbarse en él, en dormirse en él. Pero, mientras bendecía a Dios, rechinaban sus dientes con más espanto, y la voz de su sangre soliviantada le gritaba que todo aquello era un embuste, que el único gozo deseable era tenderse entre los brazos de Albine, detrás de un seto en flor del Paradou.

No obstante, había abandonado a María por Jesús, sacrificando su corazón, con el fin de vencer su carne, soñando con poner virilidad en su fe. María lo turbaba demasiado, con sus finas crenchas, sus manos extendidas, su sonrisa de mujer. No podía arrodillarse ante ella sin bajar los ojos, por miedo a ver el borde de sus faldas. Y la acusaba de haberse hecho, antaño, demasiado dulce para con él; lo había tenido tanto tiempo cobijado entre los pliegues de su túnica, que él se había dejado deslizar de sus brazos a los de la criatura, sin darse cuenta siquiera de que cambiaba de afecto. Y recordaba las brutalidades de Fray Archangias, su negativa a adorar a María, la mirada desconfiada con la que parecía vigilarla. Él desesperaba de alzarse nunca a aquella rudeza; simplemente dejaba a María de lado, escondía sus imágenes, abandonaba su altar. Pero ella permanecía en el fondo de su corazón, como un amor

inconfeso, siempre presente. El pecado, mediante un sacrilegio cuyo horror lo anonadaba, se servía de ella para tentarle. Cuando aún la invocaba, en ciertas horas de enternecimiento invencible, era Albine la que acudía, envuelta en el velo blanco, con el ceñidor azul anudado a la cintura, con rosas de oro sobre sus pies descalzos. Todas las Vírgenes, la Virgen del regio manto de oro, la Virgen coronada de estrellas, la Virgen visitada por el Ángel de la Anunciación, la Virgen apacible entre un lirio y una flor de enea, le traían una remembranza de Albine, los ojos sonrientes, o la boca delicada, o la blanda curva de las mejillas. Su culpa había matado la virginidad de María. Así que, con un esfuerzo supremo, expulsaba a la mujer de la religión y se refugiaba en Jesús, cuya dulzura incluso lo desazonaba a veces. Necesitaba un Dios celoso, un Dios implacable, el Dios de la Biblia, rodeado de truenos, que tan sólo se mostraba para castigar al mundo aterrorizado. Ya no había santos, ni ángeles, ni madre de Dios; no había más que Dios, un amo omnipotente, que exigía todo aliento para sí. Él sentía la mano de ese Dios aplastarle la cintura, tenerlo a su merced en el espacio y en el tiempo, como un átomo culpable. No ser nada, estar condenado, soñar el infierno, debatirse estérilmente contra los monstruos de la tentación, eso era bueno. De Jesús no tomaba más que la cruz. Tenía esa locura de la cruz que tantos labios ha desgastado sobre el crucifijo. Tomaba la cruz y seguía a Jesús. La hacía más pesada, la hacía abrumadora, no tenía gozo mayor que sucumbir bajo ella, llevarla de rodillas, con la espalda quebrada. Veía en ella la fuerza del alma, el gozo del espíritu, la consumación de la virtud, la perfección de la santidad. Todo se encontraba en ella, todo desembocaba en morir clavado en ella. Sufrir, morir, aquellas palabras sonaban sin cesar en sus oídos, como el término de la sabiduría humana. Y, una vez que se había clavado en la cruz, tenía el consuelo sin límites del amor de Dios. No era ya a María a quien amaba con ternura de hijo, con pasión de amante. Amaba, por amar, en lo absoluto del amor. Amaba a Dios por encima de sí mismo, por encima de todo, en el fondo de un florecer de luz. Era igual que una antorcha que se consume en claridad. La muerte, cuando la deseaba, no era a sus ojos sino un gran arrebató de amor.

¿Qué descuidaba, pues, para ser sometido a pruebas tan recias? Se secó con la mano el sudor que le chorreaba de las sienes, pensó que, aquella misma mañana, había hecho su examen de conciencia sin encontrar dentro de sí ninguna ofensa grave. ¿No llevaba acaso una vida de austeridades y de laceraciones? ¿No amaba a Dios solo, ciegamente? ¡Ah! Cómo lo habría bendecido si por fin le hubiera devuelto la paz, juzgándolo suficientemente castigado por aquella culpa. Pero esa culpa tal vez nunca podría ser expiada. Y, a su pesar, volvió a Albine, al Paradou, al escozor de los recuerdos. Al principio, buscó excusas. Una noche, caía en las baldosas de su cuarto, fulminado por una fiebre cerebral. Durante tres semanas, lo poseía aquella crisis de su carne. Su sangre, furiosamente, le lavaba las venas, hasta el extremo de sus miembros, rugía a través de él con un estruendo de torrente desatado; su cuerpo, del cráneo a la planta de los pies, era limpiado, renovado, labrado por un zarandeo tal de

la enfermedad que muchas veces, en su delirio, había creído oír los martillos de los obreros claveteándole los huesos. Después, se despertaba una mañana como nuevo. Nacía una segunda vez, liberado de lo que habían depositado sucesivamente en él veinticinco años de vida. Sus devociones de niño, su educación del seminario, su fe de sacerdote joven, todo se había ido, sumergido, arrastrado, dejando despejado el sitio. Ciertamente, el infierno y nadie más lo había preparado así para el pecado, desarmándolo, haciendo de sus entrañas un lecho de molicie, en el que el mal podía entrar y dormir. Y él permanecía inconsciente, se abandonaba a aquel lento encaminarse hacia la culpa. En el Paradou, cuando abría los ojos, se sentía bañado de infancia, sin memoria del pasado, sin quedarle ya nada del sacerdocio. Sus órganos tenían un funcionamiento suave, un arrobamiento de sorpresa en volver a iniciar la vida, como si no la conocieran y sintiesen una alegría extrema en aprenderla. ¡Oh! ¡Qué delicioso aprendizaje, qué encantadores encuentros, qué adorables hallazgos! Aquel Paradou era una gran dicha. Al ponerlo allí, de sobra sabía el infierno que estaría indefenso. Nunca, en su primera juventud, había saboreado semejante voluptuosidad en crecer. Aquella primera juventud, si la evocaba ahora, se le antojaba toda negra, pasada lejos del sol, ingrata, macilenta, achacosa. Por eso mismo, ¡cómo había saludado al sol, cómo se había maravillado del primer árbol, de la primera flor, del mínimo insecto visto, del mínimo guijarro recogido! Hasta las piedras lo fascinaban. El horizonte era un prodigio extraordinario. Sus sentidos, una mañana clara de la que se llenaban sus ojos, un olor de jazmín respirado, un canto de alondra escuchado le causaban emociones tan intensas que sus miembros desfallecían. Se había concedido un largo placer en enseñarse hasta los más ligeros escalofríos de la vida. ¡Y la mañana en la que Albine había nacido a su lado, en medio de las rosas! Aún reía de éxtasis ante aquel recuerdo. Ella se alzaba igual que un astro imprescindible para el mismo sol. Ella lo iluminaba todo, lo explicaba todo. Ella le completaba. Entonces, volvía a empezar con ella los paseos por las cuatro esquinas del Paradou. Recordaba los pelillos que se le volaban en la nuca cuando corría delante de él. Oía bien, balanceaba unas faldas tibias, cuyos roces parecían caricias. Cuando lo tomaba entre sus brazos desnudos, flexibles como culebras, él se esperaba verla, tan delgada era, enrollarse a su cuerpo, dormirse allí, pegada a su piel. Era ella la que caminaba delante. Lo conducía por un sendero apartado, en el que se demoraban para no llegar muy pronto. Le inculcaba la pasión de la tierra. Él aprendía a amarla, mirando cómo se aman las hierbas; cariño largo tiempo titubeante, y cuyo gran gozo habían sorprendido por fin una tarde, bajo el árbol gigante, dentro de la sombra que rezumaba savia. Aquél era el final de su camino. Albine, tumbada, con la cabeza inerte en medio de sus cabellos, le tendía los brazos. Él la tomaba en un solo abrazo. ¡Oh! ¡Tomarla, poseerla una vez más, sentir sus costados estremecerse de fecundidad, hacer vida, ser Dios!

El sacerdote, bruscamente, lanzó una queja sorda. Se irguió, como bajo una dentellada invisible; después se desplomó de nuevo. La tentación acababa de

morderlo. ¿En qué inmundicia se extraviaban, pues, sus recuerdos? ¿No sabía que Satanás posee todas las argucias, que se aprovecha incluso de las horas de examen interior para deslizar hasta el alma su cabeza de serpiente? ¡No, no, no había disculpa! La enfermedad en modo alguno autorizaba el pecado. A él le correspondía guardarse, recuperar a Dios al salir de la fiebre. Al contrario, se había complacido en quedarse acucillado dentro de su carne. ¡Y qué prueba de sus abominables apetitos! No podía confesar su culpa sin deslizarse a su pesar a la necesidad de cometerla otra vez en pensamiento. ¿No lograría imponer silencio a su fango? Soñaba con vaciarse el cráneo para no pensar más; con abrirse las venas para que su sangre culpable no lo atormentase más. Por un instante, permaneció con la cara entre las manos, tiritando, ocultando los mínimos fragmentos de su piel, como si los animales que merodeaban alrededor de él le hubiesen erizado el vello con su cálido aliento.

Pero pensaba a pesar de todo, y la sangre, a pesar de todo, palpitaba en su corazón. Sus ojos, que se cerraba con los puños, veían, sobre lo negro de las tinieblas, las líneas cimbreñas del cuerpo de Albine, trazadas con trazo de llama. Tenía un pecho desnudo cegador como un sol. A cada esfuerzo que él hacía para hundirse los ojos, para expulsar aquella visión, se volvía más luminosa, se acusaba con combaduras del talle, llamadas de brazos tendidos, que arrancaban al sacerdote un estertor de angustia. ¿Es que Dios lo abandonaba totalmente y ya no había refugio para él? Y, a pesar de la tensión de su voluntad, la culpa se presentaba una y otra vez, se precisaba con una escalofriante nitidez. Volvía a ver las mínimas briznas de hierba, al borde de las faldas de Albine; le venía a la memoria, enganchada en sus cabellos, una florecilla de cardo, con la que recordaba haberse pinchado los labios. Plasta los olores, los azúcares un poco acres de los tallos aplastados, que volvían a él; hasta los sonidos lejanos que oía aún, el grito regular de un pájaro, un gran silencio, después un suspiro que pasaba por encima de los árboles. ¿Por qué no lo fulminaba el cielo inmediatamente? Habría sufrido menos. Gozaba de su abominación con una voluptuosidad de condenado. Lo sacudía una furia al escuchar las palabras criminales que había pronunciado a los pies de Albine. Retumbaban, en aquel momento, para acusarlo ante Dios. Había reconocido a la mujer como su soberana. Se había entregado a ella como esclavo, besándole los pies, soñando con ser el agua que ella bebía, el pan que comía. Ahora comprendía por qué ya no podía enmendarse. Dios lo abandonaba a la mujer. Pero él la golpearía, le quebraría los miembros, para que lo soltase. Era ella la esclava, la carne impura a la que la Iglesia hubiese debido negar un alma. Entonces, se puso rígido, levantó los puños sobre Albine. Y los puños se abrían, las manos chorreaban por los hombros desnudos, con una muelle caricia, mientras la boca, llena de injurias, se adhería a la melena desatada, balbuciendo palabras de adoración.

El abate Mouret abrió los ojos. La visión ardiente de Albine desapareció. Fue un consuelo brusco, inesperado. Pudo llorar. Lentas lágrimas refrescaron sus mejillas, mientras que respiraba con sosiego, no atreviéndose aún a moverse, por temor a

volver a ser atrapado de la nuca. Seguía oyendo un gruñido salvaje detrás de él. Además, era tan dulce no sufrir ya tanto, que se dejó saborear aquel bienestar. Afuera, la lluvia había cesado. El sol se ponía en un gran resplandor rojo, que parecía colgar cortinas de satén rosa en las ventanas. La iglesia, ahora, estaba tibia, toda viva de aquel último aliento del sol. El sacerdote daba confusamente gracias a Dios por la tregua que tenía a bien concederle. Un ancho rayo, un polvillo de oro que atravesaba la nave, encendía el fondo de la iglesia, el reloj, el púlpito, el altar mayor. ¿Sería tal vez la gracia, que volvía a él por aquel sendero de luz que bajaba del cielo? Se interesaba por los átomos que iban y venían a lo largo del rayo, con una velocidad prodigiosa, iguales a una muchedumbre de mensajeros atareados que llevaban sin cesar noticias del sol a la tierra. Mil cirios encendidos no habrían llenado la iglesia con tal esplendor. Detrás del altar mayor, aparecían desplegados paños de oro; por encima de las gradillas, corrían chorreones de orfebrería, candelabros que florecían en manojos de claridades, incensarios en los que ardía una brasa de pedrerías, vasos sagrados que se iban agrandando lentamente, con irradiar de cometas; y, por todas partes, era una lluvia de flores luminosas en medio de encajes volanderos, sabanillas, ramos, guirnaldas de rosas, cuyos corazones al abrirse dejaban caer estrellas. Jamás había deseado semejante riqueza para su pobre iglesia. Sonreía, componía el sueño de establecer allí aquellas magnificencias, las disponía a su antojo. Él habría preferido ver las cortinas de paño de oro sujetas más arriba; recogía aún las flores perdidas, reencordando los ramos, dando a las guirnaldas un blando torneado. Pero ¡qué maravilla, cuando toda aquella pompa estaba desplegada así! Él se convertía en pontífice de una iglesia de oro. La visitaban los obispos, los príncipes, mujeres que arrastraban mantos regios; muchedumbres devotas, con la frente en el polvo, acampaban en el valle, esperaban semanas en la puerta, antes de poder entrar. La gente le besaba los pies, porque sus pies también eran de oro, y realizaban milagros. El oro le subía hasta las rodillas. Un corazón de oro latía en su pecho de oro, con un sonido musical tan claro que lo oían las multitudes desde fuera. Entonces, lo arrebatava un orgullo inmenso. Era un ídolo. El rayo de sol seguía subiendo, resplandecía el altar mayor, el sacerdote se convencía de que, en efecto, si experimentaba semejante placer interior, era la gracia que le volvía. El gruñido salvaje, detrás de él, se volvía mimoso. Ya no sentía en la nuca más que la suavidad de una pata de terciopelo, como si le hubiese acariciado algún gigantesco gato.

Y continuó su ensoñación. Nunca había visto las cosas bajo una luz tan deslumbrante. Todo le parecía cómodo, ahora, de tan fuerte como se consideraba. Ya que Albine le esperaba, iría a reunirse con ella. Era una cosa natural. Aquella mañana había casado a Fortuné el alto con la Rosalie, ¿no? La Iglesia no prohibía el matrimonio. Los veía aún sonriéndose, dándose codazos bajo sus manos que los bendecían. Después, por la noche, le habían enseñado su cama. Cada una de las palabras que les había dirigido estallaba más alta en sus oídos. Le decía a Fortuné el alto que Dios le enviaba una compañera, porque no quiso que el hombre viviera

solitario. Le decía a la Rosalie que tenía que unirse a su marido, no dejarlo nunca, ser su sierva sumisa. Pero también decía esas cosas para él y para Albine. ¿No era ella su compañera, su sierva sumisa, aquella que Dios le enviaba con el fin de que su hombría no se secase en la soledad? Además, estaban unidos. Seguía muy extrañado de no haber comprendido aquello inmediatamente, de no haberse ido con ella, como exigía el deber. Pero era cosa decidida, se reuniría con ella al día siguiente mismo. En media hora, estaría junto a ella. Atravesaría el pueblo, tomaría el camino del otero; era, con mucho, el más corto. Él lo podía todo, era el amo, nadie le diría nada. Si lo miraban, él, con un gesto, haría bajar todas las cabezas. Después, viviría con Albine. La llamaría su mujer. Serían muy felices. El oro subía de nuevo, chorreaba por entre sus dedos. Se sumergía en un baño de oro. Se llevaba los vasos sagrados para las necesidades de su hogar, viviendo a todo lujo, pagando a su gente con fragmentos de cáliz que retorció entre sus dedos, con un ligero esfuerzo. Ponía en su lecho nupcial los cortinajes de paño de oro del altar. En calidad de joyas, le regalaba a su mujer los corazones de oro, los rosarios de oro, las cruces de oro colgados del cuello de la Virgen y de las santas. La propia iglesia, si la elevaba un piso, podría servirles de palacio. Dios no tendría nada que decir, ya que permitía amar. Además, ¿a él qué le importaba Dios? ¿No era él, en aquella hora, el que era Dios, con sus pies de oro que besaba la muchedumbre y que realizaban milagros?

El abate Mouret se levantó. Hizo aquel gesto amplio de Jeanbernat, aquel gesto de negación que abarcaba todo el horizonte.

—No hay nada, nada, nada —dijo—. Dios no existe.

Un gran escalofrío pareció recorrer el interior de la iglesia. El sacerdote, espeluznado, otra vez de una palidez mortal, escuchaba. ¿Quién había hablado? ¿Quién había blasfemado? Bruscamente, la caricia de terciopelo, cuya suavidad sentía en la nuca, se había vuelto feroz; unas garras le arrancaban la carne, su sangre se vertía una vez más. Ello no obstante, permaneció de pie, luchando contra la crisis. Insultaba al pecado triunfante, que reía burlescamente en torno a sus sienes, en las que empezaban otra vez a golpear todos los martillos del mal. ¿No conocía sus trapacerías? ¿No sabía que muchas veces se divierte jugando a acercarse con patas suaves, para luego clavarlas como cuchillos hasta los huesos de sus víctimas? Y arreciaba su rabia, ante la idea de haber sido atrapado en aquella trampa, igual que un niño. ¡De modo que estaría siempre en el suelo, con el pecado victoriosamente acucillado encima de su pecho! Ahora, resultaba que negaba a Dios. Era la pendiente fatal. La fornicación mataba la fe. Después, se venía abajo el dogma. Una duda de la carne, que abogaba por su inmundicia, bastaba para barrer todo el cielo. La regla divina irritaba, los misterios provocaban la sonrisa; en un rincón de la religión derribada, uno se acostaba discutiendo su sacrilegio, hasta haberse excavado un agujero de animal que empollase su propio barro. Entonces venían las demás tentaciones: el oro, el poder, la vida libre, una necesidad irresistible de gozar, que de nuevo lo devolvía todo a la gran lujuria, revolcada en un lecho de riqueza y de

orgullo. Y uno le robaba a Dios. Hacía trozos las custodias para colgarlas en la impureza de una mujer. ¡Bien! Estaba condenado. Ya nada lo cohibía, el pecado podía hablar alto en él. Era grato no luchar más. Los monstruos que habían merodeado detrás de su nuca se batían dentro de sus entrañas, a aquella hora. Hinchía los costados para sentir más sus dientes. Se abandonaba a ellos con una alegría espantosa. Una rebeldía le hacía enseñarle los puños a la iglesia. No, ya no creía en la divinidad de Jesús, ya no creía en la Santísima Trinidad, no creía más que en él, en sus músculos, en los apetitos de sus órganos. Quería vivir. Tenía la necesidad de ser un hombre. ¡Ah! ¡Correr al aire libre, ser fuerte, no tener amo celoso, matar a sus enemigos a pedradas, llevarse abrazadas al cuello las muchachas que pasan! Él resucitaría de la tumba en la que lo habían acostado unas manos rudas. Despertaría su virilidad, que no debía de estar más que dormida. ¡Y que expirase de vergüenza si se encontraba a su virilidad muerta! ¡Y maldito fuese Dios si lo había retirado de entre las criaturas, tocándolo con su dedo, con el fin de conservarlo para su solo servicio!

El sacerdote estaba de pie, alucinado. Creyó que ante aquella nueva blasfemia la iglesia se venía abajo. El lienzo de sol que inundaba el altar mayor había ido creciendo lentamente, encendiendo las paredes con un arrebol de incendio. Subieron aún unas pavesas, lamieron el techo, se apagaron en un resplandor sangrante de brasa. La iglesia, bruscamente, se volvió toda negra. Pareció que el fuego de aquel ocaso de astro acababa de reventar la techumbre, de hender los muros, de horadar por todas partes brechas abiertas a los ataques del exterior. El oscuro armazón se tambaleaba, en la espera de algún asalto formidable. La noche, rápidamente, crecía.

Entonces, de muy lejos, el sacerdote oyó un murmullo subir del valle de Los Artaud. Antes no comprendía el ardiente lenguaje de aquellas tierras abrasadas, en las que tan sólo se retorcían cepas de viñas nudosas, almendros descarnados, viejos olivos que se contoneaban sobre sus miembros achacosos. Él pasaba por en medio de aquella pasión con las serenidades de su ignorancia. Pero hoy, instruido en la carne, captaba hasta los mínimos suspiros de las hojas privadas bajo el sol. Fueron al principio, en el fondo del horizonte, las colinas, aún cálidas del adiós del poniente, las que se estremecieron y parecieron sacudirse con el sordo pisotear de un ejército en marcha. Después, las rocas esparcidas, las piedras de los caminos y todos los guijarros del valle se levantaron ellos también, rodando, retumbando, como arrojados hacia adelante por la necesidad de moverse. Tras ellos, las charcas de tierra roja, los escasos campos conquistados a golpe de piqueta, se pusieron a fluir y a bramar, como ríos escapados que arrastraban en la oleada de su sangre concepciones de simientes, eclosiones de raíces, copulaciones de plantas. Y pronto todo estuvo en movimiento; las cepas de las viñas reptaban como grandes insectos; los flacos trigos y las hierbas secas formaban batallones armados con altas lanzas; los árboles se desmelenaban a correr, estiraban sus miembros, iguales a luchadores que se aprestan al combate; caminaban las hojas caídas, caminaba el polvo de las carreteras. Multitud que a cada paso reclutaba fuerzas nuevas, pueblo en celo cuya respiración se acercaba,

tempestad de vida con aliento de horno, que se lo llevaba todo por delante, en el remolino de un parto colosal. Bruscamente, se produjo el ataque. Desde el extremo del horizonte, el campo entero se abalanzó sobre la iglesia, las colinas, las piedras, las tierras, los árboles. La iglesia, con aquel primer encontronazo, crujió. Las paredes se hendieron, se volaron tejas. Pero el gran Cristo, sacudido, no cayó.

Hubo una corta tregua. Afuera, se alzaban las voces, más furiosas. Ahora, el sacerdote distinguía voces humanas. Era el pueblo, Los Artaud, aquel puñado de bastardos crecidos en la roca con la obstinación de las zarzas, que soplaban a su vez un viento grávido de un pulular de seres. Los Artaud fornicaban en el suelo, plantaban de trecho en trecho un bosque de hombres, cuyos troncos, en derredor, se comían todo el sitio. Subían hasta la iglesia, reventaban el portón de un solo envite, amenazaban con obstruir la nave con las ramas invasoras de su raza. Detrás de ellos, en el revoltijo de la broza, acudían los animales, bueyes que procuraban hundir las paredes con sus cuernos, rebaños de burros, de cabras, de ovejas, que azotaban la iglesia en ruinas, como olas vivas, hormigueros de cochinillas y de grillos que atacaban los cimientos, desmigándolos con sus dientes de sierra. Y estaba también, al otro lado, el corral de Désirée, cuyo estiércol exhalaba vahos de asfixia; allí, el gran gallo Alexandre tocaba al ataque con su clarín; las gallinas desempotraban las piedras a picotazos; los conejos excavaban madrigueras hasta debajo de los altares con el fin de minarlos y estropearlos; el cerdo, tan gordo que no se podía mover, gruñía, esperaba a que los ornamentos sagrados ya no fuesen más que un puñado de ceniza caliente para revolcar su vientre en ellos. Se propagó un rumor formidable, se dio un segundo asalto. El pueblo, los animales, toda aquella marea de vida que desbordaba engulló por un instante la iglesia bajo una furia de cuerpos que combaban las vigas. Las hembras, en la barahúnda, soltaban de sus entrañas un parir continuo de nuevos combatientes. Esta vez, a la iglesia se le vino abajo un lienzo de muro; cedía el techo, se arrancaban las maderas de las ventanas, el humo del crepúsculo, cada vez más negro, entraba por las brechas, que boqueaban de modo espantoso. En la cruz, el gran Cristo ya sólo estaba sujeto por el clavo de la mano izquierda.

El derrumbe del lienzo de muro fue saludado con un clamor. Pero la iglesia aún permanecía firme, a pesar de sus heridas. Se obstinaba de una manera arisca, muda, oscura, aferrándose a las mínimas piedras de sus cimientos. Parecía que aquella ruina, para permanecer en pie, sólo tuviese necesidad del pilar más fino, que sostenía, por un prodigio de equilibrio, la techumbre reventada. Entonces, el abate Mouret vio las rudas plantas de la meseta ponerse manos a la obra, aquellas terribles plantas endurecidas en la sequía de las rocas, nudosas como serpientes, de una madera dura, con jorobas de músculos. Los líquenes, color de óxido, iguales a una lepra inflamada, se comieron para empezar los revocos de yeso. A continuación, los cantuesos hincaron sus raíces entre los ladrillos, como cuñas de hierro. Las lavandas deslizaban sus largos dedos ganchudos bajo todas las piezas de mampostería socavada, tiraban de ellas hacia sí, las arrancaban con un esfuerzo lento y constante. Los enebros, los

romeros y los acebos espinosos subían más alto, daban envites invencibles. Y hasta las propias hierbas, aquellas hierbas cuyos tallos secos se colaban por debajo del portón, se ponían tiesas como picas de acero, reventando el portón, avanzando hacia el interior por la nave, en donde levantaban las losas con sus poderosas pinzas. Era la sublevación victoriosa, la naturaleza revolucionaria que alzaba barricadas con altares volcados, demoliendo la iglesia que llevaba siglos arrojándole demasiada sombra. Los demás combatientes dejaban hacer a las hierbas, a los tomillos, a las lavandas, a los líquenes, aquel roer de los pequeños más destructor que los mazazos de los fuertes, aquel desmigamiento de la base cuyo trabajo sordo había de completar el derribo de todo el edificio. Después, bruscamente, llegó el final. El serbal, cuyas altas ramas penetraban ya bajo la bóveda, por los cristales rotos, entró violentamente, con un chorro de verdor formidable. Se asentó en mitad de la nave. Allí, creció desmesuradamente. Su tronco se volvió colosal, hasta el punto de hacer estallar la iglesia, como un cinturón demasiado estrecho. Las ramas tendieron desde todas partes nudos enormes, cada uno de los cuales se llevaba por delante un trozo de muro, un jirón de techumbre; y seguían multiplicándose, cada rama ramificándose hasta el infinito, creciendo un árbol nuevo de cada nudo, con tal furor de crecimiento que los restos de la iglesia, agujereada como una criba, volaron en pedazos, sembrando una fina ceniza por las cuatro esquinas del cielo. Ahora, el árbol gigante alcanzaba a las estrellas. Su bosque de ramas era un bosque de miembros, de piernas, de brazos, de torsos, de vientres, que exudaban la savia; colgaban melenas de mujeres; cabezas de hombres reventaban desde dentro la corteza, con risas de yemas nacientes; arriba del todo, las parejas de amantes, privadas en el borde de sus nidos, llenaban el aire con la música de su goce y con el olor de su fecundidad. Un último soplo del huracán que se había abalanzado sobre la iglesia barrió el polvo, el púlpito y el confesonario pulverizados, las imágenes santas laceradas, los vasos sagrados fundidos, todos aquellos escombros que picoteaba ávidamente la bandada de los gorriones, otrora alojada bajo las tejas. El gran Cristo, arrancado de la cruz, tras quedar un momento colgado de una de las melenas de mujer flotantes, salió volando, arrastrado, perdido, por la noche negra, al fondo de la cual cayó con un retumbo. El árbol de vida acababa de reventar el cielo. Y rebasaba las estrellas.

El abate Mouret aplaudió furiosamente, como un condenado, ante aquella visión. La iglesia estaba vencida. Dios ya no tenía casa. Ahora, Dios ya no le cohibiría más. Podía reunirse con Albine, puesto que ella triunfaba. ¡Y cómo se reía de sí mismo, que, una hora antes, afirmaba que la iglesia se comería la tierra con su sombra! La tierra se había vengado comiéndose la iglesia. La risa loca que lanzó lo sacó con un sobresalto de su alucinación. Alelado, miró la nave lentamente anegada de crepúsculo; por las ventanas, se mostraban esquinas de cielo, tachonadas de estrellas. Y él tendía los brazos con la idea de palpar las paredes, cuando lo llamó la voz de Désirée, desde el pasillo de la sacristía.

—¡Serge! ¿Estás aquí?... ¡Vamos, di algo! Llevo media hora buscándote.

Entró. Llevaba una lámpara en la mano. Entonces, el sacerdote vio que la iglesia seguía en pie. Ya no entendió, quedó en una duda espantosa, entre la iglesia invencible, que volvía a nacer de sus cenizas, y Albine omnipotente, que derribaba a Dios con uno sólo de sus hálitos.

X

SE acercaba Désirée, con su alborozo sonoro.

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —gritó—. ¡Vaya, hombre! ¿Es que estás jugando al escondite? Te he llamado más de diez veces con todas mis fuerzas... Creía que te habías marchado.

Escudriñaba los rincones de sombra con la mirada, con aire curioso. Llegó incluso hasta el confesonario, solapadamente, como si se dispusiera a sorprender a alguien oculto en aquel lugar. Regresó, decepcionada, prosiguiendo:

—¿O sea, que estás solo? Igual estabas dormido. ¿En qué te puedes estar divirtiendo tú sólo cuando está oscuro?... Anda, ven, que nos vamos a sentar a la mesa.

Él se pasaba las manos febriles por la frente para borrar unos pensamientos que todo el mundo con seguridad iba a leer. Procuraba maquinalmente reabotonarse la sotana, que se le antojaba descompuesta, arrancada, en un desorden vergonzante. Después, siguió a su hermana, con el rostro severo, sin un escalofrío, envarado en esa voluntad de sacerdote que oculta las agonías de su carne bajo la dignidad del sacerdocio. Désirée ni siquiera advirtió su turbación. Dijo, simplemente, al entrar en el comedor:

—Yo me he echado un buen sueño. Tú has hablado demasiado, estás todo pálido.

Anochecido, después de cenar, vino Fray Archangias a echar su partida de guerrilla con la Teuse. Traía, aquella noche, un regocijo enorme. Cuando el Hermano estaba alegre, le soltaba puñetazos en las costillas a la Teuse, que le devolvía bofetones a mano suelta. Aquello les hacía reír, con una risa que hacía temblar los techos. Después, se inventaba bromas extraordinarias: partía con la nariz platos puestos encima de la mesa, apostaba a que era capaz de hender a culetazos la puerta del comedor, arrojaba todo el tabaco de su petaca en el café de la anciana sirvienta, o bien traía un puñado de guijarros que le deslizaba por el seno, hundiéndolos con la mano, hasta la cintura. Aquellos desbordamientos de júbilo sanguino estallaban por una nadería, en medio de sus acostumbrados ataques de ira; muchas veces, un hecho que no le hacía gracia a nadie le daba a él un auténtico ataque de locura ruidosa, y daba patadas, daba vueltas como una peonza, se sujetaba el vientre.

—¿Así que no quiere decirme por qué está contento? —preguntó la Teuse.

Él no contestó. Se había sentado a horcajadas en una silla, y estaba dando la vuelta a la mesa al galope.

—Sí, sí, hágase el tonto —prosiguió ella—. ¡Dios mío! ¡Qué tonto es usted! ¡Contento debe de tener a Dios Nuestro Señor, si es que le está viendo!

El Hermano acababa de dejarse caer hacia atrás, con el espinazo en las baldosas, las piernas por alto. Sin levantarse, dijo solemnemente:

—Me está viendo y está contento de verme. Es él quien quiere que esté alegre... Cuando consiente en enviarme un recreo, toca la campana dentro de mi armazón. Y

yo, en esos casos, me pongo a dar volteretas. Eso hace reír a todo el paraíso.

Caminó sobre el espinazo hasta la pared; después, irguiéndose apoyado en la nuca, empezó a tamborilear con los talones, lo más alto que pudo. La sotana, que colgaba, descubría su pantalón negro remendado en las rodillas con cuadros de paño verde. Proseguía:

—Señor cura, fíjese hasta dónde llego. Seguro que usted no es capaz de hacer esto... Vamos, ríase un poco. Más vale arrastrarse boca arriba que desear para colchón la piel de una pelandusca. Ya me entiende, ¿no? Uno se vuelve animal por un rato, se restriega, se sacude las miasmas. Esto descansa. Yo, cuando me restriego, me imagino que soy el perro de Dios, y eso es lo que me hace decir que todo el paraíso se asoma a las ventanas, riendo de verme... Puede usted reírse también, señor cura. Esto va para los santos y para usted. Mire, ahí va una voltereta para san José, aquí va otra para san Juan, otra para san Miguel, una para san Marcos, una para san Mateo...

Y continuó, desgranando todo un rosario de santos, dando volteretas alrededor de la habitación. El abate Mouret, que había permanecido callado, con las muñecas en el borde de la mesa, había acabado por sonreír. De ordinario, las alegrías del Hermano lo desazonaban. Después, según éste pasaba al alcance de la Teuse, ella le largó una patada.

—A ver —dijo—, ¿jugamos de una vez?

Fray Archangias contestó con gruñidos. Se había puesto a cuatro patas. Iba derecho hacia la Teuse, haciendo el lobo. Una vez la hubo alcanzado, hundió la cabeza bajo sus enaguas, le mordió la rodilla derecha.

—Pero ¿me quiere soltar? —gritaba ella—. ¡Será que sueña con cochinas a estas alturas!

—¿Yo? —balbuceó el Hermano, tan regocijado por aquella idea, que se quedó en el sitio sin poder levantarse—. ¡Eh! Mira, sólo de haberte probado la rodilla me atraganto. Mucha sal tiene tu rodilla... Les pego mordiscos a las mujeres y después les escupo, ya lo ves.

La tuteaba, le escupía a las enaguas. Cuando hubo logrado ponerse de pie, estuvo un rato resoplando, frotándose las costillas. Aún le sacudían el vientre bocanadas de alegría, como un odre que uno termina de vaciar. Dijo finalmente, con una voz gruesa y seria:

—A jugar... Si me río, es cosa mía. No necesita usted saber por qué, Teuse.

Y se entabló la partida. Fue terrible. El Hermano tumbaba los naipes dando puñetazos. Cuando gritaba: «¡Guerrilla!», retumbaban los cristales. Iba ganando la Teuse. Tenía tres ases desde hacía mucho rato, y acechaba el cuarto con una mirada chispeante. Mientras tanto, Fray Archangias se entregaba a otras bromas. Levantaba la mesa, con riesgo de romper la lámpara; hacía trampas descaradamente, defendiéndose con ayuda de mentiras enormes, por broma, decía luego. Bruscamente, entonó las *Vísperas*, que cantó con una voz llena de chantre en el atril. Y ya no paró, retumbando lúgubrementemente, estrellando sus cartas contra la palma de su mano

izquierda para acentuar el remate de cada versículo. Cuando su regocijo alcanzaba el cénit, cuando ya no se le ocurría ninguna otra cosa para expresarlo, cantaba así las *Vísperas*, durante horas. La Teuse, que lo conocía bien, se inclinó para gritarle, en medio del mugido con el que llenaba el comedor:

—¡Cállese, es insoportable!... Está usted demasiado alegre esta noche.

Entonces, él atacó las *Completas*. El abate Mouret había ido a sentarse junto a la ventana. Parecía no ver, no oír lo que ocurría a su alrededor. Durante la cena, había comido como de costumbre, incluso había logrado contestar a las eternas preguntas de Désirée. Ahora se abandonaba, extenuado; se debatía involuntariamente, roto, anulado, en la furiosa disputa que continuaba dentro de él, sin tregua. Incluso le faltaba el ánimo para levantarse y subir a su habitación. Además, temía que, si volvía la cara por el lado de la lámpara, vieran sus lágrimas, que ya no podía contener. Apoyó la frente contra un cristal, miró las tinieblas del exterior, quedándose dormido poco a poco, deslizándose a un estupor de pesadilla.

Fray Archangias, siempre salmodiando, guiñó los ojos señalando al sacerdote dormido, con un movimiento de cabeza.

—¿Qué? —preguntó la Teuse.

El Hermano repitió su movimiento del párpado, acentuándolo.

—¡Pues por mí, como si se disloca usted el cuello! —dijo la sirvienta—. Hable y le entenderé... Mire, un rey. ¡Bueno! Me llevo su dama.

Él dejó por un instante sus cartas, se inclinó sobre la mesa, le susurró a la cara:

—Ha venido la piojosa.

—Ya lo sé —contestó—. La vi con la señorita entrar al corral.

Él la miró terriblemente, adelantó los puños.

—¡Que la ha visto, que la ha dejado entrar! Tenía que haberme llamado, la hubiéramos colgado de los pies en un clavo de su cocina.

Pero ella se enfadó, mientras contenía la voz, para no despertar al abate Mouret.

—¡Bueno está! —tartamudeó—, ¡pues no nos faltaba más! ¡Vamos, venga usted a colgar a alguien en mi cocina! Desde luego que la he visto. E incluso me di la vuelta cuando fue a reunirse con el señor cura en la iglesia, después de la catequesis. Por mí, han podido hacer allí lo que hayan querido. ¿Acaso es asunto mío? ¿No tenía yo que poner mis judías al fuego?... Yo abomino de esa chica. Pero desde el punto y hora que es la salud del señor cura... Por mí, que venga a todas las horas del día y de la noche. Si quieren, los encierro juntos.

—Si hace usted eso, Teuse —dijo el Hermano con una rabia fría, la estrangulo.

Ella se echó a reír, tuteándolo a su vez.

—¡Anda, no digas sandeces, criatura! Las mujeres, ya sabes que tú las tienes prohibidas, como los pollinos el *Paternoster*. Tú intenta estrangularme un día y ya verás lo que te hago... Pórtate bien, acabemos la partida. Mira, ahí va otro rey.

Él, manteniendo su naipe levantado, seguía rezongando:

—Tiene que haber venido por algún camino conocido sólo del diablo, para haberseme escapado hoy. Y eso que todas las tardes voy a apostarme allá arriba, en el Paradou. Si los sorprendo juntos otra vez, le haré probar a esa piojosa una vara de cornejo que tengo tallada expresamente para ella... Ahora vigilaré también la iglesia.

Jugó, se dejó comer un *valet* por la Teuse, y luego se dejó caer hacia atrás en su silla, presa otra vez de su risa enorme. No podía enfadarse en serio aquella noche. Murmuraba:

—No importa si lo ha visto, de todos modos, se ha quedado con tres palmos de narices... Aun con todo, quiero contarle una cosa, Teuse. Ya sabe usted que llovía. Yo estaba en la puerta de la escuela cuando la he visto que bajaba de la iglesia. Iba bien derecha, con su aire orgulloso, a pesar del aguacero. Y, mira por dónde, al llegar a la carretera se ha caído todo lo larga que era, por culpa de la tierra, que debía de escurrir. ¡Oh! ¡Lo que me he reído, lo que me he reído! ¡Me he puesto a dar palmas! ... Cuando se levantó, tenía sangre en una muñeca. Eso me ha puesto alegre para ocho días. No puedo imaginármela en el suelo sin que me broten en la garganta y en el vientre unas cosquillas que me hacen estallar de gusto.

E, inflando las mejillas, totalmente metido en su juego, se puso a cantar el *De profundis*. Después lo volvió a empezar. La partida se remató en medio de aquella lamentación, que él engrosaba por momentos, como para saborearla mejor. Fue él quien perdió, pero no le supuso la menor contrariedad. Cuando la Teuse lo hubo echado fuera, tras despertar al abate Mouret, se lo oyó perderse en medio de la negrura de la noche, repitiendo el último versículo del salmo: *Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus*, con un aire de extraordinario regocijo.

XI

EL abate Mouret durmió con un sueño de plomo. Cuando abrió los ojos, más tarde que de costumbre, se encontró con la cara y las manos bañadas de llanto; se había pasado llorando la noche entera, dormido. No dijo su misa aquella mañana. A pesar de su largo descanso, su lasitud de la víspera por la noche se había vuelto tal que se quedó hasta el mediodía en su habitación, sentado en una silla, al pie de la cama. El estupor, que lo invadía cada vez más, le quitaba hasta la sensación de sufrimiento. Ya no experimentaba sino un gran vacío; permanecía aliviado, amputado, inerte. La lectura de su breviario le costó un supremo esfuerzo; el latín de los versículos se le antojaba una lengua bárbara, de la que ya ni siquiera lograba deletrear las palabras. Después, arrojado el libro sobre la cama, se pasó horas mirando el campo por la ventana abierta, sin tener fuerzas para ir a acodarse en el antepecho. A lo lejos, distinguía la tapia blanca del Paradou, un delgado y pálido trazo que discurría por la cresta de los oteros, por entre las manchas oscuras de los bosquecillos de pinos. A la izquierda, detrás de uno de aquellos bosquecillos, se encontraba el boquete; no lo veía, pero lo sabía allí; se acordaba de los mínimos trozos de zarza esparcidos por entre las piedras. La víspera, aún, no se habría atrevido en modo alguno a alzar así la mirada hacia aquel horizonte temible. Pero, a aquella hora, se permitía impunemente reanudar, tras cada ramillete de verdor, el hilo interrumpido de la tapia, igual al ribete de una falda enganchada en todos los matorrales. Aquello ni siquiera activaba el palpitante de sus venas. La tentación, como desdeñosa de la pobreza de su sangre, había abandonado a su carne cobarde. Lo dejaba incapaz de lucha alguna, en la privación de la gracia, sin tener ni siquiera ya la pasión del pecado, dispuesto a aceptar por alelamiento todo lo que, la víspera, rechazaba furiosamente.

Se sorprendió un momento hablando en alto. Ya que la brecha seguía allí, se reuniría con Albine a la puesta del sol. Sentía cierto fastidio por aquella decisión. Pero no creía poder hacer otra cosa. Ella le esperaba, era su mujer. Cuando quería evocar su rostro, ya sólo lo veía muy pálido, muy lejano. Además, le preocupaba la manera en la que vivirían juntos. Les sería difícil quedarse en la región; tendrían que huir, sin que nadie se enterase; luego, una vez escondidos en alguna parte, necesitarían mucho dinero para ser felices. Por veinte veces intentó establecer un plan de rapto, componer su existencia de amantes felices. No se le ocurrió nada. Ahora que el deseo ya no lo enloquecía, lo espantaba el lado práctico de la situación, lo ponía a él, con sus endebles manos, frente a una tarea complicada, de la que no sabía ni por dónde empezar. ¿De dónde iban a sacar caballos para escaparse? Si se iban a pie, ¿no los detendrían, por vagabundos? Además, ¿sería capaz él de emplearse a sueldo, de descubrir una ocupación cualquiera que pudiese asegurarle el pan a su mujer? Nunca le habían enseñado esas cosas. Él ignoraba la vida; hurgando en su memoria, no encontraba más que jirones de oración, detalles de ceremonial, páginas

de la *Instrucción teológica*, de Bouvier, aprendidas antaño de memoria en el seminario. Incluso cosas sin importancia lo desazonaban mucho. Se preguntó si se atrevería a darle el brazo a su mujer, por la calle. De seguro que él no sabría andar con una mujer del brazo. Parecería tan desmañado que todo el mundo se volvería. Adivinarían que era sacerdote, insultarían a Albine. En vano intentaría lavarse del sacerdocio, siempre llevaría consigo su palidez triste, su olor de incienso. ¿Y si un día tenía hijos? Aquel pensamiento inesperado lo estremeció. Experimentó una repugnancia extraña. Creía que no los amaría. No obstante, eran dos, un niño y una niña. Él los apartaba de sus rodillas, sufriendo al sentir sus manos posarse en su ropa, no disfrutando en modo alguno la alegría de los demás padres en hacerlos saltar. No se acostumbraba a aquella carne de su carne, que le parecía destilar continuamente su impureza de hombre. Sobre todo lo turbaba la niña, con sus grandes ojos, en cuyo fondo ya se encendían ternuras de mujer. Pero no, él no tendría hijos, se evitaría aquel horror que experimentaba ante la idea de ver a sus propios miembros retoñar y revivir eternamente. Entonces, la esperanza de ser impotente le fue muy dulce. Seguramente se había marchado toda su virilidad durante su larga adolescencia. Aquello le determinó. Esa misma noche, huiría con Albine.

Por la noche, no obstante, el abate Mouret se sintió demasiado cansado. Aplazó su partida para el día siguiente. Al día siguiente, se puso un nuevo pretexto: no podía abandonar a su hermana así sola con la Teuse; dejaría una carta para que la llevaran a casa del tío Pascal. Durante tres días, se prometió escribir esa carta; la hoja de papel, la pluma y la tinta estaban dispuestas, encima de la mesa, en su habitación. Y al tercer día, se fue, sin escribir la carta. De pronto, había cogido su sombrero, había echado a andar hacia el Paradou, por tontería, obsesionado, resignándose, yendo allí como a una enojosa tarea que no sabía de qué modo evitar. La imagen de Albine se había vuelto a borrar; ya no la veía, obedecía a antiguas voluntades, muertas en él a aquella hora, pero cuyo empuje persistía en el gran silencio de su ser.

Afuera, no tomó ninguna precaución para ocultarse. Se detuvo, en el extremo del pueblo, charlando un momento con la Rosalie; ella le anunciaba que su hijo tenía convulsiones, y a pesar de todo se reía, con aquella risa de la comisura de los labios que le era habitual. Después se adentró por medio de las rocas, caminó derecho hacia el boquete. Por costumbre, se había llevado el breviario. Como el camino era largo, viendo que se aburría, abrió el libro y leyó las oraciones reglamentarias. Cuando se lo volvió a poner bajo el brazo, ya no se acordaba del Paradou. Seguía caminando hacia adelante, pensando en una casulla nueva que quería comprar para sustituir la casulla de tela de oro, que, decididamente, se caía reducida a polvo; desde hacía algún tiempo, escondía monedas de veinte sueldos, y calculaba que al cabo de siete meses tendría suficiente dinero. Llegaba a lo alto de los oteros, cuando un cantar de campesino, a lo lejos, le recordó un cántico que se había sabido antaño, en el seminario. Intentó recordar los primeros versos de aquel cántico, sin lograrlo. Le fastidiaba tener tan poca memoria. Por lo mismo, tras acordarse por fin, experimentó

una alegría muy dulce en cantar a media voz la letra que le volvía palabra a palabra. Era un homenaje a María. Sonreía, como si hubiera recibido en el rostro un hálito fresco de su juventud. ¡Qué feliz era en aquel tiempo! Ciertamente, aún podía ser feliz; no había crecido, no seguía pidiendo sino las mismas dichas, una paz serena, un rincón de capilla en el que estuviera marcado el lugar de sus rodillas, una vida de soledad alegrada por adorables puerilidades de infancia. Elevaba poco a poco la voz, iba cantando el cántico con agudos finísimos de flauta, cuando vio el boquete, bruscamente, enfrente de él.

Por un instante, pareció sorprendido. Después, cesando de sonreír, murmuró simplemente:

—Albine me debe de estar esperando. Ya está cayendo el sol.

Pero, según subía con intención de apartar las piedras para pasar, una terrible respiración lo desazonó. Tuvo que volver a bajar, tras haber estado a punto de pisar de lleno la cara de Fray Archangias, tirado en el suelo, durmiendo profundamente. El sueño seguramente lo había sorprendido mientras custodiaba la entrada del Paradou. Tapaba su umbral, caído cuan largo era, con los miembros separados, en una postura vergonzosa. Su mano derecha, arrojada detrás de su cabeza, no había soltado la vara de cornejo, que parecía blandir aún, igual que una espada flamígera. Y roncaba en medio de las zarzas, con la cara expuesta al sol, sin que su cuero curtido tuviese un solo escalofrío. Un enjambre de gruesas moscas volaba por encima de su boca abierta.

El abate Mouret lo miró un momento. Envidiaba aquel sueño de santo revolcado en el polvo. Quiso espantar a las moscas; pero las moscas, tercas, volvían, se pegaban a los labios violeta del Hermano, que ni siquiera las notaba. Entonces, el abate saltó por encima de aquel gran cuerpo. Entró en el Paradou.

XII

DETRÁS de la tapia, a unos pasos, estaba Albine sentada en una alfombra de hierba. Se levantó al ver a Serge.

—¡Has venido! —gritó, toda temblorosa.

—Sí —dijo él apaciblemente—, aquí estoy.

Ella se le arrojó al cuello. Pero él no la abrazó. Albine había sentido el frío de los abalorios del alzacuello sobre su brazo desnudo. Le examinaba, desazonada ya, prosiguiendo:

—¿Qué tienes? No me has besado en las mejillas como antes, ya sabes, cuando tus labios cantaban... Es igual, si estás enfermo, te volveré a sanar. Ahora que estás aquí, vamos a reanudar nuestra felicidad. Ya no hay tristeza... Mira, sonrío. Hay que sonreír, Serge.

Y, como él seguía serio:

—Desde luego, yo también he pasado mucho pesar. Aún estoy toda pálida, ¿verdad? Desde hace ocho días, vivía ahí, en la hierba en donde me has encontrado. No quería más que una cosa, verte entrar por ese boquete de la tapia. A cada ruido me levantaba, corría a tu encuentro. Y no eras tú, eran hojas que se llevaba el viento... Pero de sobra sabía que vendrías. Hubiera esperado años.

Después le preguntó:

—¿Aún me quieres?

—Sí —contestó él—, aún te quiero.

Permanecieron enfrente uno del otro, un poco cohibidos. Se hizo entre ellos un gran silencio. Serge, tranquilo, no procuraba romperlo. Albine, por dos veces, abrió la boca, pero la volvió a cerrar inmediatamente, sorprendida de las cosas que le subían a los labios. Ya no le salían más que palabras amargas. Sentía lágrimas humedecerle los ojos. ¿Qué le estaba ocurriendo, pues, para no ser feliz, cuando su amor estaba de regreso?

—Escucha —dijo—, no debemos quedarnos aquí. Es este agujero lo que nos hiela... Volvamos a nuestra casa. Dame la mano.

Y se adentraron en el Paradou. Venía el otoño, los árboles estaban desazonados, con sus copas amarillentas que se despojaban hoja a hoja. En los senderos había ya un lecho de verdor muerto, empapado de humedad, en el que los pasos parecían ahogar suspiros. Al fondo de los céspedes flotaba un humo, anegando de luto las lontananzas azuladas. Y el jardín entero callaba, no profiriendo ya sino hálitos melancólicos, que pasaban iguales a escalofríos.

Serge tiritaba bajo la avenida de grandes árboles que habían tomado. Dijo a media voz:

—¡Qué frío hace aquí!

—Tienes frío —murmuró tristemente Albine—. Mi mano ya no te calienta. ¿Quieres que te arrope con un faldón de mi vestido?... Ven, vamos a revivir todos

nuestros amores.

Lo llevó al parterre. El bosque de rosas permanecía oloroso, las últimas flores tenían perfumes amargos; mientras que los follajes, desmesuradamente crecidos, cubrían la tierra con un estanque durmiente. Pero Serge dio muestras de tal repugnancia por entrar en aquellos matorrales, que se quedaron a la orilla, buscando de lejos las calles por las que habían pasado en primavera. Albine recordaba los mínimos rincones; le señalaba con el dedo la gruta en la que dormía la mujer de mármol, las cabelleras colgantes de las madre selvas y de las clemátides, los campos de violetas, la fuente que escupía claveles rojos, la gran escalera llena de un chorrear de alhelíes color gamuza, la columnata en ruinas, en cuyo centro edificaban las azucenas un pabellón blanco. Era allí donde habían nacido ambos, en el sol. Y contaba los más pequeños detalles de aquella primera jornada, la manera en que andaban, el olor que tenía el aire a la sombra. Él parecía escuchar; después, con una pregunta, demostraba que no había comprendido. El ligero escalofrío que lo empalidecía no lo abandonaba.

Lo llevó a la huerta, a la que no pudieron ni acercarse. El río iba crecido, a Serge ya no se le ocurría cargarse a Albine a la espalda para llevarla en tres saltos a la otra orilla. Y no obstante, allí, los manzanos y los perales estaban aún repletos de frutos; la parra, de hojas más escasas, se combaba por el peso de unos racimos rubios, cada grano de los cuales conservaba la mancha rojiza del sol. ¡Qué chiquilladas habían hecho a la sombra glotona de aquellos árboles venerables! Entonces eran unos críos. Albine sonreía aún de la manera descarada en que enseñaba las piernas, cuando se partían las ramas. ¿Se acordaba él por lo menos de las ciruelas que habían comido? Serge contestaba con sacudidas de cabeza. Parecía cansado ya. La huerta, con su adentrarse verdeante, su mezcolanza de tallos musgosos, igual a algún andamiaje destripado y asolado, lo desazonaba, le daba el sueño de un lugar húmedo, poblado de ortigas y de serpientes.

Lo llevó a las praderas. Allí, él tuvo que dar unos cuantos pasos por las hierbas. Le subían hasta los hombros, ahora. Se le antojaban otros tantos brazos delgados que procuraban enlazarlo de los miembros, para tirar de él y ahogarlo en el fondo de aquel mar verde, interminable. Y suplicó a Albine que no fuera más allá. Ella caminaba hacia adelante y no se detuvo; después, viendo que él sufría, se quedó de pie a su lado, ensombrecida poco a poco, acabando por ser presa de escalofríos como él. No obstante, siguió hablando. Con un gesto amplio, indicó los arroyos, las hileras de sauces, los mantos de hierba desplegados hasta el extremo del horizonte. Todo eso era de ellos, antaño. Vivían allí días enteros. Allí, entre aquellos tres sauces, a la orilla de aquella agua, habían jugado a los enamorados. Entonces, hubieran querido que las hierbas fuesen más grandes que ellos, con el fin de perderse en su marea cimbreante, de estar más solos, de estar lejos de todo, como alondras que viajan hasta el confín de un campo de trigo. ¿Por qué temblaba él hoy, pues, tan sólo con sentir la punta de su pie sumergirse y desaparecer en el césped?

Lo llevó al bosque. Los árboles espantaron más a Serge. No los conocía, con aquella solemnidad de su tronco negro. Más que en otros lugares, el pasado le parecía muerto en medio de aquellos oquedales severos, a los que la luz descendía libremente. Las primeras lluvias habían borrado sus pasos de la arena de las calles; los vientos se llevaban todo cuanto quedaba de ellos en las ramas bajas de los matorrales. Pero Albine, con el seno oprimido de tristeza, protestaba con la mirada. Ella reencontraba en la arena las mínimas huellas de sus paseos. A cada matorral, la antigua tibieza del roce que habían dejado allí le volvía a subir al rostro. Y, con ojos suplicantes, procuraba aún evocar los recuerdos de Serge. Siguiendo este sendero, habían caminado en silencio, muy conmovidos, sin atreverse a decirse que se amaban. En este claro, se habían dejado estar una noche, hasta muy tarde, mirando las estrellas, que les llovían encima como gotas de calor. Más allá, bajo ese roble, habían intercambiado su primer beso. El roble conservaba el olor de aquel beso; los propios musgos seguían comentándolo. Era mentira decir que el bosque se estaba quedando mudo y vacío. Y Serge volvía la cabeza, para evitar los ojos de Albine, que le fatigaban.

Lo llevó a las grandes rocas. Tal vez allí no se estremecería ya con aquel aire endeble que la desesperaba. A aquella hora, las grandes rocas eran las únicas que aún conservaban el calor de la brasa roja del sol poniente. Seguían teniendo su pasión trágica, sus lechos ardientes de guijarros, en los que prosperaban plantas carnosas, monstruosamente acopladas. Y, sin hablar, sin siquiera volver la cabeza, Albine arrastraba a Serge por la recia subida adelante, queriendo llevarlo más arriba, aún más arriba, más allá de los manantiales, hasta que estuviesen de nuevo los dos dentro del sol. Volverían a encontrar el cedro bajo el que habían experimentado la angustia del primer deseo. Se tumbarían en el suelo, sobre las lastras ardientes, esperando a que la brama de la tierra los invadiese. Pero, pronto, los pies de Serge tropezaron cruelmente. Ya no podía andar. Una primera vez, cayó de rodillas. Albine, con un esfuerzo supremo, lo volvió a levantar, lo llevó a rastras un instante. Y él volvió a caer, se quedó postrado, en medio del camino. Enfrente, por debajo de él, se extendía inmenso el Paradou.

—¡Has mentido! —gritó Albine—, ¡ya no me quieres!

Y lloraba, de pie a su lado, sintiéndose impotente para llevarlo más arriba. Aún no sentía ira, lloraba sus amores agonizantes. Él permanecía aplastado.

—El jardín está muerto, sigo teniendo frío —murmuró él.

Pero ella le tomó la cabeza, le mostró el Paradou con un gesto.

—¡Vamos, mira!... ¡Ah! Son tus ojos los que están muertos, son tus oídos, tus miembros, tu cuerpo entero. Has atravesado todos nuestros gozos sin verlos, sin oírlos, sin sentirlos. Y no has hecho más que tropezar, has venido a caer aquí de fatiga y de hastío... Ya no me quieres.

Él protestaba suavemente, tranquilamente. Entonces, a ella le brotó una primera violencia.

—¡Cállate! ¿Acaso morirá nunca el jardín? Dormirá este invierno; se despertará en mayo, nos volverá a traer todo aquello que le confiamos de nuestros amores; volverán a florecer nuestros besos en el parterre, volverán a crecer nuestros juramentos con las hierbas y los árboles... Si lo vieras, si lo oyeras, está conmovido de un modo más hondo, ama de una manera que desgarrar con más dulzura en esta estación de otoño, cuando se duerme en su fecundidad... Ya no me quieres, ya no quieres enterarte.

Él alzaba los ojos hacia ella, suplicándole que no se enfadara. Tenía un rostro enflaquecido, al que empalidecía un miedo de niño. Una voz alta lo sobresaltaba. Acabó por obtener de ella que descansara un instante, al lado de él, en medio del camino. Hablarían con serenidad, se explicarían. Y ambos, enfrente del Paradou, sin siquiera tomarse de la punta de los dedos, conversaron sobre su amor.

—Te quiero, te quiero —dijo él con su voz plana—. Si no te quisiera, no habría venido. Es verdad, estoy fatigado. Ignoro por qué. Había creído reencontrar aquí aquel calor tan agradable cuyo solo recuerdo era una caricia. Y tengo frío, el jardín se me antoja negro, no veo en él nada de lo que en él dejé. Pero no es culpa mía. Me esfuerzo por ser como tú, quisiera contentarte.

—Ya no me quieres —repitió otra vez Albine.

—Sí, te quiero. Sufrí mucho el otro día, después de haberte despedido... ¡Oh! Te quería con tal arrebato, ¿sabes?, que te habría estrechado hasta quebrarte si hubieses vuelto para arrojarte en mis brazos. Nunca te he deseado de un modo tan furioso. Durante horas permaneciste viva delante de mí, atenazándome con tus dedos flexibles. Cuando cerraba los ojos, tú te encendías como un sol, me envolvías con tu llama... Así que me lo he echado todo a la espalda y he venido.

Guardó un corto silencio, pensativo; después, continuó:

—Y ahora mis brazos están como quebrados. Si quisiera tomarte contra mi pecho, no sabría sostenerte, te dejaría caer... Espera a que se me haya pasado este escalofrío. Me darás tus manos, las besaré otra vez. Sé buena, no me mires con ojos irritados. Ayúdame a darle la vuelta a mi corazón.

Y tenía una tristeza tan verdadera, una voluntad tan evidente de reanudar su vida de amor, que Albine se conmovió. Por un instante, se volvió de nuevo muy dulce. Lo interrogó con solicitud:

—¿Dónde te duele? ¿Cuál es tu mal?

—No sé. Me parece que se me va toda la sangre de las venas... Hace un rato, al venir, creí que me arrojaban por los hombros una vestidura helada, que se me pegaba a la piel y que, de la cabeza a los pies, me componía un cuerpo de piedra... Ya he sentido otra vez esa vestidura en los hombros... Ya no me acuerdo.

Pero ella le interrumpió con una risa amistosa.

—Eres un niño, habrás cogido frío, nada más... Escucha, ¿no seré yo la que te da miedo, por lo menos? En invierno, no nos quedaremos en el fondo de este jardín, como dos salvajes. Iremos adonde tú quieras, a alguna ciudad grande. Nos amaremos,

en medio de la gente, con la misma tranquilidad que en medio de los árboles. Y verás que yo no sólo soy una perdularia que sabe robar nidos, que camina horas sin cansarse... Cuando era pequeña, llevaba faldas bordadas, con medias caladas, chambras, perifollos. A lo mejor eso no te lo ha contado nadie.

Él no la escuchaba, dijo bruscamente, lanzando un leve grito.

—¡Ah! ¡Ya me acuerdo!

Y, cuando ella le preguntó, no quiso contestar. Acababa de recordar la sensación de la capilla del seminario en sus hombros. Aquélla era esa vestidura helada que le componía un cuerpo de piedra. Entonces, quedó invenciblemente poseído de nuevo por su pasado de sacerdote. Se acentuaron, se impusieron con soberana autoridad los vagos recuerdos que se habían despertado en él, a lo largo del camino, desde Los Artaud al Paradou. Mientras Albine continuaba hablándole de la vida feliz que llevarían juntos, él oía campanillazos que tocaban a la elevación, veía custodias trazando cruces de luego por encima de grandes multitudes arrodilladas.

—¡Bien! —dijo ella—, pues por ti me volveré a poner mis faldas bordadas... Quiero que estés alegre. Buscaremos aquello que te pueda distraer. Quizá me querrás más cuando me veas guapa, ataviada como las damas. Yo ya no llevaré mi peinetilla hincada al bias, con cabellos por el cuello. Ya no me remangaré las mangas hasta los codos. Me prenderé el vestido para no enseñar más los hombros. Y todavía sé saludar, sé andar pausadamente, con pequeños tirones de barbilla. Ya verás, seré una mujer muy linda de tu brazo, por las calles.

—¿Has entrado en las iglesias, alguna vez, cuando eras pequeña? —le preguntó él a media voz, como si hubiese continuado en voz alta, a su pesar, la ensoñación que le impedía oírla—. Yo no podía pasar por delante de una iglesia sin entrar. En cuanto se cerraba silenciosamente la puerta detrás de mí, me parecía que estaba en el propio paraíso, con voces de ángel que me contaban al oído historias de dulzura, con el aliento de los santos y las santas cuya caricia sentía por todo mi cuerpo... Sí, habría querido vivir ahí, siempre, perdido en el fondo de esa beatitud.

Ella se le quedó mirando, con los ojos fijos, mientras que una corta llama se encendía en la ternura de su mirada. Prosiguió, sumisa aún:

—Seré como plazca a tus caprichos. Antaño hacía música; era una señorita sabia, a la que educaban para todos los encantos... Volveré a la escuela, me volveré a aplicar con la música. Si deseas oírme tocar una melodía que te guste, no tendrás más que indicármelo, la estudiaré durante meses para hacértela escuchar, una noche en nuestra casa, en una habitación bien cerrada, en la que habremos echado todos los cortinajes. Y tú me recompensarás con un único beso... ¿Quieres? Un beso en los labios que te devolverá tu amor. Me tomarás y podrás quebrarme entre tus brazos.

—Sí, sí —murmuró él, no respondiendo aún sino a sus propios pensamientos—, mis grandes placeres fueron al principio encender las velas, preparar las vinajeras, llevar el misal, con las manos juntas. Más tarde, saboreé el acercamiento lento de Dios, y creí morir de amor... No tengo más recuerdos que éstos. No sé nada. Cuando

levanto la mano, es para una bendición. Cuando adelanto los labios, es para un beso dado al altar. Si busco mi corazón, ya no lo encuentro: se lo he ofrecido a Dios, que lo ha tomado.

Ella se puso muy pálida, con los ojos ardientes. Continuó, con un temblor en la voz:

—Y quiero que mi hija no se separe de mí. Tú podrás, si te parece conveniente, mandar al niño al colegio. Yo me quedaré con la rubita entre mis faldas. Soy yo quien le enseñará a leer. ¡Oh! Me acordaré, tomaré maestros, si se me han olvidado las letras... Viviremos con toda esa gente menuda entre las piernas. Tú serás feliz, ¿verdad? Contesta, dime que tendrás calor, que sonreirás, que no te arrepentirás de nada.

—Muchas veces he pensado en los santos de piedra a los que llevamos siglos incensando, en el fondo de su hornacina —dijo en voz muy baja—. A la larga, deben de quedar impregnados de incienso hasta las entrañas... Y yo soy como uno de esos santos. Tengo incienso hasta en el último repliegue de mis órganos. Es este embalsamamiento lo que compone mi serenidad, la muerte tranquila de mi carne, la paz que saboreo en no vivir... ¡Ah! ¡Que nada me saque de mi inmovilidad! Me quedaré frío, rígido, con la sonrisa sin fin de mis labios de granito, impotente para bajar entre los hombres. Ése es mi único deseo.

Ella se levantó, irritada, amenazante. Lo sacudió, gritando:

—¿Qué dices? ¿Qué sueñas en voz alta?... ¿No soy tu mujer? ¿No has venido para ser mi marido?

Él temblaba más fuerte, se echaba atrás.

—No, déjame, tengo miedo —balbuceaba.

—¿Y nuestra vida común, y nuestra felicidad, y nuestros hijos?

—No, no, tengo miedo.

Después, lanzó este grito supremo:

—¡No puedo! ¡No puedo!

Entonces, durante un instante, ella permaneció muda, enfrente de aquel desdichado que tiritaba a sus pies. De su rostro salía una llama. Había abierto los brazos, como para tomarlo, estrecharlo contra ella, en un impulso irritado de deseo. Pero pareció reflexionar; no le tomó más que la mano, lo puso de pie.

—¡Ven! —dijo.

Y lo llevó bajo el árbol gigantesco, al lugar mismo en el que ella se había entregado y en el que él la había poseído. Era la misma sombra de felicidad, el mismo tronco que respiraba como un pecho, las mismas ramas que se extendían a lo lejos, iguales a miembros protectores. El árbol seguía siendo bondadoso, robusto, potente, fecundo. Como en el día de sus bodas, por el claro, anegado en una limpidez verdosa, flotaban una languidez de alcoba, un resplandor de noche de verano que muere sobre el hombro desnudo de una enamorada, un balbuceo de amor apenas nítido, que caía bruscamente en un gran espasmo mudo. Y, a lo lejos, el Paradou, a pesar del primer

escalofrío del otoño, recuperaba él también sus susurros ardientes. Se volvía cómplice de nuevo. Del parterre, de la huerta, de las praderas, del bosque, de las grandes rocas, del amplio cielo, llegaba de nuevo una risa de voluptuosidad, un viento que sembraba a su paso un polvillo de fecundación. Nunca el jardín, en las más tibias veladas de primavera, tenía ternuras tan profundas como en los últimos días buenos, cuando las plantas se dormían diciéndose adiós. El olor de las simientes maduras acarreaba una embriaguez de deseo, a través de las hojas más escasas.

—¿Oyes, oyes? —balbuceaba Albine al oído de Serge, a quien había dejado caer en la hierba, al pie del árbol.

Serge lloraba.

—Ya ves que el Paradou no está muerto. Nos grita que nos amemos. Sigue queriendo nuestro matrimonio... ¡Oh! ¡Acuérdate! Tómame a tu cuello. Seamos el uno del otro.

Serge lloraba.

Ella no dijo nada más. Lo tomó ella misma, con un abrazo arisco. Sus labios se adhirieron a aquel cadáver para resucitarlo. Y Serge siguió sin darle otra cosa que lágrimas.

Al cabo de un gran silencio, Albine habló. Estaba de pie, despectiva, resuelta.

—¡Vete! —dijo en voz baja.

Serge se levantó con un esfuerzo. Recogió su breviario, que había rodado por la hierba. Se fue.

—¡Vete! —repetía Albine, que lo seguía, echándole a empujones, alzando la voz.

Y lo fue empujando así de matorral en matorral, lo acompañó hasta el boquete, por entre los árboles solemnes. Y allí, al ver que Serge vacilaba, con la frente baja, le gritó violentamente:

—¡Vete! ¡Vete!

Después, lentamente, volvió a entrar en el Paradou, sin volver la cabeza. Caía la noche, el jardín ya no era más que un gran ataúd de sombra.

XIII

FRAY Archangias, despierto ya, de pie en el boquete, daba bastonazos contra las piedras, jurando de manera abominable.

—¡Que el diablo les quiebre los muslos! ¡Que los deje pegados uno al trasero del otro como perros! ¡Que los arrastre por los pies, con la nariz metida en su inmundicia!

Pero cuando vio a Albine expulsando al sacerdote, quedó por un momento sorprendido. Después, empezó a golpear más fuerte, le entró una risa terrible.

—¡Adiós, pijoja! ¡Buen viaje! Vuélvete a fornicar con tus lobos... ¡Ah! No te basta con un santo. Necesitas cinturas más firmes. Necesitas robles. ¿Quieres mi vara? ¡Toma! ¡Acuéstate con ella! Éste es el buen mozo que te dejará saciada.

Y arrojó su vara al vuelo detrás de Albine, en el crepúsculo. Después, mirando al abate Mouret, rezongó:

—Sabía que estaba usted ahí dentro. Las piedras estaban descolocadas... Escuche, señor cura, su culpa me ha convertido en superior suyo, Dios le dice por mi boca que el infierno no tiene tormentos lo bastante espantosos para los sacerdotes hundidos en la carne. Si se digna perdonarlo, será demasiado bondadoso, echará a perder su propia justicia.

A pasos lentos, ambos bajaban hacia Los Artaud. El sacerdote no había abierto los labios. Poco a poco, iba levantando la cabeza, dejando de temblar. Cuando distinguió a lo lejos, sobre el cielo violáceo, la barra negra del Solitario, con la mancha roja de las tejas de la iglesia, le salió una débil sonrisa. En sus ojos claros amanecía una gran serenidad.

Mientras tanto, el Hermano, de vez en cuando, daba una patada a un guijarro. Después, se volvía, apostrofaba a su compañero.

—¿Se acabó, esta vez?... Yo, cuando tenía su edad, estaba poseído; un demonio se me comía las entrañas. Y después se aburrió y se fue. Ya no tengo entrañas. Vivo tranquilo... ¡Oh! De sobra sabía que vendría usted. Llevo tres semanas acechándole. Miraba al interior del jardín por el boquete de la tapia. Habría querido cortar los árboles. Muchas veces, arrojé piedras. Cuando tronchaba una rama, me alegraba... Diga, ¿de verdad es extraordinario lo que saborea uno ahí dentro?

Había detenido al abate Mouret en medio de la carretera, mirándolo con ojos relucientes de una terrible envidia. Las delicias atisbadas del Paradou lo torturaban. Llevaba semanas quedándose en el umbral, olfateando de lejos los placeres condenables. Pero, como el abate permanecía mudo, volvió a echar a andar, riéndose burlonamente, gruñendo palabras equívocas. Y, elevando el tono:

—¿Ve usted?, cuando un sacerdote hace lo que usted ha hecho, escandaliza a todos los demás sacerdotes... Yo mismo ya no me sentía casto, andando a su lado. Emponzoñaba usted el sexo... A esta hora, por fin ha entrado en razón. Venga, no

tiene necesidad de confesarse. Conozco ese trancazo. El cielo le ha partido la cintura como a los demás. ¡Pues mejor! ¡Mejor!

Triunfaba, daba palmas. El abate no le escuchaba, perdido en una ensoñación. Su sonrisa había crecido. Y cuando el Hermano se hubo separado de él ante la puerta de la casa rectoral, dio la vuelta, entró en la iglesia. Estaba toda gris, como en aquella terrible tarde de lluvia en la que la tentación lo había zarandeado con tanta rudeza. Pero seguía pobre y recogida, sin chorrear de oro, sin susurros de angustia procedentes del campo. Conservaba un silencio solemne. Tan sólo parecía llenarla un hálito de misericordia.

Arrodillado ante el gran Cristo de cartón pintado, llorando unas lágrimas que dejaba correr por sus mejillas como otros tantos gozos, el sacerdote murmuraba:

—Oh, Dios mío, no es cierto que vos carezcáis de piedad. Lo noto, ya me habéis perdonado. Lo noto en vuestra gracia, que, desde hace horas, vuelve a bajar a mi interior, gota a gota, trayéndome la salvación de una manera lenta y sin dudas... Oh, Dios mío, en el momento en que yo os abandonaba era cuando vos me protegíais con la mayor eficacia. Os ocultabais de mí para apartarme mejor del mal. Dejabais a mi carne ir hacia adelante, con el fin de que yo me estrellara contra su impotencia... Y ahora, oh, Dios mío, veo que vos me teníais marcado para siempre con vuestro cuño, ese cuño temible, lleno de mieles, que coloca a un hombre fuera de los hombres, y cuya impronta es tan imborrable que reaparece tarde o temprano, incluso en los miembros culpables. Me habéis quebrado en el pecado y en la tentación. Me habéis arrasado con vuestra llama. Habéis querido que ya no quedasen más que ruinas en mí, para bajar a ellas sin peligro. Soy una casa vacía en la que vos podéis habitar... ¡Bendito seáis, oh, Dios mío!

Se prosternaba, balbuceaba metido en el polvo. La iglesia salía victoriosa; permanecía de pie, por encima de la cabeza del sacerdote, con sus altares, su confesonario, su púlpito, sus cruces, sus imágenes sagradas. El mundo ya no existía. La tentación se había apagado, tal un incendio a partir de ese momento inútil para la purificación de aquella carne. Él ingresaba en la paz sobrehumana. Lanzaba este grito supremo:

—¡Fuera de la vida, fuera de las criaturas, fuera de todo, soy vuestro, oh, Dios mío, sólo vuestro, eternamente!

XIV

AQUELLA hora, Albine, en el Paradou, erraba aún, arrastrando la agonía muda de un animal herido. Ya no lloraba. Tenía un rostro blanco, surcado en la frente por un gran pliegue. ¿Por qué sufría toda aquella muerte? ¿De qué pecado era culpable ella para que, bruscamente, el jardín ya no le mantuviera las promesas que le venía haciendo desde la infancia? Y se interrogaba, caminando hacia adelante, sin ver las calles en las que la sombra se iba deslizando poco a poco. Sin embargo, ella siempre había obedecido a los árboles. No recordaba haber tronchado una sola flor. Había sido siempre la hija amada de los verdes, escuchándolos con sumisión, abandonándose a ellos, llena de fe en las dichas que le tenían reservadas. Cuando, en el último día, el Paradou le había gritado que se tendiese bajo el árbol gigante, ella se había tendido, Rabia abierto los brazos, repitiendo la lección susurrada por las hierbas. Entonces, si ella no encontraba nada que reprocharse, era, pues, el jardín quien la traicionaba, quien la torturaba, por el solo placer de verla sufrir.

Se detuvo, miró a su alrededor. Las grandes masas sombrías de los follajes guardaban un silencio recogido; los senderos, en los que se edificaban paredes negras, se convertían en fondos ciegos de tinieblas; los mantos de césped, a lo lejos, adormecían a los vientos que los rozaban. Tendió las manos desesperadamente, profirió un grito de protesta.

Aquello no podía terminar así. Pero su voz se ahogó bajo los árboles callados. Por tres veces conjuró al Paradou a que le respondiera, sin que de las altas ramas le llegase explicación alguna, sin que una sola hoja tuviese compasión de ella. Después, una vez que hubo empezado a errar de nuevo, se sintió caminar en la fatalidad del invierno. Ahora que ya no interrogaba a la tierra como criatura rebelde, oía una voz baja que corría a ras del suelo, la voz de despedida de las plantas, que se deseaban una muerte feliz. Haberse bebido el sol de toda una estación, haber vivido siempre en flor, haberse exhalado en un perfume continuo y, después, irse al primer tormento, con la esperanza de rebrotar en alguna parte, ¿no era acaso una vida suficientemente larga, una vida bien llena, que estropearía un empecinarse en vivir más? ¡Ah! ¡Qué bien se debía de estar, muerta, teniendo delante de sí una noche sin fin, para pensar en la corta jornada vivida, para fijar eternamente sus fugitivos goces!

Se detuvo de nuevo, pero ya no protestó, en medio del gran recogimiento del Paradou. Creía comprender, a aquella hora. Seguramente, el jardín le estaba preparando la muerte como un goce supremo. Era a la muerte a donde la había conducido de modo tan tierno. Después del amor, ya no quedaba más que la muerte. Y el jardín nunca la había amado tanto; ella se había mostrado ingrata al acusarle, seguía siendo su hija más querida. Los follajes silenciosos, los senderos impracticables de tinieblas, los céspedes en los que el viento se amodorraba, tan sólo callaban para invitarla al gozo de un gran silencio. La querían con ellos, en el descanso del frío; soñaban con llevársela, entre el remolino de sus hojas secas, con

los ojos helados como el agua de las fuentes, los miembros rígidos como las ramas desnudas, la sangre durmiendo el sueño de la savia. Viviría la existencia de ellos hasta el final, hasta vivir su misma muerte. Tal vez ya tenían resuelto que en la estación siguiente ella sería un rosal del parterre, un sauce rubio de las praderas o un joven abedul del bosque. Era la gran ley de la vida: iba a morir.

Entonces, una última vez, reemprendió su carrera a través del jardín, en busca de la muerte. ¿Qué planta olorosa necesitaba sus cabellos para acrecentar el perfume de sus hojas? ¿Qué flor le pedía el regalo de su piel de raso, la blancura purísima de sus brazos, la laca tierna de su seno? ¿A qué arbusto enfermo debía ofrecer su sangre joven? Hubiese querido serles útil a las hierbas que vegetaban en el borde de las calles, matarse allí para que de ella brotara un verdor, soberbio, carnal, lleno de pájaros en mayo y ardientemente acariciado por el sol. Pero el Paradou permaneció mudo aún mucho tiempo, sin decidirse a confiarle en qué último beso se la llevaría. Tuvo que volver por todas partes, rehacer la peregrinación de sus paseos. La noche había caído casi por completo, y a Albine se le antojaba que poco a poco iba penetrando en la tierra. Subió a las grandes rocas, interrogándolas, preguntándoles si era sobre sus lechos de guijarros donde tenía que expirar. Atravesó el bosque, esperando, con un deseo que aminoraba su paso, que algún roble se desplomase y la sepultase en la majestad de su caída. Bordeó los ríos de las praderas, inclinándose casi a cada paso, mirando en el fondo de las aguas si no tendría preparado un lecho entre los nenúfares. En ninguna parte la llamaba la muerte, ni le tendía sus manos frescas. No obstante, en absoluto se engañaba. Era, en efecto, el Paradou quien iba a enseñarle a morir, como le había enseñado a amar. Volvió a recorrer los senderos, más hambrienta que en las tibias mañanas en las que buscaba el amor. Y, de pronto, en el momento en que llegaba al parterre, sorprendió a la muerte en los aromas de la atardecida. Corrió, con una risa de placer. Su destino era morir con las flores.

Para empezar corrió al bosque de rosas. Allí, en el último resplandor del crepúsculo, registró los macizos, cogió todas las rosas que languidecían ante la proximidad del invierno. Las cogía en el suelo, sin cuidarse de las espinas; las cogía delante de ella, con las dos manos; las cogía por encima de ella, aupándose sobre los pies, plegando los arbustos. La impulsaba tal premura que tronchaba las ramas, ella que tenía respeto por las mínimas briznas de hierba. Pronto tuvo los brazos llenos de rosas, un fardo de rosas bajo el que se tambaleaba. Después, volvió al pabellón, tras haber expoliado el bosque, llevándose hasta los pétalos caídos; y cuando hubo dejado caer su cargamento de rosas en el suelo de la habitación del techo azul, volvió a bajar al parterre.

Entonces, buscó las violetas. Hacía con ellas ramos enormes que estrechaba uno a uno contra su pecho. A continuación, buscó los claveles, cortándolo todo, hasta los capullos, liando manojos gigantescos de claveles blancos, iguales a cuencos de leche, brazadas gigantescas de claveles rojos, iguales a cuencos de sangre. Y también buscó los alhelíes silvestres, los dondiegos de noche, los heliotropos, las azucenas; cogía a

puñados los últimos tallos florecidos de los alhelíes silvestres, cuyos encañonados de raso arrugaba sin piedad; devastaba los macizos de dondiegos, apenas abiertos al aire de la noche; segaba el campo de los heliotropos, recogiendo en montón su cosecha de flores; se ponía bajo los brazos manojos de azucenas, como brazadas de cañas. Cuando completó la carga de nuevo, volvió a subir al pabellón, a arrojar, al lado de las rosas, las violetas, los claveles, los alhelíes silvestres, los dondiegos de noche, los heliotropos, las azucenas. Y, sin recobrar aliento, volvió a bajar.

Esta vez, se dirigió a aquel rincón melancólico que era como el cementerio del parterre. Un otoño ardiente había puesto en él un segundo brote de las flores de la primavera. Se ensañó sobre todo con unos arriates de tuberosas y de jacintos, arrodillada en medio de las hierbas, consumando su cosecha con precauciones de avaro. Las tuberosas se le antojaban flores preciosísimas, que habían de destilar gota a gota oro, riquezas, bienes extraordinarios. Los jacintos, todos perlados de sus semillas florecidas, eran como collares, cada una de cuyas perlas iba a verter para ella gozos ignorados de los hombres. Y, aunque desaparecía entre la brazada de jacintos y de tuberosas que había cortado, devastó más allá un campo de adormideras, y aún encontró modo de arrasar un campo de caléndulas. Por encima de las tuberosas, por encima de los jacintos, se amontonaron las caléndulas y las adormideras. Regresó corriendo a descargarse en la habitación del techo azul, velando por que el viento no le robase un solo pistilo. Volvió a bajar.

¿Qué iba a coger ahora? Había segado el parterre entero. Cuando se aupaba sobre los pies, ya no veía, bajo la sombra aún gris, más que el parterre muerto, que ya no tenía los ojos tiernos de sus rosas, ni la risa roja de sus claveles, ni los cabellos perfumados de sus heliotropos. No obstante, no podía volver a subir con los brazos vacíos. Y la emprendió con las hierbas, con las plantas verdes; reptó, el pecho contra el suelo, procurando, en un supremo abrazo de pasión, llevarse incluso la propia tierra. Fue la siega de las plantas aromáticas, los toronjiles, las hierbabuenas, las verbenas, de las que se llenaba el halda. Encontró un ribete de algaritofe y no dejó una sola hoja. Cogió incluso dos grandes hinojos, que se echó a los hombros, como dos árboles. Si hubiera podido, entre sus dientes apretados se habría llevado tras de sí todo el manto verde del parterre. Después, en el umbral del pabellón, se volvió, lanzó una última mirada sobre el Paradou. Estaba negro; la noche, que había caído completamente, le había arrojado un paño negro sobre la cara. Y subió, para no bajar más.

Pronto quedó engalanada la gran habitación. Había colocado una lámpara encendida encima de la consola. Separaba las flores amontonadas en mitad de las baldosas, hacía con ellas gruesos manojos que iba distribuyendo por todos los rincones. Lo primero, detrás de la lámpara, encima de la consola, puso las azucenas, un elevado encaje que enternecía la luz con su pureza blanca. Después, llevó brazadas de claveles y de alhelíes silvestres al viejo sofá, cuya tela pintada ya estaba sembrada de ramos rojos, marchitos desde hacía cien años; y la tela desapareció, el sofá

extendió contra la pared un macizo de alhelíes silvestres erizado de claveles. Entonces alineó los cuatro sillones delante de la alcoba; llenó el primero de caléndulas, el segundo de adormideras, el tercero de dondiegos de noche, el cuarto de heliotropos; los sillones, anegados, mostrando sólo trozos de sus brazos, parecían hitos de flores. Por fin, le llegó el turno al lecho. Arrastró junto a la cabecera una mesita, sobre la que levantó un montón enorme de violetas. Y, en anchas brazadas, cubrió enteramente el lecho con todos los jacintos y con todas las tuberosas que había traído; la capa era tan gruesa que rebosaba por la parte de delante, en los pies, en la cabeza, en la hornacina de la alcoba, dejando chorrear regueros de racimos. El lecho ya no era más que una gran floración. Sin embargo, quedaban las rosas. Las arrojó al azar, por doquier; ni siquiera miraba dónde caían; unas cuantas dieron en la consola, otras en el sofá, en los sillones; quedó inundado de ellas un rincón del lecho. Durante unos minutos llovieron rosas, en grandes manojos, un aguacero de flores grávidas como gotas de tormenta, que formaban charcos en los agujeros del embaldosado. Pero como el montón apenas disminuía, acabó por trenzar guirnaldas que colgó de las paredes. A los Amorcillos de yeso que retozaban por encima de la alcoba les cayeron guirnaldas de rosas en el cuello, en los brazos, alrededor del talle; sus vientres desnudos, sus culos desnudos quedaron vestidos de rosas. El techo azul, los entrepaños ovalados enmarcados por lazadas de color carne, las pinturas eróticas comidas por el tiempo, quedaron tapizados con un manto de rosas, con un entelado de rosas. La gran habitación estaba engalanada. Ahora, podía morir en ella.

Por un instante, permaneció de pie, mirando a su alrededor. Reflexionaba, buscaba si estaba la muerte allí. Y recogió los verdores olorosos, los toronjiles, las hierbabuenas, las verbenas, los algaritofes, los hinojos; los retorció, los dobló, con ellos fabricó torundas, con cuya ayuda fue a taponar las mínimas rendijas, los mínimos orificios de la puerta y de las ventanas. Después, echó las cortinas de calicó blanco, cosidas con grandes puntadas. Y, muda, sin un suspiro, se tendió en el lecho, sobre la floración de los jacintos y de las tuberosas.

Allí, fue un último placer. Con los ojos muy abiertos, sonreía a la habitación. ¡Cuánto había amado en aquella habitación! ¡Cuán feliz moría en ella! A aquella hora, ya nada impuro le venía de los Amorcillos de yeso, nada turbador bajaba ya de las pinturas, en las que se revolcaban miembros de mujer. No había, bajo el techo azul, otra cosa que el perfume sofocante de las flores. Y parecía que aquel perfume no fuese otro que el olor de amor antiguo del que siempre se había mantenido tibia aquella alcoba, un olor acrecentado, centuplicado, vuelto tan fuerte que susurraba la asfixia. Tal vez fuera el aliento de la dama muerta allí hacía un siglo. Sin moverse lo más mínimo, con las manos juntas sobre su corazón, Albine conservaba la sonrisa, escuchaba a los perfumes que susurraban dentro de su cabeza atontada. Interpretaban para ella una extraña música de aromas que la iba adormeciendo lentamente, con mucha suavidad. Primero, era un prelude alegre, infantil: sus manos, que habían retorcido los verdores aromáticos, exhalaban la aspereza de las hierbas pisoteadas, le

contaban sus correteos de chiquilla por medio de los parajes silvestres del Paradou. A continuación, se dejaba oír un cantar de flauta, pequeñas notas almizcladas que se desgranaban del montón de violetas colocado encima de la mesa, junto a la cabecera; y esa flauta, que respunteaba su melodía sobre el hálito calmo, el acompañamiento cadencioso de las azucenas de la consola, cantaba los primeros encantos de su amor, la primera declaración, el primer beso bajo el oquedal. Pero Albine se asfixiaba más, llegaba la pasión con el brusco atronar de los claveles, de olor picante, cuya voz de metal dominaba por un momento todas las demás. Creía que iba a agonizar en la frase enfermiza de las caléndulas y de las adormideras, que le recordaba los tormentos de sus deseos. Y, bruscamente, todo se apaciguaba, respiraba con más libertad, se deslizaba a una suavidad más grande, mecida por una escala descendente de los alhelíes silvestres, que se demoraba, se anegaba, hasta un cántico adorable de los heliotropos, cuyos hálitos de vainilla decían la proximidad de las bodas. Los dondiegos de noche puntuaban aquí y allá un trino discreto. Después, hubo un silencio. Hicieron su entrada, lánguidamente, las rosas. Desde el techo fluyeron las voces, un coro lejano. Era un conjunto amplio, que Albine escuchó al principio con un ligero escalofrío. El coro fue creciendo, pronto vibró toda ella con las sonoridades prodigiosas que estallaban a su alrededor. Habían llegado las bodas, las fanfarrias de las rosas anunciaban el instante temible. Ella, con las manos cada vez más apretadas contra su corazón, privada, muriente, jadeaba. Abría la boca, buscando el beso que había de sofocarla, cuando exhalaban su perfume los jacintos y las tuberosas, y la envolvieron con un último suspiro, tan hondo, que cubrió el coro de las rosas. Albine había muerto en el espasmo supremo de las flores.

XV

AL día siguiente, a eso de las tres, la Teuse y Fray Archangias, que estaban charlando en la escalera exterior de la casa rectoral, vieron el cabriolé del doctor Pascal atravesar el pueblo, con el caballo a galope tendido. Salían violentos latigazos de la capota bajada.

—¿Adónde va con esas prisas? —murmuró la anciana sirvienta—. Se va a partir el cuello.

El cabriolé había llegado abajo del otero en el que estaba edificada la iglesia. Bruscamente, el caballo se encabritó, se detuvo; y la cabeza del doctor, toda blanca, toda desgredada, se estiró bajo la capota.

—¿Está Serge? —gritó con voz furiosa.

La Teuse se había acercado al borde del otero.

—El señor cura está en su habitación —contestó—. Debe de estar leyendo el breviario... ¿Tiene algún recado que darle? ¿Quiere que lo llame?

El tío Pascal, cuyo rostro parecía conmocionado, hizo un gesto terrible con su mano derecha, que sostenía el látigo. Reanudó, inclinándose más, a riesgo de caer:

—¡Ah! ¡Que está leyendo el breviario!... No, no lo llame. Lo estrangularía, y es inútil... El recado que tengo es que Albine ha muerto, ¿me oye? ¡Dígale que ha muerto, de mi parte!

Y desapareció, le soltó al caballo un latigazo tan recio que el animal se desbocó. Pero, veinte pasos más allá, lo detuvo de nuevo, estirando otra vez la cabeza, gritando más fuerte:

—¡Dígale también de mi parte que estaba encinta! Le encantará saberlo.

El cabriolé reanudó su loca carrera. Subía dando inquietantes tumbos la pedregosa carretera de los oteros, que llevaba al Paradou. La Teuse se había quedado toda sofocada. Fray Archangias reía burlón, clavando en ella unos ojos en los que llameaba una alegría arisca. Y ella lo empujó, a punto estuvo de hacerlo caer por los peldaños de la escalera.

—Márchese —tartamudeaba, enfadándose a su vez, desfogándose con él—. ¡Acabaré por tomarle inquina!... ¿Es posible alegrarse de la muerte de la gente? A mí no me caía bien esa chica. Pero morirse a su edad no tiene ninguna gracia... ¡Mire, márchese! ¡No se siga riendo así, o le tiro estas tijeras a la cara!

El doctor Pascal no se había enterado de la muerte de Albine hasta eso de la una, advertido por un campesino que había ido a Plassans a vender sus verduras, añadiendo que Jeanbernat lo mandaba llamar. Ahora, el doctor se sentía un poco aliviado por el grito que acababa de lanzar, al pasar por delante de la iglesia. Se había desviado del camino, con el fin de darse esa satisfacción. Se reprochaba esa muerte como un crimen en el que hubiera estado implicado él. Por toda la carretera adelante, no había dejado de machacarse a insultos, enjugándose los ojos para ver claro a guiar su caballo, dirigiendo el cabriolé a los montones de piedras, con el sordo deseo de

volcar y partirse algún miembro. Cuando se hubo metido en el camino encajonado que bordeaba la tapia interminable del parque, le asaltó una esperanza. Quizá Albine sólo tuviera un síncope. El campesino le había contado que se había asfixiado con unas flores. ¡Ah! ¡Si llegara a tiempo, si pudiera salvarla! Y golpeaba ferozmente a su caballo, como si se golpeará a sí mismo.

El día estaba muy hermoso. Igual que en los días buenos de mayo, el pabellón se le apareció bañado de sol. Pero la hiedra que subía hasta el tejado tenía hojas manchadas de herrumbre, y las abejas ya no zumbaban alrededor de los alhelíes, crecidos entre las grietas. Ató su caballo con presteza, empujó la talanquera del huertecillo. Seguía habiendo aquel gran silencio, en el que Jeanbernat fumaba su pipa. Sólo que el viejo ya no estaba allí, en su banco, delante de sus lechugas.

—¡Jeanbernat! —llamó el doctor.

Nadie contestó. Entonces, al entrar en el vestíbulo, vio una cosa que nunca había visto. Al fondo del pasillo, en la parte baja del hueco negro de la escalera, había una puerta abierta sobre el Paradou; el inmenso jardín, bajo el sol pálido, mecía sus hojas amarillas, extendía su melancolía de otoño. Franqueó el umbral de aquella puerta, dio unos pasos sobre la hierba húmeda.

—¡Ah! ¡Es usted, doctor! —dijo la voz serena de Jeanbernat.

El viejo, a grandes golpes de azada, estaba cavando un hoyo, al pie de una morera. Había erguido su alta estatura, al oír pasos. Después, se había vuelto a poner a la tarea, quitando con un único esfuerzo un enorme terrón de tierra feraz.

—Pero ¿qué es eso que está haciendo ahí? —preguntó el doctor Pascal.

Jeanbernat se enderezó de nuevo. Se secaba el sudor de la frente en la manga de la chaqueta.

—Estoy haciendo un hoyo —contestó sencillamente—. A ella siempre le ha gustado el jardín. Estará bien ahí para dormir.

El doctor sintió que la emoción lo ahogaba. Permaneció un instante al borde de la fosa, sin poder hablar. Miraba a Jeanbernat dar sus recios golpes de azada.

—¿Dónde está? —dijo por fin.

—Ahí arriba, en su habitación. La he dejado en la cama. Quiero que le escuche usted el corazón antes de meterla aquí dentro... Yo he escuchado y no he oído nada.

El doctor subió. La habitación no se había tocado. Tan sólo una ventana estaba abierta. Las flores, marchitas, ahogadas en su propio perfume, ya no ponían allí más que el aroma insulso de su carne muerta. En el fondo de la alcoba, no obstante, quedaba un calor de asfixia, que parecía derramarse por la habitación y escaparse aún en finos hilillos de humo. Albine, muy blanca, con las manos sobre su corazón, dormía con una sonrisa, en medio de su lecho de jacintos y de tuberosas. Estaba muy feliz; estaba muerta, en efecto. De pie delante de la cama, el doctor la miró despaciosamente, con esa fijeza de los sabios que intentan resurrecciones. Después, ni siquiera quiso descolocar sus manos juntas; la besó en la frente, en ese lugar que su

maternidad había manchado ya con una leve sombra. Abajo, en el jardín, la azada de Jeanbernat seguía clavando sus golpes sordos y regulares.

No obstante, al cabo de un cuarto de hora, el viejo subió. Había concluido su tarea. Halló al doctor sentado delante de la cama, inmerso en tal ensueño que parecía no notar las gruesas lágrimas que corrían una a una por sus mejillas. Los dos hombres no intercambiaron más que una mirada. Después, tras un silencio:

—Bueno, llevaba razón yo —dijo lentamente Jeanbernat, repitiendo su gesto amplio—, no hay nada, nada, nada... Todo esto es pura comedia.

Permanecía de pie, recogía las rosas caídas del lecho que arrojaba una a una sobre las faldas de Albine.

—Las flores no viven más que un día —dijo aún—; mientras que las malas ortigas como yo desgastan las piedras en las que crecen... Ahora, buenas noches, ya puedo reventar. Me han soplado mi último resquicio de sol. Pura comedia.

Y se sentó a su vez. No lloraba, tenía la rígida desesperación de un autómatas cuyo mecanismo se rompe. Maquinalmente, extendió la mano, tomó un libro de la mesita cubierta de violetas. Era uno de los libros del desván, un volumen desperejo de Holbach, que llevaba leyendo desde por la mañana, mientras velaba el cuerpo de Albine. Como el doctor seguía callado, agobiado, se puso otra vez a pasar las páginas. Pero se le ocurrió una idea de repente.

—Si me ayudase usted —le dijo al doctor—, la bajaríamos entre los dos, y la enterraríamos con todas estas flores.

El tío Pascal tuvo un escalofrío. Explicó que no estaba permitido quedarse así con los muertos.

—¡Cómo que no está permitido! —gritó el viejo—. ¡Pues bien! ¡Yo me lo permitiré!... ¿Acaso no es mía? ¿Acaso cree usted que voy a dejar que me la quiten los curas? Que lo intenten si quieren que los reciba a tiros.

Se había levantado, blandía terriblemente su libro. El doctor le asió las manos, las estrechó entre las suyas, conjurándole a que se calmara. Durante mucho tiempo, habló, diciendo todo lo que se le venía a los labios; se acusaba, dejaba escapar jirones de confesión, volvía difusamente a aquellos que habían matado a Albine.

—Escuche —dijo finalmente—, ella ya no es de usted, se la tiene que devolver.

Pero Jeanbernat sacudía la cabeza, negándose con el gesto. No obstante, estaba quebrantado. Acabó diciendo:

—Está bien. ¡Que se la lleven y ojalá les rompa los brazos! Me gustaría que saliera de esa tierra en la que la van a meter para matarlos a todos de miedo... Además, tengo un asunto que arreglar allí. Iré mañana... Adiós, doctor. El hoyo será para mí.

Y, cuando el doctor se hubo marchado, se volvió a sentar a la cabecera de la muerta y reanudó solemnemente la lectura de su libro.

XVI

AQUELLA mañana había mucho ajeteo en el corral de la rectoría. El carnicero de Los Artaud acababa de matar a Mathieu, el cerdo, debajo del cobertizo. Désirée, entusiasmada, había sostenido las patas de Mathieu mientras lo sangraban, besándole el espinazo para que sintiera menos el cuchillo, diciéndole que lo tenían que matar ahora que estaba tan gordo. Nadie como ella le cercenaba la cabeza a una oca con un solo golpe de destal, o le abría el gáznate a una gallina con un par de tijeras. Era necesario, decía, así se hacía sitio para las crías que iban creciendo. Y estaba muy contenta.

—Señorita —rezongaba la Teuse a cada minuto—, que se va usted a hacer daño. Hace falta poco sentido común, ponerse en un estado semejante porque se mata un cerdo. Está usted roja como si llevara bailando una noche entera.

Pero Désirée batía palmas, daba vueltas, hacía cosas. La Teuse, a su vez, no se tenía de pie, según lo decía ella. Llevaba desde aquella mañana a las seis arrastrando su enorme masa, de la cocina al corral. Tenía que hacer la morcilla. Era ella quien había batido la sangre, dos grandes lebrillos todos rosas al sol abierto. Y nunca hubiera terminado, porque la señorita no hacía más que llamarla por naderías. Fuerza es decir que a la misma hora en que el carnicero sangraba a Mathieu, Désirée había tenido una gran emoción al entrar en el establo. Lise, la vaca, estaba pariendo. Entonces, presa de una alegría extraordinaria, había acabado de perder la cabeza.

—¡Se va uno y llega otro! —gritó, saltando, girando sobre sí misma—. ¡Pero ven a ver, Teuse!

Eran las once. Por momentos salía un cántico de la iglesia. Se captaba un murmullo confuso de voces desoladas, un balbucear de oración, de donde subían bruscamente jirones de frases latinas, lanzadas a plena voz.

—¡Pero ven! —repitió Désirée por vigésima vez.

—Tengo que ir a tocar —murmuró la vieja sirvienta—; no voy a acabar nunca... ¿Qué quiere ahora, señorita?

Pero no esperó la respuesta. Se arrojó en medio de una bandada de gallinas que se estaban bebiendo glotonamente la sangre de los lebrillos. Las dispersó a patadas, furiosa. Después tapó los lebrillos, diciendo:

—¡Bien está! En lugar de atormentarme a mí, mejor haría usted en vigilar a estas bribonas... Si las dejase hacer se quedaría sin morcillas, ¿entiende?

Désirée reía. ¡Y aunque las gallinas se hubieran bebido un poco de sangre, tampoco era para tanto! Así engordaban. Luego quiso llevarse a la Teuse donde la vaca. Ella se resistía.

—Que tengo que ir a tocar... Va a salir el entierro. Ya lo oye.

En aquel momento, en la iglesia, crecieron las voces y se demoraron en un tono lánguido. Llegó un ruido de pasos, muy nítido.

—No, mira —insistía Désirée empujándola hacia el establo—. Dime lo que tengo que hacer.

La vaca, tendida en el lecho de paja, volvió la cabeza, las siguió con sus grandes ojos. Y Désirée pretendía que seguro que necesitaba algo. A lo mejor habrían podido ayudarla para que le doliese menos. La Teuse se encogía de hombros. ¿Acaso no sabían los animales hacer sus cosas ellos solos? Había que dejarla en paz, y nada más. Se dirigía por fin hacia la sacristía cuando, al volver a pasar por delante del cobertizo, lanzó un nuevo grito.

—¡Esperad, esperad! —dijo, con el puño extendido—. ¡Ah!, ¡la muy bribona!

Bajo el cobertizo, Mathieu, esperando que lo chamuscasen, estaba extendido, caído boca arriba, con las patas por alto. El agujero del cuchillo, en su costado, estaba muy reciente, con gotas de sangre que perlaban. Y una pequeña gallina blanca, con aspecto muy delicado, picoteaba una a una las gotas de sangre.

—¡Pues claro! Se está obsequiando —dijo sencillamente Désirée.

Se había inclinado, daba cachetes en el vientre inflado del cerdo, añadiendo:

—¿Eh? Gordito mío, bastantes veces les has robado tú la sopa a ellas para que ahora te coman ellas un poco el cuello a ti.

La Teuse se quitó rápidamente el mandil, con el que envolvió el cuerpo de Mathieu. A continuación, se apresuró, desapareció dentro de la iglesia. El portón acababa de chillar sobre sus goznes oxidados, una bocanada de canto se ensanchaba al aire libre, en medio del sol sereno. Y, de repente, la campana se puso a sonar, a toques regulares. Désirée, que se había quedado arrodillada ante el cerdo, sin dejar de darle golpes en el vientre, había levantado la cabeza, escuchaba, sin dejar de sonreír. Después, viéndose sola, tras haber mirado socarronamente a su alrededor, se coló en el establo, cuya puerta cerró tras de sí. Iba a ayudar a la vaca.

Medio arrancada, la pequeña verja del cementerio, que habían querido abrir de par en par para dejar pasar el cuerpo, colgaba contra la pared. En el campo vacío, el sol dormía, sobre las hierbas secas. Entró el cortejo, salmodiando el último versículo del *Miserere*. Y hubo un silencio.

—*Requiem aeternam dona ei, Domine* —reanudó con voz grave el abate Mouret.

—*Et lux perpetua luceat ei* —añadió Fray Archangias, con un mugido de chantre.

Delante avanzaba Vincent, en sobrepelliz, llevando la cruz, una gran cruz de cobre a medio platear, que alzaba con las dos manos, muy alta. Después iba el abate Mouret, pálido en su casulla negra, con la cabeza erguida, cantando sin un temblor de los labios, con los ojos fijos en lontananza, delante de él. El cirio encendido que sostenía manchaba apenas la plena luz con una gota cálida. Y, a dos pasos, tocándole casi, venía el féretro de Albine, que portaban cuatro campesinos encima de una especie de parihuela pintada de negro. El féretro, mal cubierto por un paño demasiado corto, mostraba, a los pies, el pino nuevo de sus tablas, en las cuales las cabezas de los clavos ponían chispas de acero. En medio del paño, había diseminadas unas

flores, unos manojos de rosas blancas, de jacintos y de tuberosas, tomados en el propio lecho de la muerta.

—¡Pero tengan cuidado! —gritó Fray Archangias a los campesinos cuando éstos inclinaron un poco el ataúd para que pudiera pasar sin engancharse en la reja—. ¡Lo van a tirar todo al suelo!

Y sostuvo el féretro con su gruesa mano. Llevaba él el acetre, a falta de un segundo clérigo; y sustituía asimismo al chantre, el guarda forestal, que no había podido venir.

—Entrad también, vosotros —dijo volviéndose.

Era otro cortejo, el niño de la Rosalie, muerto la víspera en una crisis de convulsiones. Estaban allí la madre, el padre, la vieja Brichet, Catherine y dos muchachas mayores, la Rouse y Lisa. Estas últimas sostenían el ataúd del pequeño, cada una por un extremo.

Bruscamente, enmudecieron las voces. Hubo un nuevo silencio. La campana seguía sonando, sin apresurarse, de manera consternada. El cortejo atravesó todo el cementerio, dirigiéndose hacia el ángulo que formaban la iglesia y la pared del corral. Saltaban revoleras de saltamontes, volvían lagartos con presteza a sus agujeros. Un calor, bochornoso aún, se cernía sobre aquel rincón de tierra feraz. Los leves ruidos de las hierbas tronchadas bajo el pisotear de la comitiva adquirían un murmullo de sollozos ahogados.

—Ahí, parad —dijo el Hermano cortando el camino a las dos muchachas que sostenían al niño—. Esperad turno. No hace falta que estéis enredando en medio de nosotros.

Y las muchachas posaron al niño en el suelo. La Rosalie, Fortuné y la vieja Brichet se detuvieron en medio del cementerio, mientras que Catherine seguía hipócritamente a Fray Archangias. La fosa de Albine estaba excavada a la izquierda de la tumba del abate Caffin, cuya piedra blanca parecía al sol toda sembrada de canutillos de plata. La boca del hoyo, excavado aquella misma mañana, se abría entre gruesas matas de hierba; en el borde, altas plantas, medio arrancadas, inclinaban sus tallos; en el fondo, había caído una flor, manchando el negro de la tierra con sus pétalos rojos. Cuando se adelantó el abate Mouret, la tierra blanda cedió bajo sus pies; tuvo que retroceder para no caerse a la fosa.

—*Ego sum...* —entonó con una voz llena, que dominaba los lamentos de la campana.

Y, durante la antífona, los asistentes instintivamente echaban ojeadas furtivas al fondo del hoyo, vacío aún. Vincent, que había plantado la cruz al pie de la fosa, enfrente del sacerdote, empujaba con el zapato hilillos de tierra que se divertía en ver caer; y aquello le daba risa a Catherine, inclinada detrás de él para ver mejor. Los campesinos habían depositado el ataúd en la hierba. Estiraban los brazos, mientras que Fray Archangias preparaba el hisopo.

—¡Aquí, Voriau! —llamó Fortuné.

El gran perro negro, que había ido a olfatear el ataúd, volvió refunfuñando.

—¿Por qué ha traído nadie a ese perro? —exclamó Rosalie.

—¡Toma!, nos ha seguido —dijo Lisa, alegrándose discretamente.

Toda aquella gente charlaba a media voz, en torno al féretro del pequeño. El padre y la madre lo olvidaban por momentos; después se callaban, cuando se lo volvían a encontrar allí, entre ellos, a sus pies.

—¿Y el tío Bambousse no ha querido venir? —preguntó la Rouse.

La vieja Brichet alzó los ojos al cielo.

—Ayer, cuando murió el niño, empezó a decir que lo iba a romper todo —murmuró—. No, no es un buen hombre, delante de usted lo digo, Rosalie... ¿Pues no estuvo a punto de estrangularme, gritando que le habían robado, que habría dado uno de sus campos de trigo por que el niño muriese tres días antes de la boda?

—¿Y nosotros cómo lo íbamos a saber? —dijo con aire pícaro Fortuné el alto.

—¿Qué más da que se enfade el viejo? —añadió Rosalie—. Ahora estamos casados de todas formas.

Se sonreían por encima del pequeño ataúd, con los ojos relucientes. Lisa y la Rouse se dieron un codazo. Todos se volvieron a poner muy serios. Fortuné había cogido un terrón para echar a Voriau, que ahora merodeaba por entre las viejas losas.

—¡Ah! Ya van a terminar —susurró muy bajito la Rouse.

Ante la fosa, el abate Mouret estaba concluyendo el *De profundis*. Después se acercó al ataúd a pasos lentos, se irguió y lo miró un instante, sin un parpadeo. Parecía más alto, tenía una serenidad de rostro que lo transfiguraba. Y se agachó, recogió un puñado de tierra que esparció sobre el ataúd en forma de cruz. Recitaba, con una voz tan clara que no se perdió ni una sílaba:

—*Revertitur in terram suam unde erat, et spiritus redit ad Deum qui dedit illum.*

Un escalofrío había corrido por entre los asistentes. Lisa reflexionaba, diciendo con aire fastidiado:

—Pues con todo, no tiene ninguna gracia, cuando una piensa que a todos nos va a tocar.

Fray Archangias había tendido el hisopo al sacerdote. Éste lo sacudió por encima del cuerpo, varias veces. Murmuró:

—*Requiescat in pace.*

—*Amén* —contestaron a la vez Vincent y el Hermano, con un tono tan agudo y con un tono tan grave, que Catherine tuvo que ponerse un puño delante de la boca para no reventar de risa.

—No, no, no tiene gracia... —continuaba Lisa—. Y ni siquiera hay nadie en este entierro. Si no es por nosotros, estaría vacío el cementerio.

—Cuentan que se ha matado —dijo la vieja Brichet.

—Sí, ya lo sé —interrumpió la Rouse—. El Hermano no quería que la enterraran entre cristianos. Pero el señor cura ha contestado que la eternidad era para todo el mundo. Estaba yo delante... Da igual, ya podría haber venido el Filósofo.

Pero la Rosalie les hizo callar murmurando:

—¡Eh! ¡Mirad, ahí viene el Filósofo!

En efecto, entraba Jeanbernat en el cementerio. Anduvo derecho hasta el grupo que estaba alrededor de la fosa. Llevaba su paso garrido, tan flexible aún que no hacía ruido alguno. Cuando se hubo acercado, se quedó de pie detrás de Fray Archangias, cuya nuca pareció comerse con los ojos un instante. Después, según el abate Mouret remataba las oraciones, se sacó tranquilamente una navaja del bolsillo, la abrió y cortó, de un solo tajo, la oreja derecha del Hermano.

Nadie había tenido tiempo de intervenir. El Hermano lanzó un alarido.

—La izquierda será para otra vez —dijo apaciblemente Jeanbernat arrojando la oreja al suelo.

Y se volvió a marchar. Fue tal el estupor que ni siquiera lo persiguieron. Fray Archangias se había dejado caer sobre el montón de tierra húmeda sacada del hoyo. Se había puesto el pañuelo como torunda encima de la herida. Uno de los cuatro portadores quiso llevárselo, acompañarlo a casa. Se quedó allí, arisco, esperando, queriendo ver bajar a Albine al hoyo.

—Por fin, ya nos toca —dijo la Rosalie con un leve suspiro.

Mientras tanto, el abate Mouret se demoraba junto a la fosa, mirando a los portadores que ataban el ataúd de Albine con unas cuerdas, para que se deslizara sin sacudidas. La campana seguía sonando; pero la Teuse debía de estar ya cansada, porque los toques se espaciaban, como irritados por la longitud de la ceremonia. El sol se iba poniendo más cálido, la sombra del Solitario se paseaba lentamente, en medio de las hierbas llenas de jorobas de tumbas. Cuando el abate Mouret tuvo que retroceder, para no estorbar, sus ojos se tropezaron con el mármol del abate Caffin, aquel sacerdote que había amado y que dormía allí, tan apacible, bajo las flores silvestres.

Después, de repente, mientras bajaba el ataúd, sostenido por las cuerdas, cuyos nudos le arrancaban crujidos, un espantoso alboroto subió del corral, detrás de la pared. Balaba la cabra. Los patos, las ocas y las pavas chasqueaban el pico, batían alas. Las gallinas cantaban como si acabaran de poner, todas a la vez. El gallo salvaje Alexandre lanzaba su grito de clarín. Se oían hasta los brincos de los conejos, que sacudían las tablas de sus casetas. Y, por encima de toda aquella vida ruidosa del pequeño pueblo de los animales, sonaba una gran risa. Hubo un rozar de faldas. Apareció Désirée, despeinada, con los brazos desnudos hasta los codos, la cara roja de triunfo, las manos apoyadas en la albardilla de la pared. Debía de estar subida en el montón de estiércol.

—¡Serge! ¡Serge! —llamó.

En aquel momento, el ataúd de Albine estaba en el fondo del hoyo. Acababan de retirar las cuerdas. Uno de los campesinos arrojó una primera paletada de tierra.

—¡Serge! ¡Serge! —gritó ella más fuerte, batiendo palmas—, ¡la vaca ha parido un ternero!